



Observemos que a medida que Virgilio avanzaba en su pensamiento, las fuentes de su inspiración se hacían cada vez más antiguas: primero

Teócrito, después Hesíodo, finalmente Homero. El poeta depende en muchos sentidos de los tres; sin embargo, no puede menos que reflejar los ideales de una época del todo distinta. Y, al verificar esto, recibimos de Virgilio una lección sobre la mejor manera de tratar a los clásicos. Todos nosotros somos griegos y romanos porque nuestra **forma mentis** ha sido plasmada por la cultura grecorromana. Nosotros seguimos siendo ellos, pero existimos diferentemente. Los clásicos no deben ser gigantescos y organizados ficheros ni nosotros, sus celosos guardianes. Nuestra misión es aceptarlos, comprenderlos, y replantearlos y replicarles. Esta superación cronológica de los clásicos se llama humanismo, y consiste en la voluntad constante de buscar lo humano, aunque sea en el seno de una sociedad cosificada.



Fondo
Editorial
UCSS



BUCÓLICAS Y GEÓRGICAS VIRGILIO Julio Picasso Muñoz, trad.

VIRGILIO

BUCÓLICAS Y GEÓRGICAS

presentadas, anotadas y traducidas por

Julio Picasso Muñoz



VIRGILIO

BUCÓLICAS Y GEÓRGICAS

presentadas, anotadas y traducidas por

Julio Picasso Muñoz



BUCÓLICAS Y GEÓRGICAS de Virgilio,
presentadas, anotadas y traducidas por Julio Picasso Muñoz

Diseño gráfico y arte final: Imagen Institucional

© Julio Picasso Muñoz 2004

© Fondo Editorial de la Universidad Católica Sedes Sapientiae 2004

Depósito Legal: 1501122004-5043

ISBN: 9972-9565-7-1

Prohibida la reproducción parcial o total de los textos y dibujos
sin permiso de los editores y autores.

Esq. Constelaciones y Sol de Oro. Urbanización Sol de Oro. Los Olivos
Teléfonos: (51-1) 533-5744 / 533-6234 / 533-0008 / Website: www.ucss.edu.pe

Dedico esta obra a Ica, mi tierna tierra,
que me dio los primeros relentes,
los primeros soles,
las primeras sonrisas
y me dará el último cobijo.

J.P.

ÍNDICE

BUCÓLICAS

Prólogo	3
Bucólica I	25
Bucólica II	35
Bucólica III	43
Bucólica IV	53
Bucólica V	59
Bucólica VI	69
Bucólica VII	77
Bucólica VIII	85
Bucólica IX	95
Bucólica X	103
Índice de nombres propios	111

BUCÓLICAS

GEÓRGICAS

Prólogo	121
Libro I	151
Libro II	171
Libro III	193
Libro IV	215
Índice de nombres propios	235
Bibliografía general	259
Nota sobre las ilustraciones	264



PRÓLOGO

Circunstancias de la composición de las *Bucólicas*

Publius Vergilius Maro fue el nombre completo del autor. Publio fue el prenombre, que designaba al individuo; Virgilio, el nombre gentilicio, indicaba la **gens** (grupo de familias); Marón, el apellido, que señalaba la familia de la **gens**.

Ocho siglos después de Homero, trece siglos antes de Dante, Publio Virgilio Marón nació en Andes. Andes era el nombre de una pequeña aldea -que quizá corresponda a la actual Volta Mantovana, a 25 kilómetros de Mantua-, habitada sucesivamente por etruscos, celtas y colonos romanos.

Cuando nació Virgilio -el 15 de octubre del 70 a.C.-, Andes pertenecía a la Galia Cisalpina y no gozaba, por esto, de la ciudadanía romana. Virgilio, el cantor de Roma, no nació romano en el sentido estricto de la palabra. Solo a los 19 años, por obra de Julio César, Virgilio será romano a carta cabal.

Sus padres trabajaban una pequeña propiedad donde se dedicaban sobre todo a la explotación de la madera y a la apicultura.

En el año 70 la república romana estaba llegando fatalmente a su fin. El golpe de gracia será dado por Julio César, que a la sazón era un ambicioso joven de 29 años y aprendía el arte de guerrear en el Asia.

Los padres de Virgilio habrán podido narrar a su tierno hijo los infaustos sucesos de la guerra civil entre los partidarios de Sila y de Mario y los de la insurrección de esclavos, capitaneados por Espartaco. Justamente los debeladores de este levantamiento, Pompeyo y Craso, ejercían su primer consulado al nacer Virgilio.

Entretanto Roma, a pesar de que se desangraba de esta manera en la península, conquistaba paulatinamente todo el mundo conocido imponiendo una nueva cultura que llevará bien pronto el espíritu virgiliano, es decir, un profundo humanismo civilizador.

Nueve años antes de nacer Virgilio, un joven abogado, Cicerón, había empezado triunfalmente su carrera. Catulo y Lucrecio no habían empezado entonces a escribir. Todos los otros poetas de la época imperial vendrán después. La literatura romana y la paz romana estaban, pues, por nacer y hacerse.

A los doce años nuestro poeta estudia en Cremona y en Milán, y desde los 16 a los 20 años, en Roma, probablemente con el apoyo del gobernador de la Galia Cisalpina, Julio César. Muerto Craso, los partidarios de César y de Pompeyo empezaban entonces a armar grandes disturbios en Roma.

En la Urbe, Virgilio no se enrola en ningún campo político ni en ningún clan literario. Aquí descubre una de las fuentes de su arte: abrazar la totalidad de lo real, impresionarse por todos sus aspectos antes de sacar de ello una materia poética. Conste que esto no es eclecticismo.

Motivado por su fracaso en la oratoria (se dice que hablaba muy lentamente), Virgilio deja Roma y se instala en Nápoles por cinco años para estudiar en la escuela filosófica del epicúreo Sirón. El estimulante intelectual para sus estudios fue la edición de *De rerum natura* de Lucrecio, gigantesco poema didáctico del epicureísmo. A Nápoles le llegarían las terribles noticias de la guerra civil entre Pompeyo y César y el posterior triunfo de este último. No obstante, en Nápoles su principal ocupación consistió en impregnarse de la poesía griega y en observar el influjo de esta en los jóvenes poetas latinos, que, bajo el liderazgo de Catulo, llevaban con orgullo el nombre de neotéricos o modernos. Para estos jóvenes el modelo era Calímaco y la poesía alejandrina.

El alejandrino nació de la necesidad de los poetas de alcanzar una inspiración individual, no colectiva, para expresar sus aspiraciones más auténticas. La disconformidad de estos jóvenes se manifestaba también en el empleo de nuevas formas métricas.

El alejandrino era una voluntad deliberada de romper la tradición literaria latina de dos siglos. El amor alejandrino al detalle perfecto y al epilio nunca abandonó a Virgilio. Constantino Cavafy ha resucitado en nuestro siglo la poesía

alejandrina. Cualquiera puede alcanzar una idea de la poesía griega del primer siglo antes de Cristo leyendo a este poeta griego contemporáneo.

En la época de Virgilio, como dijimos, se editaron las obras de Catulo y de Lucrecio. Del primero, Virgilio aprenderá la sinceridad y la pasión. Lucrecio le enseñará que una poesía grande tiene que traspasar el límite primitivo de lo poético, es decir, lo lírico, en alas de una filosofía y, a veces, mejor, de una teología. La pasión del hombre es y será siempre en palabras de Virgilio **rerum cognoscere causas**. El filósofo se detendrá en la **res**, pero el poeta y el teólogo no cesarán hasta encontrar la **Res**. Virgilio fue siempre poeta, que equivale a decir: revelador del esplendor y de la gloria de las cosas y de la Causa.

El talento de Virgilio nació, pues, del encuentro de la poesía moderna, inaugurada por Catulo, con el epicureísmo, esto es, el rechazo de extenuarse en las luchas políticas en cuyo seno agonizaba la ciudad romana. Pero el talento de Virgilio fue esencialmente progresivo. Poco a poco su poesía y su pensamiento alcanzarán profundidades inimaginables.

El gran poeta aprende filosofía solo en grandes filósofos. El gran poeta además aprende qué es poesía y qué es arte del lenguaje en los grandes poetas, pero, al mismo tiempo y además, desde el principio hasta el fin, en todo lo que es lenguaje y está dotado de él; liba la miel del lenguaje no solo allí donde ya está hecho sino también en la flor más humilde, y la fabrica él mismo, sabrosa y perfumada, como solo puede ser la suya. Pero todo esto, no lo olvidemos, cumpliendo con la única ley quizá que hace clásico un arte; esto es, crear con las palabras más ordinarias y usadas el verso más extraordinario y nunca oído.

En el 44, año del asesinato de César, encontramos a Virgilio instalado en su tierra, Mantua, y viviendo de las rentas de su finca. Lejos del mundanal ruido de la última y más sangrienta guerra civil, compone entre el 43 y el 40 cuatro bucólicas, que ocuparon en la redacción definitiva los números II, III, V y VII. El orden cronológico de composición que vamos a presentar es una hipótesis corroborada por elementos internos de las mismas bucólicas.

El género bucólico o pastoral (canto de pastores) tuvo como máximo exponente en la literatura griega a Teócrito (310-250 a.C. aproximadamente). Su influjo en Virgilio es más que evidente, pero el lenguaje de los pastores virgilianos es mucho más elevado. Por otro lado, la obra misma de Teócrito fue de imitación y de reacción combinadas, más que de franca iniciativa y de audaz descubrimiento. El camino de las pastorales ya había sido abierto por los dramas satíricos y los

ditirambos, cuyos personajes eran pastores; y, más recientemente, por las composiciones pintorescas con héroes campesinos, de varios de los primeros poetas alejandrinos.

En tiempos de Augusto, Teón de Alejandría, hijo del gramático Artemidoro, publicó en Roma un $\text{Ἐποικημάτων εἰς Ἰδύλλιον}$ (*Comentarios sobre Teócrito*), primera edición completa de los *Idilios* del siracusano. La pastoral, pues, se puso de moda, y Virgilio señala varias veces su dependencia de Teócrito, pero conviene tener en cuenta la siguiente observación de W. Iser: “Siempre que una forma artística trabaja con efectos exagerados de confirmación, estos tienen que cumplir un objetivo estratégico, pero ellos mismos no son ya un tema. Ante todo, indican que lo que tan patentemente parecen confirmar, propiamente lo excluyen” (Iser, W., *El acto de leer*, Madrid, Taurus, 1987, pág. 31).

La II bucólica es un dulce lamentar del pastor Coridón por Alexis. Tiene la forma de monólogo. En cambio, la III, la V y la VII son cantos amebos. Se entendía por canto amebos (de $\alpha\mu\epsilon\beta\omicron\varsigma$, cambiante, alternado, mutuo) un concurso poético de dos pastores sobre un tema; ambos pastores se responden en estrofas de igual número de versos.

Las cuatro primeras bucólicas representan el mismo cuadro campestre, que respira la felicidad de una vida simple. La influencia epicúrea es manifiesta: pocas cosas bastan para la felicidad. Los personajes de estas cuatro bucólicas se conocen entre sí. Los concursos poéticos no están destinados a eliminar al adversario ni implican envidia ni celos. La Arcadia, donde se desarrollan, no tiene valor geográfico sino tipológico: los pastores representan a los poetas de Mantua que trataban de aliar el epicureísmo con la poesía alejandrina. Virgilio siempre trató de enraizarse en una comunidad humana.

El éxito de estas bucólicas fue inmediato y total. Los romanos sintieron su propia voz, y Virgilio se convirtió en seguida en un clásico. Muchísima gente, antigua y moderna, aprendió de memoria sus versos, desde el ligero **formosum pastor Corydon ardebat Alexim** hasta el último y tremendo verso de la *Eneida*, **uitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras**. Serán, en total, 12.917 versos de perfecto pulimento.

El 42 Octavio y Antonio baten en Filipos a Bruto y Casio. Al establecerse la precaria paz, los veteranos exigen tierras para cultivar, y Octavio se ve obligado a confiscarlas a favor de ellos. La burocracia, siempre ciega, confisca en el 40 las

tierras de Virgilio, quien apela a Varo, gobernador de la Cisalpina. Nuestro poeta gana el proceso, pero el veterano ocupante se niega violentamente a dejar la finca: la violencia también es ciega. Virgilio tiene que ir a Roma y, en el camino, compone la bucólica que ocupó el noveno lugar. El tema es simple: Meris es un viejo sirviente de Menalcas. Este Menalcas, agricultor y poeta, representa evidentemente a Virgilio. Meris se encuentra casualmente con Lícidas, y ambos tejen el elogio de los versos de Menalcas, cuyas citas son quizá los versos más antiguos de Virgilio. Debajo del apacible diálogo de la bucólica, se esconde el drama personal del poeta. Esta bucólica no tiene el peso de ninguna convención literaria. El tema es de eterna actualidad: la impotencia del arte y de la cultura frente a la violencia de la sociedad.

El diálogo del poema es suelto y no amebos. La filosofía epicúrea empieza a resquebrajarse. El **trahit sua quemque uoluptas** (su propio placer arrastra a todos) de la II bucólica se transforma en **fors omnia uersat** (la Fortuna todo lo trastorna) de la IX bucólica.

Observamos también que el género bucólico, que empieza en un mundo poético autosuficiente y poco contaminado, termina admitiendo en su interior nuevos elementos de la actualidad que lo alejan cada vez más del modelo griego. La poesía bucólica de todos los tiempos, más inspirada en Virgilio que en Teócrito, contendrá claras referencias a la situación de la época del autor.

Las *Bucólicas*, como las *Geórgicas*, anticipan algunos rasgos distintivos del método de Virgilio en la *Eneida*: “La sistemática organización del material, la reordenación caleidoscópica de palabras y motivos tomados respetuosamente de un predecesor para hacer algo totalmente nuevo, la expresión de sentimientos esenciales gracias a vetas de sensaciones que recorren un material aparentemente heterogéneo” (Camps, W.A., *An Introduction to Virgil's Aeneid*, Oxford, 1969, pp. 3-4).

En Roma Virgilio es atendido favorablemente por Augusto y logra recuperar sus tierras. El ambiente romano de entonces era tenso. Octavio y Antonio se distanciaban cada vez más.

De regreso Virgilio compone la más musical y perfecta de sus bucólicas, que colocará después en el primer lugar. El poema, compuesto en honor de Augusto, es otro diálogo suelto entre Tíro, modesto ganadero, y Melibeo, un atribulado agricultor expropiado.

Antes de tentar saborear algo de los versos virgilianos, hablemos un poco del único metro empleado por Virgilio y, sea dicho de paso, por Homero: el hexámetro dactílico. En las lenguas indoeuropeas primitivas había sílabas largas y breves, las primeras (—) duran el doble de las segundas (U). Cada verso estaba constituido por unidades rítmicas denominadas pies. Uno de los pies es el dactilo, que consiste en una sucesión de una sílaba larga y dos breves: —UU.

Otros pies eran el espondeo (— —) y el troqueo (—U). La sucesión de palabras que formaban cinco dactilos más un espondeo o troqueo era el hexámetro dactílico. La cesura o pausa más empleada caía después de la tercera larga. Cada dactilo, excepto el último, podía ser un espondeo. Este es el esquema:

—UU —UU —|| UU —UU —UU —U

Ejemplos:

- Ἄνδρα μοι ἔειπε, Μούσα, πολὺ τρῶπων, ὃς μάλ' ἀπολλύετο (Odisea)

- Ἄρμα uirūmque canō, Troiā qui prīmus ab ōris (Eneida)

La poesía castellana trató de imitar a veces los pies clásicos. Ejemplo:

- Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda (Rubén Darío)

Cuando se quiere representar agilidad y movimiento, se tiende a repetir dactilos perfectos. Ejemplo:

-quādrupedānte putrēm sonitū quatit ūngula cāmpum : el casco sonoro de los cuadrúpedos sacude el campo polvoriento (En. VIII, 586). Obsérvense las aliteraciones sonoras de **t y p**.

En cambio, cuando se quiere figurar tristeza o quietud, se prefieren los espondeos. Por ejemplo:

-pōntum adspēctabānt flentēs: Heu tōt uada fēssis (En. V, 615) : todos llorando contemplaban el mar diciendo: Ay, cuántos escollos falta atravesar, etc.

Apreciemos ahora tres versos de la I bucólica. El verso primero imita la flauta tocada por Títiro, con la aliteración en t:

-Tityre, tū patulā recubāns sub tēgmine fāgi : Títiro, tú, recostado al amparo de un haya frondosa...

El quinto verso, el más melodioso de todas las literaturas, posee dos frases musicales contrapuestas: la primera, grave, con las letras en **o** y **r**; a ella responde la segunda, alegre y más ligera, con los sonidos **i** y **l**; y toda la frase canta y dice el eco de una melodía en los bosques:

- fōrmosām resonāre docēs Amaryllida sīluas : enseñas a la bella Amarilis a hacer resonar el monte.

Observar por último la lenta majestuosidad del último verso de esta bucólica:

- māiorēsque cadūnt altīs de mōntibus ūmbræ: y las sombras que caen de los altos montes se alargan.

Verlaine, veinte siglos después, estableció en precepto la naturalidad virgiliana: **De la musique avant toute chose**. Muy consciente de la importancia de la música, Virgilio, en la X bucólica, exclama más simplemente: **non canimus surdis!**: ¡no cantamos a los sordos!

Con la I bucólica, Virgilio ya tenía compuestas seis bucólicas: dos diálogos sueltos, dos diálogos amebeos, un diálogo amebeo modificado (la V) y un monólogo. Si componía tres monólogos más, contaría con nueve bucólicas que podrían ser ordenadas de manera intercalada: un diálogo, un monólogo, etc. El diálogo modificado en dístico ocuparía el lugar central.

La ocasión para el primero de estos nuevos monólogos se presentó a finales de octubre del 40. A Polión, amigo y protector de Virgilio, le había nacido un hijo. Además el mismo Polión había sido el gestor de una reconciliación entre Octavio y Antonio, reconciliación que había despertado intenso entusiasmo en la población. La IV bucólica es una emocionada felicitación a Polión, pero con un lenguaje profético y neopitagórico. Esto y su altísimo estilo dejaron pasmados a los lectores de la época. Después, en la antigüedad cristiana, este canto de esperanza fue interpretado como una profecía mesiánica por ciertas coincidencias de lenguaje con la Biblia. No nos admiremos si el emperador Constantino clausuró el Concilio de Nicea con la lectura de esta bucólica.

Su monólogo correspondiente, la VI bucólica, tendrá también carácter mítico. Pero si la IV había hablado de la futura edad de oro, la VI tratará del caos primitivo y de la creación. Dos sátiros y una náyade sorprenden al dios campestre Sileno y lo obligan humorísticamente a cantar, y su canto es una especie de manifiesto de la poesía moderna o neotérica, porque por boca de Sileno se celebran los temas míticos más empleados por los poetas de entonces. La bucólica es dedicada a Varo, sucesor de Polión: otra correspondencia con la IV bucólica.

Con estas dos bucólicas la visión nostálgica de una tierra totalmente transfigurada, salvada, se dilata hacia delante y hacia atrás: escatológicamente hacia adelante, esperando una renovada edad de oro y un salvador del mundo, en la IV bucólica; protológicamente, hacia atrás, en la cosmogonía y en los tiempos de los orígenes míticos, en la VI.

La bucólica correspondiente a la II, la VIII, canta también las desgracias del amor. Pero Virgilio innova; se trata más bien de dos monólogos, recitado uno por Damón, y el otro por Alfesibeo. Cada monólogo tiene igual número de versos y un ritornelo particular que se repite diez veces.

En todas sus obras Virgilio demuestra un intenso amor al cosmos y a su gloria. Lo que se mueve en la naturaleza y lo que se reposa, lo que suena y lo que calla, lo gracioso y lo magnífico, los colores y los rumores del mundo: todo le habla al alma más aun que a los sentidos; aunque nos parece que siente más los espectáculos plácidamente reposados y serenos, como si en ellos reconociera una imagen transparente de su propio ser. Por otro lado, el motivo predominante de las *Bucólicas* es evidentemente la belleza de la naturaleza, que consuela el espíritu y señala el tipo ideal de vida, es decir, el contacto asiduo y amoroso con la inocencia y salubridad de los campos.

En el año 37 Virgilio decide poner fin a su obra con una décima bucólica, de estructura completamente distinta de las otras. Los personajes son el mismo Virgilio y su amigo, el poeta contemporáneo Cornelio Galo. Aquí la convención literaria se despoja de todas las falsas apariencias de las pastorales helenísticas para desempeñar plenamente su función estética: la comunicación de los sentimientos y de las ideas de personas reales que no temen decir su nombre. Muy bien se siente que Virgilio ha evolucionado, pues empieza a buscar la felicidad de una vida rural auténtica, despojada de los maquillajes del idilio y del epigrama. El género bucólico ya le es insuficiente. **Omnia uincit Amor** (todo lo vence el amor) dice en la X bucólica como epifonema, pero se nota la búsqueda de un ideal

mayor, propio de un hombre maduro. El amor, en definitiva, es destructor y trágico si no se tiene otro ideal superior.

En las *Bucólicas*, obra compuesta durante seis años, se encuentran los versos más perfectos de Virgilio y los que más halagan a los sentidos, pero no los más profundos y sublimes, sino lingüísticamente hablando, considerados a la luz del arte elemental del lenguaje.

La disposición final de las bucólicas es más que perfecta:

- las bucólicas I y IX (diálogos sueltos) están íntimamente ligadas a la crisis del año 40;
- la II y la VIII (monólogos) cantan el amor desesperado;
- la III y la VII (amebeos) nos introducen en el mundo de la música liberadora;
- la IV y la VI (monólogos míticos) son dos revelaciones místicas: la IV del futuro y la VI del pasado;
- en el centro de esta basílica de dos naves paralelas, se sitúa la V, con el treno de Mopso y el himno de Menalcas en honor de Dafnis, el inventor mítico de la pastoral;
- la X, la última, resume el espíritu de las bucólicas y se despide con un adiós que es a la vez exaltación y autocrítica del género.

Pero la fiesta de las *Bucólicas* acaba en fuegos artificiales. Me refiero a una serie misteriosa de correspondencias numéricas. Para poder observarlas a la perfección es menester reconstruir un poco el edificio. Hay que hacer solo tres hipótesis indoloras y muy aceptables:

- que faltarían tres versos en la III bucólica;
- que faltaría un verso en la VI bucólica;
- que sobraría un verso en la VII bucólica.

Con estas suposiciones tenemos:

Bucólicas

Número de versos

I	-diálogo suelto	83	
II	-monólogo	73	
III	-diálogo amebeo	114	
IV	-monólogo de Virgilio	63	
V	-diálogo amebeo modificado en dístico	90	
VI	-monólogo de Sileno	87	
VII	-diálogo amebeo	69	
VIII	-monólogo (doble)	110	
IX	-diálogo suelto	67	
X	-conclusión	77	

Vemos que si se suman los números de versos de ciertas bucólicas correspondientes de alguna manera, el resultado siempre será: 333 (tres veces el número pitagórico perfecto):

$$\begin{array}{r}
 \text{I} + \text{II} + \text{VIII} + \text{IX} = 333 \\
 \text{II} + \text{IV} + \text{VI} + \text{VIII} = 333 \\
 \text{I} + \text{III} + \text{VII} + \text{IX} = 333 \\
 \text{III} + \text{IV} + \text{VI} + \text{VII} = 333 \\
 \text{I} + \text{II} + \text{III} + \text{IV} = 333 \\
 \text{VI} + \text{VII} + \text{VIII} + \text{IX} = 333 \\
 2 \times \text{I} + \text{V} + \text{X} = 333
 \end{array}$$

Si damos una letra algebraica al número de versos de cada bucólica, podemos explicar muy bien el cálculo de Virgilio para las seis primeras equivalencias. Sabiendo que:

$$\begin{array}{ll}
 a + b = f + g & a + c = f + h \\
 c + d = h + i & b + d = g + i
 \end{array}$$

tenemos necesariamente:

$$\begin{array}{l}
 a + b + c + d = f + g + h + i \\
 a + b + h + i = c + d + f + g \\
 a + c + g + i = b + d + f + h
 \end{array}$$

La última equivalencia no se relaciona con estas fórmulas. Simplemente el número 333 está dividido por la mitad: $166 + 167$. El doble de "a", es decir del número de versos de la B.I es 166, y la suma de los versos de la B.V y de la B.X es 167.

Las *Bucólicas*, pues, rinden un abierto homenaje al pitagorismo pero también a Octavio y a Roma. El número de César era el 333 por ser la suma numérica de sus letras griegas:

$$\begin{array}{r}
 \text{K} = 20 \\
 \text{A} = 1 \\
 \text{I} = 10 \\
 \Sigma = 200 \\
 \text{A} = 1 \\
 \text{P} = 100 \\
 \text{A} = 1
 \end{array}
 \left. \vphantom{\begin{array}{r} \text{K} \\ \text{A} \\ \text{I} \\ \Sigma \\ \text{A} \\ \text{P} \\ \text{A} \end{array}} \right\} 333$$

Además, según la leyenda contada por el mismo Virgilio (*En.*, I, 265-272), el reinado de Eneas en el Lacio duró tres años; el de Ascanio, 30 años; y el de los otros descendientes de Eneas hasta Rómulo, 300 años. Es decir que el reinado de los Enéadas había durado 333 años en total.

P. Maury, en 1945, fue el descubridor de una parte de estas alternancias numéricas. Nosotros creemos haberlas completado, explicado más científicamente y corregido en parte.

Las equivalencias numéricas y la alternancia diálogo-monólogo nos confirman en la convicción de que el punto de partida de las *Bucólicas* no fue cada poema aislado, sino la idea misma de un conjunto, estructurado en sus mínimos detalles. Uno de los detalles era, paradójicamente, que cada poema fuera lo más diferente posible de los otros. Es valiosa la observación de Servio: **Qui enim bucolica scribit, curare debet ante omnia ne similes sibi sint eclogae**: quien escribe bucólicas debe procurar por encima de todo que las églogas no sean parecidas entre sí.

2. Manuscritos, ediciones y traducciones

Son más o menos 780 los manuscritos de las obras virgilianas que han llegado hasta nosotros. No es mucho si comparamos el número de manuscritos de otros autores secundarios. Paradójicamente la asidua lectura de los poemas virgilianos no ha contribuido a la conservación de los códices.

Los manuscritos más venerables por su antigüedad y belleza son siete:

- El Mediceo, conservado en la Biblioteca Mediceo-Laureniana de Florencia. Es del 494.
- El Palatino, conservado en el Fondo Palatino de la Biblioteca Vaticana. Escrito por el 500.
- El Romano, conservado también en la Biblioteca Vaticana. Es del 510-525.
- El Veronés, conservado en Verona. Escrito entre 475-490.
- El Vaticano Latino, conservado en la Biblioteca Vaticana. Su origen puede remontarse hasta el 390.
- Doce fragmentos de la Stiftsbibliothek de Saint-Gall. Del 500 aproximadamente.
- El Augusteo, conservado en parte en la Biblioteca Apostólica Vaticana y en la Staatsbibliothek de Berlín. Pertenece también a la primera mitad del s. VI.

Vemos que, en su mayoría, los manuscritos datan de la época de Teodorico. Nos complace imaginarnos que algunos de ellos hayan podido pertenecer a Boecio o a Casiodoro.

La influencia de las *Bucólicas* fue inmensa en casi todas las literaturas europeas. La naturaleza y los pastores han sido uno de los asuntos más extendidos y más universales de la temática artística. Como el género nace del tema, ha recorrido todas las manifestaciones formales de la literatura: desde el idilio hasta la novela, pasa por el romance, la elegía, la canción, y, culmina en la forma dramática, muchas veces no representable, aunque sí dialogada: la égloga.

En España, Juan del Encina llevó la poesía bucólica a la escena con su *Égloga de Plácido y Victoriano*. La lírica virgiliana culmina con la figura de Garcilaso, cuyas *Églogas* son modelos aún vigentes, tanto por el lenguaje auténticamente poético como por el acierto formal de sus composiciones. Balbuena y Meléndez Valdés son los últimos nombres destacables en la lírica bucólica española. En la novela, Sannazaro dio origen a una exuberante novelística pastoril, que en España imitan Jorge de Montemayor con *Los siete libros de la Diana*, Gil Polo con su *Diana*

enamorada, Luis Gálvez de Montalvo con la novela, solo pastoril por su atavío, *El pastor de Filida*; ni Cervantes ni Lope de Vega pudieron eludir la tentación de la moda: *La Galatea* y *La Arcadia* son sus respectivos tributos a la bucólica. Digamos por último que este género tiene una expresión de casticismo popular en las serranillas, el villancico y las églogas de Navidad.

En el Perú la influencia de las *Bucólicas* virgilianas puede rastrearse en la poetisa anónima de la *Epístola a Amarilis*, en Melgar, en Juan de Arona, en Chocano (cf. su *Égloga Tropical*), en Adán Espinosa y Saldaña (cf. sus *Eglógicas*) e, incluso, en Vallejo (cf. su *Enereida y Mayo*)¹.

Las traducciones de las *Bucólicas* al español son numerosas. Desde las clásicas de Fr. Luis de León y del Brocense hasta las actuales, que el lector encontrará en la Bibliografía.

Nuestra traducción es en verso libre. Si el lector advierte poéticos destellos en mis versos, el mérito es del propio Virgilio, pues mi principal objetivo ha sido trasladar lo más exactamente posible el sentido de las *Bucólicas*. Mi método coincide con los sabios consejos de Valentín García Yebra: “Nunca se emplearía mejor la libertad poética moderna que vertiendo los hexámetros clásicos en versículos libres, libres no solo de rima, sino también de un número fijo de sílabas y acentos. El traductor-poeta estaría así en condiciones de consagrar todas sus fuerzas a salvar las esencias y aun los accidentes del original” (*En torno a la traducción*, Gredos, Madrid, 1983, p.18).

El hexámetro puede desplegar una variedad inmensa, desde el número de sílabas, que en el tipo normal puede oscilar entre 13 y 17, hasta la alternancia de dáctilos y espondeos, que pueden aparecer en las combinaciones más diversas. Esto permitía al poeta griego o latino escribir miles de hexámetros sin caer en la monotonía. Y Virgilio, ya lo dijimos, explota al máximo todos los recursos a mano, para elaborar los hexámetros más perfectos jamás escritos. Este solemne hexámetro no tiene, pues, ninguna similitud con nuestros versos modernos. Hasta el endecasílabo parece saltarín y ligero comparado con el verso latino.

He tratado de resolver todas las dificultades del texto, sin atiborrarlo con notas a pie de página. Para ello he preparado un apartado especial para la terminología

¹ Diego de Villegas y Quevedo (1696-1751), erudito peruano (de Piura), miembro de la Real Academia Española, tradujo y comentó las *Bucólicas*. Desgraciadamente la versión se ha perdido.

botánica, para los pastores virgilianos y un índice donde uno podrá informarse de todos los nombres propios que aparecen en la obra.

Para mi traducción he usado varias ediciones que figuran en la Bibliografía, pero es justo declarar que la que más me ha servido fue la de E. de Saint-Denis (“Les Belles Lettres”). El P. Donato Jiménez me ha ayudado con frecuencia en corregir mi traducción. Su amistad y colaboración me son invaluable. Fernando Rodríguez y Biagio D'Angelo me brindaron también un apoyo decisivo. Gracias a todos ellos y a mi Universidad Católica Sedes Sapientiae, que sabe valorar muy bien la cultura clásica.

3. Los pastores de las *Bucólicas*

Títiro, Τίτιρος, parece ser sinónimo de Σάτιρος y proviene de σαίρω: mover la cola, halagar. Cuatro bucólicas lo citan, y en dos es protagonista. En B.I es el personaje feliz y un poco egoísta que comparte el diálogo con Melibeo. Nos cuenta haber sido marido de la pródiga Galatea, cambiada después por la bella y hacendosa Amarilis. La B.VI es el monólogo de Títiro, quien recita el “canto de Sileno” y rinde homenaje a Varo y a Galo. Aquí Títiro representa muy claramente a Virgilio. En B.VIII, entre varios “imposibles”, figura el que Títiro sea un Orfeo o un Arión: modestia virgiliana. En B.IX, Títiro es un pastor a las órdenes de Menalcas, oficio que también parece desempeñar en B.III y B.V.

Melibeo, Μελίβοιος (de μέλω, ocuparse, y βούς, buey: el boyero), es el triste pastor despojado de sus tierras, que dialoga con Títiro en B.I. Él también es quien habla en toda la B.VII, la del concurso entre Coridón y Tirsis. Se lo menciona en B.III y B.V.

Coridón, Κορίδων (de κέραια, cuerno: el cervato), es el infortunado amante de Alexis y el cantor de la B.II. En B.VII compite con Tirsis y acaba ganador.

El nombre del bello **Alexis**, Ἀλέξις, significaría “el que aleja o protege” (de ἀλέω: alejar, defender). Figura en las mismas bucólicas donde aparece Coridón (B.II y VII).

Menalcas, Μενάλκας (de μένος y ἀλκή: el muy fuerte o el de mente gallarda), es protagonista de B.III y B.V. En B.III es un joven atrevido que desafía a Dametas. En cambio, en B.V es un sereno pastor, mayor que su compañero

Mopso, ante el cual canta la apoteosis de Dafnis. Al declararse Menalcas autor de B.II y B.III, Mopso le regala un valioso cayado. Virgilio no ha podido representarse mejor, y lo mismo hace en las dos últimas bucólicas. En B.IX es el poeta despojado de sus tierras y de quien hablan con mucho aprecio Licidas y Meris. Estos, incluso, citan cuatro pequeños poemas compuestos por Menalcas. En B.X Virgilio consuela a Galo disfrazándose bajo el mismo nombre. No tiene mayor trascendencia el moreno Menalcas que desdeña a Coridón en B.II.

Dametas, Δάμητας (de δαήτης = δῆτοξ: el popular o pueblerino), es el pastor de B.II que obsequia, al morir, una flauta a Coridón. En B.V es amigo de Menalcas, pero en B.III es desafiado violentamente por este a un concurso amebeico. Aquí nos confiesa ser dependiente de Egon y enemigo de Damon.

Palemon, Παίμων (de παλῆω, luchar), es el solemne juez del concurso entre Menalcas y Dametas en B.III.

Mopso, Μόψος (que quizá equivalga a μῦσος, pimpollo), desarrolla el himno fúnebre de Dafnis en B.V. En B.VIII es el esposo de Nisa, quien había abandonado a Damon.

Dafnis, Δάφνις (baya de laurel), es quien invita a Melibeo para asistir al concurso entre Coridón y Tirsis en B.VII. **Tirsis**, Τίρσις (de τίρσοξ, tirso), acaba perdiendo.

Damon, Δάμων (de δάμων, perito experto), es el pastor que canta el amor perdido de Nisa en B.VIII. En B.III solo se habla de su macho cabrío.

Alfesibeo, Ἀλφειβοίος (de ἀλέω y βούς: boyero), narra en B.VIII los versos encantatorios de una mujer para hacer volver a su amante Dafnis. En B.V es un bailarín.

Licidas, Λικιδάς (de λυκάξ, lobo), es el amado de Tirsis en B.VII, pero en B.IX desempeña el importante papel del amigo de Meris, con quien lamenta la suerte de Menalcas.

Meris, Μοίρις (de μοίρα: el afortunado), es un dependiente de Menalcas en B.VIII. Junto con Licidas es el protagonista de B.IX.

Amarilis, Ἀμαρίλις (quizá de ἀράρα, arroyuelo), es la mujer de Títiro en B.I, la amiga de Meris y Licidas en B.IX y la compañera de Alfesibeo en el

encantamiento de B.VIII, donde ella misma parece ser la que recita la última estrofa. En B.II figura como pretendida de Coridón y, en B.III, de Dametas.

Estos quince pastores participan de una u otra forma en los diálogos de las *Bucólicas*. Pero hay otros que aparecen únicamente mencionados. En orden de aparición, son los siguientes:

Galatea, Γαλατεια (blanca como la leche), es una pastora pródiga (B.I) y coqueta (B.III y IX).

Amintas, Ἀμιντας (de ἀμύνω: defender, alejar: el defensor), es un aficionado a la música (B.II), pero inferior a Mopso (B.V). Es un bello moreno (B.X) que despierta la pasión de Menalcas (B.III). En B.II Coridón manifiesta que “el necio Amintas” lo envidió por un regalo de Dametas.

Iolas, Ἰολα (¿pequeña violeta, flecha, rebaño?), es un rico pretendiente de Alexis (B.II). Filis llama “hermoso Iolas” a Menalcas (B.III). **Testilís**, Τηστιλίσ (suplicante), es la sirvienta que prepara el **moretum** para Coridón (B.II).

Egon, Ἐγών (de αἶξ, cabra), es el amo de Dametas (B.III), originario de Licto (B.V).

Micon, Μικων (¿de μίκνυμι: mezclar?), es un jovenzuelo devoto de la diosa Diana (Delia), en B.VII. Pero en B.III es un propietario de viñas, las que Menalcas destruye.

Néera, Νεαιρα (νεαιρα, última), es una pastora cortejada por el amo de Dametas (B.III). **Filis**, Φυλλίς (de φύλλον, hoja: “la frondosa”), es una sirvienta de Melibeo (B.VIII), ardiente (B.III) y bella (B.X).

Alcon, Ἄλκων (de ἀλκῆ, gallardo, fuerte), es un compositor de elogios (B.V), y **Codro**, Κόδρος (nombre de un rey de Atenas), es un pastor poeta, compositor de invectivas (B.V) y de versos apolíneos (B.VII).

Estimicón (**Stimichon**, de etimología incierta) alaba los versos de Menalcas (B.V) y **Antigenes**, Ἀντιγενης (“engendrado en remplazo”), es un conocido de Mopso (B.V).

Cromis, Κρωρίς (de κρῶμα, color), y **Mnasilo**, Μνάσιλας (“el pensador”), son los pastores que, junto con las Náyades, atan a Sileno (B.VI).

Alcipe, Ἀλκιππη (“yegua valiente”), es sirvienta de Melibeo (B.VII) y **Nisa**, Νύσα (=δέηδρον, árbol), la antigua compañera de Damon y actual esposa de Mopso (B.VII). **Delia** es una gran amiga de Menalcas (B.III).

En las *Bucólicas* figuran asimismo una perra **Liquisca**, Λυκίσκα (“lobita”), y un perro **Hífax** (de ὑλῆ, selva: “el salvaje”), en B.III y B.VIII, respectivamente.

4. Las plantas en las *Bucólicas* y en las *Geórgicas*

No se puede exigir al traductor una precisión absoluta en los vocablos botánicos. Después de veinte siglos, muchas plantas han sido introducidas en Europa, otras han desaparecido o han sufrido cruzamientos, mejoramiento genético o mutaciones insospechadas. No pocas plantas fueron designadas por los romanos con un solo nombre, mientras que ahora preferimos separarlas. Por otro lado el nombre corriente latino que se usaba no coincide necesariamente con nuestra terminología técnica, que sigue empleando el latín para géneros y especies.

A pesar de todo, hemos buscado la máxima precisión, y aquí damos el elenco completo de las plantas de las dos primeras obras de Virgilio. Con ellas recorreremos casi todos los órdenes de los Embriófitos, sin contar a las algas (Clorofíceas) y hongos (Eumicetos).

Los Embriófitos se dividen en Pteridófitos (con los helechos, que obstaculizan las labores) y Fanerógamas, con órganos sexuales más o menos aparentes. Los macrosporangios pueden estar al descubierto (Gimnospermas) o contenidos en el ovario (Angiospermas).

De las Gimnospermas, Virgilio sólo nombra siete Coniferinas, que son los árboles más altos y longevos, de clima frío: el **tejo** (*Taxus baccata*), reconocible por sus arillos rojos y carnosos; el **abeto** (*Abies spp.*), “el árbol más bello de los altos montes”; el **pino** (*Pinus spp.*), árbol sagrado, propio de Pan, y “el más bello de los huertos”; de la combustión lenta de la tea de pino se sacaba la pez, sustancia negra muy viscosa, de múltiples usos; el **ciprés** (*Cupressus sempervirens*), árbol de Silvano; la **picea** (*Picea excelsa*); el **cedro** (*Cedrus Libani*); el **enebro** (*Juniperus communis*), con cuyas bayas o conos, no propiamente frutos, se aromatizaba la ginebra. Virgilio dice que su sombra es dañina; la verdad es que las coniferinas

admiten muy pocos huéspedes a sus sombras. Virgilio también nos dice que los tejos eran nocivos para las abejas, quizá por las enormes nubes de polen que producen en la primavera.

Las Angiospermas están representadas, primero, por las Dicotiledóneas, divididas en Archiclamídeas (con perianto relativamente poco evolucionado) y Metaclamídeas (perianto doble).

Las Archiclamídeas están evocadas por varios órdenes. Las Fagales, por ejemplo, a las que pertenecen las especies latifolias más importantes de Europa. Son los árboles preferidos por Virgilio: el **haya** (*Fagus siluatica*), bajo cuyas sombras los pastores virgilianos gustan descansar; sus numerosas hojas cubren por completo el suelo en otoño; el **roble** (*Quercus robur*) y la **encina** (*Quercus ilex*); el **castaño** (*Castanea sativa*), el árbol de hoja caduca más longevo. Los frutos de estos árboles -hayucos, bellotas y castañas respectivamente- son parecidos: la base leñosa de la flor se transforma en una cúpula protectora -espinosa en el hayuco y en la castaña- alrededor de la semilla. Las bellotas eran el principal alimento de cerdos y bueyes; también lo había sido de la gente primitiva antes del invento de la agricultura. En invierno las bellotas se conservaban en agua. El roble era quizá el árbol más sagrado de las civilizaciones indoeuropeas y estaba consagrado a Júpiter. En muchas fiestas el pueblo se coronaba con ramos de roble. Este personificaba también a las Hamadriades. Otras Fagales son el **aliso** (*Alnus spp.*) y el **avellano** (*Corylus avellana*). Este último no era recomendable como tutor de la vid por tener largas raíces y muchos chupones.

El orden de las Miricales nos presenta el **tamarisco** (*Myrica spp.*) y el de las Juglandales, el **nogal** (*Juglans regia*). El novio, en su matrimonio, acostumbraba echar nueces a los niños.

De las Salicales tenemos el **álamo blanco** o **chopo lombardo** (*Populus alba*), “el árbol preferido por Hércules” ya que con él se coronó al salir de los Infiernos, vencedor del Cerbero; y el **sauce** (*Salix caprea*), que ama el agua y cuyas ramas se usan como mimbre. De las Urticales tenemos el **olmo** (*Ulmus procera*), con frutos en sámara, que servía de apoyo a la vid; el **moral** (*Morus nigra*) y el **almez** (*Celtis Australis*).

A las Euforbiales pertenece el señorial **plátano** (*Platanus orientalis*), que es muy distinto del banano. Su fruto es un seco aquenio (“que no se abre”) no comestible: quizá por esto Virgilio lo llama “estéril”.

El **laurel** (*Laurus nobilis*), planta de Apolo, el **botón de oro** o **calta** (*Caltha palustris*) y la **sardonía** (*Ranunculus sceleratus*) pertenecen a las Policárpicas. El jugo amargo de esta última yerba, la sardonía, provoca contracciones en los labios, análogas a las de la risa. De ahí la expresión “risa sardónica”. Son también Policárpicas el **canelo** (*Cinnamomum cassia*), cuya corteza, la canela, era usada por los elegantes para aromatizar el aceite (cf. Persio, II, 64); el **acónito** (*Aconitum napellus*) y el **elébora** (*Helleborus sp.pl.*). Estas dos últimas ranunculáceas tienen principios activos usados en medicina, como revulsivos e insecticidas. El elébora era un poderoso purgante (estomacal y mental).

La **gualda** (*Reseda luteola* o *sandix*) pertenece a los Roedales así como el **alelí amarillo** (*Cheriantus cheiri*) y la **amapola** (*Papaver rhoeas*), cuyas semillas servían como emoliente y condimento. Por sus efectos narcóticos se la llama “letea”, es decir, de Lete, el río del olvido. La **violeta** (*Viola odorata*) es de las Parietales. El alelí y la violeta reciben en latín el mismo nombre, *uiola*.

Las Rosales están muy bien representadas: la **rosa** (*Rosa spp.*), la **zarza** (*Rubus spp.*), la **fresa** (*Fragaria vesca* o *fragum*); árboles frutales como el **pero** (*Pirus persica*), el **manzano** (*Malus siluestris*), el **membrillo** (*Cydonia vulgaris*), el **ciruelo** (*Prunus domestica*), el **cerezo** (*Prunus avium* var. *Iuliana*), el **endrino** (*Prunus spinosa*) y el **almendro** (*Prunus amygdalus*), cuya floración abundante era indicio de grandes mieses; el **serbal** (*Sorbus domestica*), del que se sacaba un licor; el **babul** (*Acacia arabica*); las famosas legumbres: **guisante** (*Pisum sativum* var. *saccharatum*), **arveja** (*Pisum spp.*), **lenteja** (*Lens esculenta*), **haba** (*Vicia faba* var. *maior*) y **alverjilla** (*Vicia sativa*); la **alfalfa** (*Medicago sativa*), “el pasto de los medos”; el **altramuz** (*Lupinus albus*), el **yero** (*Eruum erulia*); el **meliloto** (*Melilotus officinalis*) y el **codeso** (*Cytisus nigricans*), ambos excelentes forrajes para ganadería lechera. A este último no hay que confundirlo con el árbol homónimo, cuyas legumbres son venenosas. Varios piensan que el *cytisis* virgiliano era más bien la **retama de España** (*Spartium iunceum*) o la simple **retama** (*Genista tinctoria*), de la misma familia.

A las Mirtales pertenecen el **mezereón** (*Daphne mezereum* o *casia*) y el **mirto** o **arrayán** (*Myrtus communis*), la planta de Venus, cuyos frutos o murtones son comestibles. En la tradición grecolatina el mirto tiene el triple valor simbólico de amor, muerte y feminidad. En las Malvales están inscritos el **tilo** (*Tilia europaea*) y el **algodón** (*Gossypium spp.*), “el arbusto etiópico”. El **hibiscus** virgiliano puede ser cualquier malva de los géneros *Malva*, *Althea* o *Hibiscus*.

De las Terebintales tenemos el **incienso** (Boswellia carteri) “de Saba”²; el **ésculo** o **castaño de Indias** (Aesculus spp.), el “más frondoso de los árboles”, longevo y de profundas raíces, descrito en ocho versos en *Geórg.* II, 290-297; el **limón** (Citrus limon), que también merece una descripción de diez versos en *Geórg.* II, 126-135; y el **balsamero** (Commiphora Opobalsamum), que daba una perfumada resina llamada opobálsamo. Según Plinio, solo se producía en Judea, pero fue llevada a Roma por Pompeyo. El fruto y la madera de la planta se utilizaban también como medicamentos³.

El **bonetero** (Euonimus europaeus) es un arbusto de las Celastrales. Las Geraniales nos dan el **lino** (Linum usitatissimum) y el **abrojo** (Tribulus terrestris).

Las Ramnales ostentan la **vid** (Vitis uinifera), la planta de Baco, de la que Virgilio nos describe quince variedades; el **espino** (Paliurus australis) y la **labrusca** (Vitis siluestris). Por último, las Umbelíferas poseen la **yedra** (Hedera spp.), la **férula** (Ferula spp.), el **apio** (Apium graecolens), el **hinojo** (Foeniculum uulgare o anethus), el **gálbano** (Ferula galbanifera), que produce una gomorresina aromática que entraba en la composición del perfume que quemaban los judíos ante el altar de oro; los arbustos **cornejo** (Cornus mas) y **boj** (Buxus sempervirens).

Las Metaclamídeas de Virgilio entran en ocho órdenes. El **arándano** (Vaccinium myrtillus) y el bellísimo **madroño** (Arbutus unedo), de frutos comestibles, son Ericales. Las Ebenales solo muestran al exótico **ébano** (Diospyros spp.), cuyo nombre latino hebenum aparece por primera vez en Virgilio.

El **acanto** (Acanthus mollis), la **verbena** (Verbena officinalis), el **tomillo** (Thymus serpyllum), la **ajedrea** (Satureia hortensis), la **melisa** (Melissa officinalis), el **romero** (Rosmarinus officinalis) y la **ceriflor** (Cerinth maior) son Tubifloras.

A las Contortas pertenece la **genciana** (Gentiana lutea). Las Ligustrales se ilustran con el **olivo** (Olea europaea), el **acebuche** u **olivo silvestre** (Olea europaea var. Oleaster), la **alheña** (Ligustrum spp.), el **fresno** (Fraxinus excelsior), el “árbol más bello del bosque” y el **orno** (Fraxinus ornus).

² Esta especie produce el llamado incienso macho. El incienso hembra es producido por el Juniperus lycia, emparentado con el enebro.

³ En la Edad Media el verdadero bálsamo desapareció del mercado, siendo remplazado por el producto patológico de la Toluifera Pereirae (de las Rosales). El Papa S. Pio V por bula de 1551 autorizó en la liturgia el uso del Balsamum Peruianum o Myroxylon balsamum (también de las Rosales).

La **salimca** de *Buc.* V, 17 quizá sea una valeriana y, como tal, del orden de las Rubiales, como el **viburno** (Viburnum epulus) y el **yesgo** (Sambucus ebulus). De las Cucurbitales, Virgilio solo nos nombra el **pepino** (Cucumis sativus). Las Sinandras, por último, cuentan con el **cardo** (Carduus nutans) y la **achicoria** (Cichorium intybus), ambas plantas dañinas a los cereales, con la **escarola** (Cichorium endiuiua), con la **bardana** o **lampazo** (Arctium lappa) y con el **amelo** (Aster amellus), flor medicinal para las abejas, descrita en diez versos (*Geórg.* IV, 271-280).

Las Monocotiledóneas, segunda división de las Angiospermas, son usualmente yerbas, muchas de ellas utilísimas por sus granos o por sus flores. Del orden de las Liliifloras tenemos: la **azucena** (Lilium candidum), el **ajo** (Alium sativum), el **jacinto** (Hyacinthus orientalis), el **rusco** (Ruscus aculeatus), el **narciso** (Narcissus serotinus), el **junco** (Juncus spp.), el **azafrán** (Crocus sativus), y la **escila** (Verginea maritima). En el orden de las Ciperales está el **carrizo** o, también dicho, el **cárex** (Carex spp.).

Las indispensables Glumifloras son: la **avena** (Avena spp.), el **mijo** (Panicum miliaceum), la **escanda** (Triticum spelta), el **trigo** (Triticum spp.), la planta de Ceres, base de la alimentación romana; la **cebada** (Hordeum uulgare) y dos malas yerbas: la famosa **cizaña** (Lolium temulentum) y la **ballueca** (Avena fatua).

De las Escitamíneas tenemos el **amomo** (Amomum cardamomum) y de las Espadicifloras, la **colocasia** (Colocasia antiquorum) y la elegantísima **palma** (Phoenix dactylifera).

La identificación del *baccar* (*Buc.* IV, 19; VII, 27) sigue todavía dudosa: ¿una salvia, un nardo rústico, un ásaro, una siempreviva oriental? Lo único que se sabe con seguridad es que preservaba de la mala suerte o de los encantamientos.

J. PICASSO M.

BUCÓLICA I

Tema: Los dialogantes son dos: Títiro, modesto ganadero en tierras malas, y Melibeo, expropietario de buenas tierras. Amarilis, actual mujer de Títiro, escucha sin participar en el diálogo. Se menciona a Galatea, mujer anterior de Títiro. Melibeo cuenta sus pesares al feliz Títiro, quien había adquirido recientemente la libertad en Roma, pero con la condición de continuar trabajando la tierra como antes. Este, muy agradecido con Augusto, contrasta con Melibeo, que tiene que dejar su tierra.

Época: Muy probablemente la primera bucólica sea, cronológicamente, la sexta, después de la II, la III, la V, la VII y la IX, es decir, compuesta en el verano de 40 a.C.

Estructura: Guarda mucha semejanza con la IX: diálogo suelto con seis réplicas. Títiro habla más en la primera parte; Melibeo, en la segunda:

$$(5 + 5) + (8 + 7) + (1 + 9) + (4 + 6) + (13 + 5) + (15 + 5)$$

El apacible y lírico diálogo esconde el intenso drama de Melibeo.

La primera bucólica contiene quizá los versos más musicales de Virgilio. La primera y su correspondiente IX bucólica son las más virgilianas desde el punto de vista de sentimientos, personajes y paisajes.

La bucólica acaba con el anuncio de la tarde. En realidad, la mitad de las *Bucólicas* (I, II, VI, IX, X) tienen este mismo final, profundamente melancólico.



Fiteo in palatio reu-
 Sicut non tenui me-
 Illu'itroo Bemio Do-
 omi et Com: Hartfordie
 et Baroni
 Fabida meate



Sans auo legume sua
 sam monturis arena. ka
 Gulielmo Seymour Mar'hu
 Vicecomiti Beuchamp
 Seymour
 Petrus. de. S. W. de. S. W.

BUCÓLICA I

Melibeo

Títiro, tú, recostado al amparo de un haya frondosa,
ensayas en tu delgado caramillo silvestres melodías;
nosotros dejamos los confines de la tierra natal y las queridas campiñas;
y nos exiliamos de nuestra tierra; tú, Títiro, a la sombra, despreocupado,
enseñas a la bella Amarilis a hacer resonar el monte. 5

Títiro

Oh Melibeo, un dios nos ha creado estos ocios,
porque él será siempre para mí un dios;
un tierno cordero de nuestros apriscos ensangrentará siempre su altar.
Como ves, él ha permitido pacer tranquilas a mis vacas
y a mí mismo tocar lo que quiera en una rústica caña. 10

Melibeo

No estoy envidioso, más bien admirado. ¡Tanta agitación por doquier
hay en todos los campos! Mira cómo empujo apesadumbrado hacia adelante
a mis pobres cabras, y a esta, Títiro, a duras penas la arrastro,
pues ha abandonado hace poco, ay, en la desnuda roca a sus crías mellizas
-esperanza de la grey- paridas aquí entre los ramosos avellanos. 15
Recuerdo que a menudo, alcanzados por el fuego celestial, los robles
me predecían una desgracia. ¡Ah, si mi mente no hubiese estado entorpecida!
Pero, en fin, Títiro, dinos quién es este dios.

Títiro

Oh Melibeo, necio como soy, me figuraba que la Urbe, que llaman Roma,
era igual a esta nuestra, adonde los pastores 20
frecuentemente solemos conducir a los tiernos corderos destetados.
Así yo sabía que los cachorros eran semejantes a las perras,
así, los cabritos a su madre. Así solía comparar con lo pequeño lo grande.
Pero aquella ciudad ha elevado tanto su cabeza entre las otras
cuanto los cipreses entre los flexibles viburnos. 25

Melibeo

¿Cuál fue el motivo tan grande de tu visita a Roma?

Títiro

La libertad, que, tardía, dirigió a mí, ya despreocupado, sus miradas,
después de que mi barba caía entrecana al cortármela.
El hecho es que dirigió hacia mí sus miradas, aun después de mucho,
cuando ya Amarilis me tiene y Galatea me ha abandonado, 30
porque confesaré que mientras Galatea me tenía,
no abrigaba yo esperanzas de libertad ni guardaba mi peculio.
A pesar de que de mis rebaños muchas víctimas salían
y de que se exprimía mucho queso mantecoso para la mezquina ciudad,
mi mano nunca regresaba a casa cargada de dinero. 35

Melibeo

Me preguntaba, Amarilis, por qué, triste, invocabas a los dioses,
para quién dejabas colgar los frutos en su árbol:
¡Títiro había partido! Los mismos pinos, Títiro, te llamaban,
las mismas fuentes te llamaban, los mismos vergeles.

Títiro

¿Qué otra cosa habría hecho? Ni podía salir de la esclavitud 40
ni conocer en otro sitio a dioses tan benévolos.
Allí vi, Melibeo, al joven en cuyo honor
nuestros altares humean doce días al año.

Allí el joven, de entrada, respondió así a mi pedido:
“Apacentad los bueyes como cuando erais esclavos, domad los toros”. 45

Melibeo

¡Afortunado viejo, te quedarán entonces tus campos!
Y te serán suficientes, aunque allí aflore la desnuda piedra
por doquier, y pantanos bordeen de cenagoso junco tus prados;
desconocidos pastos no tentarán a tus ovejas preñadas
ni las dañará el contagio malsano del rebaño vecino. 50
¡Afortunado viejo, aquí, entre los familiares ríos
y fuentes sagradas, tomarás el frescor de la sombra!
Por un lado, desde el lindero vecino, el seto de sauces,
cuyas flores siempre liban las abejas hibleas,
te invitará a menudo a dormirar con su suave susurro; 55
por otro, al pie de una roca elevada, el podador cantará a los vientos.
No por ello cesarán de arrullarte entretanto
tus engreídas palomas ni las tórtolas, desde lo alto de un olmo.

Títiro

Por eso, antes los ciervos veloces pacerán en el Éter
y las olas devolverán en la playa a los desnudos peces, 60
antes, cambiando, exilados, mutuamente sus patrias,
el Parto beberá en el Arar, y el pueblo Germano en el Tigris,
antes que el rostro de aquel dios se borre de nuestra memoria.

Melibeo

Nosotros, en cambio, nos iremos, unos a donde los sedientes Africanos,
otros a Escitia, y llegaremos hasta el Oaxes, torrente gredoso, 65
o hasta los Britanos aislados por completo de todo el orbe.
¿Jamás, después de mucho tiempo, admiraré mi tierra natal
y el techo cubierto de colmo de mi choza modesta?
¿Volveré a ver mis reinos, después de algunas magras cosechas?
¿Un impío soldado poseerá estas tan bien cuidadas vegas, 70
un bárbaro poseerá estas mieses? ¡Adónde la Discordia ha conducido
a los infortunados ciudadanos! ¡Para ellos hemos sembrado los campos!
¡Injerta ahora, Melibeo, tus perales, alinea tus vides!
Pobres cabras mías, caminad, caminad, rebaño otrora fecundo;

tras este suceso ya no os contemplaré, echado en una verde gruta,
trepadas a lo lejos en una roca musgosa.
Ya no os cantaré ninguna canción. No, cabritas mías, bajo mi báculo
ya no comeréis del florido codeso ni de los sauces amargos.

75

Títiro

Aquí, al menos, habrías podido descansar conmigo
sobre la verde fronda. Tenemos fruta madura,
blandas castañas y queso fresco en abundancia;
en lontananza los tejados de las chozas humean ya en sus lomerías
y de los altos montes caen alargándose las sombras.

80

Notas

1 v.: “Enseñas, no a tocar el caramillo, sino tonadas campestres a la bella Amarilis, quien, al cantarlas, hace que resuene el bosque”. Este verso, “el más melodioso de todas las literaturas”, podría también verse: “enseñas al bosque a que repita: ¡Amarilis hermosa!”, pero la traducción nos parece demasiado romántica y además no toma en cuenta la muda presencia de Amarilis. En las pastorales era costumbre llamar bella a Amarilis (cf.: *Wcar i èss 1 A mar ul l í* de Teócr., IV, 38).

6v.: “Un dios”: Augusto, hijo adoptivo del **diuus** César.

16-17 v.: Cf. *Buc.*, IX, 14-15.

20 v.: “esta nuestra”: Mantua.

26 v.: Títiro es ya un liberto.

41 v.: “dioses tan benévolos”: plural enfático para designar otra vez a Octavio.

42 v.: “joven”: en el 40 a.C., Octavio tenía 23 años.

45 v.: no considero **pueri** como vocativo ni significando “niños”, sino “esclavos”, atributo de **pascite**.

53 v.: “el seto de sauces”: la *Salix caprea* produce abundante polen en primavera.

59-62 v.: **Adynata** (imposibilidades) muy empleadas en poesía.

69 v.: “después de algunas magras cosechas”: así traduzco **post...aliquot aristas**.

Lit.: “después de algunas aristas”.

71 v.: “un bárbaro”: había germanos y galos entre los soldados beneficiarios de las expropiaciones.

81 v.: “blandas castañas”: se comían hervidas.

BUCÓLICA II

Tema: Tiene como sujeto la pasión amorosa no satisfecha de un pastor, Coridón, por el joven Alexis. Hay mención de los pastores Menalcas, Amintas, Dametas, Iolas y de las mujeres Testilís y Amarilis. No creo que la bucólica tenga necesariamente relación con alguna aventura sentimental del poeta, a pesar de lo que cuentan Marcial, Donato, Servio y Junio Filargirio.

Época: Quizá sea la primera bucólica, compuesta entre 43 y 40, junto con la III, la V y la VII, en este orden.

Estructura: Es un monólogo de 63 versos, encuadrado por cinco versos introductorios y otros tantos conclusivos. El triste monólogo de Coridón guarda correspondencia con los nostálgicos monólogos de la octava bucólica.

El tema no era nuevo. Los idilios XXIII y III de Teócrito tratan de lo mismo, y hay versos de la bucólica virgiliana que recuerdan a los del XI idilio. En la *Antología Palatina* figura un pasaje de Meleagro, donde se habla de un bello Alexis que despierta la pasión del autor. Virgilio, empero, confiere a su poema un colorido epicúreo: la desgracia común del amor es sentirse impedido de gozar de las condiciones de la vida feliz. Vemos a Coridón insensible a la necesidad de la siesta meridiana y a la armonía natural de los seres. Además en Virgilio no se presentan los rasgos trágicos o cómicos o simplemente vulgares de Teócrito. Coridón es un pastor ingenuo pero su pasión es sincera, tumultuosa y muy seria.



*Formosum Pastor Cory-
Delicias Domini nec*

*don anteibat. Hæc
quid speraret habebat.*

Illustravit Domine D.
Bartholomæus Tabula



Francisæ Marchionessæ
merito Votiva

BUCÓLICA II

El pastor Coridón ardía de amor, sin ninguna esperanza, por el hermoso Alexis, amado por su patrón. Se dedicaba solo a ir a un bosque tupido de hayas, de copas umbrosas. Allí, solitario, con inútil esfuerzo, profería a los montes y bosques estos desconsolados lamentos:	5
“Oh cruel Alexis, ¿no te importan nada mis cantos? ¿No te apiadas en nada de mí? Acabarás por hacerme morir. A esta hora los mismos rebaños buscan sombra y frescor. A esta hora las mismas zarzas protegen a los verdes lagartos y Testilís muele ajo y tomillo, aromáticas yerbas, para los segadores cansados bajo el violento calor. Mas yo, mientras persigo tus huellas, hago resonar los huertos junto con las roncadas cigarras bajo el ardiente sol. ¿No habría sido mejor para mí soportar las iras sombrías y el orgulloso desdén de Amarilis o a Menalcas, tan moreno como él es, tan blanco como tú eres? Oh niño hermoso, no confíes mucho en tu color: las blancas alheñas se dejan caer, los negros arándanos se recogen... Me desprecias, Alexis, y no buscas saber quién soy, cuál es mi caudal en ganados, cuánta névea leche poseo: mis mil ovejas vagabundean en los montes sicilianos y ni en verano ni en invierno carezco de leche fresca. Canto las mismas canciones de Anfión, el dirceo, cuando en el acteo Aracinto, convocaba a su rebaño. Y no soy tan feo: hace poco me contemplé en las orillas del mar, mantenido en calma por los vientos; si las imágenes no mienten, no temeré a Dafnis, incluso si tú fueras el juez.	10 15 20 25

¡Ah, si por lo menos te gustara vivir conmigo en el campo polvoriento
 y en mis rústicas cabañas, flechar a los ciervos
 y empujar el rebaño de cabras hacia las hojas de malva! 30
 Junto conmigo imitarías a Pan, cantando en los bosques:
 Pan fue el primero en enseñar a soldar con cera varios caramillos;
 Pan vela sobre las ovejas y sobre sus pastores.
 No te disguste apretar el caramillo con tus bellos labios:
 para aprender a tocarlo, ¿qué no hacía Amintas? 35
 Tengo una flauta compuesta de siete canutos desiguales,
 que Dametas me dio en regalo hace un tiempo,
 y, al morir, me dijo: “Ahora tú eres su segundo dueño”.
 Así dijo Dametas, y el necio Amintas me tuvo envidia.
 Y además tengo dos cabritas encontradas en una insegura quebrada; 40
 su lana aún está jaspeada de blanco;
 secan dos ubres de oveja cada día: para ti las conservo.
 Ya hace tiempo que Testilís me ruega dejarle llevarlos consigo,
 y lo conseguirá porque mis regalos te repugnan. 45
 Ven aquí, niño hermoso: mira a las Ninfas
 traerte canastas repletas de lirios; la blanca Náyade
 para ti corta alelíos y tallos de amapola
 y junta narcisos y flores de oloroso hinojo;
 luego los entrelaza al mezereón y a otras perfumadas plantas
 y pinta los tiernos arándanos con la amarilla caléndula. 50
 Yo mismo cogeré membrillos canosos de tierna pelusa
 y castañas, que mi querida Amarilis amaba;
 añadiré cerosas ciruelas: esta fruta será también honrada.
 ¡Oh laureles y mirtos vecinos!, también os voy a cortar
 porque, juntos, soléis mezclar vuestros suaves olores. 55
 Coridón, eres un palurdo: a Alexis no le importan tus dones
 ni Iolas perderá si compites en regalos con él.
 ¡Ay desgraciado de mí! ¿Qué estoy queriendo? En mi extravío he soltado
 al Austro sobre mis flores y a los jabalíes en las límpidas fuentes.
 Ah, demente, ¿de quién huyes? También los dioses y el dardanio Paris 60
 habitaron los bosques. ¡Sea Palas quien habite en las ciudadelas
 por ella fundadas! ¡A nosotros, que nos gusten ante todo los bosques!
 La torva leona al lobo persigue; el lobo, a la cabrita;
 la retozona cabrita persigue a los codesos en flor;
 a ti, oh Alexis, yo, Coridón: su propia pasión a todos arrastra. 65
 Mira: los toros devuelven los arados colgados al yugo

y el sol declinante aumenta dos veces las sombras,
 pero a mí el amor me consume: ¿qué límites tiene el amor?”.

¡Ah, Coridón, Coridón! ¿Qué locura se ha apoderado de ti?
 Entre los olmos tu viña está mal podada, aún con excesivo follaje. 70
 ¿Por qué, más bien, no te alistás a tejer algo que te urja,
 con mimbres y juncos flexibles?
 Encontrarás otro Alexis, si este te desdeña.

Notas

9 v.: Cf. Teócr. VII, 22.

10 v.: Se trata de la preparación del **moretum**: se molía ajo, apio, ruda, culantro, tomillo y se los mezclaba con un queso seco con aceite y vinagre.

23 v.: Anfión, el dirceo: el fundador de Tebas, donde se encontraba la fuente de Dirce.

24 v.: El acteo Aracinto: monte del Ática, llamada también Acté.

27 v.: Dafnis, semidiós inventor de la pastoral, será cantado en la quinta bucólica.

40-44 v.: Cf. Teócr. XI, 34-36.

73 v.: Teócr. XI, 76: “encontrarás otra Galatea, incluso más bella”. Toda la bucólica está llena de reminiscencias de Teócrito.

BUCÓLICA III

Tema: Los pastores Menalcas y Dametas se encuentran, se lanzan invectivas y se desafían a cantar versos amebeos tomando a Palemon como juez. Este, al final, declara campeones a ambos. Se mencionan los pastores Melibeo, Egon, Dafnis, Micon, Damon, Tí tiro, Amintas, Iolas; las mujeres Néera, Galatea, Delia, Filis y la perra Liquisca.

Época: Es quizá la segunda bucólica compuesta por Virgilio, junto con las numeradas II, V y VII, entre el 43 y el 40 a.C.

Estructura: La presente bucólica es la más extensa de todas (dos versos más que la octava). Consta de dos partes equilibradas:

-Siete pares de invectivas e intervención de Palemon (59 v.)

-Doce pares de amebeos de dos versos y juicio de Palemon (52 v.)

En alguna parte de la segunda mitad faltarían tres versos (ver Introducción), quizá entre los versos 109 y 110. Su bucólica amebeica correspondiente es la séptima.

La III bucólica es el resultado de la **contaminatio** de por lo menos tres idilios de Teócrito: el I, el V y, en mayor grado, el IV. En Teócr. I, 27-60 se describe también una copa. En el Id. V compiten Lacón y Comatas delante de Morsón, ganando el segundo. Las invectivas que se lanzan antes y sus mismos amebeos usan un crudo realismo. El idilio IV, me parece, fue el más utilizado por Virgilio. En él, Coridón y Batos dialogan muy animadamente de todo un poco. Virgilio no teme copiar casi literalmente los dos primeros versos del idilio: **Dime, Coridón, ¿de quién es este ganado? ¿De Filondas?/ No, de Egon; no hace mucho me lo ha confiado.**

Virgilio ha caracterizado mejor a sus personajes. Menalcas es joven, agresivo y presuntuoso. Dametas es un hombre que no tolera la atrevida conducta del muchacho. Palemon preside el concurso con la dignidad de un magistrado romano. El estilo de la bucólica, comparado con los *Idilios*, es castísimo y alcanza un armonioso y delicado preciosismo.



BUCÓLICA III

Menalcas

Dime, Dametas, ¿de quién es este ganado? ¿De Melibeo?

Dametas

No, de Egon; no hace mucho Egon me lo ha confiado.

Menalcas

¡Oh siempre infelices ovejas, rebaño infeliz! Mientras el amo corteja a Néera y teme que ella a él me prefiera, este pastor extraño ordeña las ovejas dos veces cada hora y seca a las madres y sustrae a los corderos la leche.

5

Dametas

Recuerda que se debe ser más comedido al reprochar a un hombre. Sabemos quién, bajo la oblicua mirada de los cabros, y en qué recinto, te..., pero las Ninfas indulgentes rieron.

Menalcas

El día, seguramente, cuando me vieron mutilar con perversa podadera el huerto y las flamantes viñas de Micon.

10

Dametas

O más bien aquí, cerca de las viejas hayas, cuando quebraste el arco y las flechas de Dafnis, cuando viste, vicioso Menalcas, los presentes dados al niño y te afligiste, y habrías muerto si no le hubieras hecho algún daño.

15

Menalcas

¿Qué pueden hacer los patrones si los ladrones se atreven a tanto?
¡Forajido! ¿No te vi acaso tender trampas al macho cabrío
de Damon, a pesar de que Liquisca ladraba?
Y cuando grité: “¿Adónde se escapa este ahora?
¡Títiro, reúne el ganado!” , tú te escondías detrás de los carrizos. 20

Dametas

Al haber sido vencido él en el canto, ¿acaso me hubiera entregado
el cabro que mi flauta con sus melodías había ganado?
Si no lo sabes, aquel cabro era mío, y el mismo Damon
lo confesaba, pero decía que no podía entregármelo.

Menalcas

¿Lo ganaste tú en el canto? ¿Cuándo tuviste una flauta
soldada con cera? ¿No solías, ignorante, en las encrucijadas,
maltratar míseras canciones con tu destemplado caramillo? 25

Dametas

¿Quieres, pues, que probemos nuestras habilidades, ambos por turno?
Yo apuesto esta becerra. No se te ocurra rechazarla:
ha sido ordeñada dos veces y amamanta dos crías. 30
Tú, dime con qué prenda quieres concursar conmigo.

Menalcas

No me atreveré a apostarte algo de la grey,
porque en casa tengo a mi padre y a una injusta madrastra
y ambos cuentan dos veces al día el ganado, y uno o la otra, las cabras.
Pero apostaré una copas de haya, pues te gusta hacer locuras. 35
Confesarás, estoy seguro, que esto es mucho más valioso.
Ellas están labradas por el divino Alcimedonte;
su ágil buril ha grabado en la parte superior una parra sinuosa,
adornada de racimos que cubren una pálida yedra.
En el medio hay dos figuras: Conón... ¿y quién fue aquel otro 40
que describió con el compás a los hombres todo el ciclo de las estaciones,
la estación del segador y la del siempre inclinado labrador?
No he puesto aún en ellas mis labios, pero me las tengo guardadas.

Dametas

El mismo Alcimedonte me ha labrado dos copas:
alrededor de las asas enlazó un flexible acanto; 45
en el medio representó a Orfeo y, en pos de él, a los bosques.
No he puesto aún en ellas mis labios, pero me las tengo guardadas.
Si miras a mi becerra, no tienes por qué alabar tus copas.

Menalcas

No, no, hoy no te escaparás de mí; iré a donde me cites.
Solo se necesita un oyente que venga: aquí está Palemon. 50
Haré que ya nunca con tu voz provoques a nadie.

Dametas

Empieza, si sabes algo. No seré yo quien te demore,
y no eludo a nadie. Únicamente, vecino Palemon,
presta atención: no es sin importancia el asunto.

Palemon

Recitad, ya que estamos sentados en blanda yerba, 55
y ahora todo campo, todo árbol ahora está en parto,
ahora los bosques reverdecen, ahora es la más bella estación.
Empieza, Dametas; después será tu turno, Menalcas.
Recitaréis alternados: las Camenas aman los cantos alternados.

Dametas

¡De Júpiter, el comienzo, oh Musas! Todo está lleno de Júpiter. 60
El vela por el mundo, él vela por mis cantos.

Menalcas

¡Y a mí Febo me ama! Las ofrendas que tengo siempre son para Febo:
los laureles y el jacinto de un rojo delicado.

Dametas

La traviesa niña Galatea me lanza una manzana
y hacia los sauces se escapa, pero antes desea ser vista. 65

Menalcas

Y a mí se ofrece por sí solo Amintas, mi fuego,
de tal modo que mis perros lo conocen más que a Delia.

Dametas

Los regalos a mi amada Venus han sido paridos, pues he notado el lugar donde unas aleantes palomas su nido construyeron.

Menalcas

A mi niño envié lo que pude: diez doradas manzanas,
recogidas de un árbol del bosque; otras tantas le enviaré mañana.

Dametas

¡Oh cuántos y cuáles coloquios conmigo Galatea ha sostenido!
¡Oh vientos, llevad algunos al oído de los dioses!

Menalcas

¡A qué me es útil, Amintas, que no me desprecies,
si, mientras tú persigues al jabalí, tengo que vigilar las redes!

Dametas

Iolas, mándame a Filis: es mi aniversario.
Tú, ven cuando sacrifique una ternera por mis cosechas.

Menalcas

Amo a Filis más que a nadie, pues ha llorado por mi partida
y lánguidamente dijo: “Adiós, adiós, hermoso Iolas”.

Dametas

Funesto es el lobo a los establos, la lluvia a las mieses maduras,
el viento a los árboles, las iras de Amarilis a mí.

Menalcas

Dulce es el agua a los cultivos, el madroño a los cabritos destetados,
el flexible sauce a la oveja preñada, sólo Amintas a mí.

Dametas

Polión ama a mi Musa, aunque sea campesina.
¡Pastad, oh Piérides, una becerra para vuestro lector!

Menalcas

Y Polión también compone originales versos: pastad un toro
que ya cornee y con sus patas esparza la arena.

Dametas

Quien te ame, Polión, que llegue a donde celebra que ya has llegado,
que para él fluya la miel y que la zarza produzca amomo.

Menalcas

Quien no odia a Bavio, que ame tus poemas, oh Mevio,
y que además, unza zorras y ordeñe cabros.

Dametas

¡Oh niños que cogéis flores y fresas rastreras,
huid de aquí! ¡Una fría serpiente se esconde en la yerba!

Menalcas

¡Oh ovejas, no os alejéis demasiado! Es insegura la orilla:
el mismo carnero todavía se está secando el vellón.

Dametas

Aparta, Tí tiro, del río las cabras que pacen;
yo mismo bañaré a todas en la fuente cuando sea oportuno.

Menalcas

Reunid, niños, las ovejas; si el calor, como antes,
les corta la leche, en vano ordeñaréis sus ubres.

Dametas

¡Ay, ay! ¡Cuán flaco tengo a mi toro en el yero feraz!
El amor es funesto al rebaño y también al pastor del rebaño.

Menalcas

El amor no es responsable que a estos la piel les cuelgue apenas del hueso.
No sé qué ajojo me hechiza los tiernos corderos.

Dametas

Dime en qué sitio el espacio celeste se presenta
no más ancho de tres brazos, y serás para mí el gran Apolo.

Menalcas

Dime en qué sitio las flores nacen con la inscripción
de nombre de reyes, y tú tendrás a Filis.

Palemon

No me concierne decidir en vuestras graves disputas.
Tú y él merecéis la becerra, y cualquiera que tema
los dulces amores o experimente su amargura.

Ahora, muchachos, cerrad las acequias: los prados bastante han bebido.

Notas

13 v.: Aquí Dafnis es un pastor, no el semidiós de la pastoral.

25-27v.: “flauta soldada con cera”: es la **fistula** o siringa, compuesta de varios tubos de caña, sujetos a veces con cera. El caramillo, **stipula**, tiene un solo tubo.

32-34 v.: Iguales circunstancias ocurren al Menalcas del idilio VIII.

37 v.: Alcimedonte: artista desconocido.

40 v.: Conón: célebre astrónomo. El “otro” astrónomo sería Eudoxo de Cnido o Nigidio Fígulo.

43 y 47 v.: Verso similar en Teócr., I, 59-60

59 v.: Los amebeos de los pastores son doce pares que siguen un paralelismo temático: 1. invocación a los dioses tutelares; 2. evocación de amoríos; 3. comparación de regalos; 4. penas de amor; 5. escenarios eróticos; 6. amigos y enemigos del campo; 7. elogio de Polión; 8. amistades y rivalidades literarias; 9. peligros del rebaño; 10. ocupaciones pastoriles; 11. piedad por los animales enfermos; 12. adivinanzas.

60 v.: “De Júpiter, el comienzo”: Los *Fenómenos* de Arato y el idilio XVII empiezan con la misma fórmula: Ἐκ Διὸς ἀρχόμεθα: “empecemos de Zeus”, frase muy común.

63 v.: “los laureles y el jacinto” evocan las metamorfosis de Dafne y de Jacinto, amados por Febo.

67 v.: Delia: ¿una pastora o Diana (Luna), diosa de la caza?

73 v.: Es un reproche velado: “ojalá que sus promesas hayan sido oídas por los dioses, para que estos la obliguen a cumplirlas”.

77 v.: “cuando sacrifique una ternera por mis cosechas”: en las Ambarvales, fiesta en la que se observaba continencia.

79 v.: Menalcas responde a Dametas, asumiendo el papel de Iolas.

80-81 v.: Cf. Teócr. X, 30-31.

90 v.: Bavio sería M. Vavio, muerto en Capadocia en 35 a.C. (según S. Jerónimo). Mevio sería el **olens** (apestoso) Mevio, satirizado por Horacio en *Epodos*, X. Ambos pertenecían a la vieja escuela poética, despreciada por los neotéricos.

104-107 v.: Se han propuesto varias soluciones a las adivinanzas. Para la primera: 1. El **caeli spatium** sería el “espacio de Celio”, pródigo mantuano a quien sólo le quedaron tres brazos de tierra para su sepultura. 2. El cielo que se veía desde el espacio abierto en el techo del templo de Júpiter en el Capitolio o desde el fondo de un pozo. Para la segunda: se creía leer en los pétalos del jacinto las letras griegas A e I (iniciales de Αἰῶς, Áyax, hijo de Telamón) o la Y (inicial de Ἰακίνοος, Jacinto, hijo de un rey de Lacedemonia).

BUCÓLICA IV

Tema y época: El 5 de octubre del 40 a.C. se firmó la paz de Brindis entre Augusto y Antonio. El gran negociador de esta paz fue el cónsul C. Asinio Polión, amigo íntimo de Virgilio. El entusiasmo de la población fue general y profundo. La estrella más brillante de la constelación Virgo (Astrea, Erígone o Justicia) había aparecido el mismo día de la firma del tratado. A fines del mismo mes de octubre le nació un hijo a Polión, al que llamó Salonino. Virgilio había sido iniciado en el neopitagorismo. Según esta doctrina, un oráculo sibilino había dividido la historia del universo en edades o siglos, designados con el nombre de un metal. En la primera edad, la de oro, reinaba Saturno en paz universal y el trabajo era innecesario. Se la llamaba también el “gran año”, con sus respectivos “grandes meses”. Durante ella, los astros, desubicados un poco por cataclismos anteriores, retomaban su posición original. La última edad, la de hierro, era el reinado de Apolo (que personificaba Augusto). Virgilio, contagiado por el entusiasmo, aprovecha el nacimiento de Salonino para dedicar su cuarta bucólica (cronológicamente la séptima) a Polión (noviembre del 40). Le declara, en resumen, que su hijo, nacido en la última edad, verá, de adulto, la edad de oro y la reimplantación de la Justicia (la Virgo).

Estructura: Siguiendo la alternancia monólogo-diálogo, la IV bucólica es un monólogo encuadrado por tres versos de introducción y cuatro finales de invocación al niño festejado. A su espíritu escatológico hace correspondencia el monólogo protológico de la VI bucólica.

La IV bucólica es la más breve de todas, pero también la más densa, elevada y quizá la más famosa. Este canto de esperanza continúa siendo un mensaje inmortal de la esperanza humana. Pero, debido al nacimiento de Cristo durante Augusto y a varias palabras y expresiones con resonancias bíblicas, los cristianos le atribuyeron por muchos siglos profecías mesiánicas.

Conviene saber que Horacio había tratado el tema de la edad de oro en el epodo XVI, compuesto poco antes de la IV bucólica, durante la guerra de Perugia. En el epodo horaciano es constante el pesimismo: la edad de oro se sitúa en las Islas Afortunadas y hay que huir de Italia para alcanzarla.

Virgilio y Horacio, cantan el **otium** feliz, aunque por razones diferentes: en Horacio, por el odio al presente; en Virgilio, por la confianza en el futuro. El arte de Virgilio estriba en transformar en esperanza el lugar común que los contemporáneos usaban para manifestar su decepción y desesperanza.

BUCÓLICA IV

¡Cantemos, Musas sicilianas, asuntos un poco más altos!
No a todos gustan los huertos y los humildes tamariscos:
si cantamos los bosques, ¡que los bosques sean dignos de un cónsul!

Por fin ha llegado la última edad de la profecía de Cumas.
Íntegro renace el gran orden de los siglos. 5
Por fin también regresa la Virgen, los reinos de Saturno regresan,
por fin una nueva generación desciende del alto cielo.
Casta Lucina, ya reina tu hermano Apolo;
tú, solo ayuda al nacimiento del niño, con el que cesará, primero,
la progenie de hierro y, después, surgirá el linaje de oro en el mundo. 10
Bajo tu consulado, el tuyo, oh Polión, esta edad gloriosa empezará;
bajo tu comando los grandes meses su curso inaugurarán.
De nuestra perversión aún quedan algunos vestigios,
pero su eliminación libraré a la tierra de su perpetuo terror. 15
El niño recibirá una vida divina y verá a los héroes
mezclados con los dioses, él mismo se verá con ellos
y gobernará al mundo pacificado por las virtudes de su padre.
Y como primeros regalos, oh niño, la tierra, sin labor alguna,
te prodigaré yedras errantes por doquier y bácaras 20
y colocasias mezcladas con el sonriente acanto.
Por sí solas las cabritas traerán a casa sus ubres henchidas de leche
y el rebaño vacuno no temerá los grandes leones.
Por sí sola tu cuna derramará para ti bellísimas flores.
Morirá la serpiente y morirá la yerba de insidioso veneno. 25
Por doquier brotará el amomo asirio.
Luego, apenas puedas leer las hazañas de los héroes

y las gestas de tus ancestros, y puedas conocer qué es el valor,
el campo se dorará de espigas de suaves aristas;
rojos racimos de uva colgarán de los abrojos salvajes;
la dura madera del roble destilará un rocío de miel. 30
Subsistirán, empero, algunos vestigios de la antigua malicia
que impulsen a los hombres a desafiar a Tetis, a ceñir con muros
las ciudades, a hender la tierra con surcos.
Habrá entonces un segundo Tifis y una segunda Argo
que trasporte a héroes escogidos; habrá también otras guerras 35
y de nuevo será enviado a Troya un gran Aquiles.
Y, cuando la edad adulta haya hecho de ti un gran hombre,
el viajero por sí mismo renunciará al mar, y el pino flotante
no intercambiará mercancías: toda tierra producirá de todo.
El campo no sufrirá más las azadas, ni la viña los podones. 40
También el robusto labrador desatará el yugo a los toros;
la lana no aprenderá a mentir con polícromas tinturas,
sino que, en los prados, tomará el vellón de los carneros
el delicado color del múrice o el amarillo de la gualda;
por sí solos, los corderos en el pasto se revestirán de escarlata. 45
“¡Apuraos! ¡Hilad tales siglos!”, dijeron a sus husos las Parcas,
de acuerdo con la voluntad inmutable de los Hados.
Ese será el momento de ingresar a los grandes honores,
¡oh vástago querido de los dioses, gran plenitud de Júpiter!
Mira al mundo, a la tierra, al mar inmenso 50
y al cielo sublime gravitar bajo el peso de la bóveda celeste;
mira cómo todo exulta al acercarse el nuevo siglo.
¡Ah, que pueda prolongarse el fin de mi vida
y quedarme inspiración suficiente para cantar tus hazañas!
Nadie me ganaría con sus cantos, ni el tracio Orfeo ni Lino, 55
aun asistidos aquel por su madre, y este por su padre:
Orfeo por Calíope, Lino por el hermoso Apolo.
Incluso Pan, delante de la Arcadia como juez, no podrá competir conmigo;
incluso Pan, delante de la Arcadia como juez, se declarará vencido.

Comienza, mi pequeño, a reconocer por su sonrisa a tu madre 60
-nueve meses acarrearón continuas molestias a tu madre-,
comienza, mi pequeño: a quien no sonrieron sus padres
ningún dios lo juzga digno de su mesa, ninguna diosa, de su lecho.

Notas

1 v.: El verso expresa una necesidad urgente de superación y renovación del género bucólico.

4 v.: “profecía de Cumas”: la colección de los oráculos sibilinos había sido destruida en parte durante el incendio del Capitolio en 83 a.C. Durante la dictadura de César se puso en circulación un nuevo texto. La alusión de Virgilio tendría, por esta circunstancia, un interés de actualidad.

5 v.: “Sobre los diversos movimientos de los planetas han basado los matemáticos lo que llamaron el Gran Año (**Magnum Annum**), que es completado cuando el sol, la luna y las estrellas dichas o los cinco planetas, una vez acabadas sus trayectorias, han vuelto a ocupar las mismas posiciones relativas los unos respecto de los otros” (Cicerón, *N.D.*, II, 20, 51). El Gran Año ha sido calculado diversamente: 4.000 ó 10.000 años comunes. Este Gran Año se dividía en “siglos” o edades.

6 v.: “la Virgen”: la constelación de Virgo apareció el mismo día de la paz de Brindis. Se sabe que la Justicia abandonó la Tierra cuando apareció la edad de hierro.

7 v.: el verso 286 de los libros Sibilinos dice: “Y entonces Dios, del cielo, enviará un rey a la tierra”. Pero Virgilio se refiere a toda la raza humana que vivirá la edad de oro y que procederá del cielo.

15-16 v.: Dioses, héroes y hombres vivirán juntos en la edad de oro (Cf. Hesíodo, *Los Tr. y los Días*, 112).

19 v.: Es casi imposible identificar el **baccar**, que traducimos bácara, como llamamos a una salvia.

32 v.: “desafiar a Tetis”: habrá gente que se dedique todavía a la navegación comercial.

34-35 v.: Habrá guerras como las descritas en las *Argonáuticas* de Apolonio o en la *Iliada*.

37 v.: “pino flotante”: barco.

46 v.: Recuerdo de Catulo (64, 326-327): “Pero vosotras (las Parcas), hilad estirando los hilos a los que obedecen los Hados; hilad, husos”.

49 v.: “oh gran plenitud de Júpiter” (**magnum Iouis incrementum**): Aquí **incrementum** es casi sinónimo de **suboles** (vástago). Todo nacimiento es un crecimiento de familia; al empezar la edad de oro, la humanidad será enteramente divina y un nacimiento humano “incrementará” al creador divino.

51 v.: Alusión al movimiento regular y eterno del universo, a la “estabilidad en el movimiento” de la gravitación universal, restablecido en la edad de oro.

61 v.: El texto dice “diez meses”, pero los latinos contaban la duración hasta el mes en que se producía el parto. Sabemos que el embarazo humano dura en promedio

cuarenta semanas o 280 días. Para meses de treinta días el parto se produciría en el décimo día del décimo mes. Por otro lado, si se calcula con el mes lunar (28 días), el parto sucedería efectivamente el décimo mes.

63 v.: Alude a los privilegiados de la mitología que fueron admitidos a la mesa de los dioses (como Ganimedes) o al lecho de una diosa (como Anquises).

BUCÓLICA V

Tema: Dos pastores, el poeta Menalcas y el músico Mopso, se encuentran y, sentados dentro de una pintoresca gruta, cantan a Dafnis, semidiós, inventor de la pastoral. Mopso entona un treno o himno fúnebre, mientras que Menalcas corresponde con un himno de apoteosis. Se mencionan muchos pastores: Amintas, Alcon, Codro, Tí tiro, Estimicón, Dametas, Egon, Alfesibeo, Coridón, Alexis, Melibeo y Antigenes, y la mujer Filis.

Época: corresponde al primer grupo de bucólicas compuestas entre el 43 y el 40, pero ciertamente después de la II y de la III, puesto que las cita.

Estructura: El diálogo amebeo suelto adopta una nueva forma: en vez de cortas estrofas alternadas, se presentan dos largos parlamentos de igual extensión. Luego de nueve versos preparatorios, la estructura es perfectamente simétrica:

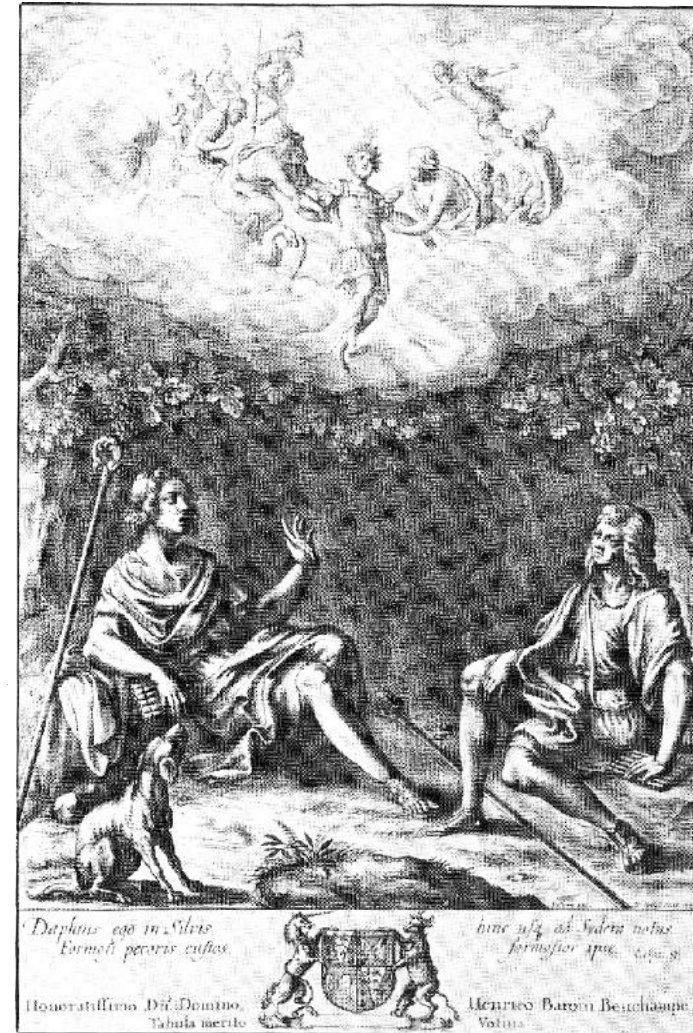
-dos réplicas (9 versos)
+
-una réplica (6 v.) + [4 v. + 25 v. de Mopso]
+
-una réplica (11 v.)
+
-[25 v. de Menalcas + 4 v.] + una réplica (6 v.).

Esta bucólica-díptico fue ideal para figurar en el centro de las nueve bucólicas correspondientes. El elogio al inventor de la pastoral no ha podido tampoco figurar en mejor sitio. La influencia de Teócrito es innegable. Su primer idilio nos muestra al pastor Tirsis cantando a Dafnis en casi ochenta versos. Dafnis, como otros tantos personajes fabulosos de los que se ocuparon los alejandrinos, pertenecía al folclor y a la mitología siciliana. En Teócrito vemos a Afrodita irritada por la indiferencia

de Dafnis a su amor; la diosa se venga ordenando a Eros que le inocule una pasión violenta; Dafnis prefiere morir antes de someterse a la diosa.

En lo referente a la estructura, Virgilio se inspiró en el VI idilio, donde Dafnis (un pastor) y Dametas hablan extensamente una vez cada uno, sobre Polifemo.

Muchos estudiosos en la Antigüedad quisieron ver, sin mucho fundamento, en el Dafnis virgiliano una alegoría de Julio César, Varo, Catulo e incluso de Salonino y del hermano de Virgilio...



BUCÓLICA V

Menalcas

Mopso, ya que nos hemos encontrado y ambos somos hábiles,
tú en soplar delgados caramillos, yo en recitar versos,
¿por qué no sentarnos juntos aquí en medio de los olmos y avellanos?

Mopso

Tú eres el mayor, Menalcas, y me da lo mismo obedecerte
en colocarnos bajo las móviles sombras meneadas por los Céfiros
o más bien dentro de la gruta. Mira cómo aquí y allá,
la salvaje labrusca tapiza la gruta con racimos.

5

Menalcas

En nuestras montañas, solo Amintas rivaliza contigo.

Mopso

¿Qué hay de extraño, si es capaz de disputar a Febo el premio del canto?

Menalcas

Empieza, Mopso, primero, ya quieras tratar del ardiente amor de Filis
o de los elogios de Alcon o de las invectivas de Codro.
Empieza: Títiro cuidará las cabras que pacen.

10

Mopso

No, mejor ensayaré aquellos versos que, en la verde corteza de un haya,
escribí anotando la música adecuada.
Después de ello, ¡invita a concursar a Amintas conmigo!

15

Menalcas

Así es el blando sauce sobrepujado por el pálido olivo,
y la humilde valeriana, por los purpúreos rosales,
como, en mi opinión, Amintas es vencido por ti.
Más concéntrate, muchacho, que ya estamos dentro del antro.

Mopso

A Dafnis, extinto por muerte cruel, lloraban las Ninfas
-vosotros, avellanos y torrentes, sois testigos de Dafnis-,
mientras su madre, abrazada al lamentable cadáver del hijo,
a los dioses y a los astros calificaba de crueles.
Nadie, oh Dafnis, en esos días condujo los bueyes pastados
a las frías corrientes; ninguna bestia probó agua
ni tocó la yerba del prado. Los montes salvajes
y los bosques, oh Dafnis, nos cuentan
que los leones púnicos gimieron igualmente a tu muerte.
Dafnis también enseñó a enganchar en carros a los leones armenios;
Dafnis introdujo los tíasos de Baco
y enseñó a enlazar astas flexibles con dócil follaje.
Como la viña es el ornato de los árboles, como las uvas el de las viñas,
como los toros el de los rebaños, como las mieses el de los fértiles campos,
así eres tú el adorno de los tuyos. Después de que los Hados te llevaron,
la misma Pales y el mismo Apolo han abandonado los campos.
La funesta cizaña y las estériles balluecas brotan
en los surcos tantas veces destinados a las robustas cebadas;
en vez de la tierna violeta y del purpúreo narciso,
se levantan el cardo y el espino de puntas agudas.
Tapizad, pastores, las tierras de hojas, velad las fuentes con sombras:
tales cosas son exigidas por Dafnis.
Elevadle un túmulo, y encima colocadle estos versos:
“Yo fui Dafnis, renombrado en los bosques, de aquí hasta los astros;
fui pastor de un bello rebaño, un pastor más bello que el rebaño”.

Menalcas

Tus versos son para nosotros, oh divino poeta,
como un sueño en el prado para la gente cansada; como, en pleno calor,
apagar la sed en la deliciosa agua de un arroyuelo saltarín.
No solo igualas a tu maestro con el caramillo, sino también con la voz.
¡Afortunado joven, tú serás desde ahora un segundo Dafnis!
Pero yo entonaré también, como pueda, mis versos, alternándote,

y encumbraré a tu Dafnis a los astros:
Llevaré a Dafnis a los astros porque Dafnis también me amó.

Mopso

¿Qué don más importante puede haber para mí?
El joven dios fue digno de ser cantado,
y Estimicón ya hace tiempo me ha alabado tus versos.

Menalcas

Radiante, Dafnis admira el inimaginable umbral del Olimpo
y, bajo sus pies, contempla las nubes y los astros.
Una alegre voluptuosidad invade bosques y campos,
lo mismo que a Pan, a los pastores y a las jóvenes Dríades.
El lobo ya no ataca a la oveja, ni red alguna
insidia al ciervo: la paz deleita al benéfico Dafnis.
Los mismos montes intonsos lanzan a los astros
gritos de alegría; las mismas rocas, las mismas huertas
pregonan sus cantos: “¡Un dios, un dios es él, oh Menalcas!”
¡Otorga favores y prosperidad a los tuyos! He aquí cuatro aras:
estas dos para ti, Dafnis; para Febo, aquellos dos altares.
Te ofreceré todos los años dos copas espumantes de leche fresca
y dos cráteras de untuoso aceite de olivo
y antes que nada, para alegrar con Baco a los convivales,
verteré de las copas el vino de Ariusio, nuevo néctar,
ante el fuego si hubiera frío, a la sombra si estuviéramos en la siega.
Para mí cantarán Dametas y el lictio Egon;
Alfesibeo mimará las danzas de los Sátiros.
Se te rendirán estos honores siempre que cumplamos a las Ninfas
los votos anuales y hagamos la lustración de los campos.
Mientras el jabalí ame los montes, mientras el pez ame los ríos
y mientras el tomillo alimente a las abejas y el rocío a las cigarras.
siempre durarán tu culto, tu nombre y tus loas.
Como a Baco y a Ceres, a ti, cada año, los agricultores
te harán votos: y tú los obligarás a cumplirlos.

Mopso

¿Qué presentes ofrecerte, qué presentes, dignos de tal canto?
Porque no me deleitan más ni el Austro que silbando se avecina
ni las orillas azotadas por las olas
ni los ríos que se precipitan entre quebradas rocosas.

Menalcas

Te donaré antes este delgado caramillo:
 él me enseñó: “Coridón ardía de amor por el hermoso Alexis”
 y también: “¿De quién es este ganado? ¿De Melibeo?”

85

Mopso

Entonces toma tú el cayado que Antigenes no pudo llevar,
 a pesar de sus ruegos insistentes. ¡Y era entonces digno de ser amado!
 El cayado, de entrenudos iguales, es bello, Menalcas, y su montura
 [de bronce. 90

Notas

14-15 v.: Inscribir 25 versos en la corteza de un sólo árbol nos parece una deliciosa exageración del pastor.

20 v.: En Teócr. I, 65 ss. toda la naturaleza se aflige también cuando Dafnis está expirando.

30 v.: “tíasos”: danzas y procesiones en honor de Baco.

31 v.: “enlazar astas flexibles con dócil follaje”: fabricar tirsos, es decir, bastones envueltos con yedra y pámpanos, que se agitaban en las fiestas de Baco.

40 v.: Cf. Teócr., IX, 19-20.

45-47 v.: Teócr., I, 7-8: “Más dulce es, oh pastor, tu canto que el ruido de esa agua que allá cae de lo alto de la roca”

65-66 v.: El ara se distinguía del altar por ser más baja y por servir para quemar incienso y colocar ofrendas como vino, leche, aceite, frutas y flores. El altar, su nombre lo indica, era más elevado y soportaba la mesa de los sacrificios.

72 v.: Curiosamente se nos da el origen del pastor Egon: de Licto, ciudad de Creta.

75 v.: “lustración”: es la purificación sacramental o simbólica, por medios materiales que operan de una forma espiritual o mágica. La principal lustración se llevaba a cabo en las Ambaruales (29 de mayo). En el campo se ofrecían víctimas lactantes.

86-87.: Citas de la II y de la III bucólica.

BUCÓLICA VI

Tema: Dos pastores, Cromis y Mnasilo, y una Náyade, Egle, atan a Sileno dormido y lo obligan a cantar. El canto de Sileno se describe en estilo indirecto, salvo en catorce versos dirigidos a Pasifae. Virgilio dedica la bucólica a L. Alfenio Varo, sucesor de Polión en el gobierno de la Cisalpina. El canto de Sileno es, primero cosmogónico, luego mitológico. La protología de la bucólica se corresponde con la escatología del monólogo de la cuarta.

Época: Compuesta entre el 40 y el 39, junto con la octava, ambos monólogos.

Estructura: Doce versos dedicatorios y cinco finales encuadran la captura y el canto de Sileno.

La parte cosmogónica imita a Lucrecio en lenguaje y medios poéticos y sigue también su doctrina que, en buena parte, es la de Empédocles. Luego son evocados, más que descritos ocho temas mitológicos muy amados por los poetas alejandrinos. Entre la sexta y la séptima evocación aparece sorprendentemente la silueta de un poeta vivo contemporáneo: Galo, a quien las Musas reciben en su morada. A muchos ha desconcertado la yuxtaposición de los temas tratados por Sileno. El desconcierto se mitigaría si se considerase el doble aspecto del sátiro: borracho e inspirado, grotesco y encantador, familiar y sobrehumano. Sileno encarna la inspiración poética y la gran poesía que, entonces, era científica, cósmica y mitológica.



Primo Veracitas dignata
Nostri nec exibat

est habere nos in
curas habere nos in

Honorificum Deo Dominus
libell. n. m. m. m.

Maria Beauchamp
Belgia



BUCÓLICA VI

La primera que quiso recrearse con el verso siracusano
fue mi querida Talía, quien no desdeñó habitar en los bosques.
Mientras yo cantaba a reyes y combates, el Cintio me tiró de la oreja
para advertirme: “Tí tiro, un pastor debe apacentar
gordas ovejas, pero hilar poemas delgados” 5
Ensayaré, pues, una canción campesina con mi fino caramillo,
porque te sobrarán, oh Varo, quienes deseen cantar
tus alabanzas y narrar las funestas batallas.
No canto lo que no se me ha ordenado. Pero si alguien, alguien cautivo
también de amor, leyere esto, nuestros tamariscos y todo el bosque 10
a ti, oh Varo, a ti te cantarán. No hay página más grata a Febo
que la encabezada con el nombre de Varo.

¡Adelante, Piérides! Los jóvenes Cromis y Mnasilo
vieron en un antro a Sileno, postrado por el sueño,
con las venas hinchadas, como siempre, por el Iaco de la víspera; 15
unas coronas tejidas habían caído de su cabeza, no muy lejos,
y tenía un pesado cántaro colgado de su asa gastada.
Lo asaltan -ya que el viejo se había burlado a menudo de ambos
haciéndoles esperar un canto- y lo ligan con sus mismas guirnaldas.
Egle se asocia y anima su timidez, y Egle, la más bella de las Náyades, 20
mientras él abría los ojos, le pinta la frente y las sienes
con moras sanguíneas. Riéndose él de la trampa, dice:
“¿Por qué apretáis los lazos? Soltadme, muchachos.
Contentaos de que la victoria sea evidente.
Oíd los versos que deseáis. Los cantos serán para vosotros: 25
ella tendrá otro premio...”. Y comenzó en seguida:
entonces habrías visto a faunos y fieras danzar con cadencia,

y a los tiesos robles menear sus melenas.
Los roquedales del Parnaso no gozan tanto con Febo
ni el Rodope y el Ísmaro admiran tanto a Orfeo. 30

Él, en efecto, cantaba cómo, en el gran vacío, las simientes de la tierra,
del viento, del mar, junto con las del fluido fuego, se habían agregado;
cómo, de estos principios, habían salido todos los elementos,
y cómo la tierna materia del firmamento había tomado consistencia;
entonces el suelo empezó a endurecerse y a encerrar a Nereo en el mar, 35
y a tomar poco a poco las formas de los seres;
cantaba cómo la tierra se maravilló entonces con la luz del primer Sol
y cómo de bien alto las lluvias cayeron de las nubes suspendidas;
entonces comenzaron a surgir por primera vez los bosques,
y los animales, esparcidos, se pasaron por montes sorprendidos. 40

Luego narra la historia de las piedras lanzadas por Pirra,
del reino de Saturno, de las aves del Cáucaso y del hurto de Prometeo.
Cuenta después la fuente donde fue abandonado Hilas, dónde fue buscado
por los marinos y cómo todo el litoral resonaba con los gritos: “¡Hilas, Hilas!”
y cómo Pasifae -¡feliz si nunca hubieran existido rebaños!- 45
se consolaba con el amor de un toro blanco:

“¡Ah doncella infortunada!, ¿qué locura te poseyó?
Las hijas de Pretos llenaron el egido de imaginarios mugidos,
pero ninguna fue tan desvergonzada como para querer acoplarse con bestias,
aunque temían el yugo del arado en sus cuellos 50
y buscaban a veces los cuernos en sus lisas frentes.

¡Ah, doncella infortunada!, tú vagabundeas ahora por los montes,
y él, aplastando los blandos jacintos con sus niveos flancos,
rumia, bajo la negra encina, el amarillo pasto.
Ninfas de Dicte, cerrad, oh Ninfas, 55
cerrad ahora los claros de los bosques,
no sea que nuestras miradas se enfrenten
con el andar vagabundo del toro; quizá algunas vacas
lo conduzcan a los pesebres de Gortina
o quizá sea seducido por la verde grama o siga algún rebaño”. 60

Luego canta a la niña que admiraba las manzanas de las Hesperias.
Luego envuelve a las hermanas de Faetón con amarga corteza
y las hace surgir del suelo como alisos esbeltos.
Luego canta cómo una de las hermanas condujo hacia los montes aonios

a Galo, que erraba por los ríos del Permeso; 65
y cómo, en honor de este varón, todo el coro de Febo se puso de pie;
cómo Lino, el pastor del canto divino, con la cabeza adornada
de flores, de amargos apios silvestres, le dijo estas palabras:
“Ea, recibe estos caramillos que te ofrecen las Musas,
que otrora los dieron al anciano de Ascra; este, cantando con ellos, 70
solía hacer bajar de los montes a los duros fresnos.
Canta con ellos el origen del bosque de Grinio
porque no hay floresta que más glorifique a Apolo”.

¿Qué hablaré de Escila, hija de Niso, cuya tradición es
que, con sus blancas ingles ceñidas de monstruos ladrantes, 75
maltrató las naves de Duliquio y, ¡oh desgracia!, dilaceró
a los aterrorizados navegantes con sus perros marinos.
¿O hablaré de cómo narró la metamorfosis de Tereo,
el alimento y los presentes que le preparó Filomela;
la huida que ella, solitaria, emprendió, 80
y las alas que le hicieron volar antes, infeliz, sobre su techo?

Sus cantos -llevados por el eco de los valles a los astros-
fueron los que el feliz Eurotas escuchó de Febo, que una vez los compuso,
y el Eurotas se los enseñó luego a sus laureles.
Cantó hasta el momento de recoger sus ovejas al redil y de contarlas 85
y hasta que apareció Véspero en el afligido Olimpo.

Notas

1 v.: “Verso siracusano”: poesías pastoriles al estilo de Teócrito, natural de Siracusa.

2 v.: Talía: musa de la comedia, originalmente musa campestre.

3-4 v.: Pasaje difícil de interpretar. Quizá Varo pidió a Virgilio un poema épico, y el poeta se disculpó de hacerlo dedicándole esta bucólica. El “cintio” es Apolo, y Títiro, Virgilio. “Hilar” traduce **deducere**, que recuerda el trabajo de la hilandera, que estira su hilo para adelgazarlo. Los poetas alejandrinos despreciaban los poemas largos al estilo homérico. Teócrito (VII, 45-48) decía: “Encuentro odioso al arquitecto que se esfuerza por elevar una casa tan grande como la montaña Oromedonte y a todos los pájaros de las Musas que en vano se desgañitan chillando frente al cantor de Quios (Homero)”. Cf. Calímaco, *Himnos* 2, 105-112.

9 v.: En otras palabras, solo canto lo que me dicta la propia inspiración.

15 v.: Iaco: Baco, el vino.

13-19 v.: Un mosaico descubierto en Thysdrus (Tunicia) en 1960, por L. Foucher, reproduce esta escena virgiliana.

27-30 v.: Estos versos tienen unos fuertes acentos de danza en el original latino.

31-40 v.: Resumen de la física de Lucrecio (II, 1105 ss.; V, 433 ss) y descripción de la separación de los cuatro elementos (tierra, aire, agua, fuego) que, al comienzo, estaban confundidos. Se puede ver también cierta semejanza con los primeros versos del canto de Orfeo en las *Argonáuticas* (I, 490 ss.) de Apolonio de Rodas.

35 v.: “encerrar a Nereo en el mar”: Nereo es la personificación mitológica del mar. La expresión equivale a “separar el mar de la tierra”.

41-60 v.: Sileno narra, primero, las historias de: Pirra y Deucalión, la edad de oro, Prometeo, Pasifae. Los versos 47-60 adoptan el discurso directo.

43 v.: Sobre Hilas, cf. Teócr., XIII y Apolonio de Rodas, I, 1207-1295.

61-81 v.: Continúa narrando las historias de Atalanta y de las hermanas de Faetón. De improviso hace el elogio de su amigo Galo, para proseguir con las historias de Escila y Niso y la de Tereo y Filomela. P. Maury supone la pérdida de un verso entre el 61 y el 62 (ver Introducción).

70 v.: “el anciano de Ascra”: Hesíodo. Euforión de Calcis, que Galo tradujo e imitó, había compuesto un poema sobre Hesíodo.

76 v.: “las naves de Duliquio”: las de Ulises (*Odisea*, XII, 235 ss.). La Escila virgiliana es diferente del monstruo homérico. Ver también *Eneida*, III, 424-428.

81-85 v.: Observar: Febo cantó primero; el río Eurotas (que corre en la patria de Jacinto, amado por Febo) enseñó el canto a los laureles; estos lo repitieron a Sileno; el canto de Sileno llegó a través del eco a los valles y a los astros. ¡Dioses, hombres, plantas, ríos, astros participan de la música! El mismo Olimpo se afligió cuando Sileno (¡Virgilio!) hubo callado.

BUCÓLICA VII

Tema: Melibeo, que cuidaba sus mirtos del frío, se encuentra con Dafnis (pastor), quien lo invita al concurso poético entre Coridón y Tirsis, “arcadios”. Melibeo nos informa al final que el vencedor fue Coridón aunque no menciona ningún juez. Se habla de los pastores Codro, Micon, Alexis y Licidas y de las mujeres Alcipe, Filis y Delia.

Época: Pertenece al primer grupo de bucólicas (43-40 a.c.). El **formosus Alexis** del v.55 hace suponer que ella sea posterior a la II bucólica.

Estructura: Melibeo empieza (20 versos) y acaba (2 versos). En el medio se desarrolla el concurso amebeico de Coridón y Tirsis en seis réplicas de cuatro versos cada uno:

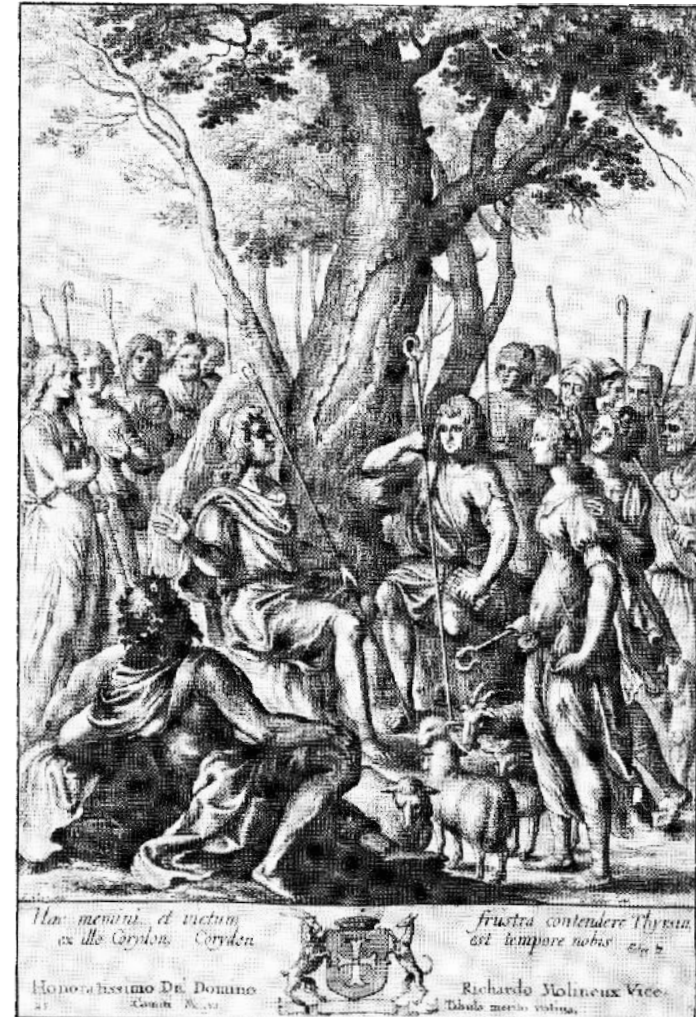
Introducción (20 v.) - Amebeo 6 (4 + 4) - Final (2 versos)

Si se elimina el inútil verso 19, se defendería la tesis de P. Maury (ver Introducción).

El idilio VIII de Teócrito presenta también un canto alternado en estrofas de cuatro versos. Algunos otros detalles hacen pensar en los idilios VII, IX, XI y en varios epigramas de la *Antología Palatina*, como el de Eriquio (VI, 96), donde participa un boyero llamado Coridón.

La introducción, de encantadora simplicidad, sitúa la bucólica a orillas del Mincio. ¿Por qué se da la palma a Coridón? La razón es evidente: Tirsis es más vulgar y negativo y menos apacible y generoso que Coridón, cuyos versos además, contienen más musicalidad. Podría también decirse que Coridón gana por ser más virgiliano y menos teocritano que Tirsis.

Teócrito no menciona para nada a Arcadia. Virgilio, en cambio, ha logrado la identificación de la Arcadia con la poesía bucólica en la latinidad imperial y en el mundo moderno. El motivo arcádico es el fundamento para una interpretación ético-naturalística, sobre la base epicúrea de la ejemplaridad de la “fisis”. En *Eneida*, VIII, vemos los ejemplares arcádicos de la Roma prehistórica. Esta sétima bucólica ha sido llamada la Carta Magna de toda la poesía arcádica, antigua y moderna.



BUCÓLICA VII

Melibeo

Un día Dafnis estaba sentado bajo una rumorosa encina;
Coridón y Tirsis habían juntado sus rebaños,
Tirsis, sus ovejas, y Coridón, sus cabras, henchidas de leche,
ambos en la flor de la edad, ambos arcadios,
y los dos hábiles en cantar y en replicar.

5

Mientras yo protegía del frío los delicados mirtos, se me había perdido
mi bode, macho de la grey; en eso vi a Dafnis.

Apenas él me observó de su lado, dijo: “Ven rápido aquí, Melibeo,
el cabro y tus chivos están a salvo:

si tienes tiempo, descansa bajo esta sombra.

10

Tus terneros sabrán atravesar los prados para beber aquí:
aquí el Mincio ha orlado sus verdes orillas con frágiles cañas
y de un sagrado roble nos llega el bordoneo de un enjambre”.

¿Qué podía yo hacer? No tenía ni a Alcipe ni a Filis
para encerrar en su morada a los corderos recién destetados,
y además un gran certamen se presentaba: ¡Coridón contra Tirsis!

15

Preferí, pues, su juego a mis serios asuntos.

Ambos, en versos alternados, empezaron a concursar;
las Musas querían que se compusieran versos alternados.

Estos son los que Coridón recitaba y aquellos serán los de Tirsis.

20

Coridón

Amores míos, Ninfas del Líbetros, concededme
un canto igual al de mi Codro querido -él compone versos
parecidos a los de Febo- y si no, ya que nadie lo podrá,
colgaré mi flauta sonora en el pino sagrado.

Tirsis
Pastores arcadios, adornad de yedra al poeta naciente
para que los flancos de Codro revienten de envidia
o, si él me felicitare más de lo debido, ceñidme la frente de b́acara,
para que no perjudique su lengua maligna al futuro vate. 25

Coridón
Para ti, oh Delia, el pequeño Micon te ofrece esta cabeza de hirsuto jabalí
y la ramosa cornamenta de un longevo ciervo. 30
Si puedo, estarás, de cuerpo entero, esculpida de pie en fino mármol,
y tus tobillos estarán enlazados por coturnos purpúreos.

Tirsis
Priapo, a ti te basta esperar cada año un jarro de leche
y estos pasteles: tú eres el custodio de mi pobre huerto.
Hasta ahora te hemos representado, según nuestros medios, en mármol, 35
pero te haré de oro si se reproduce mi rebaño.

Coridón
Oh hija de Nereo, Galatea, más deleitosa para mí que el tomillo del Hibla,
más blanca que los cisnes, más hermosa que la yedra clara,
ansío que vengas cuando los toros pastados vuelvan al pesebre,
si te queda un poco de cariño por tu Coridón. 40

Tirsis
Y yo quiero parecerte más amargo que las sardonias,
más horrible que el rusco, más vil que las algas varadas,
si este día no me parece más largo que todo un año.
Id a casa, toros repletos, id, si alguna vergüenza os queda.

Coridón
Musgosos manantiales, yerba más blanda que el sueño,
y tú, verde madroño, que extiendes sobre ellos tu rala sombra,
proteged del solsticio al rebaño: un tórrido verano se acerca:
turgentes pimpollos en el sarmiento trepador. 45

Tirsis
Aquí hay una hoguera y resinosos leños, aquí siempre hay fuego
y las jambas están negras del continuo humo; 50
aquí nos preocupamos tan poco del Bóreas
como el lobo del número de ovejas o los torrentes de sus márgenes.

Coridón
Enebros y espinosos castaños se levantan
y sus frutos yacen desparramados, cada uno bajo su árbol;
todo ríe ahora; mas si el hermoso Alexis se fuese 55
de estos montes, verías secos a los mismos ríos.

Tirsis
Árido está el campo, y la yerba, lánguida y sedienta por la falta de aire;
Líber menosprecia en los collados las pampanosas sombras;
con la llegada de mi Filis, todo el bosque reverdecerá
y Júpiter mismo bajará profuso en lluvia fecunda. 60

Coridón
El álamo es el árbol preferido de Alcides; la vid, el de Iaco;
el mirto, el de la bella Venus; el laurel, propio de Febo.
Filis ama los avellanos; y mientras Filis los ame,
ni el mirto ni el laurel de Febo aventajarán a los avellanos.

Tirsis
El fresno es el árbol más bello de los bosques; el pino, de los huertos; 65
el álamo, de los ríos; el abeto, de los altos montes.
Pero, Licidas bello, si vinieras más a menudo a verme,
ganarías al fresno en los bosques y al pino en los huertos.

Melibeo
Esto es lo que recuerdo, y que Tirsis, vencido, en vano compitió.
Desde entonces Coridón es para mí Coridón. 70

Notas

1 v.: Aquí la encina es rumorosa (**sub arguta ilice**): en VIII, 22, los bosques, sonoros y los pinos, gárrulos (**argutum nemus pinosque loquentes**): en X, 58, los bosques, resonantes (**lucos sonantes**).

4 v.: **Arcades ambo**: los arcadios del Mincio son abiertamente poetas neotéricos de la Cisalpina. En el epigrama de Eriquio (*Ant. Pal.*, VI, 96) se lee: “Glaucón y Coridón, que apacientan sus bueyes en las montañas, ambos arcadios, sacrificaron a Pan...”

12 v.: Paisaje que recuerda al de I, 48, y anuncia al de *Geórg.*, III, 15 y *En.* X, 205 ss.

21 v.: “Ninfas del Líbetros”: las Musas.

24 v.: Equivale a “ofreceré mi flauta a Pan”.

27 v.: El **baccar**, según este texto, preservaría de sortilegios.

29 v.: Delia: Diana, nacida en Delos.

31 v.: “Si puedo” (**si proprium hoc fuerit**): cuando sea más rico.

32 v.: El coturno era un calzado con suela muy alta, propia de Baco (*Geórg.*, II, 7), Diana y Ninfas. Los actores trágicos usaban un calzado similar.

37 v.: “más deleitosa para mí” y para las abejas.

52 v.: Ni la cantidad de ovejas ni las orillas dificultan al lobo atacar o a los torrentes correr.

54 v.: Cf. Teócr., VII, 144.

71 v.: Con el dativo de posesión podría traducirse: Coridón es mío (**Corydon est nobis**).

BUCÓLICA VIII

Tema: Los cinco primeros versos, enmarcados por un cuasi-retornelo, indican el tema: las canciones de Damon y Alfesibeo. Luego se dedica la bucólica a Polión, nombrado con perífrasis. Casi inmediatamente empieza su canto Damon, que lamenta el amor perdido de Nisa. Se desarrolla al amanecer. Sigue luego el canto de Alfesibeo, quien hace hablar a una mujer que se lamenta también por la huida de su amante Dafnis (pastor), con versos encantatorios para hacerlo volver. Aparecen mencionados Mopso, Tí tiro, Meris, Amarilis y el perro Hí lax.

Época: Gracias a la dedicatoria es fácil precisar la fecha de composición: en el 39 a.C., cuando Polión, vencedor de los partinos, regresaba a Roma para celebrar su triunfo, que tuvo lugar el 25 de octubre. Según los versos 10-11, Polión había pedido una bucólica a Virgilio.

Estructura: Después de los 16 versos de introducción y dedicatoria vienen los cantos de Damon y Alfesibeo, separados solo por dos versos. Cada canto tiene 46 versos estructurados de casi igual manera: 10 estrofas de dos a cinco versos que acaban con un retornelo (a) que varía en la última estrofa (b):

Introducción dedicatoria (16 v.)

+

[(4+a)+(3+a)+(3+a)+(2+a) + (4+a)+(5+a)+(3+a) + (4+a)+(5+a)+(3+b)]

+ dos versos

+

[(4+a)+(3+a)+(3+a)+(2+a) + (4+a)+(5+a)+(3+a) + (5+a)+(3+a)+(4+b)]

Solo las tres últimas estrofas tienen una disposición un poco distinta.

Damon entona su canto solo, apoyado en un bastón de olivo, y amenaza con suicidarse. El personaje femenino de Alfesibeo, en cambio, es ayudado en sus operaciones mágicas por Amarilis, quien recita la última estrofa anunciando el éxito de las incantaciones. No es muy importante discutir si Alexis es el ingrato amante de Alfesibeo o el esposo fugitivo de una mujer a la que Alfesibeo hace hablar. En apoyo de la segunda tesis está la palabra **coniunx** (v. 66) y la Simeta del idilio II, que Virgilio imita.

Varios idilios de Teócrito dejan ver su influencia. El canto de Damon parece apoyarse en el idilio III, donde un pastor se lamenta de los desdenes de Amarilis; los versos 43-45 de la bucólica se asemejan a los 15-17 del idilio. El **nunc scio quid sit amor** es traducción literal del $\nu\alpha\kappa \epsilon\beta\eta\eta\eta\tau\iota \tau\acute{o}\nu \epsilon\rho\omega\tau\alpha$ (v. 16) de Teócrito.

El idilio II (*Las magas*) dio el ejemplo de un canto dividido en estrofas acabadas por un estribillo. Uno de los estribillos, digamos de paso, es parecido al de Alfesibeo: “Rueda, atrae a mi casa a este hombre, mi amante”. De igual manera la maga de Teócrito derrama harina, quema laurel, licua una estatua de cera y, al final, los perros ladran.

La “pasión de Dafnis”, cantada en el idilio I, contiene el siguiente retorneo: “Comenzad, Musas amadas, comenzad el canto bucólico”, que al final, se modifica en: “Detened, Musas, idos, detened el canto bucólico”. Es innegable la semejanza con los estribillos de Damon.



BUCÓLICA VIII

- Diremos las canciones pastoriles de Damon y Alfesibeo;
la becerra, mientras admiraba el certamen, se olvidó de sus pastos;
los versos sobrecogieron de estupor a los linceos,
y los ríos, cambiando su aspecto, dejaron de correr.
Diremos las canciones de Damon y Alfesibeo. 5
- Oh tú, sea que estés franqueando las rocas del gran Timavo,
sea que estés bordeando las orillas del mar Ilírico,
¿cuándo será aquel día en que pueda celebrar tus gestas,
en que pueda llevar a todo el mundo tus poemas,
los únicos dignos del coturno sofocleo? 10
Contigo empecé, acabaré en tu honor: acepta estos versos
iniciados por tu invitación y deja que, alrededor de tus sienes,
esta yedra reptante entre los laureles vencedores.
- La fría sombra de la noche acababa de retirarse del cielo;
era el momento en que el rocío de la blanda yerba gusta más al rebaño. 15
Damon, apoyado en un pulido bastón de olivo, así empezó:
- “Aparece, oh Lucifer, y sé precursor de un dulce día
mientras yo, decepcionado del amor no correspondido por Nisa, mi mujer,
me lamento y, aunque nunca gané en tomar a los dioses como testigos,
me dirijo, empero, a ellos a punto de morir, en la hora extrema. 20
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo.
- El Ménalo siempre posee bosques sonoros y gárrulos pinos:
él siempre escucha los amores pastoriles y a Pan,
que fue el primero en no dejar silenciosas a las cañas.
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo. 25

¡Nisa es ahora la esposa de Mopso! ¡Qué no podemos esperar los amantes!
Se unarán los grifos con la yeguas, y hasta tiempo vendrá
en que los tímidos gamos beban con los perros.
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo. 28a

Corta, Mopso, nuevas teas, pues hacia ti conducen a la novia;
derrama nueces, marido: por ti el Héspero abandona el Eta. 30
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos de Ménalo.

Oh desposada a un varón digno de ti, tú que desprecias a todos,
tú que odias mi caramillo y mis cabritas,
mis cejas pobladas y mi barba crecida,
y no crees que un dios se preocupa de las acciones humanas... 35
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo.

Cuando eras niña te vi en mis cercados: escogías con tu madre
manzanas humedecidas de rocío. Yo os conducía:
otro año de edad ya me había acogido tras haber acabado mi undécimo año;
ya podía entonces alcanzar desde el suelo las ramas delicadas. 40
Apenas te vi, ¡cómo perecí, cómo me arrastró fatal locura!
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo.

Ahora sé lo que es el Amor: lo engendran el Tmaro, el Rodope
o los alejados Garamantes entre los duros roquedales:
los padres del niño no son de nuestra especie ni sangre. 45
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo.

El cruel Amor enseñó a una madre a teñirse las manos
en la sangre de sus hijos; tú, madre, también fuiste cruel.
¿Fue más cruel la madre o el pérfido niño?
¡El pérfido niño!, pero tú, madre, también fuiste cruel. 50
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo.

Ahora, que el lobo huya del cordero, que los duros robles
produzcan manzanas doradas, que el narciso florezca en el aliso,
que los tamariscos exuden de sus cortezas el ámbar untuoso,
que los búhos compitan con los cisnes, que Tí tiro sea un Orfeo, 55
un Orfeo en los bosques, un Arión entre los delfines.
Comienza, flauta mía, conmigo, los versos del Ménalo.

¡Que todo sea hondo mar! Adiós, bosques:
desde la atalaya del aéreo acantilado me precipitaré a las aguas;
aceptad esta ofrenda postrera de un moribundo. 60
Deja, flauta, deja ya los versos del Ménalo”.

Así cantó Damon. Vosotras, oh Piérides, diréis
lo que Alfesibeo respondió, porque no todos todo podemos:

“Trae agua, ciñe estos altares con el suave listón,
haz quemar prósperas hojas de verbena e incienso macho 65
para que yo pruebe extraviar la sana razón de mi amante
con mágicos ritos: ahora solo faltan encantamientos.
¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis!

Mis encantamientos pueden aun hacer bajar la Luna del cielo;
con encantamientos Circe transformó a los compañeros de Ulises; 70
con cantos mágicos la fría serpiente se quiebra en los prados.
¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis!

Te circundo, primero, con estos tres cordones
de tres colores distintos: conduzco luego tres veces tu imagen
alrededor de estos altares: el número impar agrada a los dioses. 75
¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis!

Anuda tres veces, Amarilis, estos tres colores.
anúdalos en seguida, Amarilis, y di: 'Anudo los lazos de Venus'.
¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis!

Con el mismo fuego esta arcilla se endurece 80
y esta cera se licua; que nuestro amor actúe así sobre Dafnis.
Derrama la harina y quema los quebradizos laureles en la llama de betún.
El malvado Dafnis me consume, yo consumo este laurel en lugar de Dafnis.
¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis!

Que Dafnis sea poseído por el mismo Amor que posee a la vaca, 85
que, cansada de buscar a su toro por sotos y bosques profundos,
se desploma, perdida, en las plantas acuáticas de una verde ribera,
y se olvida de ceder el lugar a la noche avanzada;
tal Amor lo posea sin que su salud me preocupe.
¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis! 90

El pérfido me dejó poco ha estos objetos, sus prendas queridas;
ahora, bajo su umbral, oh Tierra, a ti los confío:
estas prendas deben devolverme a Dafnis.

¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis!

Meris en persona me entregó estas yerbas y drogas, 95
recogidas en el Ponto: muchas drogas nacen en el Ponto;
a menudo he visto a Meris hacerse lobo con ellas y esconderse en el bosque;
a menudo, evocar a las almas desde el fondo de las tumbas
y transportar a otro campo las mieses crecidas.

¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis! 100

Amarilis, lleva afuera las cenizas y échalas a las aguas corrientes,
por encima de la cabeza, sin voltearte. Con esto alcanzaré
a Dafnis: los dioses y encantamientos no le preocupan.

¡Encantamientos míos, traed a casa, traed de la ciudad a Dafnis!”

“Mira: al demorarme en echar las cenizas, ellas mismas de por sí en las aras 105
se juntaron provocando trémulas llamas. ¡Que sea un buen presagio!

Hay algo que no entiendo e Hílix ladra en el umbral...

¿Debo creerlo o los amantes se forjan sus sueños?

¡Encantamientos, deteneos ya, Dafnis regresa de la ciudad!”

Notas

1 v.: “Canciones pastoriles”: en latín, **pastorum Musam**.

2 v.: el linco, que proviene de las tradiciones dionisiacas, está cercano a la becerra; este detalle acentúa el carácter maravilloso, órfico del encantamiento poético.

6-13 v.: Dedicatoria a Polión, poeta trágico y militar, quien acababa de vencer a los partinos, bárbaros de Istria y Dalmacia, regiones divididas por el río Timavo. En Horacio (*Sat.*, I, X, 42-44) se lee: “Polión canta las gestas de los reyes en trímetros yámbicos; el ardiente Vario trata como nadie el viril poema épico; las Camenas campesinas infundieron a Virgilio suavidad y gracia”.

14 v.: Damon y Dido (*En.*, IV, 586) se suicidan al alba como Catón (Plutarco, *Cato min.*, 70).

17 v.: La aparición de la estrella matutina debería ser signo de alegría. Este exceso erótico es condenable desde el punto de vista epicúreo (y virgiliano).

28a v.: Este verso, indispensable para el perfecto paralelismo de los dos cánticos, solo es transmitido por el *Codex Guelferbytanus Gudianus*.

29-30 v.: “nuevas teas”: las de la ceremonia nupcial, en la que el novio arrojaba nueces a los niños.

35 v.: La indiferencia de los dioses era máxima epicúrea. Irónicamente Virgilio pone en boca de Damon una crítica de esta sentencia.

43-45 v.: Cf. Teócr., III, 15-17. La filiación de Eros era muy discutida.

47 v.: “a una madre”: Medea.

49 v.: “el pérfido niño”: el Amor o Eros.

55 v.: Damon no aprecia a Tí tiro (Virgilio). Bien leída esta frase, vemos que el autor está consciente de ser el depositario actual del canto regenerador, como lo fueron Orfeo y Arión en el mito.

60 v.: Cf. Teócr., III, 25-26; XXIII, 20.

64 v.: “trae agua”: el agua lustral.

66 v.: La operación mágica tiene por objeto enloquecer de amor al amante infiel.

71 v.: La Medea de Ovidio dice: **Vipereas rumpo uerbis et carmine fauces** (*Met.*, VII, 203).

73-75 v.: Según Servio los tres colores eran blanco, rosado y negro. Al atar así la estatuilla de Dafnis, la maga pretende apoderarse de él. “Los dioses” se refieren a Hécate, que preside los encantamientos.

79-82 v.: Comparar con la escena de magia de Horacio en *Sat.*, I, VIII, 30 ss.

91-93 v.: Al enterrar en el umbral los vestidos de Dafnis, este se sentirá atraído a regresar a la casa.

102 v.: “Con esto”: con las “yerbas y drogas” del v. 95, una vez limpia de cenizas la mesa.

BUCÓLICA IX

Tema: Dos pastores, Licidas y Meris, se encuentran camino a la ciudad. Meris se lamenta de que su antiguo patrón, Menalcas, haya sido expropiado a pesar de ser poeta. Ahora Meris tiene que llevar dos cabritos para contentar a su nuevo dueño. Licidas y Meris recuerdan con nostalgia cuatro trozos poéticos de Menalcas. Licidas finalmente invita a Meris a detenerse en la ruta para cantar. Este se disculpa y prosiguen la marcha. En la bucólica vuelven a aparecer los nombres de Dafnis, Amarilis, Títiro y Galatea.

Época: La bucólica refleja el drama personal de Virgilio durante las expropiaciones del 40. Probablemente la escribió camino a Roma, adonde fue para apelar a Augusto. La primera bucólica reflejará el éxito de sus gestiones.

Estructura: Es un diálogo suelto con seis réplicas, de igual organización que la de la primera bucólica, con la que se corresponde:

$$\underbrace{(1+5) + (4+6) + (9+4)}_{29 \text{ v.}} + \underbrace{(7+7) + (7+5) + (10+2)}_{38 \text{ v.}}$$

La primera parte tiene 29 versos y la segunda, 38. Hay que señalar que las intervenciones de Licidas tienen también 38 versos, y las Meris, 29. Los cuatro pequeños poemas citados son quizá las creaciones más antiguas de Virgilio. El segundo y el cuarto poema aluden respectivamente a Varo y a Augusto. También se citan dos poetas contemporáneos: Varo y Cinna.

Los pastores, aun llevando nombres griegos, son mantuanos en su entorno y en sus problemas. La bucólica puede considerarse como una denuncia de la injusticia,

pero no ante las autoridades, sino ante los “arcadios”, lo que le da actualidad perenne: la impotencia del arte y de la cultura frente a la violencia de las armas. Virgilio descubre que “la Fortuna todo lo trastorna”. Ciertos versos son reminiscencias de Teócrito, pero esta poesía es una de las más genuinamente personales, sin el peso de convenciones literarias.



*Dei me plura puer, et quod
Carmina cum ioculis*

*nunc iohal, cocinus
cum veniri ille canamus*

Honoratissimo Dni. Domini
37



Arthurio Capell Baroni de Hada
votens

BUCÓLICA IX

Lcidas

¿Adónde, Meris, te llevan los pies? ¿Sigues la dirección del camino, a la ciudad?

Meris

Oh Licidas, esto nunca lo habíamos temido: haber vivido tanto para que un extranjero, adueñado de nuestros campitos, nos diga:

“Esto es mío, ¡fuera de aquí, antiguos agricultores!”

Ahora, vencidos, tristes, ya que la Fortuna todo lo trastorna,
le llevamos a él estos cabritos -¡que le traigan maldiciones!

5

Lcidas

Yo estaba bien seguro de haber oído que tu amo Menalcas, gracias a sus poemas, había conservado todo: desde donde las collados empiezan a bajar

y a inclinar su yugo en suave declive, hasta el agua

y las antiguas hayas, de copas ahora cortadas.

10

Meris

Lo has escuchado, este fue el rumor; mas nuestros poemas

valen tanto, Licidas, entre las armas de Marte,

cuanto, como dicen, las palomas caonias al asomo del águila.

Si una corneja no me hubiera advertido, desde una hueca encina, a mi izquierda,

cortar de cualquier modo cualquier nuevo litigio,

15

ni tu amigo Meris viviría ni el mismo Menalcas.

Lcidas

¡Ay! ¿Es posible que haya alguien tan criminal? ¡Ay, Menalcas!,

casi se nos quitó el consuelo de tus versos junto contigo...

¿Quién habría cantado a las Ninfas? ¿Quién habría tapizado la tierra

de yerbas en flor o cubierto las fuentes con verdes sombras? 20
¿O quién habría cantado esto que leí aparte poco ha sin que lo notaras,
mientras te dirigías hacia nuestra querida Amarilis?:
**“Pasta, Títiro, las cabritas hasta mi regreso: no voy lejos;
y, Títiro, después del pasto hazlas beber y, entretanto,
cuidado con toparte con el cabro: él sí sabe cornear.”** 25

Meris

O más bien esto que, aún no acabado, él recitaba a Varo:
**“Varo, el canto de los cisnes llevará tu nombre muy alto
a los astros, con tal que Mantua nos sobreviva,
Mantua, oh desgracia, demasiado vecina de Cremona”.**

Licidas

Puedan tus enjambres huir de los tejos de Cirno, 30
puedan tus vacas, que pacen el codeso, henchir sus ubres,
pero empieza, si sabes algo. Las Piérides también me hicieron poeta
y tengo algunos poemas; los pastores me llaman inspirado,
pero yo no les creo mucho, pues me parece que hasta ahora
lo que he compuesto no es digno de Vario ni de Cinna 35
y que grazno como un ganso entre cisnes melódiosos.

Meris

Estoy tratando, Licidas, y en silencio revuelvo en la cabeza
mis recuerdos. El poema es conocido:
**“Ven aquí, Galatea, ¿para qué jugar con las olas?
Rutila aquí la primavera, el suelo derrama aquí variadas flores 40
en las riberas, aquí el álamo blanco se eleva por encima de mi gruta,
y las flexibles vides tejen sitios umbrosos.
Ven aquí, deja a las locas olas que golpeen las orillas”.**

Licidas

¿Y aquellos versos que te escuché cantar solo en la noche serena? 45
Recuerdo la melodía, ojalá domine las palabras:
**“Dafnis, ¿para qué miras el orto de las antiguas constelaciones?
Ya ha aparecido el astro de César, linaje de Dione,
el astro capaz de alegrar a los campos con mieses
y de colorear las uvas en las colinas soleadas.
Injerta, Dafnis, los perales; tus nietos cosecharán los frutos.”** 50

Meris

La edad se lleva todo, incluso la memoria; en mi infancia, recuerdo,
acostumbraba enterrar largos soles cantando.
Tantas poesías están ya olvidadas, y ni aun la voz acompaña a Meris;
los lobos fueron quienes miraron primero a Meris.
En todo caso, Menalcas te las repetirá si quieres. 55

Licidas

Disculpándote, retardas mucho la satisfacción de mis deseos.
Ahora mismo se extiende para ti la superficie silenciosa del lago,
y, mira, todos los soplos de las brisas murmurantes han cesado.
Aquí, justamente, estamos a medio camino, ya que empezamos a ver
el sepulcro de Bianor; aquí, donde los campesinos 60
amontonan abundante hojarasca, aquí, Meris, cantemos;
deja aquí tus cabritos. A la ciudad de seguro llegaremos.
O si tememos la lluvia de la noche,
prosigamos la ruta cantando: nos pesará menos el camino.
Para caminar cantando, te aliviaré de tu carga. 65

Meris

No insistas más, muchacho, hagamos lo que nos urge.
Cantaremos mejor los poemas cuando el mismo Menalcas venga.

Notas

1 v.: La ciudad probablemente es Mantua.

5 v.: “Esto es mío” (**haec mea sunt**): fórmula de la **uindicatio rei** (Gayo, 4, 16) en un proceso judicial.

7 v.: “tu amo Menalcas” (**uestrum Menalcan**): el sirviente Meris es inseparable de la familia de Menalcas. Con razón puede decir “nuestros poemas” (v. 12) y “nuestros campitos” (v. 3).

9 v.: “hasta el agua”: del río Mincio.

13 v.: “palomas caonias”: de los bosques de Dodona.

14 v.: Cicerón se pregunta: “¿Puede decir un augur por qué volando el cuervo a la derecha y la corneja a la izquierda ratifican lo que se intenta hacer?” (*De diu.* I. 39, 85).

23-25 v.: Imita Teócr., III, 3-5.

26 v.: Se trata del mismo L. Alfeno Varo a quien Virgilio dedicó la VI bucólica.

29 v.: Cremona había tomado partido por los magnicidas Bruto y Casio. Después de Filipos, Augusto repartió sus tierras y las de su vecina Mantua entre los veteranos.

30 v.: La miel de Córcega (Cirno, en griego) era amarga a causa de sus muchos tejos, malos para las abejas.

35 v.: L. Vario Rufo, poeta contemporáneo de Virgilio, y C. Helvio Cinna, poeta contemporáneo de Catulo.

39-43 v.: Cf. Teócr., VII, 39-41; XI, 4 ss.

47 v.: “el astro de Cesar”: es el **sidus Iulius**, cometa que apareció en los juegos fúnebres celebrados en honor de César (junio del 44). Octavio aprovechó la ocasión para elevar en el templo de Venus una estatua de César con un cometa de oro en la cabeza.

54 v.: “Se cree también en Italia que la mirada del lobo es nociva, y que si él mira a un hombre antes de ser visto, le hace perder la voz por un momento” (Plinio, *H.N.*, VIII).

57 v.: **aequor** indica una masa de agua, que aquí podría ser el lago de Garda o el río Mincio.

60 v.: Bianor: personaje mal conocido que habría fundado Mantua. Hay quien opina que se trata de un poeta bitinio homónimo, amigo de Catulo; la bucólica, entonces, se ubicaría cerca de la propiedad en Sirmio de Catulo. De todas maneras, el detener su camino en los jardines de una tumba era un lugar común de las bucólicas por el tema de acompañamiento: los pastores del idilio VII se detienen en la tumba de Brasilas, y los Dióscuros del idilio XXII hacen lo mismo en la tumba de Afareo.

BUCÓLICA X

Tema y estructura: Esta pieza no formaba parte de la primera edición de las *Bucólicas*. Virgilio la escribió para rendir homenaje a su amigo, el poeta elegíaco Cornelio Galo, traicionado en su amor por la liberta Volumnia, actriz de teatro con el nombre de Citeris. Galo la había inmortalizado en sus poemas con el nombre de Licoris. Ocho versos al inicio de la bucólica y otros tantos al final están redactados en primera persona. Los versos centrales se dividen en dos partes: en la primera (22 versos), toda la naturaleza trata de consolar al afligido poeta; en la segunda (39 versos), él mismo lanza sus lamentos al aire.

Época: Fue compuesta en el 37, cuando Galo participaba en la defensa de las costas italianas contra Sexto Pompeyo y su amante había seguido a un oficial del ejército de Agripa hasta el Rin.

A pesar de continuar mencionando pastores (Menalcas, Filis, Amintas), la última égloga se despoja de todas las falsas apariencias de las pastorales helenísticas, para desempeñar plenamente su función estética: la comunicación de los sentimientos y de las ideas de personas humanas que no temen nombrarse. Virgilio empieza a buscar la felicidad en la realidad de la vida rural auténtica, despojada de los maquillajes del idilio y del epigrama. La décima égloga no deja de rendir un justo homenaje al género bucólico, pero al mismo tiempo denuncia sus insuficiencias. El ideal “arcádico” ya no era el adecuado para calmar un corazón herido. Con su poema Virgilio solo logra asociarse al sufrimiento y al éxito literario de un amigo, pero no tiene esperanza de consolarlo.

Se cuenta que Volumnia (Licoris o Citeris) cantó en la escena la sexta bucólica de Virgilio.



BUCÓLICA X

Permíteme, Aretusa, este último esfuerzo.
Debo decir pocos versos a mi querido Galo, pero versos
dignos de que Licoris los recite. ¿Quién podrá negar versos a Galo?
Cuando te deslices, Aretusa, bajo las aguas sicilianas,
¡que la amarga Doris no trate de mezclar sus olas contigo! 5
¡Ea, empieza! Digamos los tormentos amorosos de Galo
mientras las romas cabritas trasquilan las tiernas pasturas.
No cantamos a los sordos: los bosques todo nos responden.

¿Qué bosques o quebradas os retuvieron, jóvenes Náyades,
cuando Galo se consumía por un amor no correspondido? 10
Porque ningún pico del Parnaso ni del Pindo
ni la aonia Aganipe pudieron demoraros.
De él se lamentaron los laureles y tamariscos;
el pinífero Ménalo y las rocas del gélido Liceo
también lo lloraron cuando yacía bajo una roca solitaria. 15
Las ovejas se han colocado en torno -ellas no nos desprecian:
no las desprecies tampoco, divino poeta:
también el bello Adonis pastó ovejas en las riberas-;
vino el ovejero; también los lentos porquerizos vinieron;
Menalcas, húmedo por las bellotas del invierno, vino. 20
Todos preguntan: “¿De dónde te llegó este amor?”. Apolo vino
y dijo: “¿Por qué deliras, Galo? Licoris, tu tormento,
ha seguido a otro hombre a través de la nieve y de toscos campamentos”.
También vino Silvano, con la cabeza engalanada de ornatos campestres,
agitando férulas en flor y grandes lirios. 25
Vino Pan, el dios de la Arcadia; nosotros mismo lo vimos:
estaba enrojecido por las sanguíneas bayas del yezgo y por el minio,

y dijo: “¿Te moderarás un poco? Al Amor no le importa esto, el Amor no se satura con lágrimas ni los prados con agua ni las abejas con codeso ni las cabritas con follaje”. 30

Pero él, triste, respondió: “A pesar de todo, Arcadios, cantaréis mi dolor a vuestras montañas, Arcadios, los únicos que sabéis cantar. ¡Oh, cuán dulcemente descansarían mis huesos si algún día vuestra flauta contara mis amores! ¡Ah, si hubiera sido yo uno de vosotros o un pastor de vuestro rebaño o un viñador de vuestra uva madura! Ciertamente Filis o Amintas o alguna otra loca pasión yo tendría -¿qué importa si Amintas es moreno? También las violetas son oscuras y los arándanos, oscuros- y yacería conmigo entre los sauces bajo una viña flexible: Filis me escogería guirnaldas, Amintas cantaría. Aquí, Licoris, hay fuentes frescas, aquí, blandos prados, aquí, un bosque, aquí, contigo, solo la edad me consumiría... Pero ahora un amor insensato me retiene bajo las armas del cruel Marte, en medio de proyectiles, cara al enemigo. Tú, lejos de la patria -¡no quisiera creer en tanto!-, sin mí, contemplas sola , ¡ay, cruel!, las nieves alpinas y los hielos del Rin. ¡Ah, que los hielos no te hieran! ¡Ah, que el filo del hielo no te corte los pies delicados! Me iré y tocaré con la flauta del pastor siciliano los poemas que compuse en verso calcídico. Ya lo decidí: prefiero sufrir en los bosques y en las guaridas de las fieras y grabar mis amores en los árboles tiernos. ¡Al crecer los árboles, creceréis, mis amores! Entretanto, mezclado con las Ninfas, recorreré el Ménalo o cazaré rudos jabalíes; no habrá hielo que me prohíba rodear con sabuesos los breñales del Partenio. Ya me veo andar entre las rocas y los bosques resonantes; ya deseo lanzar flechas cidonias con el cuerno parto... ¡Como si esto fuera medicina para mi locura, o como si ese dios pudiera aprender a compadecerse de las miserias humanas! Ahora, en cambio, ni las Hamadriades ni la misma poesía me gustan. ¡Vosotras también, florestas, retiraos de aquí! Mis esfuerzos no pueden doblegar a este dios, no, ni aunque beba del Hebro en medio de témpanos, ni aunque afronte las nieves sitonias en un húmedo invierno,

ni aunque, cuando la corteza muere de sequedad en el alto olmo, conduzca las ovejas de los etíopes bajo la constelación de Cáncer. El Amor vence todo: cedamos también nosotros al Amor”.

Bastará a vuestro poeta, Piérides divinas, haber cantado estos versos mientras que, sentado, él tejía una canasta con ramitas de malva. Vosotras magnificaréis los versos para Galo, Galo, cuyo amor tanto crece en mí de hora en hora cuanto se eleva en primavera el brote del aliso. Levantémonos. La sombra suele ser dañina a los cantantes, dañina la sombra del enebro; las sombras dañan también a las mieses. Idos a casa, cabritas, idos repletas: Héspero se acerca. 70 75

Notas

1 v.: Aretusa era el nombre de una ninfa-fuente de Siracusa. Su invocación vale por un adiós al género bucólico de Teócrito, natural de Siracusa.

3v.: Cornelio Galo. Prefecto de Egipto y poeta elegíaco, cantó a su amada ocultándola bajo el nombre de Licoris. Ver: Propertio, II, 39, 91; Ovidio, *Am.*, I, 15, 29 ss.; *A.A.*, III, 537; *Tr.*, II, 445; Marcial, VIII, 73, 6.

4-5 v.: El Alfeo, río de la Élida, se enamoró de Aretusa. Los antiguos creían que había comunicación submarina (la Nereida Doris personifica al mar) entre el Alfeo y Aretusa.

9-12 v.: Galo es situado en Arcadia. Las Náyades, habitantes del Parnaso y del Pindo, han venido a consolar a Galo. Virgilio les pregunta en qué valle o quebrada de Arcadia se detuvieron para escuchar a Galo. Aganipe es una fuente consagrada a las Musas en Beocia, llamada antiguamente Aonia.

20 v.: Las bellotas, alimento del ganado, se conservaban en agua durante el invierno.

31-34 v.: “Mis lágrimas no pueden desarmar la crueldad del amor; pero si, testigos de mi dolor, lo contáis a vuestras montañas, mis lágrimas no serán vanas porque con vuestro canto la misma muerte no me impedirá recibir consuelo”.

44 ss.: Galo revive el drama de la ruptura con Licoris. Él está ocupado en la guerra y ella ha partido con un soldado hacia el Rin. El “amor insensato” es el de las armas, que ha provocado el dolor de Galo.

50-51 v.: “en verso calcídico”: al estilo de Euforión, natural de Calcis. No conocemos bastante la obra de Galo para declarar que el poeta se propuso trasponer en registro siciliano (arcádico) lo que primero concibió en registro calcídico (elegíaco).

59 v.: “flechas cidonias con el cuerno parto”: flechas de Cidón (ciudad de Creta que fabricaba flechas) con arcos de cuerno fabricados por los partos (célebres arqueros).

61 v.: “ese dios”: el Amor.

65-66 v.: Hebro: río de Tracia, donde vivían los sitonios.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

N. B. Los nombres de los pastores no se incluyen (ver Introducción)

ACTÉ (II, 24): Antiguo nombre del Ática. El monte Aracinto se halla entre la Beocia y el Ática, por lo que se le llama “acteo”.

ADONIS (X, 18): Hijo de la unión incestuosa de Mirra con su padre Teias. Fue amado por Perséfone y Afrodita. Las Ninfas lo criaron como pastor.

ÁFRICA (I, 64): Provincia romana del África del norte.

AGANIPE (X, 12): Fuente consagrada a las Musas, en las faldas del Helicón, en la Beocia (antiguamente llamada Aonia).

ALCIDES (VII, 61): Nombre original de Hércules; patronímico de su abuelo Alceo.

ALCIMEDONTE (III, 37, 44): Artista desconocido.

ALFEO (X, 4 - 5): Río-dios de la Élida, enamorado de la fuente Aretusa. Se creía que comunicaba por debajo del mar con las aguas de Aretusa.

ALPES (X, 47): Cordillera al N de Italia.

AMOR (VIII, 43, 47; X 28, 29, 69): Amor o Eros es la personificación del deseo carnal. Se discutía mucho su filiación: de Iris y Céfiro; de la Noche y el Éter; de la Tierra y del Caos, de la Tierra y del Cielo, etc.

ANFIÓN (II, 24): Rey fundador de Tebas. Con su música atraía las piedras para la construcción de la ciudad. Vengó a su madre matando a Dirce, mujer de su tío Licos. Dirce se transformó en fuente.

AONIA (VI, 65; X, 12): Antiguo nombre de la Beocia. Los “montes aonios” son el Helicón, morada de las Musas, en cuya falda está la “aonia” fuente de Aganipe.

APOLO (X, 104; IV, 10, 57; V, 35; VI, 73; X, 21): Hijo de Leto y Zeus y gemelo de Artemisa (Diana). Se lo llama Febo, Cintio...

AQUILES (IV, 36): Héroe griego, protagonista de la *Iliada*.

ARACINTO (II, 24): Montaña situada entre la Beocia y el Ática.

ARAR (I, 62): Es el río Saona, cuya fuente se halla cerca de la Germania.

ARCADIA (IV, 58, 59; VII, 4, 26; X, 26, 31, 33): Región central del Peloponeso, morada de Pan. Los arcadios representan la escuela literaria a la que, entonces, pertenecía Virgilio.

ARETUSA (X, 1): Hija de Nereo y Doris. Se convirtió en ninfa de las aguas. La fuente de Aretusa se encuentra en Siracusa.

ARGO (IV, 34): Es el nombre de la nave de los Argonautas.

ARIÓN (VIII, 56): Músico mitológico que encantaba a los delfines, quienes lo salvaron una vez cuando fue arrojado al mar.

ARIUSIO (V, 71): Promontorio al N de Quíos, famoso por sus vinos.

ARMENIA (V, 29): Región del Asia, dividida por el Éufrates.

ASCRA (VI, 70): Localidad de la Beocia, cerca del Helicón, patria de Hesíodo.

ASIRIA (IV, 25): Correspondía al E de Turquía y al N de Irak.

ATALANTA (VI, 61): Es la joven que fue vencida en la carrera por detenerse a recoger manzanas de las Hesperias que Hipomene dejaba caer.

AUGUSTO (I, passim): El joven dios de B.I. es Cayo Julio César Octaviano, el Augusto (63 a. C. - 14 d.C.).

BACO (V, 30, 69, 79): Nombre italiano de Dióniso, hijo de Zeus y Semele. En las obras de Virgilio su nombre es sinónimo de uva, viña, vino. Los tíasos eran las danzas y procesiones en su honor.

BAVIO (III, 90): M. Vavio o Bavio, poeta muerto en Capadocia en 35 a.C.

BIANOR (IX, 60): Personaje mal conocido, probablemente imaginario.

BRITANIA (I, 66): Parte meridional de Inglaterra.

CALCIS (X, 50): Capital de Eubea, en el Euripo, frente a Áulide, unida al continente por medio de un puente. Patria del orador Iseo y de los poetas Licofrón y Euforión.

CALÍOPE (IV, 57): Musa de la poesía lírica, madre de Lino.

CAMENAS (III, 59): En Roma son las ninfas de las aguas, pero fueron asimiladas a las Musas.

CÁNCER (X, 68): Constelación del solsticio de verano (en el hemisferio septentrional), sinónimo de las regiones meridionales.

CAONIA (IX, 13): Región del Epiro.

CAUCASO (VI, 42): Cordillera entre el mar Negro y el mar Caspio.

CÉSAR (IX, 47): Cayo Julio César (102 - 44 a.C.), conquistador, político y escritor romano. Adoptó a Augusto. El "astro de César" es un cometa que apareció en los juegos fúnebres celebrados en su honor (junio del 44).

CIDÓN (X, 59): Ciudad de Creta que fabricaba flechas.

CINNA (IX, 35): Cayo Helvio Cinna, contemporáneo de Catulo, famoso por su *Esmirna*, epilio alejandrino.

CINTO (VI, 3): Monte de Delos donde nacieron Apolo y Diana.

CIRCE (VIII, 70): Bella hechicera, cruel y vengativa, que convirtió en puercos a los compañeros de Ulises.

CIRNO (IX, 30): Nombre griego de Córcega. Su miel era amarga.

CONÓN (III, 40): Célebre astrónomo, originario de Samos, profesor de Arquímedes.

CREMONA (IX, 28): Colonia romana en el margen izquierdo del Po.

CUMAS (IV, 4): Antiquísima colonia griega de la Campania.

DAFNIS (V, passim): Semidiós bucólico siciliano, hijo de Hermes. Mitológico inventor de la pastoral.

DÁRDANO (II, 61): Antiguo rey de Troya, ascendiente de Príamo. Paris, hijo de Príamo es llamado "dardanio".

DELIA (VII, 29): La diosa Diana, hermana de Apolo, ambos nacidos en Delos.

DICTE (VI, 56): Monte de Creta, donde nació Júpiter.

DIONE (IX, 47): Hija de Tetis y del Océano, madre de Venus de quien proviene la **gens Julia** a través de Anquises.

DIRCE (II, 24): Fuente de Tebas.

DORIS (X, 5): Nereida.

DRÍADES (V, 59): Ninfas de los bosques.

DULIQUIO (VI, 76): Isla cerca de Ítaca. Las naves de Duliquio son las de Ulises.

EGLE (VI, 20, 21): La más bella de las Náyades.

ESCILA (VI, 74): Hija de Niso, convertida en abubilla. Otra Escila, hija de Forquis, fue convertida en monstruo marino. En B.VI hay una contaminación de los dos mitos que el autor de la *Ciris* (atribuida antes a Virgilio), distingue con precisión.

ESCITIA (I, 65): La actual Rusia, la región más septentrional conocida por los antiguos.

ETA (VIII, 30): Montaña de Tesalia.

ETIOPÍA (X, 68): Región al S de Egipto.

EUDOXO (III, 40): Filósofo, matemático, astrónomo y físico griego (408-355 a.C.).

EUFORIÓN (X, 51): Poeta de Calcis (Eubea) de quien quedan cortos fragmentos (276-200 a.C.).

EUROTAS (VI, 83): Río de Esparta.

FAETÓN (VI, 62): Hijo del Sol y de la Oceánida Climene. Por manejar sin experiencia el carro del Sol, fue muerto y arrojado al Eridano (Po). Sus hermanas, las Helíades, lo lloraron tanto que se convirtieron en álamos. Esquilo escribió una tragedia, perdida, sobre las Helíades.

FAUNOS (VI, 27): Antiguas divinidades itálicas, encargadas de la fecundación y de la protección de los rebaños.

FEBO (III, 62; V, 9, 66; VI, 11, 29, 66, 82; VII, 22, 62, 63): Nombre de Apolo (Cf.). Sinónimo de Sol.

FILOMELA (VI, 79): Nombre dado al ruiseñor a causa de la homónima hija de Pandión, rey de Atenas. Fue hermana de Procne, esposa de Tereo, quien violó a su cuñada Filomela. Después de una atroz venganza, Filomela fue convertida en ruiseñor, y su hermana en golondrina.

GALATEA (VII, 37; IX, 39): Famosa Nereida, amada por Polifemo.

GALO (VI, 64; X, 2, 3, 6, 10, 22, 72, 73): Cornelio Galo fue uno de los más ilustres elegíacos de la época. Virgilio le dedicó su B.V y Partenio de Nicea, sus *Penas de amor* (36 historias de desenlace infeliz). Nombrado prefecto de Egipto por Augusto, cayó pronto en desgracia y acabó suicidándose. Escribió en cuatro cantos sus amores por Citeris o Licoris, seudónimo de la actriz Volumnia.

GARAMANTES (VIII, 44): Población del África, más allá de los getulos (en Mauritania).

GERMANIA (I, 62): Región comprendida entre el Elba, el Rin, el Danubio y el mar Norte.

GORTINA (VI, 60): Capital de Creta.

GRINIO (VI, 72): Ciudad en la costa de Asia Menor, con un bosque sagrado, santuario de Apolo.

HAMADRIADES (X, 62): Ninfas de los árboles.

HEBRO (X, 65): Río (Maritza) que irriga la Tracia.

HELICÓN (VI, 65): Cadena de montes de la Beocia, en particular el monte vecino de Tespia, con un templo de Apolo y el bosque sagrado de las Musas.

HESÍODO (VI, 65): El más antiguo poeta griego, después de Homero. Nació en Cime (Asia Menor), pero se estableció en Ascra (Beocia).

HESPERIAS (VI, 61): Isla mítica con manzanas de oro custodiadas por un dragón.

HÉSPERO (VIII, 30; X, 77): “La estrella del pastor”. Cf. Véspero.

HIBLA (VII, 37): Monte de Sicilia, con muchas flores para la apicultura.

HILAS (VI, 43, 44): Joven amigo de Hércules. Acompañó a los argonautas hasta Misia, donde las Ninfas lo raptaron, cautivadas por su belleza.

IACO (VI, 15; VII, 61): Apelativo de Baco. $\epsilon\alpha\ \kappa\omicron\omicron\varsigma$ significa “grito”.

ILIRIA (VIII, 7): Región entre el Adriático y la Panonia (Dalmacia y Albania).

ÍSMARO (VI, 30): Montaña de Tracia, que produjo el vino usado por Ulises para embriagar al Cíclope.

JÚPITER (III, 60; IV, 49; VII, 60): Máximo dios de los romanos, personificación del tiempo, del rayo, de la luz, de la lluvia. Identificado con Zeus.

LÍBER (VII, 58): Apelativo de Baco.

LÍBETROS (VIII, 21): Una gruta del Helicón (cf.), de donde brotaba una fuente. Las “Ninfas del Líbetros” son las Musas.

LICEO (X, 15): El Liceo y el Ménalo son dos montañas de Arcadia, donde habitaba Pan. El Alfeo es el río que corre en sus faldas.

LICORIS (X, 2, 22, 42): Libertia, actriz de nombre Volumnia, cuyo nombre artístico era Licoris o Citeris. Amante de Galo.

LICTO (V, 72): Ciudad de Creta.

LINO (IV, 56, 57; VI, 67): Poeta mítico de la Edad de Oro, hijo de Anfímaros y de la musa Urania. Inventor del ritmo, de la melodía y del alfabeto.

LUCIFER (VIII, 17): Nombre latino de Fosforos, el lucero del alba. Es el planeta Venus.

LUCINA (IV, 10): Epíteto de Juno, “la que preside el nacimiento de los niños”.

MANTUA (IX, 1, 27, 28; I, 20): Ciudad de Lombardía.

MARTE (IX, 12): Dios de la guerra, hijo de Júpiter y Juno.

MEDEA (VIII, 47-50): Hija de Eetes, rey de la Cólquida. Es la hechicera por excelencia. Enamorada de Jasón, para que este pudiera coger el vellocino de oro, le preservó con un ungüento de las quemaduras que le hubieran podido ocasionar los toros de Hefaiostos. Celosa, provocó el asesinato de Pelias, padre de Jasón, mató a sus propios hijos, a la mujer de Jasón y al padre de esta.

MÉNALO (VIII, passim; X, 15, 55): Montaña de la Arcadia.

MEVIO (III, 90): Es, sin duda, el Mevio atacado por Horacio en el epodo VIII.

MINCIO (VII, 13; IX, 9): Río de Mantua.

MUSAS (III, 60, 84; IV, 1; VI, 69; VII, 19): Las nueve hijas de Júpiter y de la Memoria (Mnemosine). Habitaban el Helicón.

NÁYADE (II, 46; VI, 21; X, 10): Ninfas del agua.

NEREO (VI, 35; VII, 37): Divinidad marina, hijo de Ponto y de Gaya. Padre de las Nereidas.

NINFAS (VII, 21): “Doncellas” que poblaban los campos, los bosques y las aguas. Personificaban la fecundidad y la gracia. Hijas de Zeus, habitaban en grutas hilando y cantando. Hay varias categorías: las Melíadas (de los fresnos), las Náyades (de fuentes y ríos), las Nereidas (del mar), las Oréadas (de las montañas), las Hamadriadas (de cada árbol)...

NISO (VI, 74): Rey de Megara. Su hija Escila le arrancó a su padre el cabello de púrpura al cual estaba ligado el destino de la ciudad. Escila fue mudada en abubilla y Niso en águila de mar, que la perseguía sin tregua.

OAXES (I, 65): ¿Río de Escitia (el Oxo) o trascripción viciada del Araxes, nombre de dos ríos, uno, armenio y otro, persa?

OLIMPO (V, 56; VI, 86): Monte situado entre Macedonia y Tesalia. Según el mito, era la morada de los dioses.

ORFEO (III, 46; IV, 55, 57; VI, 30; VIII, 55, 56): De origen tracio, es hijo de Eagro y de Calíope, la más prestigiosa Musa. Fue el cantor, el músico y el poeta por

excelencia. Con su música encantaba toda la naturaleza. Su trágico amor por Euridice es cantado por Virgilio en la geórgica IV.

PALAS (II, 61): Pallas Atenea, nombre griego de Minerva.

PALES (V, 35): Diosa o genio protector de los rebaños.

PAN (II, 61): Dios de los rebaños y pastores, originario de Arcadia. Es representado con cuernos, cuerpo peludo y patas de cabra.

PARCAS (IV, 47): Tres deidades infernales, representadas como hilanderas, pues tramaban la vida de los hombres.

PARIS (II, 61): Hijo menor de Príamo. Raptó a Helena.

PARNASO (VI, 29; X, 11): Alto monte con dos cumbres en la Fócide. Era consagrado a las Musas y a Apolo.

PARTENIO (X, 57): Monte de Arcadia en los confines con la Argólida.

PARTOS (I, 62; X, 59): Población escita al S de Hircania y al NE de las **Pylae Caspiae**. Célebres como jinetes y arqueros.

PASIFAE (VI, 46): Mujer de Minos, rey de Creta. Neptuno le instiló una pasión por un toro blanco. De este monstruoso amor nació el Minotauro.

PERMESO (VI, 64): Río de Beocia que fluye del Helicón, morada de las Musas.

PIÉRIDES (III, 85; VI, 13; VIII, 63; IX, 33; X, 72): Otro nombre de las Musas, derivado de Piero, cuyas hijas trataron vanamente de rivalizar con ellas.

PINDO (X, 11): Monte situado entre la Tesalia y el Epiro, donde se celebraba el culto de las Musas.

PIRRA (VI, 41): Mujer de Deucalión. Ambos fueron salvados del diluvio. Cumpliendo las órdenes de Zeus se pusieron a arrojar piedras hacia atrás, de las que nació la nueva humanidad.

POLIÓN (III, 84, 86; IV, 12): C. Asinio Polión, amigo y protector de Virgilio. Fue gobernador de la Galia Cisalpina (43 a.C.). A comienzos del 40, él, Alfenio Varo y Cornelio Galo formaron la comisión encargada de la repartición de las tierras. En octubre recibió de Marco Antonio plenos poderes para negociar la precaria paz de Brindis. Escribió tragedias. La B. IV está dedicada a él.

PRETOS (VI, 42): Rey de Tirinto, gemelo enemigo de Acrisio. Con Estenebea tuvo tres hijas, que fueron enloquecidas por Hera y llevaron una vida de vacas por los campos.

PRIAPO (VII, 33): Personificación del poder generador. Hijo de Baco y de Afrodita. Era el guardián de jardines y huertas. Es representado como un falo erecto.

PROMETEO (VI, 42): Titán y héroe griego, que robó el fuego a los dioses para dárselo a los hombres. Zeus lo encadenó a una roca del Cáucaso, en donde un águila le devoraba cada día el hígado, que se renovaba durante la noche.

PÚNICOS (V, 27): Fenicios.

RIN (X, 47): Río que separaba a los galos y germanos.

RODOPE (VI, 30; VIII, 44): Cadena montañosa de Tracia.

ROMA (I, 19, 26): Capital del Imperio.

SATURNO (IV, 6; VI, 42): Asimilado al Cronos griego. Fue arrojado del Olimpo y se refugió en Italia, donde reinaba Jano. Allí perpetuó la Edad de Oro.

SICILIA (II, 21; IV, 1; X, 4, 51): Patria de Teócrito.

SILENO (VI, 14): Sátiro, hijo de Pan y educador de Dióniso.

SILVANO (X, 24): Antiguo dios itálico, representado con lirios, férulas y un joven ciprés en la mano.

SIRACUSA (VI, 1): Antigua ciudad de Sicilia.

SITONIOS (X, 66): Tribu de la Tracia septentrional a orillas del Ponto.

SÓFOCLES (VIII, 10): Poeta trágico griego (496-406 a.C.).

TALÍA (VI, 2): Musa de la comedia, era originalmente una musa campestre.

TEÓCRITO (VI, 1): Poeta helenístico (310-250 a.c.), autor de los *Idilios*, fuente de inspiración de las *Bucólicas*. Nativo de Siracusa.

TETIS (IV, 32): Nereida, madre de Aquiles. Sinónimo del mar.

TIFIS (IV, 34): Piloto del navío Argo, que condujo a los Argonautas.

TIGRIS (I, 62): Famoso río de la Mesopotamia.

TIMAVO (VIII, 6): Río que divide Istria del Véneto y se echa en el golfo de Panzano del Adriático.

TMARO (VIII, 44): Montaña del Epiro.

TRACIA (IV, 55): Comarca que comprendía la Bulgaria, el N de Grecia y la Turquía europea.

TROYA (IV, 38): Famosa ciudad del Asia Menor, cuyas luchas con los confederados griegos se describen en la *Iliada*.

ULISES (VIII, 70): Famoso héroe, protagonista de la *Odisea*.

VARIO (IX, 38): L. Vario Rufo, poeta contemporáneo y amigo de Virgilio. Compuso poemas épicos y tragedias, como el *Tieste*.

VARO (VI, 7, 10; IX, 26, 27): L. Alfenio Varo, sucesor de Polión en el gobierno de la Cisalpina. La B. VI le está dedicada.

VENUS (III, 68; VIII, 62; VIII, 78): Sinónimo del acto sexual o relación amorosa. Es la Afrodita griega, diosa del amor, de la pasión y de la belleza. Hija de Júpiter y de Dione. Las palomas y el mirto le estaban consagrados.

VÉSPERO (VI, 86): El planeta Venus como lucero de la tarde.

VIRGEN O VIRGO (IV, 6): Constelación zodiacal.

GEÓRGICAS



PRÓLOGO

Virgilio empezó a componer las *Geórgicas* inmediatamente después de las *Bucólicas*, el 37, y fueron publicadas el 29, ocho años después.

Fueron ocho años agitados. El Imperio seguía dominado por el último triunvirato (Octavio, Antonio y Lépido) y por Sexto Pompeyo, dueño de las grandes islas italianas y de parte del África. Octavio, amo del Occidente, continuaba su lucha con Sexto, y solo en el 36, en la batalla de Náuloca logró su cometido con mucho trabajo y poca gloria. Para ello Agripa había construido una nueva flota en Nápoles y había tenido la idea de abrir entre Pozzuoli y el cabo Miseno un canal que ponía en comunicación el lago Averno con el Lucrino. Así logró transformar en muelle abierto la estrecha banda de tierra que separaba el lago Lucrino del mar. Octavio, consciente de su poca popularidad, estableció una semirrestauración republicana devolviendo a los magistrados diferentes poderes usurpados por los triunviros. La moderación usada tuvo su recompensa, pues se le confirieron la inviolabilidad y los demás privilegios tribunicios. Su renombre aumentó tras someter a los bárbaros de los Alpes, Iliria, Dalmacia y Panonia.

Antonio, instalado en Egipto, al lado de Cleopatra, intentó infructuosamente invadir Persia. Para ello había destruido previamente a los partos, iberos, medos, armenios e instalado a Herodes y a Sosio en Jerusalén. Finalmente, sin divorciarse aún de Octavia, hermana de su colega, se casó con Cleopatra y reconstituyó el imperio egipcio entre su nueva mujer, sus tres hijos con ella y Cesarión, declarado públicamente hijo legítimo de Julio César. Tras la destitución de Lépido y el repudio de Octavia, Antonio y Octavio se prepararon para el combate. La lucha no sería el duelo decisivo por la conquista del poder monárquico en Roma, sino la guerra que había de fundar o destruir el nuevo imperio egipcio; no era la guerra aparente de Octavio contra Antonio, sino la guerra de Cleopatra contra Roma. La

suerte se decidió en la batalla naval de Accio (31 a.C.): Egipto cayó grandiosamente junto con sus reyes amantes.

Octavio regresó a Roma el 29 no sin antes pacificar todo el Oriente. Sexto Pompeyo, el nuevo Neptuno, y Antonio, el nuevo Dióniso, habían caído. El vencedor era Augusto, el nuevo Apolo. Varios de los acontecimientos de esta época son aludidos en las *Geórgicas*.

Los italianos trataban de regresar a sus valores tradicionales de autoridad, trabajo y religión. Octavio se hizo el abanderado de esta corriente de pensamiento, que iba unida al interés de todas las clases por el retorno a la agricultura. Se desenterraron los más de cincuenta tratados agronómicos escritos por los griegos, por el fenicio Magón, por los romanos Catón, Saserna y Tremelio Escrofa. Además se escribieron otros: en esa época aparecieron los libros de agronomía de Cayo Julio Higino, de Varrón y de Sabinio Tiro.

Virgilio, instalado en la Campania, escogió para su nueva obra, las *Geórgicas*, el motivo que más preocupaba por el momento a los espíritus, la agricultura, guiado en esto menos por los consejos de Mecenas que por su anhelo de gloria y por su instinto de artista, atraído naturalmente por los temas que apasionaban a su público.

Las *Geórgicas* pertenecen al género de los poemas didácticos, iniciado por Hesíodo. Virgilio llama a su obra "poema ascreo", queriendo señalar su dependencia de *Los Trabajos y los Días*. Pero hay que tener en cuenta que lo que Virgilio y la gente de su época consideraban como *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo era una obra muy amplificada por un autor anónimo. Esta amplificación apócrifa, actualmente perdida, hablaba de cerealicultura, viticultura y arboricultura (Cf. Manilio, *Astronómica*, I, 10-ss). Además, si consideramos la observación de W. Iser (Cf. "Prólogo" a las *Bucólicas*), las semejanzas con la obra hesiódica tienen menos importancia que las diferencias. Y estas son muy evidentes (e interesantísimas) para cualquier lector de ambas obras. Por otro lado, no solo de Hesíodo toma Virgilio ciertos elementos poéticos. Arato de Solos con sus *Fenómenos*, Lucrecio con su *De rerum natura*, Nicandro con sus *Teríacas* y *Geórgicas* están muy presentes en la obra virgiliana, sin contar a los agrónomos ya citados

Pero en todas estas imitaciones Virgilio sabe aludir a los modelos al tiempo que disiente profundamente de ellos tanto por su mayor refinamiento estético, como por su diferente posición ideológica. No solo se plantean las divergencias en el

plano estilístico o en el de la técnica narrativa, sino también en las cosas, en las ideas. Virgilio logró ser el mejor -incluso, el único- poeta del mundo grecolatino de entonces.

El público a quien destina las *Geórgicas* no son ya únicamente "arcadios", sino la gente de su clase social, esto es, los caballeros, los intelectuales, los medianos y grandes agricultores, etc. Séneca declara que "Virgilio no quiso enseñar a los agricultores sino deleitar a los lectores" (*Epist.*, 86,15). Pero en esta frase la verdadera oposición está entre enseñar y deleitar, no entre agricultores y lectores.

Hay que observar que en las *Geórgicas* no hay alusión a la esclavitud. El silencio de Virgilio es su mejor protesta. Virgilio nos transporta a una agricultura primitiva con autarquía y pluricultura armoniosa. El campo virgiliano es el refugio de las virtudes tradicionales.

La I geórgica⁴ escrita en época de crisis salió con tonos pesimistas o, por lo menos, no muy alegres. Trata sobre el cultivo de los cereales y sobre los fenómenos atmosféricos. Es célebre el elogio del trabajo aquí inserto. En él se lanza el epifonema de las *Geórgicas*: **labor omnia uicit/ improbus, et duris urgens in rebus egestas** (observar la difícil y muy apropiada aliteración): el indecente trabajo y la necesidad que urge en las situaciones duras todo lo han vencido. Ya no es el amor sino el trabajo, considerado indecente (**improbus**) por la gente, lo que vence todo. La apología del trabajo y de su necesidad es completamente personal de Virgilio. Solo un italiano, un campesino, un poeta, es decir, solo Virgilio ha podido escribirla en la Antigüedad.

En esta geórgica se nota también otro progreso: de la felicidad se ha llegado al gozo. La felicidad de las *Bucólicas* es epicúrea, es decir, consistente en la ausencia total de deseo y de necesidad: completa paz interna y ataraxia. En cambio, el gozo preconizado en las *Geórgicas* estriba en la satisfacción que resulta del esfuerzo, de la lucha victoriosa, del trabajo. El gozo está ligado a la creación. El elogio de la vida campesina que aparecerá en la II geórgica está lleno de gozo, no de felicidad. Virgilio ha verificado que el gozo es lo humano, porque conduce a ser más y hacer mejor. Si la felicidad total buscada es en la tierra, ella absorbe, aísla y anula al hombre. El epicureísmo irresponsable se ve superado del todo.

⁴ El proceso creativo de las *Geórgicas* que exponemos es también una hipótesis.

Para equilibrar la I geórgica, de tintes oscuros, Virgilio escribe la II geórgica que trata de la arboricultura en general y de la vid en particular. En ella la naturaleza y la poesía son "gloriosas". Me explico: **cultura** es una palabra que procede de los campesinos italianos, no de los filósofos griegos. La cultura es la encarnación y la unidad inseparable de cuatro cosas: la materia muerta o animada, donde encontramos espontaneidad y belleza; el **labor improbus**, el sudor y la técnica; el fruto sazonado, el alimento agradable, el trigo, la uva, la aceituna; y por último la gloria del pan, del vino, del aceite, donde otra vez aparecen la espontaneidad y la belleza, pero con gloria. La gloria, pues, solo existe por la cultura, cuyo principio es Eros, cuyo medio es el **labor**; cuyo fin es el alimento y la gloria.

El trabajo no solo es necesario para el arte y la agricultura; también lo es en el campo moral. Séneca, imbuido de Virgilio, dirá: **Non dat natura uirtutem: ars est bonum fieri**: la naturaleza no da la virtud: hacerse bueno requiere técnica, esfuerzo.

Uno de los pocos principios absolutos de estética, en su aspecto subjetivo, es conseguir lo "fácil" con el mayor esfuerzo, y lo "sencillo" con la más intrépida complejidad. El lector de las *Geórgicas* no encuentra al erudito Virgilio interpuesto entre la naturaleza y él. La grandeza normativa de las *Geórgicas* radica en que descubren el sentido del trabajo y de la cultura, y lo descubren allí donde tiene su primer asiento, en la agricultura. El **labor improbus** es la condición imprescindible para que algo, otorgado gratis por la Madre Tierra se colme aun más de gracia, con la gloria de la obra de arte o del vino.

La II geórgica contiene cuatro himnos: a Italia, a la primavera, a Baco y a la vida campesina. Este último empieza con aquel famosísimo verso: **Felix qui potuit rerum cognoscere causas**: feliz quien ha podido conocer las causas de las cosas. El lector atento encontrará aquí más ecos del estoico Posidonio que del epicúreo Lucrecio.

El himno a Italia, primer himno realmente patriótico jamás escrito, acaba con unos versos que prefiguran la *Eneida*: **Salve magna parens frugum, Saturnia tellus, magna uirum**, etc.: Salve, magna madre de mieses, tierra de Saturno, magna madre de varones. El retorno del reino de Saturno debe ser obra del heredero de César, el salvador de Italia y del mundo.

La I y la II geórgicas bastaban de sobra para un libro independiente. Pero aquí intervino Mecenas, a quien probablemente hacía ya dos años Virgilio frecuentaba

y a quien también quizá debía su residencia en Campania. Mecenas, como sabemos, era un potentado de origen etrusco y gran amigo y consejero de Octavio Augusto. El patronazgo que ejerció sobre los poetas de su época fue tan influyente que su propio nombre designa ahora al que realiza igual acción.

Mecenas⁵ pues, con **haud mollia iussa**, con insistentes órdenes, le pide al poeta que trate también la ganadería, propia, en la época, de los ociosos latifundistas. Virgilio acepta de tan mal humor que su III geórgica será el canto del furor de la guerra, del sexo y de las pestes. Pero Virgilio, siempre **captus amore**, cautivado por el tema, elabora una verdadera maravilla. La descripción de la epizootia, por ejemplo, es tanto o más conmovedora que las anteriores o posteriores descripciones de pestes humanas. Estoy pensando en Tucídides, Lucrecio, Dante, Manzoni.

En el pasaje dedicado a la ganadería menor, el trabajo pastoral y el paisaje que lo condiciona se unen en una serie de cuadros bucólicos que es una de las joyas de la poesía antigua.

Acabada esta violenta y valiente geórgica, se necesitaba un nuevo equilibrio, y para ello escoge la apicultura, propia de los pequeños agricultores como Virgilio. Las abejas son el modelo, incluso la utopía, de la sociedad reconstruida con la que él soñaba. La vida de las abejas es amor y gloria; ambas palabras se encuentran en el mismo verso en el que el poeta ensalza su muerte voluntaria, causada por el peso excesivo de polen: **tantus amor florum et generandi gloria mellis**: ¡tan grande es su amor por las flores y su gloria en producir miel!

Termina la IV geórgica con los famosos epilios encastrados de Aristeo y de Orfeo, que describen las miserias y los esplendores del amor. El mito de Orfeo cantado por Virgilio quizá sea el trozo poético más grande del siglo de oro latino. Lo cierto es que el grito desesperado de Orfeo: ¡Euridice, Euridice!, sigue resonando en nuestros oídos. Observemos que Orfeo es víctima de su locura amorosa, locura digna de perdón, si las divinidades infernales supieran perdonar: **scirent si ignoscere Manes**. Virgilio no condena: expresa su piedad, esa piedad que no tienen los dioses; esa piedad para el vencido, el fracasado, el pobre, el pequeño, que nunca abandonará al poeta.

⁵ Su nombre aparece al inicio de cada geórgica, pero es curioso leerlo en los segundos versos de la I y la IV, y en los versos 41 de la II y la III.

Se cuenta que Virgilio y Mecenas leyeron las cuatro *Geórgicas* durante cuatro días delante del pasmado Augusto. ¡Felices los asistentes de tan extraordinario "evento cultural"!

Virgilio, pues, a los 41 años, con la publicación de las *Bucólicas* y de las *Geórgicas* -que dedicó a Mecenas- es ya un poeta consagrado. Sus obras son leídas, cantadas y estudiadas por todo el mundo en todo nivel social. Los grafiti de Pompeya lo atestiguan. Octavio, a punto a recibir el título de Augusto, proclama el restablecimiento de la república. Él y Virgilio harán del imperio una empresa civilizadora que, en muchos aspectos, dura hasta ahora. En efecto, la cultura occidental deberá mucho a Virgilio. San Agustín nos confiesa: "A Virgilio, el mejor y el más ilustre de los poetas, lo leemos desde la infancia, y un espíritu tierno impregnado de su poesía muy difícilmente podrá olvidarlo" (*De Ciu. Dei*, I, III). Muy pronto, después de la muerte de Virgilio, Dios decidirá hacerse hombre en una de las colonias romanas más revoltosas para proclamar una paz y una cultura más duraderas y auténticas.

Las *Geórgicas*, a pesar del complicado proceso de su creación, ostentan una perfección formal y temática extremada. **Le plus accompli ouvrage de la poésie**, dirá Montaigne. **The best Poem of the best Poet**, dirá Dryden. Las *Geórgicas* no marcan una negación de la sensibilidad anterior sino progresión, superación, evolución. La naturaleza -hostil o benévola- no es sentida como algo sustancialmente diverso del hombre. Incluso se puede hablar de una humanización de la naturaleza. La fuerte presencia de esta naturaleza produce una tensión cósmica única. Si entendemos por ecología el estudio de las relaciones entre los seres vivos y sus ambientes físicos y bióticos, ¿qué otro autor ha interrelacionado con más amor y arte a las plantas, animales, hombres, dioses, astros, suelos, aguas?

Por otra parte la despreocupada sensibilidad juvenil de las *Bucólicas* se transforma en una aguda conmisericordia de la vejez, de la enfermedad, de la muerte. En las *Geórgicas* hay caídas y cortes de árboles que hacen sentir y meditar más que la caída de un guerrero; y celos y amores de toros, más dramáticos que las pasiones de muchos seres humanos.

Las *Geórgicas* son en apariencia un tratado de agronomía, pero proponen al lector las razones profundas que pueden ayudarlo a afrontar las realidades decepcionantes de su época. El agrónomo moderno, por otra parte, tiene poco que objetar a la ciencia virgiliana y sí mucho que aprender. El primer agrónomo de la historia, el cartaginés Magón, ya había sido traducido antes de las Guerras

Púnicas. Nuestra Universidad Agraria hizo bien en ponerse un lema de espíritu virgiliano: **Hominem et agrum colere cupio**: quiero cultivar al hombre y al campo. Del verbo **colere** derivan la cultura, la agricultura y también el culto.

La alternancia de tonos en las *Geórgicas*, sombrías la I y la III, alegres la II la IV, establecen la perfección de su estructura. El epilio final de Orfeo sirve también, como en las *Bucólicas*, de elogio y de crítica al género didáctico. Las famosas digresiones de las *Geórgicas* están siempre ligadas al tema tratado, pero mucho más a los motivos ideales de la obra. La arquitectura es compleja y hasta diríamos complicada, pero el conjunto es muy clásico.

Los **excursus** o digresiones ocupan más del 40% de las *Geórgicas*. Si las normas agrícolas no estuvieran expuestas con tan elevado lirismo, estaríamos tentados de preferir las digresiones. De todas formas, estas poseen mayor alcance universal y son los trozos más retenidos por los lectores. Las principales son: el himno al trabajo (I, 122-146), el himno a Italia (II, 136-176), el himno a la primavera (II, 323-345), el elogio de la vida campestre (II, 458-540), la pasión sexual en humanos y animales (III, 242-285), la epizootia de Nórica (III, 474-566), las actividades hortícolas del viejo de Córico (IV, 125-148), los mitos de Aristeo y de Orfeo (IV, 317-558).

La última digresión merece mayor análisis. Hay críticos que suponen, basados en un texto de Servio, que ella remplazó, en una segunda edición, un panegírico de C. Cornelio Galo, poeta y primer prefecto de Egipto, a quien Virgilio ya había elogiado en la X bucólica. Su desgracia política y su suicidio habrían decidido a Virgilio a sustituir el panegírico por el epilio de Orfeo y Euridice, engastado en el episodio de Aristeo.

El haber relacionado la leyenda de Orfeo con la de Aristeo no debe llamar la atención, pues parece haber sido un procedimiento común entre los poetas alejandrinos: ya Catulo (*Carm.* 64) había engastado los amores de Teseo y Ariadna en el epitalmio de Tetis y Peleo. Lo sorprendente en la narración virgiliana es su simetría clásica:

- Aristeo, desamparado, consulta a su madre
 - Intervención y consejos de Ciren
 - Aparición de Proteo

} 136 v.

Oráculo de Proteo { Muerte de Euridice
 Dolor de Orfeo
 Orfeo recupera a Euridice } 32 v.

{ Orfeo vuelve a perder a Euridice
 Dolor de Orfeo
 Muerte de Orfeo } 43 v.

- Desaparición de Proteo
 - Intervención de Cirene
 - Aristeo cumple las prescripciones

} 31 v.

La elegancia de la palabra y de la imagen en esta obra sigue unida a la musicalidad, pero ahora esta es mucho menos simple. El hexámetro alcanza una ductilidad expresiva increíble, no muy bien estudiada hasta ahora. La densidad y la plenitud de los versos desesperan al traductor, que, además tiene que lidiar con notaciones técnicas y pintorescas, ciencia y poesía, trabadas con un supremo virtuosismo y elegante soltura.

Virgilio no es un poeta descriptivo; él es uno de los poetas más líricos que hayan existido, en el sentido de que la música y el color prevalecen netamente sobre el dibujo. Pero en las *Geórgicas* y más tarde en la *Eneida*, no faltan cuadros precisos, descritos con minucioso amor y esmero.

La ideología subyacente en las *Geórgicas* consiste en que la felicidad o más bien el gozo ya no es un regalo y un derecho egoísta; el gozo es una conquista que se obtiene con el **labor improbus**. El trabajo es un ideal más alto que el amor. La naturaleza se eleva con el arte y la cultura. Pero el mito final de las *Geórgicas* nos enseña que amor y trabajo, naturaleza y cultura, son impotentes frente al ataque de las pasiones y de la muerte.

Virgilio nunca fue optimista ciego ni pesimista estéril, y siguió pensando y avanzando. El defecto de la tesis consistía en su extremada inmanencia. La

solución final tratará de darla en la *Eneida*, cuyos personajes principales serán el **Fatum** divino y la **Pietas** de Eneas.

El amor y el trabajo sin luz trascendente no sirven de mucho. Hay que avanzar porque las sombras amenazan con cubrir todo, como nos dice Virgilio al final de las *Bucólicas*.

Si bien en este libro solo presento mi traducción de las dos primeras obras de Virgilio, no quisiera dejar de exponer ciertas observaciones sobre su máxima obra, cuya versión, si Dios quiere, publicaré algún día.

Virgilio dedicará sus últimos once años de vida a la composición del poema épico del Occidente, la *Eneida*, que, como todo excelente poema, dice más de lo que se propuso el autor. No basta decir que la *Eneida* es la epopeya nacional del Imperio más sólido que ha conocido el mundo; que es un portento de concentración y la unificación de mil datos de toda índole; que es un repertorio de lo más acendrado de la civilización antigua; que es un lazo de unión entre dos edades; que es la proyección de lo más sano y digno de conservarse del paganismo en su ocaso. De la *Eneida* hay que decir en qué consiste lo universalmente valioso de la obra y por qué la epopeya de Roma es el gran poema de la vida y del destino humano, ya que en la obra de los genios lo supremo y lo último no puede ser solo el interés estético sino el interés humano.

El verdadero tema de la *Eneida* es el enfrentamiento dialéctico del **Fatum** divino con la **Pietas** de Eneas: de la voluntad de Dios y de una particular virtud de un personaje mitológico que representa al hombre universal. Por no entender esta dimensión religiosa muchos siglos gozaron sí con la *Eneida*, pero no la entendieron a cabalidad. Me atrevo a decir que el único poeta que entendió perfectamente la *Eneida* fue Dante.

El **Fatum** o los **Fata** -traducido aproximativamente por Hado-, no Eneas ni Júpiter ni Juno, es el eje alrededor del cual gira la *Eneida* de principio a fin. **Fatum** es polisémico: significa un dicho oracular; significa el destino fatal o la muerte de una persona (equivalente a la *μοῖρα* griega); significa toda carrera mortal de un individuo o de un pueblo; significa sobre todo los decretos divinos pero con la tendencia a hacer prevalecer la idea de fuente u origen sobre la de la materialidad del decreto mismo. La connotación interna de origen va apuntando a un ser personal que, con estos decretos actúa como rector supremo de los destinos humanos y del gobierno del mundo. **Fatum**, pues, es una divinidad (única) sin figura visible ni culto externo. El **Fatum** se da a conocer por su actividad fundada

en su omnisciencia y omnipotencia sin coartar en nada la libertad humana. Lo máximo que hace es encauzar de modo maravilloso las determinaciones libres. Este “monoteísmo fático” de Virgilio coloca en un lugar inferior a los dioses mitológicos, quienes a veces se atreven a combatir inútilmente al **Fatum**.

De la palabra **Fatum** ha derivado fatalidad, pero en toda la concepción religiosa y mitológica de Virgilio no se presenta la intromisión de una idea de fatalidad o de fatalismo. Las únicas excepciones son los casos de Dido y de Amata: solo ellas sufren violencia interna de parte de los dioses. El trágico destino de ambas se explica por razones dramático-históricas, pues convenía exculpar a Cartago y a la Roma primitiva por su lucha contra Eneas, es decir, contra la futura Roma.

Exceptuadas Dido y Amata, todos los otros personajes hacen su propia voluntad. A Eneas, a veces le faltan las ganas de obedecer, pero cuando obedece, nunca pierde su voluntad. De la autonomía de las *Bucólicas* y de las *Geórgicas* se ha pasado a la subordinación y a la heteronomía. Escapamos de la ilusión a la realidad. El **Fatum** de Eneas es fundar una Roma eterna, abierta al infinito porque así suena la sentencia de Júpiter: **His ego nec metas rerum nec tempora pono:/ imperium sine fine dedi**: a los romanos yo no fijo límites en el espacio ni en el tiempo; yo les he dado un imperio sin fin (I, 278-279).

Virgilio escribe en el momento cénit de Roma. Por eso, a horcajadas sobre las dos vertientes del tiempo, Virgilio, que percibe desde su altura el pasado heroico y el luminoso porvenir, siente un ansia infinita de eternidad, de supresión del tiempo, que le lleva a pasearse continuamente en su obra máxima desde las pasadas edades heroicas a las futuras edades doradas pasando por las grandezas contemporáneas y cesáreas de la Roma de Augusto. Cuando mira hacia atrás es el bardo homérico, cantor de la epopeya antigua; cuando mira hacia adelante es el profeta arrebatado y sibilino de los héroes piadosos; cuando mira al frente es el colaborador de la obra política y religiosa de Augusto. Y siempre es el romano de una Roma eterna, quieta en una perfección superior a los tiempos, donde protología y escatología se confunden. La poesía virgiliana es el monumento de mayor sentido cristiano de todo el clasicismo.

En Virgilio no hubo nunca puro afán estético. Siempre buscó el **rerum cognoscere causas**: por qué y para qué el hombre vive. Con la *Eneida* logró dos empeños: glorificar la patria con la epopeya de sus orígenes propios y ofrecer su solución final al secreto fundamental de la vida: tener como meta lo que la divinidad quiere y ejecutar lo que ha mandado, pero libremente; aun más, con

amor. Dios señala a cada uno sus hados; el hombre debe descubrirlos y cumplirlos. Séneca resumió la doctrina virgiliana con esta frase lapidaria: **Ducunt uolentem fata, nolentem trahunt**: los hados conducen a quienes los aceptan; arrastran a quienes los rechazan.

Eneas es la encarnación de esta teoría. Eneas es el hombre que define al hombre. La primera mitad de la *Eneida* nos representa a un Eneas recalcitrante al **Fatum**, pero poco a poco aprende que quien combate al **Fatum** es arrollado y vencido. Hay que leer bajo este ángulo el episodio de Dido.

Aprendió también que no valen mañas contra el **Fatum**. Cuando Palinuro pide a la Sibila que le haga atravesar el Estige antes de ser sepultado, se le responde fríamente: **Desine fata deum flecti sperare precando** (VI, 376): no esperes que tu oración haga cambiar a los decretos divinos. Cumplir la voluntad divina no siempre es fácil: incluso a Cristo le costó cumplirla.

Después de la bajada a los Infiernos, Eneas, en los últimos seis libros, manifiesta una actuación rectilínea en favor del **Fatum**. Eneas será un héroe de nuevo cuño: **pius**, el que busca vencerse a sí mismo. Eneas halla la felicidad cuando se subordina con su **pietas**. Eneas responde al **Fatum** con la **pietas**, traducida aproximativamente por piedad.

La piedad virgiliana es el cumplimiento cabal y amoroso de los deberes morales que tiene el hombre con todos los seres con quienes se relaciona: divinidad, patria, familia, prójimo, y esto, unido a una rectitud en el procedimiento que supone abnegación, sentido social, responsabilidad, entrega. Este es el heroísmo interno de Eneas. El lenguaje virgiliano se acerca mucho al cristiano. En vez de cumplimiento amoroso, nosotros preferiríamos decir amor cumplidero. El lector encontrará en la *Eneida* que la más bella manifestación de la relación amorosa entre Dios y el hombre consiste en que los dioses se dan a conocer al desaparecer, cuando el hombre abre nostálgicamente los brazos hacia ellos. Esto sucede también en Homero.

Anquises, en el libro VI, al encontrarse con su hijo en el Elisio, lo recibe con estas palabras: “Por fin has llegado y, como lo esperaba tu padre, tu piedad ha triunfado del duro camino”: **uicit iter durum pietas**. En las *Bucólicas* el valor supremo había sido el amor; en las *Geórgicas*, el trabajo; ahora definitivamente es la piedad, con la que no solamente se vence todo en esta vida, sino también en la ultratumba.

Virgilio, tras las huellas de Homero, creó una nueva épica, la épica lírica, y además con personajes evolutivos y no fijos como los de Homero. Observemos que a medida que el poeta avanzaba en su pensamiento, las fuentes de su inspiración se hacían cada vez más antiguas: primero Teócrito, después Hesíodo, finalmente Homero. Virgilio depende en muchos sentidos de los tres; sin embargo, no puede menos que reflejar los ideales de una época del todo distinta. Y, al verificar esto, recibimos de Virgilio una lección sobre la mejor manera de tratar a los clásicos. Todos nosotros somos griegos y romanos porque nuestra **forma mentis** ha sido plasmada por la cultura grecorromana. Nosotros seguimos siendo ellos, pero existimos diferentemente. Los clásicos no deben ser gigantescos y organizados ficheros ni nosotros, sus celosos guardianes. Nuestra misión es aceptarlos, comprenderlos, y replantearlos y replicarlos. Esta superación cronológica de los clásicos se llama humanismo, y consiste en la voluntad constante de buscar lo humano, aunque sea en el seno de una sociedad cosificada.

A pesar de no haber sido entendido siempre como se debe, Virgilio siempre ha despertado en la humanidad interés, admiración y amor. Unos prefieren las *Bucólicas* (Garcilaso, Tasso, Cervantes, Amarilis), otros las *Geórgicas* (Pascoli, Guzmán, Melgar, Arona) y muchos otros la *Eneida* (Dante, Hojeda, Ercilla, Chocano), y todos han civilizado al mundo con los ideales pacifistas, religiosos, personalistas y hasta ecológicos del amigo Virgilio.

Su originalidad en tratar al “protagonista” Eneas desconcertó a sus contemporáneos y a otros más. Aunque Eneas sea el omnímodo protagonista, no es él quien lleva la acción porque solo es un instrumento divino para dar profundidad extrahumana al destino de Roma. Este destino no debía ser planteado por un hombre, sino venir del cielo. Eneas es un instrumento dócil, eficaz y potente, pero en la primera parte no tiene interés personal en serlo. La nostalgia de Troya siempre acompañará a Eneas. Su crisis consiste en verse escogido para un destino glorioso, pero para el cual no siente ninguna afición propia porque su corazón tiene otros ideales: Troya, Dido, sus padres... El nuevo ideal heroico de la *Eneida* está fundado en la virtud moral. Eneas es, por supuesto, valiente, pero como Menetes: **exosus nequiquam bella**: odia sin éxito la guerra (XII, 517).

Eneas, se puede decir, es Virgilio. Un Virgilio melancólico porque su destino contraría sus anhelos personales. Eneas, se puede decir también, es un anti-Ulises, quien tras un viaje glorioso regresó a la tranquilidad de su hogar. Dante tuvo la excelente idea de crearle a Ulises un final menos prosaico.

Es una gran paradoja la supervivencia de la *Eneida*, como poema de valor universal indiscutible, mas acompañado de la incomprensión del protagonista por parte de casi todos los críticos. Esta paradoja se puede explicar por la forma constantemente perfecta del poema, su perfecta unidad, el gran interés del plano histórico y mitológico, su honda religiosidad y lo acabado de cualquier porción de la *Eneida*.

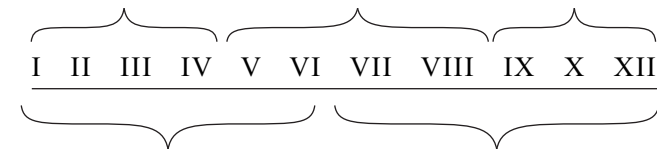
Creo ocioso aclarar que el mito de Eneas no fue invención de Virgilio. Julio César y Octavio basaron su propaganda política en la afirmación de su descendencia troyana y divina, pues Eneas, como contaba el mito, era hijo nada menos que de Anquises y de Venus. De su hijo Julo o Ascanio provenía la familia Julia. Eneas, al ser hijo de Venus, es hermano del Amor o Cupido. Virgilio se encarga de subrayar este honorífico parentesco (I, 667).

La *Eneida* admite dos organizaciones. La primera sería la siguiente:

- I. Viaje de Troya al Tíber, con Dido como personaje final. Corresponde a los cuatro primeros capítulos.
- II. Preparativos de la guerra, con Evandro como personaje final. Corresponde a los cuatro capítulos centrales.
- III. La guerra por la futura Roma, con la muerte de Turno como escena final. Todo en los cuatro últimos capítulos.

La segunda división es quizá más interesante:

- I- Eneas reluctante al **Fatum** en la primera mitad de la *Eneida*. Al final de dicha mitad Eneas conoce la voluntad divina en la catábasis infernal.
- II- Eneas actuante en favor del **Fatum**, en la segunda mitad que acaba en la victoria.



Cada canto de la epopeya exhibe también una estructura perfecta equilibrada. El Libro I, por ejemplo, después de la introducción, se desarrolla en cuatro partes de similares proporciones: el viaje tormentoso en el mar, permanencia en la playa de Cartago, la entrada de Eneas invisible a Cartago, y su presentación, ya visible, a la reina Dido.

Al entrar en Cartago, Eneas encuentra pintadas en un templo varias escenas de héroes desafortunados, y exclama: **sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt**, que quizá sea el verso virgiliano más difícil de traducir. Literalmente: “Hay lágrimas de los hechos; los sucesos humanos conmueven el alma”. Mejor podría ser: “Las lágrimas corren frente al espectáculo del mundo; el destino de los hombres conmueve los corazones”.

Virgilio reconoce con estas palabras que hay hombres verdaderos en Cartago porque lloran. Y no se llora solo por las desdichas humanas sino por la misma condición humana. Aquí está el secreto de las lágrimas de Eneas y de Dante. Ellas expresan una actitud moral. Maurras dirá en un poema dedicado a Virgilio: **O larmes, fleurs et fruits des graines de l'Espoir**.

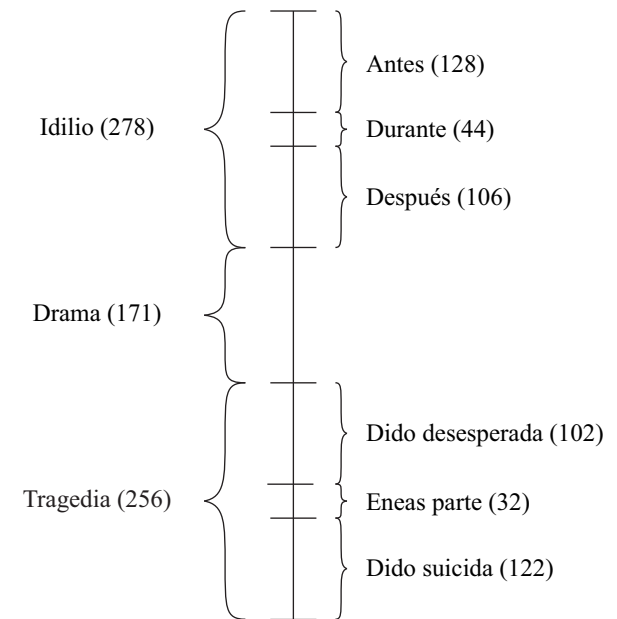
El Libro II, dividido también en tres partes, recuerda el saqueo de Troya. La misma división encontramos en el Libro III, que recuerda el viaje de Eneas desde Grecia hasta Italia y su posterior accidentada llegada al África. Todo este viaje dura siete años porque era necesario que los troyanos llegaran al Lacio no como piratas ni naufragos, sino después de una larga perseverancia. Las interminables dificultades se convierten en el alimento de su certeza. Por eso mismo, los episodios de la travesía no son pintorescos ni truculentos, como en la *Odissea*. Eneas durante su viaje funda ciudades, obedece a los dioses, honra a los muertos, se equivoca, vence el desaliento, pierde a su esposa, a su padre, a su piloto...

El Libro IV es con toda seguridad el más famoso y conmovedor de la *Eneida*. Los amores de Dido y Eneas han hecho correr las lágrimas de todo lector sensible, incluyendo las de santos doctores, como Agustín de Hipona. Pero hay que prevenirse actualmente de hacer una lectura romántica del episodio. Dido, recordémoslo, es una mujer poseída por Cupido y engañada por los dioses a tal punto que acaba creyendo en unas nupcias legítimas suyas con Eneas. Este, por su lado, aún no completamente seguro de los Hados, llega a creer que Cartago es la meta de su viaje. La tragedia, por último, es desencadenada por fuerzas maléficas en Dido y por una revelación divina en Eneas. Eneas exclamará ante Dido: **Italiam non sponte sequor**: no me dirijo espontáneamente a Italia, sino por orden de los dioses. El héroe es impulsado a partir precipitada e injuriosamente por una

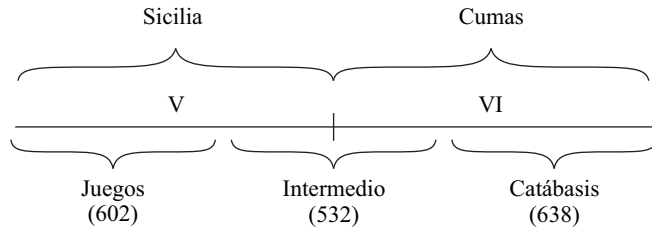
especie de fantasma impertinente, y Dido prorrumpe en maldiciones contra Roma. Así Virgilio logró profetizar las guerras púnicas, pero al mismo tiempo excusar a Cartago, ciudad que estaba siendo reconstruida por Augusto.

Virgilio, empero, enamorado también de Dido, le hace pronunciar unas últimas palabras que revelan la gran alma de la diosa, restituida en toda su dignidad de mujer apasionada. ¿Quién podrá olvidar jamás a Dido, a la Andrómaca de Homero y a la Francesca de Dante? **Sic iuvat ire sub umbras**, así me conviene descender a las sombras, decimos con Dido.

Uno de los secretos del éxito del L. IV es sin duda su refinada arquitectura. Está dividido en tres partes, siendo la central sensiblemente más pequeña. Las dos partes extremas ostentan una similar organización tripartita. En un gráfico se puede observar mejor lo dicho. Pongo entre paréntesis el número de versos de cada parte.



Los Libros V y VI deben tomarse como una unidad. Observemos la estructura ligada de ambos:



El Libro V se desarrolla en Sicilia, donde se quedan muchos troyanos pusilánimes. El Libro VI se desarrolla en Cumas desde donde Eneas baja a los Infiernos. Allí, en el Elisio, Eneas verá a los verdaderos futuros romanos.

En ambos cantos el tiempo parece suspendido y suceden hechos de significación profética. Anquises, el padre de Eneas, alcanzará una verdadera apoteosis. La primera imagen que nos da la *Eneida* de él es la del viejo terco que no quiere abandonar Troya. En el Libro VI será él ante quien se abrirán o cerrarán las puertas del Infierno. Él será quien instruya a su hijo sobre el **Fatum** divino.

Entre los episodios de los Juegos y de la Catábasis, se desarrolla un intermedio de más o menos igual dimensión. Allí ocurren dos muertes, la de Palinuro y la de Miseno, especies de sacrificios humanos exigidos por las divinidades itálicas.

Inmediatamente después de consultar a la Sibila de Cumas, en el mismo lugar donde se suponía haberse desarrollado la "nekiomanteia" de la *Odisea*, Eneas entra al Averno, armado de una rama dorada, que no es otra cosa que el muérdago, que tenía virtudes mágicas entre los celtas. Aconsejo la lectura del libro de Sir James George Frazer, *La Rama Dorada*, donde se explica muy bien la importancia de este episodio.

En este lugar conviene hablar de la idea virgiliana del más allá, porque decir lo que le espera al hombre después de su muerte equivale a decir la idea que uno se hace del hombre. En los Infiernos se produce una disolución progresiva de los lazos y contingencias de la tierra con una purificación del elemento espiritual. Antes del juicio las sombras deben liberarse de los lazos contraídos con los vivos: de ahí la

necesidad previa de ser sepultado y de cumplir el ciclo vital asignado para los suicidas, los niños, los asesinados, las víctimas del amor... Luego hay purificación pero sin penas eternas, salvo para los grandes culpables de la mitología: los titanes Ixión, Flegias, etc. En el Elisio la purificación continúa en la felicidad. Algunos pocos como Anquises logran el regreso definitivo a la espiritualidad absoluta. La mayoría, a partir de mil años, empieza a ansiar la materia con vehemencia y obsesión. Estos atraviesan el Leteo para olvidar su vida anterior y acaban regresando a la vida con un cuerpo nuevo. Observemos que la metemecosis virgiliana no es la cadena opresiva del hinduismo; es una oportunidad para reparar los infortunios y las faltas del pasado. El Libro VI constituye uno de los pasajes más hermosos de la *Eneida*, además de ser el más rico en consecuencias: a él debemos la *Comedia* de Dante.

El Libro VII empieza con buenos augurios. Eneas se entrevista con Latino, rey del Lacio, quien acepta acoger a los troyanos y ofrece su hija Lavinia a Eneas como esposa. Lavinia es un delicadísimo personaje de la *Eneida*. Nunca pronunciará una palabra, pero un súbito sonrojo suyo precipitará la catástrofe final.

Juno, la eterna enemiga de los troyanos, en complicidad con la furia Alecto, agita la población, y toda Italia toma las armas para atacar a los troyanos. La mujer de Latino, Amata, es poseída por la furia. Ella, en la segunda parte, desempeñará un rol paralelo al de Dido en la primera parte. Turno, pretendiente de Lavinia y rey de los rútilos, nos es presentado con sus rasgos vehementes y temibles. Este será el enemigo irreductible de Eneas. Su **Fatum** será muy lamentable.

En el Libro VIII el dios Tíber revela a Eneas la necesidad de buscar la ayuda de Evandro, rey arcadio de Palantea, idílica ciudad situada exactamente donde se implantará la futura Roma. Eneas descubrirá que Evandro es un pariente lejano suyo por ser ambos descendientes de Atlas. Nuestro héroe, pues, se encontrará como en su casa en Palantea, poblada con gente proveniente de su querida Arcadia. Eneas estará asegurado de no ser un intruso. Virgilio se complace en presentar la futura Urbe como un modelo de las virtudes tradicionales romanas: trabajo, religiosidad, pacifismo, desprecio de las riquezas, valor. El viejo Evandro aconseja a Eneas: **aude, hospes, contemnere opes et te quoque dignum/ finge deo**: atreverte, huésped mío, a despreciar las riquezas y hazte digno tú también de ser un dios (VIII, 364-365). El desprecio de las riquezas es el elemento y la consecuencia de una actitud con la que el hombre trata de hacerse conforme a los dioses; corresponde a la purificación en el más allá, pero se necesita coraje (**aude!**) para reconocer su propio destino.

Evandro confía luego su joven hijo Palas a Eneas, mas dados sus pocos recursos bélicos, aconseja a Eneas presentarse ante Tarcón, rey de los etruscos, pueblo de reputación guerrera.

Hay que hacer un alto para resaltar la importancia de la *Eneida* para el estudio de los mitos indoeuropeos, importancia incluso mayor que la de las obras homéricas. Homero vivía en el mito y por ello no tuvo ojos críticos frente a él. Virgilio, en cambio, es mitológico e indaga con mucha profundidad en el mundo mítico del pasado remoto. Los latinos, en lengua y mito, fueron mucho más conservadores que los griegos.

La ideología tripartita de los indoeuropeos es ampliamente conocida: todos ellos mantuvieron en lo social, político y religioso tres funciones jerarquizadas:

- los sacerdotes con su soberanía mágica y jurídica, cuya divinidad representativa entre los latinos fue Júpiter.
- los guerreros, con su fuerza física y guerrera, cuya divinidad fue Marte.
- los productores, con su abundancia tranquila y fecunda, representados por el dios Quirino.

Virgilio no es un testimonio directo y original de las tradiciones indoeuropeas sobre la formación de las sociedades tripartitas pero sabía muy bien qué filosofía social expresaba la estructura del nacimiento de Roma. Virgilio, al componer la *Eneida*, ha recordado la leyenda que expresaba el nacimiento de Roma, el sinecismo, como feliz conclusión, sin derrota, de una guerra donde Rómulo, ayudado por el etrusco Lucumón, se oponía al sabino Tito Tacio; esto es, donde colectivamente, los protorromanos, ayudados por un ejército extranjero se oponía a los sabinos y aliados.

En la segunda parte de la *Eneida* encontramos a tres personajes con **fata** abiertos y convergentes hacia la fundación de Roma: Eneas, Latino, rey de los aborígenes, y Tarcón, rey etrusco. Al analizar el comportamiento de dichos personajes, es fácil encontrar en ellos las famosas tres funciones indoeuropeas:

Eneas representa la primera, que es religiosa. Su **fatum** es mantener el culto de sus ancestros y fundar un Estado que se convertirá en Roma. Al final del poema, Eneas aconseja a su hijo: **Disce, puer, uirtutem ex me uerumque laborem, fortuna ex aliis**: Aprende, niño, de mí la virtud y el verdadero esfuerzo; aprende de otros la buena suerte (XII, 435).

Tarcón, representante de la función guerrera, no actúa nunca como rey sino como capitán. Tampoco tiene características religiosas. Tarcón y los etruscos no profieren nunca una sola palabra piadosa, religiosa, invocatoria; ellos tampoco manifiestan ningún carácter de opulencia, como los latinos.

Latino, el prototipo de la clase productora, y su pueblo dan la tierra y las mujeres necesarias para los troyanos. La prosperidad, riqueza y paz de su reino se subrayan a menudo.

Es clara, pues, en Virgilio la intención de prefigurar en Eneas, Tarcón y Latino las funciones de Rómulo-Júpiter, Lucumón-Marte, y Tacio-Quirino. Quien ha explorado gran parte del acervo mitológico de Virgilio fue George Dumézil, a quien remito a los interesados en dicha materia.

Un lector atento de la *Eneida* puede enterarse del transcurso del tiempo en el poema: siete años y 30 días, desde la partida de Troya hasta la muerte de Turno. Para ello hay que tener presente que Virgilio cuenta sucesivamente eventos simultáneos y que, al escribir, no es juez ni intérprete omnisciente y seguro. Esta técnica narrativa es extraña a Homero y muy original. Con ella se deja cierto margen de libertad a la acción de los protagonistas, y muchos eventos pueden tener carácter enigmático. Por eso Eneas se interroga a menudo sobre la voluntad de los dioses; por eso Turno puede equivocarse sin responsabilidad criminal.

Muchos personajes inolvidables desfilan en los episodios bélicos de la *Eneida*: Turno, Eurialo, Palas, el impío Mezencio... En el L. XI se narra en un insuperable cuadro la muerte de la guerrera Camila. Más que muerte, parece un desmayo; no hay sangre, no se habla de su herida. Camila “se desliza”, no cae en tierra; “se separa” de su cuerpo como si se desvistiera, hasta su grito final que solo escuchan las sombras: **uitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras** (XI, 831): y su vida, con un gemido, huye indignada a las sombras.

Este verso se repite al final de la *Eneida*, en la terrible y última escena, cuando Eneas hunde su espada en el pecho de Turno, cuyo cuerpo “se suelta” y su vida, también con un gemido, huye indignada a las sombras. Esta indignación, donde se junta toda una experiencia de vida, nos recuerda al mismo tiempo a la ingenua y cautivante Camila; esta indignación además debe provocar en el lector una meditación sobre el destino del hombre. El último Libro nos cuenta un día interminable, donde los hechos parecen engendrarse en el ruido y el furor, en el estrépito de las pasiones mal contenidas, en el accidente y lo contingente. Todo nos hace olvidar que la paz va a renacer en el Lacio, que pronto va a empezar la gran

empresa romana. Virgilio de improviso, en su último verso, nos coloca con una sola palabra, bruscamente, sobre una cima. No, la *Eneida* no está inconclusa, como sostienen todavía algunos.

La muerte fue un tema de continua meditación para Virgilio. Cada muerte descrita por Virgilio es profundamente conmovedora. Nadie puede leer sin lágrimas la muerte de Eurialo ante la mirada de su querido amigo Niso, la de Palas delante de su ejército. Cuando, en lugar de personajes de leyenda evoca la muerte del joven Marcelo, que él conoció y admiró y de quien todos los romanos y Augusto mismo esperaban tanto, tiene palabras de un extraño patetismo fúnebre. Buena razón tuvo Hermann Broch en escribir su bello libro *La muerte de Virgilio* (1947), vasta meditación lírica donde los sueños del poeta, a punto de expirar, se mezclan, en el flujo de un monólogo interior, con las últimas conversaciones tenidas con sus amigos⁶.

Publio Virgilio Marón murió en Brindisi el 21 de setiembre del año 19 a.C., al regreso de un viaje a Grecia, donde había contraído la malaria, la misma enfermedad que acabará con Dante.

Para Homero, los dioses decretan la muerte de los grandes hombres a fin de que sirvan a los venideros para sus cantos. Este pesimismo es superado radicalmente en la *Eneida*, donde el mismo Júpiter declara: **Stat sua cuique dies, breue et inreparabile tempus/ omnibus est uitae; sed famam extendere factis/hoc uirtutis opus** (X, 467-469): cada uno tiene su día fijado; breve e irreparable es el tiempo de vida para todos; pero extender su nombre por actos, esto es obra de la virtud.

La muerte del hombre no es su fin. Sus actos ejemplares tendrán influencia más allá de la muerte. Esto es lo que se propuso Virgilio y, con él, sus protagonistas. Por eso el buen Virgilio sigue siendo un gran amigo y “guía, señor y maestro” del Occidente.

⁶ Esta obra fue musicalizada en 1960 por el eximio compositor Jean Barraqué (1928-1973).

La traducción de las *Geórgicas* de Juan de Guzmán

Juan de Guzmán (segunda mitad del s.XVI) fue el primer traductor de las *Geórgicas* al español o, en sus palabras, quien tuvo “atrevimiento de sacar a luz y ofrecer en nuestro castellano estilo aquello que estaba callado hasta agora”. Pocas son las noticias biográficas que tenemos de este humanista (cf. Gregorius Mayans, *Specimen Bibliothecae Hispano-Mayansianae*, Hannoverae, 1753). Nació Juan de Guzmán en Sevilla a mediados del s. XVI y estudió gramática y retórica en Baeza, donde es probable que se haya encontrado con S. Juan de Ávila o S. Juan de la Cruz.

En el prólogo de su traducción nos dice: “Bien sé que los sabios y doctos recibirán esta obra con buena voluntad, pues solo le bastaba a mi ingenio, aunque pequeño, haber sido formado en la oficina del gran Sánchez Brocense y de Juan de Mal Lara hispalense, para que acertase”.

Poco después lo vemos en América, donde pasó diez o quince años, entre México y Perú y donde emprendió su traducción. De regreso a España, se domicilió en Pontevedra después de obtener una cátedra de latinidad. No tardó en darse a conocer como buen profesor y excelente conocedor de los clásicos. En esta época publicó las *Geórgicas* (1586). Parece haber acabado sus días regentando una cátedra de retórica en la Universidad Complutense, donde editó su *Arte de la Rhetórica de Joan de Guzmán, público profesor de esta facultad, dividida en catorze combites de Oradores* (Alcalá, 1589).

Su traducción de las *Geórgicas* había salido en Salamanca en 1586. Después se reimprimió en 1768 (Madrid) y en 1778 (Valencia). La edición que manejamos es la de 1768: *LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO Y SU DECIMA ÉGLOGA, traducidas en verso castellano por Juan de Guzmán, Catedrático de Retórica de la Villa de Pontevedra. A las que se añaden algunas obras sueltas del mismo, sacadas de su Retórica. Con licencia en Madrid en la Imprenta de Francisco*

Xavier García, *calle de Capellanes. Año de 1768*. El formato es en octavo. Las dos primeras páginas y las dos últimas tienen una ortografía y un tipo de letra diferentes, evidentemente más modernos que los de las otras páginas. Parece que, para esta edición, se emplearon las mismas matrices de 1586, salvo para las páginas extremas, cuyas matrices se habrían dañado.

De las 468 páginas del libro, solo 178 corresponden al texto de las *Geórgicas*. Del resto, 202 páginas son “notaciones” y 88 corresponden a la dedicación, al prólogo, a las loas preliminares, a cuatro poesías originales y a diversas traducciones de Guzmán: diez *Epigramas* de Marcial, cinco *Salmos* y la X bucólica de Virgilio.

Las notaciones y, en cierta manera, incluso el prólogo, presentan un carácter terriblemente errático. Allí se trata toda clase de materias: desde listas de importantes personajes gallegos de la época, hasta las curiosas costumbres de la Universidad de Salamanca; desde anécdotas de la vida privada de la familia real hasta excursos sobre la escritura china y transcripciones de versiones del Brocense (I Bucólica) y de Fr. Luis de León (el *Beatus ille* de Horacio), aunque esta última sea atribuida erróneamente a Garcilaso (*Dichoso el que de pleitos alejado*).

Lo que más nos interesa son las abundantes e importantes noticias sobre el Nuevo Mundo. En 1586, cuando Guzmán publicó su traducción, ya se habían editado varias crónicas y diversos escritos sobre América. Por ejemplo, específicamente sobre el Perú, ya habían escrito López de Jerez (1534), Fernández de Oviedo y Valdez (1535), De Albenino (1549), Cieza de León (1553), López de Gómara (1552), Zárate (1555), Fernández (1571). Pero en las notas de Guzmán se respira cierto frescor y espontaneidad de lo visto u oído personalmente, sin la intermediación de cronistas. En fin de cuentas, toca al erudito declarar si el testimonio de Guzmán es de primera o de segunda mano.

En el prólogo, este confiesa haber viajado mucho “porque en muchos lugares, como se verá en las notaciones, yo hallara dificultad en el sentido, si no fuera por haberme hallado en partes donde semejantes cosas de mí fueron vistas”. Al justificar su traducción, declara “que no era justo dejasen de estar [los clásicos] en nuestra lengua, pues por el orbe tanto florece, que alcanza a hablarse allá en los Antípodas, como son los de Chile; y no solo por nuestra nación, sino por las extranjeras, como son los Indios orientales y occidentales, etíopes de la África y Egipcios”.

El mismo prólogo contiene esta valiosa observación sobre el Perú: “Y así en cada tierra su estilo, del modo que en la costa del Perú hay partes donde no se puede

sembrar el maíz, pan de aquella tierra, si no es metido el grano en cabezas de sardinas. Oído decir así, los ignorantes riense, como si esto fuese echarles bernardinas, mas el discreto no se espantará, por considerar que la causa debe ser algo como en efecto es, la tierra ser pura arena y ha menester el grano algún estiércol para tomar raíz firme en la tierra, y aquellas sardinas sirven en lugar dél. Y luego se le ofrecerá otra duda, que cómo hay tantas sardinas; a lo cual se dice que la mar echa gran cantidad todos los años a la costa, y por eso usan de este remedio, el cual si no tuvieran tan a mano, buscaran otro”.

En la notación 20, Guzmán nos describe la manera como se recoge el incienso en las costas de Brasil. La notación 21 se traslada a México para contarnos el juego de los “voladores” y una curiosa costumbre matrimonial. En la notación 28 se defiende el uso de neologismos americanos como *canoas*, *zavanas*, *bexuco*, *yaquíano*, *axí*, *yuca*, *cazavi*, *guayava*, *arcabuco*, *caos*, *anones* (sic): “Y cierto que es bien que, cuando el nombre es sonante y usado de los nuestros en algunas partes, que todos nos aprovechemos dél siquiera porque nuestra lengua se enriquezca de estos vocablos peregrinos, que será señal, si en otro tiempo Nuestro Señor determinare hacer otra cosa, qué monarquía estuvo en España y que tuvo señorío en aquellas gentes, de quien tomó aquellos tales vocablos”.

La notación 29 contiene la descripción de la forma de combatir de los indios de “la laguna de Maracayro” en Venezuela. Un extenso trozo de la notación 33 nos lleva a las “pesquerías de la Vela y de la Margarita” y nos informa sobre la terminología que los “mercaderes de Cartagena de tierra firme” usan para las diversas variedades de perlas. Además “en la isla de Cubaba [sic] en tiempos de nuestro emperador Carlos V se sacaba en muchos días a treinta y cuarenta marcos [de perlas] por barco. Y así fue entonces la riqueza tanta, que hubo hombre que en el cristianísimo de su hijo [Felipe II] dio fuentes de plata llenas de perlas por colación en esta isla; así como otro en la ciudad del Cuzco dio fuentes de oro en polvo a las damas en la misma colación”. Aquí también encontramos un valiente testimonio de la pesca de ostras: “En cada uno de estos [barcos] van quince o veinte negros o como cada uno puede: todos estos son buzos, que entran en cuatro y cinco y seis y siete y ocho brazas de hondo en el mar. Estos negros llevan unos costales de la hechura de los salabardos que usan en las pesquerías de las sardinas, que son de red, los cuales van atados a una cuerda larga, y en la mano derecha llevan un guante de cuero de vaca, y tienen el salabardo con la izquierda, y con la derecha van recogiendo, como con barretero, todas aquellas ostras. Y si pueden de una vez, en buena hora, y si no, cuando se cansan, salen afuera nadando y recogen resuello, y después tornan a hundirse y andan por allá abajo como nosotros acá fuera del agua. Y los principiantes o novicios son llevados de los otros negros allá a lo hondo, y

detienenlos un poco. Y como no están acostumbrados a aquel oficio, suelen algunos echar por las narices, ojos y oídos sangre que les revienta con la fuerza que hicieron en detener el resuello allá en lo hondo por no ahogarse”.

En la nota 37 se habla del antiguo miedo de abrasarse por el fuego si se llegaba a la línea ecuatorial, “mas la experiencia nos ha hecho conocer que esto sea falso, porque desde Panamá al Perú se pasa cada día por debajo de la tórrida zona y no se siente por allí más diferencia que por las otras partes, en lo que toca a la calor. Lo que pasa es que todas aquellas tierras son calientes y hay muchos mosquitos, de los cuales, en todo lo más de las Indias hay abundancia, salvo en las tierras frías”. En la nota 50 Guzmán nos describe los volcanes Momotombo y Mombacho de Nicaragua. También nos cuenta que “Don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, cuando fue mudado al Perú, pasó por allí y vio este volcán [Momotombo] y quedó, con ser hombre harto discreto y letrado, muy admirado y dijo que por aquello solo debían los hombres ir a aquel lugar desde Europa, por ser cosa tan notable”. Esto ha debido suceder en 1551.

Sobre el Nilo, dice en la nota 99: “Este río riega toda la tierra de Egipto por razón que en aquella tierra no llueve, que es del mismo modo que la costa del Perú, donde no llueve y se riega con los arroyos que bajan de la serranía”.

He dejado en último lugar la nota 64, que más nos interesa. Se trata del origen del nombre de nuestra patria. Digamos antes que Raúl Porras Barrenechea, con ser el mayor estudioso del tema, desconoció esta versión de Guzmán: “Cuéntase que, cuando se conquistó la Tierra Firme de Indias, Nombre de Dios y Panamá, preguntaban nuestros españoles a los indios por el oro, dónde lo había. Y como no sabían la lengua de los indios, señalábenselo, y luego alzaban el dedo, que dónde había de aquello. Los indios de aquella tierra llamaban al oro *birú* y como veían que les preguntaban por el oro, a quien ellos llamaban *birú*, alzaban la mano señalando hacia donde ahora llamamos *Pirú* y decían *birú, birú*, como quien dice 'oro, oro, acullá hay mucho'. Y de esto vinieron los españoles a pensar que la tierra se llamaba de suyo *Pirú*, donde había aquel metal”.

Traducir en endecasílabos, como Guzmán en el s. XVI o Espinosa Pólit en el nuestro, no nos parece el mejor modo de verter al español todo el sentido de los majestuosos hexámetros virgilianos. No por eso debemos privarnos de gozar del exquisito lenguaje clásico de Guzmán. Su traducción empieza así:

“Mecenas dulce, agora desta parte
comenzaré a cantar qué es lo que haga
ser gruesos los sembrados y abundosos;
y debajo qué estrella más convenga
arar la tierra y rodrigar las parras
a los olmos; y el modo como deban
los bueyes ser curados y el ganado;
y cuánta industria tengan las abejas”.

Y continúa así en II, 475-492:

“Con todo eso a mí las dulces Musas
ante todas las cosas me reciban
y tomen en su amparo, pues herido
tan gravemente estoy de sus amores
y soy su sacerdote consagrado.
Y muéstrenme los cursos de los cielos
y la virtud y fuerza de planetas,
los eclipses del Sol y de la Luna,
y dó venga el temblor grande a las tierras
y con cuya violencia se levanten
los procelosos mares retribiendo
en los peñascos puestos por sus lados
o tornen otra vez a recogerse;
y qué es la causa porque se apresuren
los Soles del invierno por bañarse
en las ondas del gran mar Océano;
o qué causa hay de que las noches largas
del invierno así tarden su camino.
Mas si acaso una helada sangre puesta
impidiere en contorno a mis entrañas
que no pueda llegar a que contemple
los físicos efectos de natura,
los campos me den gusto y las corrientes
de ríos por los valles peñascosos:
los ríos ame yo y ame los bosques,
aunque sin gloria y fama me envejezca.
¡Ay, Dios! ¡Y quién entonces me pusiera
en do están anchos y floridos prados,
y donde el río Esperquio va corriendo,

o en los Taygetos montes, que frecuentan
las vírgenes Laconas en sus fiestas!
¡Ay, Dios! ¡Y quién a mí tuviera entonces
en los muy frescos valles del monte Hemo,
y debajo una hermosa y fresca sombra
de muy amenos ramos me cubriera!
Cuán bienaventurado es el que pudo
conocer los secretos de las cosas,
y que ni al Hado estima ni amenazas
ni de Aqueronte avaro se da un pelo”.

Ya quizá en vida de Virgilio aparece la primera traducción de las *Geórgicas* por el poeta latino Arriano en versos griegos. Esta traducción y otras obras de este autor lamentablemente se dan por perdidas.

Las *Geórgicas* exigen mucho de sus lectores y traductores. Dejando de lado su alto valor poético, el lector moderno debe manejar conocimientos agronómicos, astronómicos, mitológicos, históricos, que difícilmente se conjugan en una sola persona en esta época de “especializaciones”. Sin embargo, las traducciones de las *Geórgicas* al castellano son numerosas. Después de Juan de Guzmán⁷ prosiguieron traduciéndolas Fray Luis de León (edición de Quevedo de 1631), Cristóbal de Mesa (1616), Antonio de Ayala (1666) y otros. Las *Geórgicas* despertaron el entusiasmo de muchos americanos como testimonian las versiones de Rafael Larrañaga (1789) en México, de Miguel Antonio Caro en Colombia, de Melgar y de Juan de Arona en el Perú, de Aurelio Espinosa Pólit, en Ecuador, etc.

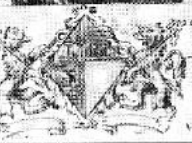
Podemos afirmar que Virgilio fue más leído e imitado en América que en la Península. Aquí, en nuestra América, se produjo la mejor épica castellana, toda ella inspirada de una u otra forma en la *Eneida*. Citemos unas cuantas obras: *La Araucana* de Alonso de Ercilla, *Elegías de Varones Ilustres* de Juan de Castellanos, *Arauco domado* y *Canto al Tíber* de Pedro de Oña, *Cuarta y Quinta parte de la Araucana* de Diego de Santisteban, *El Bernardo* de Bernardo de Balbuena, *La Cristiada* de Diego de Hojeda, *La Argentina* de Martín del Barco, *Armas Antárticas* de Juan Miramontes, el *Poema Sacro* del Conde de la Granja, *Lima Fundada* de Pedro de Peralta...

⁷ Más información sobre su traducción puede leerse en: *La tradición clásica en el Perú Virreinal*, Teodoro Hampe Martínez, compilador, “La traducción de las *Geórgicas* de Juan de Guzmán y sus erráticas notas americanistas” de Julio Picasso Muñoz, SPEC-UNMSM, Lima, 1999.

Las traducciones y estudios más recientes de las *Geórgicas* pueden consultarse en la Bibliografía. El texto latino más consultado en la presente traducción ha sido también el de E. de Saint-Denis (“Les Belles Lettres”).



Et Cererem clamore vocans
 Pulchram matris auspicibus
 Quam Cereri tota rediit
 Det utique incompensabilem
 Honoratissime Deo Dominae
 Tabula merito



in teela neque aut
 quam sororat aristo
 melus flavora spercu
 et Cetero dicit
 Elizabethae Capell
 voto

LIBRO I

Aquí, Mecenas, inicio a cantar lo que hace fértiles los campos;
bajo qué constelación conviene remover la tierra y unir la vid a los olmos;
cómo se cuidan los bueyes; qué tratamiento hay para aumentar el rebaño;
cuánta práctica se requiere para las pequeñas abejas.

¡Oh vosotros, Líber y bienhechora Ceres, 5
oh luminarias clarísimas del mundo,
que conducís el año que recorre el cielo!
¡Por un favor vuestro la Tierra cambió la bellota caonia por la rica espiga
y mezcló el líquido del Aqueloo con las uvas descubiertas!
¡Y vosotros, Faunos, númenes propicios de los labradores, 10
acercaos, Faunos, junto con las vírgenes Dríades!
Yo canto vuestros dones. ¡Y tú, Neptuno, para quien la primitiva Tierra,
al ser golpeada por tu magno tridente, produjo al relinchante caballo!
¡Y tú, habitante de los bosques, para quien pacen 15
trescientos níveos terneros en las pingües dehesas de Ceos!
¡Tú, Pan, pastor de ovejas, deja el bosque patrio, oh Tegeo,
y los pastizales del Liceo y, ya que tomas cuidado del Ménalo,
asísteme favorable! ¡Y Minerva, inventora del olivo!
¡Y tú, niño, divulgador del corvo arado!
¡Y Silvano, que te apoyas en un joven ciprés desarraigado! 20
¡Y todos vosotros, dioses y diosas, cuyo oficio es velar por los campos,
y nutrís nuevas cosechas, sin semilla alguna germinadas,
y enviáis del cielo abundante lluvia a los sembrados!

Y sobre todo tú, César, de quien no se sabe 25
qué concilio de dioses te albergará en el futuro,
ya desees visitar las ciudades y cuidar de las tierras

y, ceñidas tus sienes con el mirto materno, el orbe máximo te reciba
como promotor de las cosechas y señor de los climas;
ya te presentes como un dios del inmenso mar
y los marinos veneren solo tus númenes, y la lejanísima Tule te sirva,

30

y Tetis pague con todas sus ondas el tenerte como yerno;
ya te añadas como un nuevo astro a los meses tardos
en el lugar que se abre entre Erígone y las Quelas que siguen
-ya el mismo ardiente Escorpión contrae sus tenazas
y te deja en la parte más justa del cielo-;

35

cualquier cosa que llegares a ser (pues no te esperen los Tártaros
como rey ni te venga tan cruel afán de reinar allí,
por más que la Grecia admire los Campos Elisios,
y Proserpina, llamada, no se preocupe de seguir a su madre),
haz fácil mi carrera y aprueba mis audaces empresas,

40

y, apiadado de los campesinos, ignorantes como yo de su camino,
escógete uno y acostúmbrate ya desde ahora a ser llamado con votos.

Al llegar la primavera, apenas el agua helada se licue en los canos montes,
y la tierra, porosa con el Céfito, se desagregue en terrones,
ya el toro, hundido el arado, empiece a mugirme,
y la usada reja en el surco, a brillar.

45

Solo aquel campo que sintió dos veces el sol, dos veces el frío,
responde a los deseos del agricultor expectante:
sus mieses cuantiosas rompen siempre los graneros.

Pero antes de hender con el hierro una llanura desconocida,
ocupémonos de estudiar primero los vientos, los variados climas del cielo,

50

las prácticas culturales tradicionales, las características del suelo,
lo que cada región admita y lo que cada una rechace.
Aquí convienen las mieses, allá, con más exuberancia, las uvas;
en otros sitios convienen los frutos arbóreos y crecen los pastizales
espontáneos. ¿No ves acaso como el Tmolos envía los perfumes de azafrán;

55

la India, el marfil; los voluptuosos sabeos, sus inciensos;
los desnudos cálibes, el hierro; el Ponto, el fétido castóreo;
y el Epiro, las yeguas ganadoras de palmas en la Élide?
La naturaleza, a determinados sitios, siempre ha impuesto estas leyes
y pactos eternos, desde el tiempo en que Deucalión arrojó
en el reciente mundo vacío las piedras de donde nacieron los hombres,

60

duro linaje. Ea, pues, si es pingüe la tierra, que toros fuertes
volteen inmediatamente su capa
en los primeros meses del año
para que el verano polvoriento queme los terrones
con los fuegos maduros del Sol. Pero si la Tierra no fuese fecunda,
basta levantarla con una ligera labor bajo el mismo Arturo:
Primero, para que las malezas no obstaculicen una producción abundante
también para que la exigua humedad no abandone la estéril arena.

65

70

Soporta así mismo que las tierras segadas huelguen

alternativamente y que el campo ocioso se endurezca en la inacción.
O, si no, siembra, al cambiar la estación, rubias escandas
allí donde antes produjiste leguminosas fecundas
de vainas quebradizas o delicados granos de arvejilla

75

y frágiles tallos de amargo altramuz, susurrante plantío.
La producción de lino consume al campo, la de avena lo consume,
y lo consumen las amapolas rociadas con el sueño leteo.
Pero el cultivo alternado es fácil, siempre y cuando
no se pongan reparos en saturar los áridos suelos con un rico estiércol

80

y en arrojar sucia ceniza a los campos agotados.
Así como las tierras de labor descansan al rotarse los cultivos,
de igual manera la tierra no arada tiene ciertas ventajas.
A menudo conviene también incendiar los campos estériles
y quemar los delgados rastrojos en llamas crepitantes,
sea porque las tierras conciben con esto fuerzas ocultas y pingües nutrientes;
sea porque todo defecto se les quema por el fuego
y la humedad inútil se evapora;

85

o porque este calor dilata más vías y conductos secretos en la planta
por donde la savia llega a los retoños;
o porque el calor endurece y estrecha más los poros del suelo

90

demasiado dilatados, para que las finas lluvias o la excesiva fuerza
del ardiente Sol o el frío penetrante del Bóreas no destruyan la tierra.
Mucho ayuda además a los campos el que deshace los terrones compactos
con rastrillos, el que hala zarzos de mimbre

95

-y no en vano lo contempla la rubia Ceres desde el alto Olimpo-

y el que, una vez abierto el campo con la primera labor, levanta camellones
y otra vez los quiebra con el arado orientado en diagonal,
y, constante, no da tregua a la tierra y domina los campos.

Pedid agricultores, solsticios húmedos e inviernos serenos. 100
Con el polvo invernal la escanda es muy abundante, el campo fecundo.
La Misia precisamente se jacta de no practicar ninguna labor,
y el mismo Gárgaro se admira de sus mieses.

¿Debo hablar de aquel que, acabada la siembra, continúa manejando
de cerca los campos y allana los cúmulos de arena improductiva 105
y luego trae a los surcos el agua corriente y las dóciles acequias;
y cuando el campo desecado está ardiente con sus plantas marchitas,
se lo ve sacando agua del borde de un canal en declive?

Esta, al caer por las pulidas rocas, produce un ronco murmullo
y refresca con sus cascadas los campos calientes. 110

¿Qué diré de aquel que, para que el tallo no se postre por pesadas espigas,
hace pacer la exuberancia de las plántulas cerealeras
apenas el cultivo alcanza la altura del surco? ¿Y de aquel que extrae
la humedad acumulada en charcas, por medio de guijarros que la beben,
sobre todo si el río en crecida se desborda en los meses dudosos 115
y recubre todo a lo largo con una capa de barro
y produce en las depresiones pantanos que exhalan un tibio vapor?
Y con todo, cuando estas labores de hombres y bueyes
hayan penosamente cumplido con remover la tierra,
hay que soportar el daño del ganso insaciable, de las grullas estrimonia 120
y de la achicoria de amarga fibra o la nocividad de la sombra.

El mismo Padre ha querido que la agricultura fuese difícil;
él fue el primero en remover las tierras con método, agudizando con inquietudes
la inteligencia de los mortales, y no ha permitido que sus reinos se entorpezcan
en pesado letargo. Antes de Júpiter, ningún colono cultivaba los campos; 125
era incluso sacrílego delimitar o dividir el terreno con cercos;
la cosecha era ganancia común, y la tierra misma,
sin solicitud alguna, brindaba todo con más liberalidad.
Él puso el nocivo veneno en negruzcas serpientes
y ordenó a los lobos depredar y al mar agitarse 130
y despojó la miel de las hojas y ocultó el fuego
y detuvo el vino que fluía en ríos por doquier

para que la experiencia desentrañase con la reflexión poco a poco
las diversas técnicas y buscase en los surcos el brote del trigo
y extrajese el fuego escondido en las venas del pedernal. 135
Entonces por primera vez los ríos sintieron los alisos ahuecados;
entonces el navegante contó y nombró a las estrellas:
Pléyades, Híades y Arctos de Licaón, la brillante;
entonces se inventó cazar a las fieras con lazos y sorprenderlas
con liga y batir los grandes bosques con jaurías. 140

Unos ya azotan los anchos ríos con esparaveles
y exploran el fondo; otros ya sacan del mar sus redes mojadas.
Entonces se conocieron la rigidez del hierro y la hoja de la ruidosa sierra
-pues los hombres primitivos hendían el rompedero leño con cuñas-,
entonces aparecieron las técnicas diversas. El indecente trabajo 145
y la necesidad que urge en las situaciones duras todo lo vencieron.

Ceres fue la primera en enseñar a los mortales a voltear la tierra
con la reja, cuando ya escaseaban las bellotas y los madroños
del bosque sagrado, y Dodona ya rehusaba ofrecer alimentos. 150
Luego sobrevivieron tribulaciones al trigo cuando la roya malvada
atacó las cañas, y el cardo estéril se irguió en los campos.
Las mieses fenecen: yerbas silvestres, lampazos y abrojos aparecen,
y la improductiva cizaña y las balluecas
reinan en medio de esplendorosos cultivos.
Si no persigues, pues, rastrillo en mano, sin descanso, las malas yerbas
155
y no espantas a los pájaros con ruido, y no mondas con tu hocino
la enramada que ensombrece tu campo, y no invocas con votos la lluvia,
¡ay!, contemplarás frustrado el gran acervo ajeno
y tendrás que aliviar tu hambre sacudiendo la encina en los bosques.

Hay que hablar de las armas que usan los rudos campesinos,
160
sin las cuales las mieses no podrían sembrarse ni surgir.
Primeramente, la reja y la pesada madera del arado cimbrado
y la carreta de lento rodar de la madre Eleusina,
y los trillos y las rastras y las azadas de gran peso;
además, los pertrechos de Celeo, herramientas baratas: 165
los rastrillos de madroño y el místico harnero de Iaco.
Tendrás preparados y dispuestos todos estos instrumentos con gran antelación,

si quieres merecer la gloria concedida a las divinas labores rurales.
Sin tardar, un olmo, en los bosques, es doblado con violencia
y adaptado como cama para recibir la forma del curvo arado;

170

del lado de la raíz se fijan el timón de ocho pies,
el par de orejas y el dental de doble espaldar;
se cortan también, con anticipación, para el yugo, un tilo liviano,
y un haya grande para la esteva, que dirija por atrás el bastidor hacia abajo;
y se cuelgan las maderas sobre el hogar para que el humo pruebe
[su resistencia. 175

Puedo citarte muchos preceptos de los antiguos,
si no te repugna y aburre conocer detalles triviales.
Antes que nada, la era debe ser nivelada con un gran rodillo,
y ser revuelta con la mano y ser endurecida con pegajosa arcilla,
para que no broten malezas ni se resquebraje vencida por la sequedad

180

ni se burlen, entonces, de ti pestes de toda clase: bajo tierra

el pequeño ratón establece a menudo su casa y construye sus graneros
o los ciegos topos cavan su guarida;
en las grietas también se encuentran sapos y muchos raros cojijos
que la Tierra produce: el gorgojo y la hormiga que teme 185
una vejez menesterosa pueden saquear un enorme acervo de grano.

De igual forma presta atención al almendro cuando en los parques
se cubre totalmente de flores y hace doblar sus olorosas ramas:
si sus frutos cuajan, los cereales seguirán el ejemplo
y, con los grandes calores, vendrá una magna trilla, 190
pero si un lujuriente follaje del árbol da densa sombra
la era solo triturará rastrojos ricos de paja.

He visto a muchos sembradores tratar sus semillas
y derramarles antes salitre y negro alpechín
para que el fruto sea mayor dentro de las engañosas vainas 195

y para que las semillas se ablanden rápido aun con poco calor.
He visto simientes, seleccionadas con detención y laboriosamente observadas,
degenerar a pesar de todo, si la industria humana

no triaba cada año a mano las más grandes.
Así, por influencia de los Hados, todo se retrograda y cae subrepticamente
200

a lo peor. Es lo mismo que sucede con el que, con los remos, impulsa

contra corriente, a duras penas, su barca: si por azar afloja los brazos,
el lecho de rápidas aguas lo arrastra río abajo.

Debemos además observar la constelación de Arturo,
los días de las Cabrillas y la brillante Hidra, de la misma forma 205
como aquellos que, al retornar a su patria, por tempestuosos mares,

enfrentan el Ponto y los pasos de Ábido, rico en ostras.
Cuando la Libra haya igualado los días y las horas del sueño,
y ya divida con exactitud al mundo entre la luz y las sombras,
poned, varones, los toros a trabajar, sembrad la cebada en los campos
210

hasta las primeras lluvias del inmanejable invierno.
Es tiempo también de enterrar la semilla del lino y de la amapola de Ceres
y de encorvaros solícitos sobre los arados mientras lo permite
la tierra aún seca, mientras las nubes están aún suspendidas.
En primavera es la siembra de las habas, entonces es cuando los surcos
215

ablandados te reciben también, oh pasto de los medos, y cuando retorna
el cultivo anual del mijo: entonces el Tauro brillante de cuernos de oro
inaugura el año, y el Can deja su sitio a las ancas del astro y se acuesta.

Si piensas trabajar la tierra con el fin de cosechar
trigo candeal y dura escanda, y solo dedicarte a las espigas, 220
que, primero, se te escondan las matutinas Atlántidas
y desaparezca la estrella de Gnosos de ardiente Corona,
antes que encomiendes a los surcos las respectivas semillas
y antes que confíes apresurado la esperanza del año a la tierra reluctante.
Muchos acostumbra empezar antes del ocaso de Maya, 225

pero una cosecha de balluecas defrauda siempre sus esperanzas.
Pero si quieres sembrar la alverjilla y el común guisante sin hebra,
y no quieres desdeñar el cultivo de la lenteja de Pelusio,
la puesta del Boyero te enviará inequívocos signos:
comienza la siembra y prolongala hasta la mitad del invierno.
230

Por esta razón el dorado sol rige el orbe dividiéndolo en compartimentos

delimitados y recorriendo las doce constelaciones del firmamento.

Cinco zonas se reparten el cielo:

una, enrojecida y quemada siempre por el siempre ígneo sol;
a ambos lados, dos zonas extremas se extienden a diestra y siniestra,
235

azuladas y endurecidas por el hielo, por negras lluvias; entre estas
y la central, dos zonas han sido concedidas a los tristes mortales
por el favor de los dioses, y una vía que a ambas atraviesa,
por donde debe circular el oblicuo séquito de las constelaciones.

Mientras que la alta bóveda celeste se levanta hacia la Escitia
240

y hacia las cumbres rifeas, ella se baja inclinada hacia los austros libios.

Este polo siempre está encima de nosotros, mas el otro,

bajo nuestros pies, es visto por la negra Estige y los Manes subterráneos.

Aquí el mismo Dragón se desliza con movimiento sinuoso,

a manera de un río, alrededor y a través de las Arctos,
245

las Arctos que no se atreven a mojarse en las aguas del Océano.

Allá cuentan que una noche sin tiempo guarda eterno silencio

y las tinieblas se condensan en la noche cubierta,

o bien la Aurora, cuando nos deja, vuelve allá a llevar el día,

y cuando el Sol naciente nos hace sentir sus jadeantes caballos 250

allá el rojizo Véspero enciende las luces de la tarde.

Por esto, a pesar del cielo incierto, podemos prever el tiempo,

prever el día de la mies y el tiempo de la siembra,

y cuándo convenga agitar con los remos la traicionera superficie marina,
cuándo lanzar al mar la flota equipada 255

o saber la mejor época para arrancar el pino de los bosques.

No en vano observamos las salidas y puestas de las constelaciones

y el año dividido por igual en cuatro estaciones diversas.

Cuando la fría lluvia retiene al agricultor,

es su ocasión de hacer con calma muchas cosas que luego, en tiempo
sereno, 260

deberán ser hechas con apuro: el labrador trabaja a martillo

el diente de la reja embotada, fabrica bebederos cavando troncos

o pone marcas a su ganado o cifras en los sacos de grano;

otros aguzan estacas y rodrigones hendidos

y preparan cuerdas amerinas para la flexible vid. 265

¡Se teja ahora la cómoda canasta con ramas de zarza,

tostad ahora el grano en el fuego, moledlo ahora con la piedra!

Aun en los días fastos, las leyes divinas y humanas

permiten ciertas tareas: ninguna prescripción religiosa prohíbe

limpiar las acequias, colocar una cerca al sembrado,
270

preparar trampas a las aves, quemar las plantas espinosas,

sumergir el rebaño de ovejas en aguas medicadas.

A menudo el arriero carga los lomos de su lento borrico

con aceite o frutas baratas, y trae de la ciudad, al regreso,

una piedra molar labrada o un bloque de negra pez.
275

La Luna, por su lado, ha dispuesto en otro orden los diversos días favorables

a los trabajos; huye el quinto: en ese día nacieron el pálido Orco

y las Euménides; en ese día la Tierra, en un parto siniestro,

engendró a Ceo, a Japeto, al cruel Tifeo

y a los hermanos que conjuraron destrozarse el Cielo.
280

En efecto, estos, por tres veces, trataron de poner el Osa sobre el Pelión

y hacer rodar el frondoso Olimpo sobre el Osa;

por tres veces el Padre demolió con el rayo el amasijo de montes.

El decimosétimo día es propicio para plantar la viña,

para domar los bueyes capturados, para colocar los lizos a la trama. 285

El noveno favorece la fuga, contraría los hurtos.

Muchas cosas se ejecutan mejor en el frescor de la noche

o cuando, al surgir el Sol, Eoo llena de rocío la Tierra.

De noche, las cañas livianas y los prados secos se cortan mejor;

nunca falta la humedad nocturna que ablanda las plantas. 290

Hay quien se desvela en la noche al fuego de la luz invernal

y talla antorchas en forma de espigas con filudo cuchillo.

Mientras tanto su mujer, confortándolo de su larga faena con cantos,

hace correr en la tela el peine rechinante

o si no, reduce con Vulcano el vino dulce 295
y espuma con hojas el líquido del caldero trepidante.
Pero la rubia Ceres se corta el cabello en pleno verano,
y la era tritura en pleno verano los granos asoleados.
¡Ara desnudo, desnudo siembra! El invierno es descanso para el colono.
En la época fría, los agricultores gozan, por lo general, de la cosecha
300
y su alegre preocupación son las invitaciones mutuas a yantar.
El festivo invierno los reúne y los libera de afanes
como cuando, apenas las cargadas naves tocan el puerto,
los marineros alegres cuelgan guirnaldas en las popas.
También es el momento de recoger las bellotas de la encina,
305
las bayas del laurel, las aceitunas y los frutos sanguíneos del mirto;
es también el momento de tender trampas a las grullas y redes a los ciervos,
de perseguir orejudas liebres y de abatir gamos
girando los cinturones de estopa de la honda balear,
cuando la nieve es alta y los ríos arrastran bloques de hielo. 310

¿Qué diré de las tempestades y constelaciones del otoño?
¿Qué deben prever los hombres cuando el día empieza a acortarse
y el verano a mitigarse o cuando las lluvias primaverales
se abaten sobre los campos ya erizados de mieses
mientras los granos lechosos se hinchan en la verde caña? 315
He visto con frecuencia, al hacer entrar el agricultor al segador
en los amarillos campos y estando este a punto de cortar
los frágiles culmos de la cebada, desencadenarse entre los vientos
toda clase de guerras que desarraigaban del todo a la preñada sementera
y la levantaban a tal altura, que el temporal
320
se la llevaba con sus cañas ligeras y sus revoloteantes granzas.
A menudo también llega al cielo un inmenso tropel de agua
y las nubes congregadas de lo alto acumulan funesta borrasca
cargada de oscuras lluvias; el alto Éter se desploma
y aniega en un diluvio los prósperos sembrados y el trabajo de los bueyes. 325
Las acequias se llenan, crecen los ríos en su álveo
con estrépito, el mar hierva con sus olas silbantes.
El mismo Padre, desde la noche de las nubes, lanza los rayos
con su diestra brillante; golpeada, la Tierra inmensa tiembla,
las fieras huyen y los corazones de los mortales, en todas partes, 330

se abaten consternados por el pavor; el dios, con su ardiente saeta
hiere el Atos, el Rodope o las cumbres Ceraunias;
redoblan los Austros y densísimas lluvias;
alternadamente gimen bosques y riberas por el fuerte viento.
Si temes esto, observa los meses y los astros del cielo, 335
el lugar donde el frío planeta Saturno se retira,
los círculos que el fuego cilenio traza en su recorrido por el cielo.

Antes que nada, venera a los dioses y renueva cada año
a la gran Ceres los ritos que se hacen en la pingüe yerba,
en los últimos días invernales, casi ya en la serena primavera.
340
Entonces los corderos están gordos, entonces los vinos, muy mullidos,
entonces los sueños son dulces, y cerradas, las sombras de los montes.
Que toda la juventud campesina adore contigo a Ceres;
en su honor diluye panales de miel en leche y en un suave Baco;
que en torno de las nuevas mieses, camine tres veces la víctima fecunda, 345
acompañada por los cantos de júbilo del coro de todos tus compañeros,
y que, en tu casa, invoquen a Ceres con gritos;
que nadie use su hoz en las espigas maduras
antes de que, con sus sienas ceñidas de una corona de roble,
no haya ejecutado danzas rústicas y recitado sus versos. 350

Para que podamos por ciertas señales discernir fenómenos
como el calor y las lluvias y los vientos productores de escarcha,
el mismo Padre estableció qué advertencias darían las fases de la Luna,
con qué signo los Austros se calmarían, qué pronóstico con frecuencia observado
incitaría a los agricultores a mantener los rebaños más cerca del establo. 355
Al surgir los vientos, en seguida las olas marinas,
agitadas empiezan a hincharse; un seco crujido
se oye en los altos montes; las orillas traen ecos
de un tumulto lejano; el fragor de los bosques aumenta.
Ahora es cuando el mar apenas soporta las curvas carenas,
360
las gaviotas a todo vuelo regresan de mar adentro
y emiten gritos en la playa; las fúlicas marinas
juegan en la tierra, y la garza abandona
sus familiares pantanos para volar sobre las altas nubes.
A menudo también, cuando el viento es inminente, 365

verás caer veloces estrellas del cielo y dejar tras sí
largas colas llameantes en la oscura noche;
a menudo verás pajas ligeras y hojas caídas revolotear
o plumas, flotantes en el agua, jugar.

Pero cuando el rayo cae en la región del torvo Bóreas
370

y cuando truenan la morada de Euro y de Céfiro, todos los campos
se inundan con sus regatos repletos, y todo marino
amaina en el ponto las húmedas velas. Nunca la borrasca ataca sin aviso:
cuando sube, ya han huido las grullas de lo alto
hasta el fondo de los valles; la novilla mirando el cielo, 375

ha inhalado las brisas por sus anchas narices;
la gárrula golondrina ha dado vueltas por el lago;
las ranas, en el barro, han cantado su antiguo lamento;
y, más a menudo, la hormiga, hollando su angosto camino,
ha sacado sus huevos de su hondo refugio; un gran arco iris 380

agitando sus alas para alejarse del pasto en larga columna.
Entonces las variopintas aves marinas y las de lagunas de agua dulce
que escudriñan los prados asiáticos del Caistro,
se mojan a porfía los hombros con abundantes abluciones; 385

entonces las vemos exponer su cabeza al salpique de las olas
o precipitarse al agua, impacientes de lavarse sin cesar;
entonces la corneja llama porfiadamente a gritos la lluvia
y se pasea solitaria por la arena seca.
Incluso las niñas, de noche, no ignoran la llegada del temporal, 390

cuando, estirando su vellón, ven en la lámpara de arcilla
el aceite prendido titilar y la mecha tiznarse de hongos.

Incluso podrás prever y reconocer, durante las lluvias,
el retorno del Sol y del cielo descubierto,
pues entonces el resplandor de las estrellas no aparece embotado; 395

la Luna parece surgir con claridad propia, no dependiente de su hermano;
no aparecen livianos vellones de lana flotando en el aire;
los alciones, amados por Tetis, no despliegan sus plumas
al tibio Sol en la orilla; los sucios cerdos
se olvidan de esparcir alrededor con el hocico los puñados de yerba. 400

Por otro lado, las nubes tienden a bajar y a recostarse en los campos;
la lechuza, con la mirada hacia el ocaso desde un techo elevado,

ejecuta sin cansarse sus cantos vespertinos;
muy alto, en el aire sereno, aparece Niso,
y Escila expía por el cabello de púrpura: 405

a donde ella, huyendo, hienda con sus alas el Éter ligero,
allí está Niso, su atroz enemigo, que la persigue por el aire
con gran estridor; adonde Niso se encamine por el aire,
ella, huyendo, a todo vuelo hiende con sus alas el Éter ligero.

Entonces los cuervos, apretando su gáznate, repiten notas claras 410
tres o cuatro veces y, a menudo, en sus encaramados nidos,
contentos por no sé qué dulzura desusada,
chirrían entre sí por el follaje: con el fin de las lluvias
se alegran de ver de nuevo a sus pequeñas crías y sus blandos nidos.
No creo que les venga de los dioses una inteligencia

415
o, del Hado, una presciencia mayor de las cosas,
pero cuando el tiempo y la humedad inestable del cielo
modifican su conducta, y Júpiter, mojado por los Austros,
condensa lo que antes era ligero o relaja lo condensado,
la disposición de las almas se altera y los pechos conciben 420

otras emociones, diferentes de cuando los vientos empujaban a las nubes;
por esta razón las aves despliegan sus cantos en el campo
y el rebaño se alegra y los cuervos graznan alborozados.

Pero si observas el Sol devorador y las fases regulares
de la Luna, no errarás nunca sobre el clima del día siguiente 425

ni caerás en las insidias de una noche serena.
Al recuperar la Luna sus luces que a ella retornan,
si en su fase creciente reúne nieblas oscuras que la ofuscan,
una lluvia muy recia se prepara para el campesino y para el mar;

al contrario, si ha expandido en su rostro un rubor virginal, 430
habrá vientos: la dorada Febe siempre se sonroja con el viento.
Si en su cuarto orto -entonces el presagio es segurísimo-
recorre el cielo, pura y sin sus cuernos embotados,
todo ese día y todos aquellos que nazcan hasta el fin del mes
estarán libres de lluvias y de vientos, 435

y los marineros salvados cumplirán en la playa sus votos
a Glauco, a Panopea y a Melicertes, hijo de Ino.

El Sol también, tanto al nacer como al esconderse en las ondas,

dará pronósticos: infalibles pronósticos acompañan al Sol
 expresados tanto en la mañana como al surgir las estrellas. 440
 Cuando, al nacer, se salpique de manchas
 y, escondido en una nube, oculte el centro de su disco,
 espérate borrascas, porque de alta mar asecha
 el Noto, funesto a los árboles, a las sementeras, al ganado.
 Cuando, al amanecer, sus rayos atraviesen nubes espesas 445
 brillando en direcciones opuestas, o cuando la Aurora se levante
 pálida, al dejar el lecho azafranado de Titonós,
 el pámpano, ¡ay!, defenderá mal las uvas maduras:
 ¡tanto granizo saltará terrible crepitando en los techos!
 También convendrá recordar los presagios que el Sol da al retirarse, 450
 ya recorrido el Olimpo, pues a menudo vemos
 variar su rostro con diferentes colores:
 el cerúleo anuncia la lluvia; el color de fuego, a los Euros.
 Pero si unas manchas empiezan a salpicar este rojo fuego ardiente,
 entonces verás todo en efervescencia a causa del viento y de los nimbos. 455
 Nadie me convencerá esa noche de viajar por alta mar
 ni de desatar de la tierra mi amarra.
 Mas si el disco del Sol está radiante cuando trae el día
 y cuando se lo lleva escondido, en vano temerás a los nimbos
 y verás al Aquilón de las escampadas agitar la floresta. 460
 ¿Qué tiempo, finalmente, trae el Véspero de la tarde? ¿De dónde el viento
 empuja las nubes sin lluvia? ¿Qué medita el húmedo Austro?
 El Sol te lo indicará. ¿Quién osará llamar mentiroso al Sol?
 Él también a veces anuncia la inminencia de tumultos clandestinos,
 la preparación silenciosa de conspiraciones y de guerras encubiertas. 465
 El también se apiadó de Roma a la muerte de César
 pues entonces cubrió su refulgente cabeza de oscura herrumbre,
 y una generación impía temió una noche perpetua.
 En esos días, también la Tierra, las aguas del Océano,
 las perras siniestras y las aves de mal agüero 470
 daban presagios. ¡Cuántas veces vimos el Etna hirviente,
 resquebrajados los cráteres, desbordarse en los campos de los Cíclopes
 y hacer rodar globos de llama y rocas derretidas!
 La Germania escuchó un rumor de armas por todo el cielo,
 los Alpes temblaron con insólitos movimientos. 475

Una potente voz también se oyó por doquier en el silencio de los bosques
 sagrados; aparecieron unos fantasmas de pasmosa palidez
 al empezar la oscuridad de la noche; los animales hablaron,
 ¡indecible prodigio! Los ríos se detienen y las tierras se abren;
 en los templos el triste marfil llora y los bronces sudan. 480
 El Erídano, rey de los ríos, arrastró bosques en su corriente
 y los hizo girar en loco remolino, y llevó a los ganados
 con sus establos por todos los campos. En esos días
 no cesaron de aparecer fibras amenazadoras en vísceras siniestras
 ni cesó de manar sangre de los pozos, ni cesaron las altas ciudades 485
 de resonar en la noche con aullidos de lobos.
 Jamás cayeron tantos rayos en tiempo despejado;
 jamás tantas veces ardieron cometas funestos.
 Así fue como Filipos vio dos veces a tropas romanas
 enfrentarse entre sí con armas iguales; 490
 y los dioses aceptaron que Ematía y las amplias planicies
 del Hemo se enriquecieran con nuestra sangre dos veces.
 Sin duda un día vendrá cuando un campesino,
 al laborar con el curvo arado por aquellos confines la tierra,
 encuentre lanzas roídas por sucia herrumbre
 495
 o golpee con su pesado azadón cascos vacíos
 y se admire de grandes esqueletos en sepulcros abiertos.
 ¡Dioses patrios e Indígetes, Rómulo, y tú, Madre Vesta,
 que custodias el Tíber toscano y el Palatino romano,
 no impidáis por lo menos a este joven socorrer 500
 una época desgraciada! Desde ya hace mucho tiempo hemos lavado bastante
 con nuestra sangre los perjurios de la Troya de Laomedonte.
 Desde ya hace mucho tiempo, oh César, los palacios del Cielo nos envidian
 tu presencia y se quejan de que te afanes tanto por los triunfos humanos,
 pues los hombres han trastrocado el crimen y la virtud: 505
 ¡tantas guerras hay en el mundo, tantas caras ha adoptado el delito,
 ningún honor merecido se concede al arado, los campos yacen en abandono
 al serles arrebatados sus colonos, y las corvas hoces se convierten, fundidas,
 en agudas espadas! Por un lado el Éufrates, por otro la Germania promueven
 guerras; las ciudades vecinas rompen sus pactos y combaten entre sí;
 510
 Marte impío se ensaña en todo el orbe:
 como cuando la cuadriga, al escaparse de sus barreras,

se lanza corriendo, y llevado el auriga por los caballos tira inútilmente de las bridas, pero el carro no obedece a las riendas.

NOTAS AL LIBRO I

1-4 v.: El poeta describe someramente el plan de las *Geórgicas*; I.- Agricultura y meteorología; II.- Arboricultura y viticultura; III.- Ganadería; IV.- Apicultura.

5-24 v.: En este proemio invoca a las divinidades itálicas y griegas que protegen la vida de los campos. En orden, ellas son: Baco, Ceres, el Sol y la Luna, los Faunos, las Dríades, Neptuno, Aristeo, Pan, Minerva, Triptólemo, Silvano, dioses agrarios en general.

8-9 v.: Los hombres primitivos se alimentaban de bellotas. Los griegos y romanos tomaban el vino mezclado con agua tibia o caliente.

25-42 v.: Augusto fue colocado en el rango de las divinidades desde la edad de 28 años, es decir, desde la victoria de Náulocos sobre la flota de Sexto Pompeyo (35 a.C.). Virgilio le dice en resumen: “No sé en qué categoría divina serás puesto. ¿Dios protector de una ciudad o tutelar de la agricultura? ¿Dios marítimo? ¿Dios astral, colocado en la constelación de Libra? Solo deseo que no te conviertas en dios infernal. Escógete, pues, una categoría, menos esta, pero acordándote de los campesinos”.

27 v.: “El mirto materno”: el mirto o arrayán era la flor de Venus, ascendiente de Octavio.

32-35 v.: Virgilio quiere decir: “Quizá, como un nuevo astro, serás colocado en la constelación de tu mes (en Libra, en setiembre), después del verano (“los meses tardos”), entre Virgo (Erígone) y Escorpio (las Quelas)”

47-49 v.: Virgilio aconseja dos labranzas en el invierno y dos en el verano. Varrón aconseja dos o tres (*R.R.*, I, 27, 2) y Catón, solo dos al año (*Agr.*, 50, 2; 61, 1; 131).

67 v.: “bajo el mismo Arturo”: comienzos de setiembre.

71-83 v.: Habla de las prácticas del barbecho y de la rotación de cultivos. En el barbecho la tierra descansaba un año cada dos años. Virgilio solo habla de la rotación cereal-legumbre, pero se practicaba también la de nabo-cereal-legumbre.

97-99 v.: Los antiguos no practicaban las labores perpendiculares. Lo que hacían era repasar el arado (inclinado en diagonal para echar la tierra a un lado) por los camellones ya hechos.

100 v.: Macrobio cita al respecto un adagio: **Hiberno puluere, uerno luto, grandia farra**: “Polvo invernal, barro primaveral: muchas escandas” (*Sat.*, V, 20, 18). “Año de nieves, año de bienes”, se dice en España.

113 117 v.: El drenaje se hacía con canales abiertos o subterráneos, de tres pies de profundidad, tapizados con pequeños guijarros para facilitar la percolación.

115 v.: “meses dudosos o inciertos”: los de primavera y otoño.

120-121 v.: Cuatro enemigos de las plantas: los gansos silvestres, las grullas que emigran en invierno de la Tracia, la achicoria silvestre, cuyas raíces ahogan los cereales, y las sombras de ciertos árboles, como el enebro, que segregan sustancias tóxicas (cf. Plinio, *N.H.*, XVII, 89 ss.).

121-146 v.: Virgilio ha combinado, para su teoría de la necesidad del trabajo, las doctrinas de Lucrecio (I, 206-217) y las de Hesíodo y Aratos. Las Pléyades anuncian el inicio de la navegación (22 de abril); las Híades, las lluvias (mayo y noviembre); la Osa Mayor guiaba la navegación.

169-175 v.: Hesíodo también describe la fabricación del arado (*Los Trabajos y los Días*, 425 ss.).

216 v.: “pasto de los medos”: la alfalfa.

217-218 v.: Indica los últimos días de abril. Observar la imagen: el Can deja el sitio al Tauro, que, al aparecer en el cielo, da la impresión de caminar hacia atrás.

221-222 v.: Señala el inicio del invierno (noviembre). Las Atlántidas son las Pléyades.

225 v.: Entender: empezar un poco antes.

229 v.: Por el 29 de octubre.

233 v.: Habla de las dos zonas polares, las dos zonas templadas y la zona ecuatorial. A las zonas de la esfera celeste corresponden las de la Tierra.

238-239 v.: La eclíptica está inclinada respecto del ecuador de la esfera celeste. Por esto se produce la alternancia de las estaciones a medida que aparecen y desaparecen las doce constelaciones del Zodíaco, atravesadas por el Sol en su revolución anual.

240-243 v.: El polo norte de la esfera celeste está muy bien indicado por la estrella α de la Osa Menor. En nuestro hemisferio -y Virgilio no lo sabía- el polo sur está indicado por el punto medio de la línea imaginaria que une la estrella α de la Cruz del Sur con la estrella Achernar de la constelación de Erídano.

244-246 v.: El Dragón y las dos Osas (Arctos), por ser circumpolares, no tocan jamás el horizonte (en el hemisferio norte) o, en palabras de Virgilio, no se mojan en el río Océano, que rodea la Tierra.

245-251 v.: Virgilio habla de dos concepciones antiguas de la Tierra. Según la mitológica, la Tierra era plana y el Sol realmente se sumergía en el Océano. Según la científica, la Tierra era redonda y por tanto, cuando en el hemisferio septentrional es el amanecer, en los antípodas es el atardecer y viceversa. La mitológica colocaba los Infiernos en el hemisferio sur (Dante colocará allí la montaña del Purgatorio, y el Infierno estará dentro de la Tierra).

256 v.: Abatir árboles para construir naves.

265 v.: “cuerdas amerinas”: mimbres, producidos sobre todo en Ameria.

268-272 v.: Columela, II, 21 enumera una serie de labores permitidas y prohibidas en los días feriados, citando a Virgilio como autoridad.

277 v.: Hesíodo (*Op.*, 803-804) aconseja: “Evita los quintos días pues son difíciles y terribles. Cuentan que en el quinto las Erinias toman cuidado de Orco en su nacimiento, a quien engendro Eris como daño para los perjuros”.

280 v.: “los hermanos”: son los Gigantes Otos y Efialtes.

284 v.: “decimosétimo día”: Virgilio contradice aquí a Hesíodo, quien aconseja el vigesimosétimo día (*Op.*, 815). Para los romanos el primer día del mes (las kalendas) era el de la luna nueva; el quinto (las nonas) el del cuarto creciente; el decimotercero (los idus), el de la luna llena. Luego el decimosétimo día daba bastante claridad nocturna para favorecer la fuga de los esclavos y contrariar los robos de noche.

295-294 v.: Sobre la preparación del vino cocido, ver Columela, XII, 19-20.

297 v.: Se habla de la siega.

299 v.: Mismo consejo en Hesíodo: “Siembra desnudo, trabaja desnudo y siega desnudo” (*Los Tr. y los Días*, 391).

306 v.: Las bayas del laurel y del mirto se empleaban para aromatizar el vino.

337 v.: “los círculos”: las revoluciones de Mercurio.

339-347 v.: Se trata de las fiestas de las Ambarbales (29 de mayo).

348-350 v.: Aquí se habla de otra fiesta de Ceres, más tardía, antes de la siega (Catón, *Agr.*, 134).

391 v.: “estirando su vellón”: en actitud de hilar.

396 v.: La Luna es tan brillante que parece relumbrar con luz propia, sin depender del Sol, por la sequedad de la atmósfera.

404-409 v.: El águila de mar persigue a la abubilla.

418 v.: “Júpiter, mojado por los Euros”: el aire mojado por los vientos del sur.

432 v.: “su cuarto orto”: designa la cuarta salida de la luna nueva, es decir, el tercer día después de la luna nueva.

436-438 v.: Luciano de Samosata nos ha conservado el tenor de los votos de los



LIBRO II

Hasta aquí hemos hablado del cultivo de los campos y de las constelaciones celestes; ahora cantaré a ti, oh Baco, y contigo, a los retoños forestales y al vástago del olivo, que lentamente crece.

¡Ven aquí, oh padre Leneo -aquí todo está lleno de tus dones:
en tu honor la campiña, cargada de pámpanos otoñales, resplandece, 5
y la vendimia echa espuma en las cubas repletas-,
ven aquí, oh padre Leneo, ven y deja tus coturnos
y tiñamos de nuevo mosto nuestras desnudas piernas!

Primero, la naturaleza tiene varias formas de reproducción de los árboles. Unos, espontáneamente, sin ninguna acción del hombre, 10
por sí mismos brotan y ocupan grandes extensiones
y orillas sinuosas, como el flexible bonetero y las suaves retamas,
el álamo y los blanquecinos sauces de glauco follaje.

Otros crecen de semillas caídas, como los altos castaños,
el ésculo, que, en honor de Júpiter, es el más frondoso en los bosques, 15
y el roble, que, para los griegos, profiere oráculos.

En otros árboles pululan apretados gamonitos que brotan de la raíz,
como en los cerezos y en los olmos; así el laurel del Parnaso,
de pequeño, se cobija a la enorme sombra de su madre. 20
Estos son los medios dados primero por natura; con ellos reverdecen
todas las especies de árboles, de arbustos y de bosques sagrados.

Otros medios hay que la experiencia poco a poco descubrió.
Con uno, se cortan esquejes del blando cuerpo de la madre
y se colocan en los surcos: con otro, se entierran estacas con raíces,
ramitas hendidas en cuatro o tallos con su extremo aguzado. 25
Algunos árboles esperan que se doblen sus acodos,

y crezcan plántulas que vivan de la misma tierra que su madre.
 Otros árboles no necesitan raíces y el podador no duda
 en restituir y en confiar a la tierra las ramas más altas.
 Incluso más, oh maravilla, raíces brotan
 de un tallo seco escamondado del olivo. 30
 Y a menudo vemos que, sin daño, los ramos de un árbol
 se cambian en el de otro, y vemos un peral, trasmutado, producir
 manzanos injertados, y un duro cornejo enrojecer con ciruelos.
 ¡Ea, pues, agrícolas, aprended los cuidados propios de cada planta,
 dulcificad con el cultivo los frutos salvajes! 35
 Que las tierras no yazcan ociosas: hay placer en plantar
 a Baco en el Ísmaro y en vestir de olivares el gran Taburno.

Y tú, Mecenas, asísteme y recorre conmigo el trabajo empezado,
 ¡oh gloria y, con justicia, máximo artífice de mi fama!,
 vuela conmigo en mar abierto a toda vela. 40
 No intento abrazar todo con mis versos,
 no, aunque tuviera cien lenguas y cien bocas
 y una férrea voz. Asísteme y bordea las primeras orillas:
 que la tierra esté al alcance de las manos; no te detendré aquí
 con ficciones poéticas, con rodeos y largos exordios. 45

Los árboles que se levantan solos hasta el borde de la luz
 son, sin duda, infecundos, pero surgen prósperos y recios
 porque la fuerza natural está encubierta en el suelo.
 Mas si se los injerta o trasplanta también en hoyos mullidos,
 se despojarán de su carácter silvestre y presto obedecerán 50
 con el asiduo cultivo, a las técnicas deseadas.
 Así mismo el estéril retoño que brota del pie de la cepa
 se comportará igual, si se lo planta en líneas al aire libre;
 ahora las altas frondas y las ramas de la madre le quitan la luz,
 le impiden fructificar si crece o lo secan si quiere fructificar. 55
 El árbol que brotó de granos sembrados
 crece lentamente y solo hará sombra a nuestros futuros nietos;
 sus frutos degeneran al olvidarse de sus jugos originales,
 y la vid produce feos racimos, botín de los pájaros. 60
 Naturalmente todos los árboles exigen trabajo y todos deben trasplantarse
 en hoyos alineados y ser domesticados con mucho esfuerzo,
 pero el olivo se presta mejor al tallo escamondado, la vid al mugrón
 y el mirto de Pafos al tallo macizo.

Con los esquejes nacen los duros avellanos y el enorme fresno, 65
 el frondoso árbol de la corona hercúlea
 y las bellotas del padre caonio; también así nacen
 la altiva palma y el abeto que conocerá los peligros del mar.

Pero se injerta un retoño de nogal al espinoso madroño,
 y los estériles plátanos llevan vigorosas ramas de manzano; 70
 el haya encanece con la blanca flor del castaño,
 el orno con la del peral, y los cerdos mastican castañas bajo los olmos.
 Y no es lo mismo injerto de púa y de escudete;
 se practica una ligera incisión en el nudo de la rama
 donde las yemas brotan de entre la corteza 75
 desgarrando delgadas túnicas, y aquí se introduce una yema
 de otro árbol para enseñarle a crecer en el nuevo húmedo liber.
 En el injerto de púa, se cortan transversalmente troncos sin nudos
 y en pleno tronco se hace una hendidura con cuñas, y luego se introducen
 injertos de una planta fecunda; en poco tiempo 80
 el árbol, ya grande, lanza al cielo fructíferos ramos
 y se admira de sus nuevas hojas y de frutos ajenos.

Además no solo hay una especie para los robustos olmos,
 para el sauce, para el almez y para el ciprés del Ida;
 no dan una sola clase de fruto los grasos olivos 85
 -tenemos las aceitunas orcades, las varas, las pausias de drupas amargas-
 los frutales y las huertas de Alcínoo; y un mismo pie no produce
 las peras de Crustumio, las de Siria y las pesadas volemas.
 La viña que pende de nuestros árboles no es la misma
 que la que Lesbos cosecha del sarmiento de Metimna; 90
 existen las uvas de Tasos y los blancos racimos del Mareotis:
 estas convienen a las tierras ricas, aquellas a las arenosas;
 las psitias son más adecuadas para licores, y las finas lageas
 algún día enredarán tus piernas y atarán tu lengua;
 hay también la uva purpurada y la precoz. ¿Y cómo te cantaré a ti, 95
 uva de Recia? Pero no compitas por ello con las bodegas de Falerno...
 Existen también las uvas de Aminea que dan vinos generosos,
 a los que rinden honores el vino de Tmolo, el de Fanas, rey de los viñedos,
 y el pequeño argite: este no tiene rivales
 en producir mayor jugo o en conservarse por más tiempo. 100
 No dejaré de hablar de ti, uva de Rodas, aceptada por los dioses
 en los postres, ni de ti, bumasto, de hinchados racimos.

Innumerables son las especies y sus nombres,
ni es importante la enumeración: quien quiera saberla,
que trate de aprender cuántos granos de arena
del mar de Libia son agitados por el Céfiro,
o trate de conocer cuántas olas llegan a las orillas del mar Jónico
cuando el Euro embiste con mayor fuerza las naves.

105

No todos los suelos pueden producir todo:
los sauces nacen a orillas de ríos, los alisos en pantanos cenagosos,
los estériles ornos en montes pedregosos;
en las riberas prosperan los mirtos; Baco, en fin, ama
las colinas abiertas; los tejos, el Aquilón y la escarcha.

110

Mira tú el mundo sometido a los agricultores hasta los últimos confines:
las moradas orientales de los árabes y a los gelonos tatuados;
cada árbol tiene su patria. Solo la India produce
el negro ébano, solo los sabeos poseen el tronco turífero.

115

¿Qué decirte del bálsamo exudado de una madera exótica
y de las bayas del siempre frondoso babul?

¿Qué, de los arbustos etiópicos que encanecen con suave lana,
y de la forma como los Seres, con el peine, retiran de las hojas los finos
vellones? ¿O qué hablar de los bosques sagrados de la India,
último extremo del mundo, cerca del río Océano, donde ninguna flecha
lanzada puede alcanzar la aérea copa de sus árboles?

120

Y aquellas tribus ciertamente no son torpes en el tiro con arco...
La Media produce los jugos ácidos y el sabor persistente
del limón; no existe remedio más eficaz

125

contra crueles madrastras que envenenan las copas
mezclando yerbas y palabras malélicas:
él arroja del cuerpo los pérfidos venenos.

130

El árbol mismo es enorme y de aspecto parecido al laurel,
y sería laurel si no esparciese alrededor
un aroma diferente; las hojas no caen con ningún viento;
la flor es particularmente tenaz; con él los medos tratan
el mal aliento y curan del asma a los ancianos.

135

Pero ni la tierra de los Medos, tan rica en florestas,
ni el hermoso Ganges, ni el Hermo que el oro enturbia,
pueden ser con Italia comparados, ni Bactres, ni los indos,
ni la Pancaya, tan rica en arenas turíferas.
Toros que espiren fuego por sus narices no han arado este país

140

para sembrar los dientes de una hidra gigantesca,
ni la sementera se ha erizado de cascos y densas lanzas de guerreros,
sino que la han poblado robustos cereales y el másico
licor de Baco; olivares y fecundos ganados la cubren.

145

Por un lado el caballo de batalla se lanza brioso; por otro lado,
oh Clitumno, los blancos rebaños y el toro, la mayor de las víctimas,
se bañan con frecuencia en tus aguas sagradas
antes de conducir los triunfos romanos a los templos de los dioses.

Aquí hay primavera perpetua y verano en meses ajenos;
cada año la borrega se preña dos veces, dos veces el árbol fructifica.

150

Además no hay feroces tigres ni la cruel raza de los leones,
ni los acónitos engañan a los infelices que los cogen,
ni la serpiente escamosa arrastra en tierra ondulaciones inmensas,
ni se enrosca en su cuerpo larguísimo.

Cuenta tantas ciudades egregias y obras de arte, tantos castillos
construidos por la mano del hombre sobre riscos abruptos,
y tantos ríos que fluyen bajo muros antiguos.

155

¿Mencionaré los mares de Italia, el Inferior y el Superior,
o sus grandes lagos: a ti, Lario, el mayor, y a ti, Benaco,
que te levantas con olas y bramidos marinos?

160

¿Mencionaré nuestros puertos y el dique añadido al Lucrino
y el mar indignado que con gran estruendo se estrella
allí donde el reflujo hace resonar a lo lejos el mar Julio
y donde el flujo del Tirreno penetra en las aguas del Averno?

Italia muestra siempre filones de plata en sus venas
y minas de cobre, y el oro aquí siempre ha corrido abundante.

165

Ella produce una estirpe valiente de hombres: a los marsos, a la juventud
sabela, al sufrido ligur y a los lanceros volscos.

Ella produjo los Decios, los Marios, los grandes Camilos,
los aguerridos Escipiones, y a ti, más grande que todos, oh César,
a ti, que, vencedor reciente en los últimos confines del Asia,
apartas de las ciudadelas romanas al indo vencido.

170

¡Salve, magna madre de mieses, tierra de Saturno,
magna madre de varones! En tu honor ya celebro el arte antiguo
que hizo tu gloria, abro atrevido las fuentes sagradas,
y canto un poema ascreo a través de los pueblos romanos.

175

Hablaremos ahora del carácter de los suelos: sus ventajas,
sus colores, sus aptitudes naturales respecto de las plantas.
Las tierras difíciles y las colinas hostiles, donde no es muy profunda

la arcilla y abundan piedras y matorrales,
 aman los longevos olivos, bosque de Palas.
 La prueba es que el acebuche crece mucho en este ambiente
 y los suelos están cubiertos de sus drupas silvestres.
 Por el contrario, una tierra con pingüe mantillo y alegrada
 por agua dulce, una llanura herbosa y rica en vegetales
 -como a menudo vemos en el valle profundo de un monte,
 allí adonde las aguas afluyen de las rocas más altas
 y arrastran exuberante limo- o un campo orientado hacia el Austro
 y que nutra al helecho odiado por los curvos arados,
 ese es el terreno que te proveerá un día viñas robustas
 y muy jugosas para Baco; ese es el terreno propicio para uvas,
 para el licor que libamos en páteras doradas
 cuando, cerca de las aras, un grueso tirreno toca la flauta ebúrnea
 y ofrecemos entrañas humeantes que doblegan las fuentes.
 Pero si quieres dedicarte más bien a toros y becerros
 o a ovejas y cabritas que queman cultivos,
 busca los desfiladeros arbolados y las lejanas regiones de la próspera
 Tarento o una llanura similar a la que perdió la infortunada Mantua,
 cuyo río alimenta a niveos cisnes en sus pastos abundantes;
 tus rebaños no carecerán de límpidas fuentes ni de césped,
 y todo lo que tus animales pazcan en un largo día,
 el fresco rocío lo repondrá en una breve noche.
 En general una tierra negra y grasosa bajo la presión de la reja
 y de contextura suelta -porque es esto lo que buscamos arando-
 es óptima para los trigos (no de otras llanuras verás ser tiradas
 más carretas cargadas a casa por lentos bueyes),
 o si no, la tierra de donde el agricultor airado ha sacado las malezas,
 donde ha abatido los árboles improductivos por muchos años
 y ha extirpado y desarraigado las antiguas moradas de las aves:
 estas abandonaron sus nidos y han volado a lo alto,
 pero el campo novicio ha resplandecido abierto por la reja.
 La árida grava de un terreno inclinado a duras penas provee
 mezereones y romeros rastreros a las abejas:
 Las tobas escabrosas y las margas roídas por los negros quelidros
 atestiguan que ningún suelo como ellas ofrece más sabroso alimento
 y más tortuosos escondites a las serpientes.
 La tierra que exhala un tenue vapor y flotantes efluvios,
 que, a voluntad, absorbe y rechaza de sí la humedad,
 que siempre está revestida de su verde césped

180
 185
 190
 195
 200
 205
 210
 215

y que no ataca al hierro con orín y ácida herrumbre,
 esta tierra entretejerá para ti los olmos con las vides fecundas,
 esta es la feraz para el olivo; si la cultivas, la encontrarás
 apta para el carnero y dócil para la curva reja.
 Esta es la que aran la rica Capua, las comarcas vecinas del Vesubio
 y el Clanio, funesto para la abandonada Acerras.
 Ahora te diré cómo podrás reconocer cada tierra.
 Necesitas saber cuál es mullida y cuál demasiado compacta,
 porque la segunda favorece a los cereales, la primera a Baco:
 la más consistente, a Ceres y la más suelta, a Lieo.
 Primero escogerás con la vista un lugar y ordenarás cavar en tierra seca
 un hoyo profundo; luego repondrás otra vez en él toda la tierra
 y, con los pies, tratarás de allanar la superficie del terreno.
 Si falta tierra, se trata de un suelo mullido ya apto para ganadería
 y viñas saludables; si todo el desmonte se niega a regresar
 a su sitio y sobra tierra, una vez rellenado el hoyo,
 el suelo es denso: disponte a esperar terrones compactos
 y arcillosos camellones y a abrir la tierra con bueyes vigorosos.
 La tierra salada o, como se dice, amarga
 (esta no hace prosperar los cereales ni se desaliniza con el arado
 ni mantiene las cualidades de Baco ni el renombre de los frutos),
 se reconoce de esta manera: coge del techo ahumado
 tus cestos de mimbre apretado y tus cedazos de lagar;
 rellénalos con esta tierra mala, humedecida con agua dulce
 de fuente, y comprímelos: toda el agua, por supuesto, chorreará
 y gruesas gotas atravesarán los mimbres,
 pero su sabor característico te servirá de indicio
 y su amargura hará torcer la boca de los infelices que la prueben.
 Igualmente, la forma de conocer la arcilla es esta:
 el suelo no se desagrega por más que con las manos se presione,
 sino que, como la pez, se adhiere a los dedos que lo cogen.
 La tierra húmeda produce yerbas muy grandes y es demasiado feraz.
 ¡Ojala no tenga yo una tierra tan excesivamente fecunda,
 ni se muestre tan vigorosa cuando nazcan mis trigos!
 La que es pesada o ligera se descubre mudamente por su peso.
 Es fácil reconocer con los ojos las tierras negras o de otro color,
 pero es difícil investigar el frío perjudicial:
 solo las piceas y los nocivos tejos
 o las yedras negras descubren a veces sus vestigios.

220
 225
 230
 235
 240
 245
 250
 255

Dicho esto, acuérdate de cocer bien la tierra al sol,
de abrir andenes en las colinas empinadas, 260
de exponer al Aquilón las motas de tierra volteadas, antes que entierres
las estacas de la viña fecunda. Las tierras apropiadas son las sueltas:
los vientos, las blancas escarchas y el robusto viñador
que remueve los campos labrados, se encargan de ello.
Pero los agricultores, cuya vigilancia nunca desfallece, 265
empiezan buscando un vivero de condiciones similares al sitio definitivo
donde la pequeña vid, ya alineada, se acomodará en los árboles.
Esto, para que las estacas no desconozcan, con el brusco cambio,
a la Madre Tierra. Más aun, el campesino señala en la corteza 270
la orientación para restituírsela al plantarlas: esta parte,
expuesta a los calores del Austro, aquella dirigida al polo norte,
¡tan importante es la costumbre en la niñez!

Antes que nada, mira si conviene plantar la viña en las colinas
o en el llano. Planta denso si has alineado las vides en un llano feraz;
en densidad, Baco no es lento en producir. 275
Pero si escoges una pendiente accidentada o una suave colina,
espacia las filas; en ambos casos, alinea las plantas
separándolas con surcos que se corten exactamente en ángulo recto.
Como, a menudo, en una gran batalla, la larga columna de la legión
despliega sus cohortes; el ejército se ha detenido en campo raso 280
y se coloca en orden de batalla; toda la tierra desde lejos es un mar
de bronce reluciente; todavía no se entablan los horribles combates,
y Marte, dudoso, se pasea entre los dos adversarios armados.
Que todos los intervalos sean de igual medida
no solo para que la linda perspectiva satisfaga el capricho, 285
sino porque, de otra manera, la tierra no distribuye igual vigor
a todas las plantas ni los sarmientos podrán extenderse en el espacio.

Quizá también quieras saber qué profundidad dar a los hoyos.
Me atrevería a confiar la cepa a un hueco superficial.
El árbol, en cambio, se clava en la tierra lo más hondo posible, 290
en especial el ésculo, que tanto penetra en los Tártaros con su raíz
cuanto se eleva con su copa por los aires, de tal forma
que ni la tempestad ni el viento ni la lluvia lo arrancan:
él permanece inmóvil y sobrevive al desarrollo
de muchas generaciones, de muchas posteridades; 295

mientras extiende a lo lejos en todas direcciones sus ramas
y brazos robustos, su tronco, en el medio, sostiene una gran sombra.

Que tus viñedos no estén orientados al sol poniente; no plantes
avellanos entre las vides ni cojas los sarmientos más altos 300
ni arranques estacas de la punta del árbol -¡tan grande es el amor
por la tierra!-; no hieras las plántulas con un cuchillo embotado
y no intercales acebuches en las líneas,
porque, a menudo, el fuego escapado de los pastores incautos,
se cobija, primero, furtivo, en su aceitosa corteza,
luego se prende y, lanzándose a las ramas superiores, 305
produce un gran estrépito en el cielo; en seguida, progresando
de rama en rama, de copa en copa, reina vencedor,
envuelve en llamas a toda la plantación
y repleto de grasosa humareda, arroja al cielo una nube negra,
en especial si de lo alto se abate en los bosques la tempestad 310
y el viento agranda el fuego y propaga el incendio.
Cuando esto sucede, las viñas se debilitan desde la cepa
y, ni siquiera podadas, pueden rebrotar y reverdecer del pie como antes;
solo sobrevive el inútil acebuche de hojas amargas.
Que ninguna autoridad, por más sabia que sea, te persuada 315
a remover la tierra endurecida por el soplo del Bóreas;
entonces el invierno aprisiona con el hielo los campos y no permite
que las estacas se fijen en la tierra y congela sus raíces.
La mejor estación para plantar viñas es la coloreada primavera,
cuando viene el blanco pájaro odiado por las serpientes, 320
o bien, en los primeros fríos del otoño, cuando el violento Sol
no alcanza aún con sus caballos al invierno, y el verano ya ha pasado.

Sí, ella, la primavera es la que viste con follaje los bosques, las florestas.
En primavera las tierras se hinchan y exigen semillas fructíferas.
Entonces el Éter, padre omnipotente, baja en lluvias fecundas 325
al seno de su prolífica esposa, y, grande, abrazando
a su gran cuerpo, vivifica todos los embriones.
Entonces, los arbustos lejanos resuenan con el canto de las aves
y el ganado reclama con regularidad a Venus.
La tierra nutriz está en partos y los campos abren su seno 330
a las tibias auras del Céfiro; una tierna savia abunda en todo;
las plántulas se atreven sin temor a confiarse a los rayos
del nuevo Sol; el pámpano no teme el surgir de los Austros

ni la tempestad provocada en el cielo por los potentes Aquilones,
 sino que suelta sus yemas y despliega todas sus hojas. 335
 A punto de creer estoy que no otros días brillaron inmutables
 en los primeros orígenes del mundo adolescente:
 aquello era primavera, primavera que influía en el vasto universo,
 y los Euros calmaban sus soplos invernales
 cuando los primeros animales se abrevaron de luz 340
 y la térrea estirpe de los hombres levantó su cabeza de los duros campos
 y las fieras fueron soltadas en los bosques, y los astros en el cielo.
 Los seres delicados no podrían soportar tales pruebas
 si no se intercalase una pausa tan grande entre el frío y el calor
 y si la clemencia del cielo no protegiese a la Tierra. 345

Por otra parte, cubre con nutritivo estiércol cualquier estaca
 que plantes en el campo y acuérdate de taparla con mucha tierra;
 revuelve en el suelo piedra pómez o conchas rugosas
 porque entre ellas se filtrará el agua y subirá el vapor sutil 350
 y las plantas se animarán. Hay gente que coloca
 encima de la estaca piedras o tejas grandes y pesadas,
 como protección contra las lluvias torrenciales
 y contra el estivo Can, que resquebraja los campos de sed.
 Colocadas las estacas, queda la tarea de acollar 355
 con frecuencia las cepas y de manejar los duros bieldos,
 de laborar la tierra hundiendo la reja, de conducir
 entre los mismos surcos del viñedo a los recalcitrantes toros;
 luego, de disponer lisas cañas, varas pulidas,
 palos de fresno y sólidas horquillas
 para que los sarmientos, apoyados en estos tutores, se acostumbren 360
 a afrontar los vientos y a subir los pisos de los altos olmos.
 Mientras su primera edad progresa con nuevas frondas,
 hay que proteger su fragilidad y, al lanzarse a rienda suelta
 el vigoroso sarmiento a los aires en el espacio puro,
 no hay que atacar todavía la viña con el filo de la podadera, 365
 sino despuntar y aclarar el follaje con las uñas.
 En seguida, cuando la vid ya se haya dispuesto a abrazar a los olmos
 con robustos zarcillos, corta entonces su cabellera, amputa sus brazos;
 antes de ello, las plantas temen al hierro, pero ahora, finalmente,
 ejerce tú un duro dominio y reprime los ramos libertinos. 370

También hay que formar setos y encerrar al ganado,
 en especial mientras las hojas estén tiernas e ignoren adversidades:
 además de rigurosos inviernos y de un tiránico Sol, los uros salvajes
 y los persistentes corzos no cesan de maltratar la vid;
 ovejas y golosas becerras la devoran. 375
 Ni las frías heladas con su blanca escarcha
 ni el pesado verano que se abate sobre las rocas calcinadas
 dañan tanto la vid como el veneno de los duros dientes
 de estos rebaños, y la cicatriz que dejan en el tronco mordido.
 No por otro perjuicio se inmola un cabro a Baco en todos sus altares 380
 y se presentan en los estrados juegos tradicionales,
 por eso los descendientes de Teseo ofrecieron premios
 a los ingenios en las aldeas, en las encrucijadas, y entre tragos
 saltaron alegres en los mullidos prados sobre odres engrasados.
 Los campesinos de Ausonia, pueblo enviado de Troya, 385
 juegan también por eso con versos irregulares, a carcajadas,
 se ponen feas máscaras fabricadas de corteza,
 y te invocan, Baco, con cánticos alegres y, en tu honor,
 cuelgan de un alto pino figurillas de arcilla.
 En esa ocasión todo el viñedo se cubre de racimos florales, 390
 se llenan profusos los valles y las breñas profundas
 y todo sitio adonde Baco dirigió su bello semblante.
 Diremos, pues, las loas de Baco con los cánticos patrios
 y le ofreceremos las fuentes y los pasteles sagrados;
 según el rito, el macho cabrío consagrado será conducido por el cuerno 395
 al lado del altar y asaremos sus pingües vísceras en espetones de avellano.

En el cultivo de la vid hay otra labor
 que nunca termina: siempre, tres o cuatro veces al año,
 todo el suelo debe ser hendido; los terrones deben desmenuzarse
 con el dorso de la azada; toda la plantación 400
 debe ser deshijada. El trabajo regresa al agricultor cíclicamente
 y el año rueda recorriendo sus propias huellas.
 Cuando la viña depone por fin sus últimas hojas
 y el helado Aquilón despoja a los bosques de sus galas,
 el activo labrador de inmediato extiende su solicitud 405
 al año que viene y con el curvo diente de Saturno se encarniza
 en esquilar lo que queda de la vid y en darle forma.
 Sé el primero en escarbar la tierra, el primero en quemar los sarmientos
 cortados, el primero en guardar bajo techo los rodrigones,

el último en vendimiar. Dos veces la viña se cubre de sombras,
 dos veces las yerbas crecen en la plantación con malezas tupidas:
 duras pruebas ambas. Alaba las grandes haciendas,
 mas cultiva una pequeña. Corta también varillas de rusco
 en el bosque y cañas al borde de las corrientes;
 el cuidado de las salcedas silvestres nunca cesa tampoco. 410
 Ya las vides están amarradas, ya las plantas hacen reposar el hocino,
 ya el viñador, en el extremo de las líneas, canta el trabajo acabado;
 sin embargo todavía debe remover la tierra, convertirla en polvo
 y proteger del temible Júpiter las uvas maduras. 415

Los olivos, al contrario, no requieren ningún cuidado;
 una vez adheridos en la tierra y levantados a los vientos,
 no esperan el curvo podón ni las tenaces azadas. 420
 La misma tierra, abierta por el curvo diente, abastece de humedad
 a las plantas y, abierta por el arado, da frutos pesados.
 Cultiva, pues, el aceitoso olivo, agradable a la Paz. 425
 También los frutales, apenas sienten vigorosos sus troncos
 y adquieren fuerza propia, suben, rápidamente a los astros
 con sus fuerzas, sin necesidad de nuestra ayuda.
 Así mismo los sotos se cargan de frutos
 y sanguíneas bayas enrojecen las no fabricadas pajareras. 430
 Se pacen los codesos, los oquedales suministran palos resinosos,
 pasto de los fuegos nocturnos que expanden su luz.
 ¿Y dudan los hombres en plantar y cuidar árboles?
 ¿Por qué hablar solo de los más grandes? Los sauces y las humildes retamas
 dan no solo alimento al rebaño sino también sombra a los pastores 435
 y cercas a los cultivos y alimentos a la miel.

Deleita igualmente contemplar el Cítoro ondeante con el boj
 y los bosques que dan la pez de Naricia; deleita ver tierras
 no sometidas a las azadas ni a ningún cuidado humano. 440
 Incluso los bosques sin fruto de los picos del Cáucaso,
 que los violentos Euros destrozan y arrebatan sin cesar,
 dan productos diversos, dan útil madera: pino a las naves,
 cedro y ciprés a las casas. De estos bosques
 el campesino saca los radios que desbasta para sus ruedas;
 de allí, ruedas llenas para los carros y carenas panzudas 445
 para las naves. Los sauces producen mimbres; los olmos, forraje;
 el mirto y el cornejo, bueno para la guerra, producen astas potentes;

los tejos son plegados en arcos de Iturea.
 También el tilo pulido y el boj, fácil de tornear,
 se dejan manejar y cavar por el hierro afilado; 450
 también el ligero aliso, echado al Pado, flota en la corriente caudalosa;
 también las abejas enjambran en las huecas cortezas
 y en la cavidad de una encina podrida.
 ¿Qué ventaja comparable ofrecen los dones de Baco?
 Baco, además, dio motivos al crimen; él, tras enfurecerlos, 455
 sometió a la muerte a los Centauros: a Reto, a Folo,
 a Hileo, que amenazaba a los Lapitas con una crátera enorme.

¡Oh demasiado afortunados los campesinos si tuvieran conciencia
 de su felicidad, a quienes la misma justísima Tierra,
 lejos de discordias armadas, les coloca en el suelo un fácil sustento! 460
 Aunque no vivan en altas casas de puertas soberbias que, en la mañana,
 vomitan un flujo enorme de saludadores desde sus repletos salones;
 aunque no admiren arrobados las jambas incrustadas de variado Carey
 y los vestidos entretejidos de oro y los bronces de Efira;
 aunque no sepan teñir la blanca lana con el mejunje asirio 465
 y no acostumbren corromper el aceite de oliva con canela,
 no carecen, por eso, de un reposo seguro y de una vida que ignora el engaño,
 y abundante de recursos; no carecen, por eso, de tiempo libre
 en amplios horizontes, de grutas y vivos estanques, de frescos valles,
 del mugido de los bueyes y de los blandos sueños bajo un árbol. 470
 Allí están el monte y la madriguera; allí está una juventud
 que acepta el trabajo, acostumbrada a la sobriedad;
 allí, el culto a los dioses y el respeto a los padres. La Justicia
 imprimió por estos lugares sus últimas huellas al abandonar la Tierra.

En cuanto a mí, antes que nada, que las Musas, objeto de mi cariño, 475
 -cuyas insignias sagradas llevo con la marca del amor más profundo-
 me reciban y me muestren las rutas de los astros y las constelaciones,
 los eclipses multiformes del Sol y los cambios de la Luna,
 el origen de los temblores del suelo, con qué fuerza los mares profundos, 480
 rotas sus barreras, se alzan y otra vez retoman su propio lugar,
 por qué los Soles invernales se apresuran tanto a mojarse
 en el Océano o qué obstáculo retarda las noches perezosas.
 Pero si no puedo acceder a estos misterios de la naturaleza,
 y mi sangre fría se detiene alrededor de mi corazón,
 que, por lo menos, goce siempre con los campos y los ríos que riegan 485

los valles; que, aunque sea sin gloria, ame yo los arroyos y los bosques.
 ¡Ay! ¿Dónde están las llanuras y el Esperquio y el Taígeto recorridos
 por las vírgenes bacantes laconias? ¡Ah! ¿Quién me instalará en los frescos
 valles del Hemo y me protegerá con la sombra de sus inmensos follajes?

¡Feliz quien ha podido conocer las causas de las cosas 490
 y ha pisoteado todos los temores y al Hado inexorable
 y el estrépito del insaciable Aqueronte!
 ¡Afortunado también quien ha conocido a los dioses campestres:
 a Pan, al viejo Silvano y a sus hermanas, las Ninfas!
 Él no se emociona con las fasces del pueblo ni con la púrpura 495
 de los reyes ni con la Discordia que enfrenta a hermanos desconfiados
 ni con el dacio que baja por el Histro conjurado
 ni con los asuntos de Roma ni con los reinos perecibles. Tampoco tiene
 pobres a la vista por quienes sufrir compadecido ni ricos
 a quienes envidiar. Siempre coge los frutos que de contino 500
 las ramas y la benévola Tierra espontáneas le ofrecen,
 e ignora las férreas leyes, las insanias del foro y los archivos públicos.
 Otros atormentan con remos los ciegos océanos y se precipitan
 al combate, fuerzan la puerta de palacios y el umbral de los reyes.
 Aquel lleva la destrucción a una ciudad y a sus infelices Penates 505
 para beber en copas de piedra preciosa y dormir en púrpura de Sarra.
 Otro esconde su riqueza e incuba su oro encerrado y aquel permanece
 absorto y atónito en los Rostros. El estrépito de los aplausos
 provenientes de la plebe y de los senadores sobrecogen a otro, pasmado,
 entre las gradas. Gozan quienes han derramado la sangre de su hermano 510
 y cambian por el exilio su morada y sus queridos umbrales
 y buscan patrias expuestas a un Sol diferente.
 El agricultor remueve con el curvo arado la Tierra; de esto depende
 el trabajo del año; de esto, la alimentación de la patria
 y de sus pequeños nietos; de esto, su manada de bueyes 515
 y sus toros productivos, y no hay descanso hasta que el año reboce de frutos
 o de crías de ganado o hasta que sobrecargue los surcos y graneros
 con la planta y los granos de Ceres. Viene el invierno:
 la baya de Sición es triturada en el trapiche,
 los cerdos regresan repletos de bellotas, los bosques producen arbustos 520
 y el otoño entrega sus diversos frutos,
 y en lo alto, entre pedruscos asoleados, la dulce vid madura.

Al mismo tiempo los amorosos hijos se cuelgan del campesino en busca
 de besos, su casta morada conserva el pudor, las vacas suspenden
 sus ubres cargadas de leche, y los gordos cabritos pelean 525
 enfrentando sus cuernos en el césped lozano.
 Él celebra los días festivos y, extendido en la yerba,
 donde también sus compañeros, alrededor del fuego, coronan las cráteras,
 te invoca a ti, Leneo, e invita a los guardianes de rebaño
 a concursar con el tiro del dardo veloz, un olmo como blanco, 530
 y a desnudar sus cuerpos robustos para la palestra campestre.

Esta vida llevaron otrora los antiguos sabinos,
 la llevaron Remo y su hermano; así por cierto
 la valiente Etruria creció y Roma devino lo más bello del mundo
 y encerró ella sola con su muralla a siete colinas. 535
 Incluso antes que el rey dicteo empuñara su cetro
 y antes que una raza impía se nutriera de novillos inmolados,
 el áureo Saturno llevaba esta vida en la Tierra;
 incluso aún no se había escuchado soplar trompetas guerreras
 ni las espadas forjadas crepitar en los duros yunques. 540

Pero ya hemos recorrido muchas vueltas a la pista y ya es tiempo
 de soltar los arreos del cuello vaheante de los caballos.

NOTAS AL LIBRO II

7 v.: El coturno era un calzado con suela muy alta, propio de Baco, Diana y Ninfas. Los actores trágicos usaban un calzado parecido.

34 v.: El injerto del ciruelo en el cornejo es imposible. Por lo común no hay incompatibilidad injerto-patrón entre especies próximas (del mismo género), pero sí entre especies de género distinto.

64 v.: “mirto de Pafos”, es decir, de Venus.

66 v.: “el frondoso árbol de la corona hercúlea”: el álamo blanco.

67 v.: “las bellotas del padre caonio”: el roble, árbol de Júpiter.

68 v.: El abeto servía para construir naves.

69-72 v.: De todos estos injertos, el único posible es el de castaño en haya.

86 v.: Plinio (XV,13) nos da quince variedades de olivo. Es fácil intuir la forma de los dos olivos comestibles citados por Virgilio: el primero era ovalado (Οἰκίς: testículo) y el segundo, alargado; las pausias servían solo para aceite.

83 v.: “las pesadas volemas”: peras tan grandes que llenan la palma (**uola**) de las manos.

93 v.: “psitias”: nutritivas; “lageas”: de color de liebre; son variedades de uva.

99 v.: “argite”: con seguridad viene de ἄργος, blanco y no de la ciudad de Argos.

102 v.: “bumasto”: de grandes tetas. Plinio enumera 185 variedades de uvas (XIV, 150).

117 v.: “tronco turífero”: el incienso.

118 v.: Estos bálsamos naturales, en particular, el **opobalsamum**, son resinas de ciertos árboles.

120 v.: “arbustos etiópicos”: describe el algodón.

121 v.: Se creía que la seda era producto de un árbol.

140-142 v.: Alusión a Jasón que tuvo que arar en la Cólquida un campo con una yunta de toros que echaban fuego por sus narices. Allí sembró los dientes de un dragón que produjeron una mies de hombres armados.

158 v.: “mares Inferior y Superior”: el Jónico y el Tirreno. Los antiguos dibujaban sus mapas echados, en relación con los nuestros.

159 v.: En realidad el Benaco (lago de Garda) es el mayor lago de Italia, famoso por sus tempestades de octubre. El Lario es el actual lago de Como.

161-164 v.: Describe los trabajos ejecutados por Agripa en el **Portus Iulius** en 37 a. C. Un dique reforzó la duna que separaba del mar el lago Lucrino. Las aguas del golfo de Pozzuoli entraban y salían. Una entrada construida en el dique, permitía, empero, que las corrientes de la marea subieran hasta el lago Averno, que comunicaba con el Lucrino. De esta forma los barcos podían entrar hasta el lago Averno. Los trabajos en el Averno suscitaban escrúpulos religiosos. La obra, desgraciadamente, se enarenó en pocos años.

171-172 v.: Después de Accio (31 a.C.), Augusto pasó dos inviernos en Asia para arreglar la cuestión de Tirídates y Fraates, hermanos enemigos, quienes habían solicitado la intervención romana. Virgilio exagera, porque Augusto no atravesó el Eufrates y menos venció a los indos.

176 v.: “un poema ascreo”: inspirado en *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo, natural de Ascra.

188 v.: Se recomendaba que las viñas italianas estuvieran orientadas al S.

193 v.: Los etruscos, satirizados por su gordura, eran los flautistas de los sacrificios.

198 v.: “la infortunada Mantua”: alude a los sucesos de 40 a.C. Augusto, después de masacrar a sus oponentes de Perugia, ordenó confiscar en provecho de sus veteranos las tierras aledañas, incluyendo las de Mantua. Como consecuencia de ello, el fundo de Virgilio pasó a manos de un “bárbaro”.

214 v.: “tobas y margas”: las primeras son piedras blandas calcáreas y las segundas, rocas sedimentarias del grupo de las lutitas (o quizá simplemente rocas arcillosas).

224 v.: Recordar que Virgilio escribía este libro 120 años antes de la erupción del Vesubio.

225 v.: El río Clanio podía inundar fácilmente la ciudad de Acerras. ¿Por qué se la llama desierta? Quizá sea un recuerdo de las devastaciones de Aníbal en esa región.

277-287 v.: Se trata de la plantación al tresbolillo (**in quincuncem**), práctica muy común. La comparación con las líneas de batalla (en el **acies triplex**) nos asegura de ello. Los senderos de la viña dibujaban una cuadrícula regular (**paribus numeris uiarum**) porque estaban equidistantes en todos los sentidos.

299-301 v.: Se recomienda cortar, para la reproducción, las estacas inferiores de la planta porque los sarmientos cercanos a la tierra, la aman y pueden acostumbrarse a ella, enterrados.

320 v.: “el pájaro odiado por las serpientes”: la cigüeña.

341 v.: Alusión al mito de Deucalión.

352 v.: Esta práctica de poner piedras alrededor de la planta servía también para condensar la humedad atmosférica nocturna y mantener húmedo el terreno alrededor de la planta

380-396v.: Descripción de las Liberalias (17 de marzo), fiesta de Baco, a quien sacrificaban habitualmente un cabro (τράγος). La etimología de “tragedia” explica el origen dionisiaco del género trágico.

383 v.: “los descendientes de Teseo”: los atenienses.

385 v.: “los campesinos de Ausonia”: los italianos.

386 v.: “versos irregulares” (**uersibus incomptis**): versos compuestos en ritmo saturnio, propio de los cantos fesceninos, a menudo obscenos.

339 v.: “figurillas” que representaban a Baco. Se las hacía oscilar y sacar presagios de abundancia en favor del campo hacia el que el viento las volteaba.

410 v.: Las XII Tablas prescribían esperar la caída de las hojas para vendimiar.

410-413 v.: Se alude al deshoje. Hesíodo dice: “Alaba la nave pequeña, pero dispón la carga en la grande” (*Los Tr. y los Días*, 643).

418 v.: Es la operación llamada pulverización (υἱοκὸσις) se pensaba que el polvo facilitaba la maduración de los racimos.

465 v.: “mejunje asirio”: la púrpura. Más preciso habría sido decir “sirio”.

469 v.: “frescos valles” (**frigida Tempe**): Tempe designa un valle de Tesalia, pero aquí es un plural genérico: valles umbrosos.

475-482 v.: Confrontar este pasaje con *Buc.*, VI, 31-40.

476 v.: “insignias sagradas”: las ínfulas sacerdotales. Virgilio se proclama sacerdote de las Musas.

484 v.: Según Empédocles, el alma y la inspiración se localizaban en la sangre circundante al corazón.

486 v.: Virgilio antepone el simple amor a la naturaleza a la gloria literaria.

Inglorius tendrá su eco en el **ignobile otium** (deslucido retiro) de IV, 564.

490-540 v.: Ciertas expresiones de este bello **excursus** hacen pensar en Lucrecio. Pero la mención del **inexorabile Fatum** indica inspiración de Posidonio, con su estoicismo ecléctico. Persio utiliza la misma primera frase en un contexto estoico: **Discite et, o miseri, causas cognoscite rerum...** (III, 66). San Agustín, por su lado, califica así al primer verso; **nobilissimus Vergilii uersus** (*De ciu. Dei*, VII, IX). A pesar de todo, la influencia epicúrea es también muy manifiesta. Las “causas” se refieren a las de los fenómenos naturales. Epicuro afirmaba que el conocimiento de los “meteoros” era indispensable para exorcizar el temor de los dioses (**metus omnes**) y de la Necesidad (**inexorabile fatum**). Para ello también había imaginado el **clinamen**.

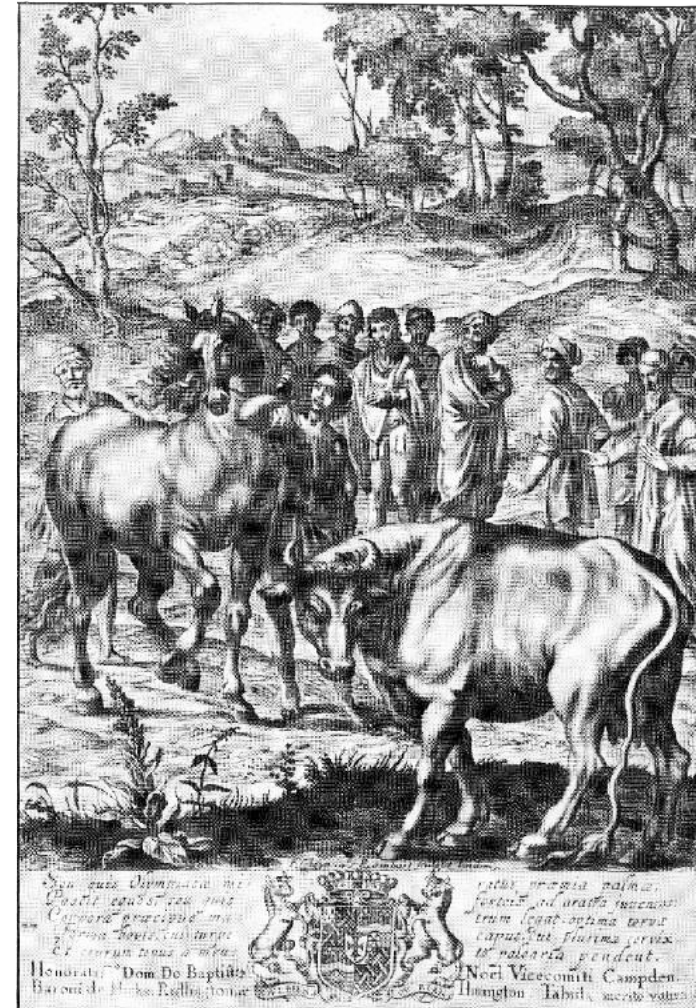
505 v.: “infelices Penates”: el interior de las casas, en donde los **Penetralia** era el lugar más íntimo.

506 v.: Es decir, en una piedra preciosa tallada en forma de vaso.

508 v.: Los Rostros era la tribuna de los oradores en el foro romano. Estaba adornada con los espolones (**rostra**) de las naves tomadas en Ancio en 338 a. C.

519 v.: “la baya de Sición”: el olivo.

536 v.: Servio remite expresamente a Arato, quien cuenta cómo una vez extinguida la estirpe de plata, surgió “una estirpe de bronce, mucho peor que la de los hombres precedentes; ellos fueron los primeros en forjar la espada homicida, y los primeros en comer la carne de los bueyes laboriosos. Entonces la Justicia, tomando en horror esta progenie de hombres, vuela hacia los cielos y se instala en el sitio donde todavía aparece brillante, a los humanos” (*Fenóm.*, 129-135). El “rey dicteo” es Júpiter, cuyo reino sucedió al de Saturno. Los romanos primitivos (y Pitágoras) prohibían matar bueyes por su carne.



LIBRO III

A ti también hemos de cantar, magna Pales, y a ti, memorable pastor
del Ánfriso, y a vosotros, bosques y ríos del Liceo.
Los otros temas que, en verso, han encantado las mentes desocupadas
ya están divulgados: ¿quién ignora al inflexible Euristeo
o los altares del infame Busiris? 5
¿Quién no ha celebrado al joven Hilas, a la latonia Delos,
a Hipodamia, a Pélope, reconocible por su hombro de marfil,
tan aficionado a los caballos? He de probar una vía por la que yo también
pueda elevarme del suelo y, vencedor, volar por los labios de los hombres.

Si mi vida se alarga, seré el primero en traer conmigo, 10
de regreso a mi patria, las Musas de la cumbre aonia;
seré el primero en traerte, oh Mantua, las palmas idumeas,
y construiré un templo de mármol en una verde llanura
al borde del agua, donde el gran Mincio vagabundea
en lentos meandros y orla sus orillas de tiernas cañas. 15
En medio del templo colocaré a César y él será su señor.
En su honor yo, vencedor y engalanado con púrpura tiria,
daré inicio a una carrera de cien cuadrigas, al borde del río.
Toda la Grecia, a mi llamada, dejando el Alfeo y los bosques de Molorco,
competirá en las carreras y con el cesto brutal. 20
Yo mismo, adornada mi cabeza con rama de olivo de parejo follaje,
presentaré las ofrendas. Desde ahora me place conducir a los santuarios
las procesiones solemnes y ver los novillos inmolados o la manera
como cambia el fondo de la escena del teatro y giran sus paneles
laterales, y unos bretones levantan las purpúreas cortinas donde figuran 25
ellos tejidos. En las jambas representaré con oro y duro marfil
la batalla contra los gangáridas y las armas vencedoras de Quirino;

representaré también al caudaloso Nilo, agitado por la guerra,
y a las columnas erigidas con el bronce de las naves;
añadiré las ciudades sometidas del Asia, el Nifates estremecido, 30
los partos confiados en su fuga y en las flechas que lanzan hacia atrás,
los dos trofeos conquistados de enemigos de lugares opuestos
y el doble triunfo sobre pueblos de una y otra orilla.
De pie, en mármol de Paros, estatuas vivientes, estarán
los descendientes de Asáraco, glorioso linaje de Júpiter, 35
y el padre Tros y el Cintio, fundador de Troya.
El Odio siniestro temblará ante las Furias, ante la rigurosa corriente
del Cocito, ante las serpientes enrolladas en Ixión
y ante la rueda monstruosa y la roca invencible.

Mientras tanto, sigamos los bosques y los inviolados calveros 40
de las Dríades; sigamos tus insistentes órdenes, Mecenas.
Sin ti mi mente nada alto emprende. Ea, pues, rompe
toda demora indolente: con gran clamor nos llama el Citerón
y los canes del Taígeto y Epidauro, domador de caballos,
y sus voces, repetidas por el eco de los bosques, repercuten. 45
Pronto me prepararé a cantar los brillantes combates
de César y a perpetuar por tantos años su nombre glorioso,
cuantos trascurren entre César y su primer ancestro, Titonós.

Quien cría caballos, entusiasmado por los premios de la palma olímpica,
o quien alimenta fuertes novillos para el arado, 50
seleccione primero a las madres con cuidado.
Las mejores novillas son torvas, tienen aspecto descortés,
la nuca robusta; su papada cuelga del mentón a las patas;
largo y exagerado es el ijar; todo lo tienen grande, aun los pies;
las orejas, peludas bajo los cuernos curvados hacia adentro. 55
No me disgustará que tengan manchas blancas,
que sean recalitrantes al yugo, que a veces agredan con los cuernos,
que su aspecto tienda a toruno y que, uniformemente altas,
caminen barriendo sus huellas con la punta de sus colas.
La edad para soportar a Lucina y un normal himeneo 60
acaba antes de los diez años y empieza después de los cuatro;
fuera de ellos, no son aptas para preñarse ni fuertes para el arado;
dentro de ellos, mientras los rebaños rebosan de fecunda juventud,
suelta a los machos: sé el primero en enviar los animales hacia Venus
y en asegurar, por la reproducción, el remplazo de generaciones. 65

Los días más bellos de la vida son los primeros en huir
para los infelices mortales; llegan, luego, las enfermedades, la triste vejez
y el sufrimiento; y nos rapta cruel la despiadada Muerte...
Siempre habrá vacas que provoquen ser cambiadas;
reemplázalas siempre para que no te quejes después de los abortos; 70
adelántate, pues, y selecciona cada año los novillos reproductores.

Igual selección se realiza en el ganado equino.
Consagra especial cuidado, ya desde su infancia,
a los que decidiste dedicar a la propagación de la especie.
El potro de buena raza, desde el inicio, camina con gallardía 75
en los campos y flexiona elásticamente los jarretes;
es el primero en la marcha, en el vado de ríos peligrosos,
en arriesgarse en un puente desconocido,
y los vanos estrépitos no lo asustan. Alto el cuello,
aguzada testuz, sumido el vientre, grueso el lomo, 80
el pecho hinchado de músculos.
Son buenos los bayos de ojos glaucos; el blanco y el alazán claro
son los menos apreciados. Al escuchar el repentino ruido de armas
se azara: aguza las orejas, sus patas se estremecen,
y relinchando arroja el fuego retenido en sus ollares; 85
su crin es abundante y, sacudida, luego recae a su derecha;
su lomo doble se alarga hasta la grupa;
el córneo casco cava el suelo, retumbando en grandes sonos.
Así fue Cílaro, domado por las riendas del amicleo Pólux;
así fueron los caballos recordados por los poetas griegos 90
y los de la biga de Marte y los del carro del gran Aquiles.
Así también el rápido Saturno echa su crin
sobre su cuello equino a la llegada de su esposa:
al huir llenó las cumbres del Pelión de agudos relinchos.

Además, cuando el caballo esté abrumado por el morbo o embotado 95
por los años, guárdalo en la cuadra y sé indulgente con su noble vejez.
De viejo, es frígido ante Venus e inútilmente prolonga un servicio
no grato: si en alguna ocasión se le ocurre el asalto,
en vano se menea, como un fuego de paja que se eleva, alto, pero dura poco.

Observarás, pues, primeramente sus impulsos y su edad, 100
luego, sus otras cualidades, su ascendencia,
su dolor al ser vencido, su gloria con la palma victoriosa.

¿No ves esto cuando los carros, soltados de las barreras
 y rivalizando en velocidad, se apoderan de las pistas y se lanzan,
 y cuando la esperanza impaciente y la ansiedad agitan y consumen
 los pechos palpitantes de los potros? Los aurigas acosan restallando
 el látigo e, inclinados, sueltan las riendas; el eje ardiente vuela
 con fuerza y ora arrastrándose, ora elevándose, parecen subir
 por los aires lanzados a lo alto a través del espacio vacío;
 no hay tregua ni descanso: una nube de polvo amarillo se levanta;
 se mojan con la espuma y el resoplido de los caballos traseros.
 ¡Tanto aman la gloria, tanto buscan la victoria!
 Erictonio fue el primero en osar enganchar cuatro caballos
 a un carro y vencer de pie sobre las ruedas veloces.
 Los Lapitas del Peletronio, a horcajadas, colocaron el arnés
 y enseñaron a caracolear al jinete armado,
 a saltar en el suelo y a galopar con pasos gallardos.
 Ambos empleos son arduos. El ganadero exige para el uno y el otro
 juventud, ánimo ardiente y rapidez de carrera,
 aunque el animal haya perseguido muchas veces a enemigos en fuga
 y se gloríe del Epiro o de la poderosa Micenas como patria suya
 y aunque hasta Neptuno remonte su ascendencia.

Dicho esto, sin perder tiempo, se dispensa toda atención
 a cebar generosamente al caballo escogido
 como jefe de la manada y semental de las yeguas;
 se cortan yerbas en flor y se le sirven aguas vivas
 y escanda para que no desfallezca en su dulce tarea
 y para que unas débiles crías no reflejen el ayuno de sus padres.
 A las hembras se las obliga a enflaquecer a propósito
 y cuando el estro manifiesto ya exige el primer apareamiento,
 se les niega el forraje y se las aleja de las fuentes.
 A veces se las obliga a correr y a cansarse en pleno sol,
 cuando la era gime bajo los pesados mayales que trillan el grano
 y cuando el salvado vacío revolotea al surgir el Céfiro.
 Esto se hace para que el exceso de grasa no obstruya el campo genital
 con surcos esterilizados por limo excesivo y para que la hembra
 absorba sedienta a Venus y profundamente se impregne de ella.

Apenas acaba el trabajo del apareamiento, empiezan las atenciones
 a las madres. Mientras vagan libres en los meses de gestación,
 que nadie permita que, enganchadas al yugo, arrastren pesados carruajes

ni que salten un sendero, ni que corran veloces en los prados,
 ni que naden en corrientes impetuosas.
 Se las pasta en calveros solitarios o a lo largo de ríos caudalosos,
 donde haya musgo y orillas cubiertas de verde yerba;
 que haya grutas protectoras y sombras proyectadas de las rocas

Por los bosques del Sílaro y por el Alburno verdeado de encinas
 pulula un temible insecto cuyo nombre romano es **asilus**,
 traducido como **oistros** por los griegos;
 su estridente zumbido hace huir en estampida a rebaños enteros
 por los bosques; el aire, las florestas y las orillas del desecado Tanagro
 resuenan con los mugidos de los animales enloquecidos.
 Otrora Juno, tras maquinar la ruina de la novilla de Ínaco,
 utilizó este monstruo para desfogar sus espantosos rencores.
 Ya que el calor meridiano enfurece al insecto, también deberás alejar
 de él a las preñadas, y apacentarás el ganado al nacer el sol
 o cuando las estrellas acompañen la noche.

Después del parto, los cuidados se orientan a las crías,
 y sin tardar se las marca con el ferrete para indicar su origen
 y distinguir su destino: las escogidas para la reproducción del ganado,
 las consagradas a los altares y las que ararán la tierra
 y roturarán campos incultos desmenuzando las motas.
 Las primeras pacen en libertad por los verdes prados,
 mas, a las que amaestrarás al cuidado y a las labores del campo,
 entrénalas con los métodos de la doma desde jóvenes
 porque entonces su carácter es obediente y su edad maleable.
 Amarra, primero, a sus cuellos laxamente aros
 de fino mimbre: luego cuando sus cuellos, antes libres,
 se hayan habituado a la servidumbre, obliga a los novillos, unidos en pareja,
 con un collar verdadero, a llevar el mismo paso;
 y ya es el momento de que arrastren en ocasiones carretas vacías
 que dejen huellas superficiales en el suelo;
 más tarde, que el eje de haya chirríe doblegado por la pesada carga
 y que el timón de bronce tire su tren de ruedas.
 Mientras tanto, coge para esta juventud, aún indómita,
 no solo yerbas, delgadas hojas de sauce y ulvas de pantano,
 sino también plantas de trigo; las vacas paridas no deberán llenar
 los tarros de ordeño con nívea leche como en los antiguos tiempos,
 sino que agotarán completamente sus ubres con sus amadas crías.

Si te inclinas más a la guerra y a los feroces escuadrones
o si prefieres correr en ruedas por las orillas del Alfeo, en Pisa, 180
y hacer volar tu carro en el bosque consagrado a Júpiter,
el primer ejercicio de tu caballo será contemplar el coraje y las armas
de los guerreros, soportar el toque de trompetas, aguantar el chirrido
de la rueda en movimiento y escuchar en el establo el rechino del freno;
luego, probar más y más alegría con los blandos elogios 185
del amaestrador y amar el sonido de sus caricias en el cuello.
Que se envalentone con esto recién destetado,
y que, a su turno, ofrezca su testa a suaves cabestros,
mientras sea tierno y tímido, mientras sea novato en la vida.
Pero, pasados tres años y ya entrando en el cuarto, 190
empiece a ejecutar vueltas, a hacer resonar el suelo
con pasos cadenciosos, a producir con sus piernas giros alternados
y que aparente una andadura embarazada; entonces, sí, entonces
desafíe a los vientos a correr y, volando por las abiertas planicies,
como liberado de las riendas, deje mínimas huellas en la pista de arena 195
igual al veloz Aquilón cuando se precipita de las regiones hiperbóreas
y dispersa las tormentas de la Escitia y las nubes sin agua:
entonces las mieses altas de las llanuras ondeantes
se agitan con auras apacibles, murmuran las cimas
de los oquedales y se estrellan largas olas en la orilla; 200
el viento vuela, barriendo en su fuga sementeras y mares.

El caballo sudará y echará espuma sanguinolenta de los belfos
para alcanzar la meta de la inmensa pista del campo de la Élide
o arrastrará, más bien, con cuello dócil los carruajes belgas.
Solo entonces, ya domados, déjalos echar carne 205
con nutritivos piensos porque, antes de la doma,
se engreirán mucho y, si lograses cogerlos, rehusarían
soportar el flexible látigo y obedecer a los frenos dentados.

Mas el mejor método para aumentar la fortaleza de los machos,
sean toros o caballos, según las preferencias, 210
es apartarlos de Venus y de los aguijones de la ciega pasión.
Para esto se relegan lejos los toros, en pasturas solitarias,
detrás de un monte interpuesto, a la otra orilla de un río
o, si no, se los encierra en un establo bien abastecido,
porque la vista de la hembra mina y consume poco a poco 215
las fuerzas; sí, ella hace olvidar los bosques y forrajes

con sus dulces halagos y, a menudo, fuerza a batirse
con los cuernos a sus intransigentes pretendientes.
La bella becerra padece en la gran floresta de Sila:
ellos se atacan por turno, entablan violentos combates, 220
se llenan de heridas, sangre oscura baña sus cuerpos;
se empujan obstinados con los cuernos dando enormes bramidos
que rebomban en los bosques y en el Olimpo lejano.
Y no es costumbre que los combatientes compartan el mismo establo:
uno, el vencido, se va y se exilia en parajes lejanos desconocidos, 225
lamentando mucho su ignominia y los golpes del orgulloso vencedor
y también los amores perdidos, no vengados;
con los ojos dirigidos al establo, abandona su reino ancestral.
Todo su afán, pues, es ejercitar las fuerzas y, ya ágil, reposa
el cuerpo entre las duras rocas en un pelado cubil; 230
se nutre de yerbas espinosas y de cárex filudo;
Él mismo se somete a prueba y aprende a concentrar la ira
en sus cuernos topetando el tronco de un árbol;
inflige golpes al viento y preludia el combate esparciendo arena.
Después de haber adquirido vigor y rehecho sus fuerzas, 235
parte en campaña y se precipita contra el enemigo olvidadizo,
igual a la ola, que comienza blanquecina en medio del mar,
se alarga y se curva al venir de mar adentro; luego, rodando hacia tierra,
retumba con potencia en los escollos y, tan grande como un monte,
se abate; de lo hondo a lo alto las aguas se revuelven 240
y arrojan arenas negras de la profundidad.

En efecto, todas las especies terrestres, hombres y bestias,
y todas las especies marinas, los rebaños y las coloreadas aves
se precipitan al furor y al fuego: el ardor sexual es igual para todos.
Nunca en otra estación la leona, olvidando a sus crías, 245
vagó más cruel por los campos, ni los enormes osos
multiplicaron tanto en los bosques la muerte y los estragos.
Entonces el jabalí es feroz; el tigre, peor que nunca.
Entonces, ay, funestamente se viaja en las solitarias tierras de Libia.
¿No ves cómo un temblor invade todo el cuerpo de los caballos 250
solo con que el aire impregnado traiga consigo los conocidos efluvios?
Entonces no los detienen ni los frenos y crueles látigos
de los hombres, ni las rocas, ni los barrancos, ni el obstáculo de los ríos,
aunque estos arrastren en sus aguas montañas descuajadas.
El mismo jabalí sabélico se precipita, aguza sus colmillos, 255

excava el suelo con las patas, frota sus ijares en un árbol
y endurece para las heridas este hombro y el otro.
¿Y qué decir del joven a quien el implacable amor inculca en los huesos
un gran fuego? Pues, tarde en la noche ciega, nada en los mares agitados
por desencadenadas borrascas; sobre él truena 260
la ingente puerta del cielo, y las olas que revientan en los escollos
lo reclaman; no lo pueden hacer volver ni sus padres desdichados
ni la doncella que, después de él, morirá en la pira despiadada.
¿Y qué decir de los moteados linceos de Baco, y de la violenta casta de lobos
y perros? ¿Y qué, de los combates que libran los pacíficos ciervos? 265
Por sobre todos los furores, es insigne, sin dudas, el de las yeguas,
pues la misma Venus les envió este ardor cuando las cuadrigas de Potnias
desgarraron con sus mandíbulas los miembros de Glauco. El deseo
las conduce más allá del Gárgaro, más allá del fragoroso Ascanio;
salvan los montes, atraviesan los ríos a nado 270
y, apenas la llama del deseo ataca sus ávidas médulas -en especial
en primavera, porque en primavera el calor regresa a los huesos-,
todas ellas se colocan, cara al Céfito, en altos peñascos
y absorben las brisas ligeras y a menudo, cosa admirable,
son preñadas por el viento sin ningún acoplamiento 275
y se dan a la carrera por piedras, por cerros, por valles profundos,
no, Euro, en dirección tuya ni en la del Sol naciente,
sino hacia Bóreas y hacia Cauro y hacia donde el nigérrimo Austro
nace y al cielo entristece con su frío lluvioso.
Precisamente entonces es cuando el humor viscoso, 280
que los pastores llaman **hipomanés**, rezuma de sus ingles;
perversas madrastras lo han recogido a menudo
y lo han mezclado con yerbas y palabras malélicas.
Pero mientras tanto, irrenovable huye el tiempo,
huye mientras que, cautivos por el amor, detallamos cada asunto. 285

He hablado ya bastante de los grandes animales; queda la segunda parte
de mi tarea: tratar de las majadas laníferas y de las peludas cabras.
¡Aquí hay trabajo! ¡De aquí, valientes colonos, esperad adquirir la gloria!
No ignoro cuán difícil es dominar con palabras este asunto
y añadir esta clase de honor a los temas difíciles. 290
Pero una dulce pasión me arrastra por las arduas escarpas del Parnaso;
me place recorrer las cumbres, por ninguna rueda holladas,
de donde, en dulce pendiente, se baja a Castalia.
Ahora, adorable Pales, ahora se debe cantar con voz solemne.

Para empezar, prescribo que las ovejas coman forrajes 295
en cómodos apriscos hasta el retorno del frondoso verano;
que se eche mucha paja y manojos de helecho al duro piso
para preservar del frío y del hielo al ganado delicado
y apartar la sarna y la deformante gota.

Pasando a las cabras, dispongo que se les administren hojas de madroño, 300
que se les ofrezcan aguas corrientes y que se orienten sus establos
al sol invernal, protegidos de los vientos, hacia el mediodía,
en la época cuando el frío Acuario empieza a declinar
y baña con sus lluvias al año que se acaba.
Debemos atender a las cabras con no menor diligencia que a las ovejas, 305
pues no es menor su utilidad, aunque se vendan caro
los vellones de Mileto, hervidos en baños de púrpura de Tiro.
La cabra pare más crías, produce más leche.
Cuanto más rebosen los cubos de leche espumosa de sus ubres fatigadas,
tanto más abundantes serán los chorros de sus mamas ordeñadas. 310
Además, las barbas que blanquean el mentón del cabrón de Cinips
y sus desgredados pelos se esquilan
para uso de los campesinos y para vestir a los pobres marinos.
Las cabras pacen zarzas espinosas y malezas que aman las escarpas
en las breñas y en los picos del Liceo, 315
y, además, memoriosas, regresan solas al redil conduciendo a los suyos,
con sus tetas tan hinchadas que a duras penas franquean el umbral.
Las apartarás con todo celo del hielo y de las borrascas de nieve
tanto más porque menos necesitan el cuidado del hombre;
y serás generoso con el forraje y con ramas blandas, 320
y no les cerrarás tus heniles en todo el invierno.

Pero cuando, a la llamada de los Céfitos, el sonriente verano
envíe ambos rebaños a los calveros y pastizales,
recorramos los campos frescos con los primeros resplandores de Lucifer,
a las primeras horas del alba, mientras los prados blanquean 325
y el rocío, gratisimo al atajo, ablanda las yerbas.
Luego cuando la cuarta hora del día provoque la sed
y las quejumbrosas cigarras aturdan con su canto los vergeles,
te ordenaré conducir los animales a los pozos o a los hondos estanques
para abrevarlos en los canales de encina. 330
Con el calor del mediodía, busca un valle umbroso
donde un gran roble de Júpiter, de viejo tronco,

extienda sus amplias ramas, o donde un bosquecillo
 proyecte la sombra sagrada de abundantes encinas.
 Abrévalos luego otra vez, con agua clara, pástalos otra vez 335
 hasta el ocaso del Sol, cuando el frescor de Véspero tiempe el aire,
 y la Luna reanime los montes con su relente, y resuene la costa
 con el canto del alción y los arbustos con el del jilguero.

¿Te describiré en mis versos los pastores de Libia, sus pastizales
 y sus aldeas construidas de cobertizos distanciados? 340
 A menudo, día y noche y todo un mes,
 la majada paze vagando en inmensos desiertos sin refugio,
 ¡tan extendida es la llanura! El boyero africano
 lleva todo consigo: albergue, Lares, armas,
 perros de Amiclas y flechas de Creta, 345
 como el aguerrido romano, que, con las armas nacionales,
 marcha con la pesadísima impedimenta y se presenta en orden,
 inesperado, ante el enemigo, después de establecer su campamento.

No es así en los pueblos de Escitia, en la cuenca del Meotas,
 del turbio Histro, que arrastra amarillentas arenas; en la región 350
 donde el Rodope regresa a sí después de pasar por el mismo polo.
 Allí los rebaños se mantienen encerrados en los pesebres
 porque ninguna yerba aparece en el campo ni hojas en los árboles;
 la tierra, sin forma, se extiende al horizonte bajo un montón de nieve,
 bajo una espesa capa de hielo que alcanza siete codos. 355
 ¡Siempre invierno, siempre los Cauros que soplan el frío!
 El Sol nunca disipa las macilentas sombras
 ni cuando, trasportado por sus caballos, se dirige a lo alto del Éter
 ni cuando sumerge de cabeza su carro en las purpúreas aguas del Océano.
 Súbitos bloques de hielo emergen en las corrientes, 360
 y la superficie del agua sostiene ahora ruedas ferradas;
 ella antes acogía las popas, ahora acoge anchas carretas.
 En cualquier sitio los vasos de bronce revientan; los vestidos
 se endurecen en el cuerpo; el vino, líquido antes, se corta con hacha;
 lagunas enteras se convierten en bloques de hielo; 365
 el moco congelado endurece las barbas hirsutas.
 Entretanto nieva sin cesar por todo el aire; las bestias perecen;
 los enormes bueyes se inmovilizan cubiertos de escarcha;
 las densas manadas de ciervos son detenidas por masas de nieve
 renovables, de donde solamente surge la punta de sus cornamentas; 370

para cazarlos no se sueltan perros, ni se tienden redes,
 ni se los asusta con espantajos de plumas escarlatas,
 sino que, mientras empujan en vano con sus pechos los cúmulos de nieve,
 uno se les acerca y los degüella con el hierro; se abaten con sordos 375
 bramidos, y los hombres se los llevan con grandes gritos de alegría.
 Estos llevan una vida de despreocupado ocio en profundas cavernas
 subterráneas, y hacen rodar a sus hogares para quemarlos
 montones de roble y de olmos enteros.
 Allí pasan la noche polar jugando e imitando, alegres,
 el licor de las uvas con cebada fermentada y ácidas serbas. 380
 Tal es, bajo el hiperbóreo Septentrión, la vida
 de una progenie salvaje de hombres batidos por el Euro de los Rifeos,
 que cubren su cuerpo con pardos pellejos de bestias.

Si tu interés son los lanares, aléjate antes de los matorrales espinosos,
 de las bardanas y de los abrojos; huye de los pastos abundantes 385
 y comienza por seleccionar borregos blancos con suaves vellones.
 Segrega únicamente al morueco, a pesar de que sea blanco,
 que tenga, bajo su húmedo paladar, la lengua negra
 para que no mancille la lana de sus crías con manchas pardas,
 y búscate otro entre los animales que pueblan el campo. 390
 Si es cierta la tradición, Pan, el dios de Arcadia,
 con un don de lana blanquísima, te sedujo, oh Luna, llamándote
 desde la espesura de un bosque, y tú no despreciaste su llamada.

Si se prefiere la lechería, uno mismo debe llevar a los pesebres
 mucho codoso y meliloto y yerbas previamente saladas; 395
 así los animales gozan más abrevándose en las corrientes,
 sus ubres se hinchan más y la leche adquiere un gustillo de sal.
 Muchos apartan de sus madres a los chivos recién destetados
 y sujetan bozales ferrados en la extremidad de sus labios;
 cuajan de noche la leche ordeñada en la aurora 400
 o durante el día; la ordeñada en la noche o al atardecer
 es trasportada de día en tinajas -el pastor la lleva al poblado-
 o es espolvoreada de un poco de sal y guardada para el invierno.

Los perros no deben ser tu última preocupación, sino alimenta
 con espeso suero los galgos de Esparta y el impetuoso moloso; 405
 con tales guardianes nunca temerás al abigeo nocturno
 en los establos ni las incursiones de los lobos

ni el ataque traicionero de los indómitos iberos.
 Con frecuencia perseguirás a los tímidos onagros,
 y con los perros cazarás a las liebres, con los perros, a los gamos; 410
 con frecuencia acosarás con tu jauría ladadora a los jabalíes
 desalojados de sus revolcaderos en los bosques y, en los altos montes,
 empujarás con clamores a un gran ciervo hacia las redes.

Aprende también a quemar cedro oloroso en los establos
 y a expulsar los maléficos quelidros con vapores de gálbano. 415
 A menudo, bajo la pajaza no removida, se esconde la víbora,
 mala si se la toca, que allí se refugia temerosa de la luz;
 o si no, la culebra, cruel plaga de los bueyes, acostumbrada
 a deslizarse al abrigo de la sombra y a envenenar el rebaño,
 se agazapa en la tierra. Agarra piedras, pastor, agarra un palo 420
 y abátela mientras profiere amenazas e hincha silbando su cuello:
 ya, en fuga, esconde en la tierra su cabeza asustada, pero los nudos
 del medio de su cuerpo y las extremas espiras de su cola
 se han quebrado y una última ondulación arrastra sus lánguidos anillos.

Hay en los zarzales de Calabria otra maléfica serpiente: 425
 desenrolla su dorso escamoso con el pecho alzado
 y su largo vientre ostenta grandes manchas.
 Esta, mientras haya aguas que broten de fuentes,
 tierras humedecidas por aguaceros invernales y Austros lluviosos,
 habita en los estanques, establecida en sus orillas, y aquí satisface, 430
 encarnizada, su atroz voracidad con pescados y ranas parlanchinas.
 Cuando el pantano se seca y la tierra se agrieta por el calor,
 ella salta al terreno seco y girando sus ojos inflamados,
 estraga los campos, alterada por la sed y enloquecida por el calor.
 ¡Ojala yo no desee coger blandos sueños en descampado 435
 ni recostarme en la yerba de una colina arbolada
 cuando ella, renovada y brillante de juventud, tras el cambio de piel,
 deja, ondulando, sus crías y sus huevos guarecidos,
 se yergue al sol y su boca hace vibrar su trífida lengua!

También te enseñaré las causas y los síntomas de las enfermedades. 440
 La sórdida sarna ataca a las ovejas cuando la fría tormenta y la blanca
 escarcha de un crudo invierno penetran profundo en la piel,
 o cuando el sudor no lavado se pega en sus cuerpos esquilados
 y las zarzas espinosas los arañan.

Por esto, los ganaderos bañan a todo su rebaño en agua dulce; 445
 el carnero es zambullido en el arroyo para lavarle la lana;
 allí dejado, él se abandona a la corriente de agua.
 También, tras la esquila, sus cuerpos se frotan con fétido alpechín,
 mezclado con espuma de plata, azufre vivo, 450
 pez del Ida, cera viscosa al tacto,
 escila, apestoso eléboro y negro asfalto.
 Pero no hay tratamiento más eficaz que abrir cuidadosamente
 con el hierro los labios de la úlcera;
 el mal se desarrolla y vive si permanece oculto 455
 por negarse el pastor a aplicar cirugía a las heridas
 o por quedarse sentado pidiendo la mejoría a los dioses.
 Más aún, cuando el dolor, que llega hasta los huesos de las ovejas
 balantes, se agudiza y una fiebre deshidratante devora sus miembros,
 siempre fue útil curar estos accesos ardientes
 pinchando la vena más baja de las patas para sangrar al animal 460
 Esto es practicado por los bisaltas y el incansable gelono
 cuando, huyendo por el Rodope o por el desierto de los getas,
 bebe leche cuajada, mezclada con sangre de caballo.

Si observas de lejos a una oveja retirarse con frecuencia
 a las cómodas sombras o mordisquear sin ganas la punta del pasto 465
 o caminar retrasada o, al pacer, recostarse en medio del campo
 o regresar sola tarde en la noche, reprime
 el mal en seguida, antes que el horrible contagio
 se propague entre el indefenso rebaño. El ciclón, portador
 de tempestades, no se precipita por el mar con más velocidad 470
 que las innumerables pestes sobre las bestias. Y las plagas no atacan
 a una oveja tras otra, sino simultáneamente a todo el campamento de verano
 a las mejores y al resto, a las mayores y a toda la grey.

Bien lo sabe quien visita los aéreos Alpes, las barracas construidas
 en las alturas del Nórico y los campos de Japidia, regados por el Timavo: 475
 aún hoy, desde tiempo, se ven reinos desiertos de pastores
 y dehesas solitarias a lo largo y a lo ancho.
 Allí otrora una infección del cielo originó un lamentable
 estado de la atmósfera que ardió con toda la fuerza del otoño
 y exterminó toda clase de animales y de bestias, 480
 corrompió los lagos e inficionó los pastizales.

Y la muerte no venía llanamente: después de que una ardorosa sed,
 expandida en todas las venas, había postrado en deplorable estado
 los miembros, chorreaba, empero, un abundante pus que disolvía
 poco a poco todos los huesos, minados por la enfermedad. 485
 A menudo, en pleno sacrificio a los dioses, mientras las ínfulas de lana
 se sujetaban con blanquísima cinta alrededor de la cabeza de la víctima
 de pie ante el altar, esta caía moribunda entre los perplejos sacerdotes.
 U otra, sacrificada ya por el hierro del ministro,
 ofrece entrañas que, puestas en los altares, no arden, 490
 y el vate consultado no puede dar la respuesta;
 los cuchillos clavados en el cuello a duras penas se tiñen de sangre,
 y la superficie de la arena se mancha solo con un poco de sanies.
 Por un lado, los terneros mueren en masa por las fértiles praderas
 y entregan su tierno espíritu ante pesebres rebosantes. 495
 Por otro lado, la rabia ataca a los mismos perros, y una jadeante tos
 convulsiona a los cerdos enfermos, que la hinchazón de sus gargantas ahoga.
 El corcel victorioso, indiferente a sus pasiones, se olvida
 de las yerbas, se aleja de las fuentes, golpea mucho con sus cascos
 la tierra, se postra; cuelgan sus orejas; lo ataca un extraño sudor 500
 que se enfría cuando le llega la muerte;
 su piel se reseca, se endurece y es áspera al tacto.
 Estos son los síntomas que, desde los primeros días, anuncian su muerte.
 Pero la enfermedad, avanzando, se encarniza con el caballo;
 entonces, en verdad, sus ojos se inflaman; suspiran profundo 505
 intercalando a ratos graves gemidos; su bajo vientre se hincha
 con prolongados hipos; negra sangre brota de sus ollares;
 su lengua rugosa presiona y obstruye la garganta.
 Se acostumbró hacerles tragar licor de Leneo con un embudo de cuerno;
 esto parecía la única forma de curar a los moribundos, 510
 pero pronto este mismo remedio causaba la muerte: reanimados,
 enloquecían por fiebres furiosas y, en las ansias de la muerte
 -¡dioses, tratad mejor a los píos y reservad este frenesí a sus enemigos!-
 ellos mismos a dentelladas se desgarraban y despedazaban sus miembros.

Mas he aquí que, humeando bajo el pesado arado, el toro 515
 se desploma y vomita sangre espumosa del hocico
 y profiere los últimos lamentos. Triste, el labrador va a desuncir
 al novillo afligido por la muerte de su hermano,
 y abandona la reja clavada en medio del surco.
 Ni las sombras de los altos oquedales, ni las dulces praderas, 520

ni el arroyo que, más brillante que el electro, corre al campo
 entre guijarros, logran levantar el ánimo de los bueyes; al contrario,
 sus flancos se descuelgan, sus ojos inertes se abren con torpeza,
 su nuca flácida, abrumada por su peso, se inclina al suelo.
 ¿De qué les sirve haber penado, prestado servicios, volteado con el arado 525
 las tierras pesadas? Sin embargo no fueron el origen de su mal
 ni el másico, presente de Baco, ni los repetidos banquetes:
 su comida es solo forraje de hojas y yerbas;
 su bebida son las límpidas fuentes y las aguas corrientes,
 y las preocupaciones no interrumpen su salútfero sueño. 530

Entonces fue cuando, en aquellas regiones, se buscaron en vano
 becerras para el culto de Juno; cuando uros dispares condujeron
 los carruajes de ofrendas a sus altos santuarios.
 Por esto, es el labriego el que allí abre penosamente la tierra con la azada,
 entierra las semillas con sus uñas y arrastra las carretas 535
 chirriantes, con su cuello tendido, por los altos caminos de montaña.

El lobo no tiende asechanzas alrededor del aprisco ni merodea
 en la noche cerca de los rebaños: otra obsesión más urgente
 los doma; los tímidos gamos y los rápidos ciervos
 vagan ahora con los perros alrededor de las casas. 540

Ahora las olas arrojan a la orilla la fauna del inmenso mar
 y todo género de peces, como cadáveres de naufragos.
 Las desorientadas focas huyen a los ríos
 Muere la víbora, en vano refugiada en sus tortuosos recovecos;
 mueren las hidras con sus escamas erizadas por el miedo. 545
 El aire es nocivo a los pájaros mismos,
 que caen tras dejar en una elevada nube su vida.

Además ya no sirve cambiar de pastizales; los remedios buscados
 son perjudiciales; los entendidos han renunciado,
 Quirón, hijo de Filira, y Melampo, hijo de Amitaon. 550
 La pálida Tisífone sale de las tinieblas estigias a la luz
 y se desata y conduce a los Morbos y al Miedo;
 cada día levanta más alto su ávida cabeza.
 Los álveos y las secas orillas y las laderas de los montes
 resuenan con el balido de las ovejas y los continuos mugidos. 555
 Tisífone causa estragos en masa y amontona en los mismos establos

los cadáveres, descompuestos por una repugnante podredumbre,
hasta que se aprende a enterrarlos y a sepultarlos en fosas,
ya que sus pieles son inútiles, y nadie puede purificar las carnes
con agua ni recuperarlas mediante el fuego. Ni siquiera
se pueden esquilarse los vellones, arruinados por la enfermedad
y la pringue, ni hacer con ellos un tejido que se reduciría a polvo;
y más bien, si alguien probase a llevar estos vestidos malditos,
sus miembros se cubrirían de apestosas pústulas ardientes
y de sudores inmundos, y en breve intervalo
el fuego sagrado devoraría todo su cuerpo podrido.

560

565

NOTAS AL LIBRO III

1 v.: “memorable pastor del Ánfriso”: Apolo.

3-9 v.: Temas tratados por los poetas alejandrinos y neotéricos.

11 v.: “cumbre aonia”: el Helicón, de Beocia, patria de Hesíodo.

13-39 v.: Al escribir esta alegoría, Virgilio ya desde un tiempo deseaba componer una epopeya en honor de Augusto y, al mismo tiempo, para celebrar los orígenes troyanos de Roma. El centro del monumento de la *Eneida* no será Augusto sino Eneas, salvador del pueblo troyano y ancestro de la **gens Iulia**. El templo de Augusto estaría situado en la patria de Virgilio, quien sería su sacerdote. En honor del César organizaría juegos deportivos y espectáculos teatrales. En las jambas del templo estarían representadas las victorias de Augusto. Las estatuas erigidas serían las de Augusto, Apolo (el Cintio) y los ascendientes de Eneas (Júpiter, Dárdano, Erictonio, Tros, Asáraco, Capis, Anquises, que tuvo de Venus a Eneas). Los Infiernos serían también representados con el Odio, las Furias, el Cocito, Ixión, Sísifo (el de la “roca invencible”). Para entender los v. 24-26, sepamos que la cortina del teatro romano *se suspendía arriba* cuando acababa el espectáculo. Si en la cortina se dibujaban o bordaban unos bretones, al ser levantada, daba la apariencia de que estos eran los que efectuaban la acción (cf. Ov., *Met.*, 3, 111-114). El v. 25 describe un cambio de decoración en el teatro: por una parte, el cortinaje de fondo, llevado por bastidores verticales que corrían en ranuras, se abría y los dos paneles se apartaban; por otra parte, a izquierda y a derecha giraban los “periactos”, máquinas prismáticas, cada una con tres frentes (**frontes**), donde se pintaban los paisajes necesarios. Después de la victoria de Accio contra las fuerzas “egipcias” de Marco Antonio y Cleopatra, se construyeron en honor de Augusto y Agripa, cuatro columnas con el bronce de los espolones (**rostra**) de los barcos destruidos, las que fueron levantadas en el Capitolio.

60 v.: Se habla de la edad de la monta.

91 v.: Cf. Hom., *Iliada*, XV, 119 para los caballos de Marte y XVI, 148, para el carro de Aquiles.

92 v.: Saturno tuvo que disfrazarse bajo la forma de un caballo, para evitar a la celosa Rea.

97-99 v.: El caballo viejo ya no sirve para la reproducción.

135-137 v.: La matriz de las yeguas es comparada con el campo: los conductos (los surcos) no deben ser grasosos (pantanosos) para que puedan ser fecundados por el semen (la semilla).

147-148 v.: Según el Seudo-Servio, el tábano se llamó primero *μῦν* y luego *οἰστρὸς*. **Asilus** es quizá de origen etrusco. Varrón ya había empleado **tabanus**.

160-161 v.: El primer estro ovulatorio de las novillas sucede a los 18 meses, pero cabe esperar que paran por primera vez a los dos años y medio. La vida útil reproductiva de las vacas lecheras dura hasta los ocho años, pero hay vacas que pueden parir hasta los once años y, en raras ocasiones, hasta los veinte.

180 v.: Para los Juegos Olímpicos.

181 v.: En un bosque sagrado, cerca del estadio de Olimpia, se levantaba un imponente templo de Zeus (Júpiter), adornado con una estatua de oro y marfil del dios, fabricada por Fidias (s. V a.C.).

204 v.: “carruajes belgas”: Los **Belgica esseda** eran usados por los galos como carro de guerra de dos caballos, en oposición al pesado carruaje (**plaustrum**) de cuatro ruedas.

206 v.: “piensos”: **farrago** es más bien una mezcla de diversos granos.

249 v.: Viajar en el desierto era peligroso no tanto por las bestias salvajes que allí habitaban como por el aislamiento de los viajeros.

251 v.: En el cielo las hembras emiten olores llamativos. Ver nota del v. 281.

258 v.: Alude a la leyenda de Hero y Leandro (cf.).

280-281 v.: *ἰππομανεξ* es una sustancia que vuelve locos (*μαῖνομαι*) a los caballos. Para Virgilio, es segregada del sexo de las yeguas; para Plinio (VIII, 165) es una bolsa negra que se encontraría en la frente de los potros al nacer y que la madre devoraría. Para otros, era una yerba. La verdad es que la yegua dispuesta a la monta segrega dos chorros líquidos de la vulva.

282 v.: Es la segunda vez (cf. II, 126) que Virgilio se expresa mal de las madrastras. Ver también *Buc.* III, 33.

302-304 v.: Virgilio prescribe que los establos se orienten al SE a mediados de febrero (en su época la primavera empezaba el 7 de febrero). El “año que se acaba” es el agrícola, cuando Piscis remplaza a Acuario. Varrón aconsejaba que los establos estén “al abrigo del viento y orientados al E mejor que al S” (II, 2, 7).

307 v.: Aunque la lana de oveja sea más apreciada. Ciertas lanas eran hervidas con diversas dosis de púrpura, color muy estimado.

327 v.: “cuarta hora”: en verano, entre las nueve y media y las diez y media. El día se dividía en doce horas de duración variable según las estaciones.

336 v.: Lucifer (Eos) y Véspero es el mismo planeta Venus, según se vea antes de la aurora o del ocaso del Sol.

338 v.: Alción o martín pescador.

347 v.: Vegecio (I, 19) nos cuenta que la impedimenta llegaba a pesar veinte kilos.

349-383 v.: La Escitia (región al N de la Macedonia y de la Tracia) se describe con recuerdos literarios y ampliaciones.

379 v.: “pasan la noche polar” (**noctem ducunt**): se trata de la *νυκτὸς ὀλιχῆ* de Homero (*Od.* XI, 19), que nosotros llamamos noche polar.

380 v.: En vez de vino, toman cerveza y licores.

387-390 v.: Varrón (II, 2,4) aconseja: “Hay que observar si los carneros tienen la lengua negra o manchada porque generalmente los corderos que procreen serán también negros o manchados”.

391-393 v.: Macrobio, *Sat.*, V, 22, 10: Pan, enamorado de Febe, se cambió en carnero blanco para atraerla hacia la espesura del bosque.

409 v.: Había asnos salvajes en Frigia, Laconia y África, pero no en Italia.

415 v.: Las serpientes quelidros ya se mencionaron en II, 213. Sobre el gálbano, leer Plinio XII, 126 y también la Biblia (*Ex.*, 30, 34; *Si.*, 24, 15). Su fuerte olor ahuyentaba las serpientes y se usaba en medicina.

425-439 v.: Descripción del quersidro, serpiente anfibia. Cf. Nic., *Ther.*, 359 ss.

439 v.: En realidad, la lengua de las serpientes es bífida. Era un lugar común creerla trífida. Isidoro (*Etim.*, 12, IV, 44): “Ningún animal mueve la lengua con tanta rapidez como la serpiente, hasta el punto que parece que tienen tres, no teniendo más que una”.

448 v.: “alpechín”: líquido oscuro y maloliente que sale de las aceitunas apiladas o cuando se las exprime con agua hirviente para sacar el aceite.

449 v.: “espumas de plata”: era el litargirio o protóxido de plomo; el “azufre vivo” o virgen se oponía al azufre trabajado industrialmente.

450 v.: El monte Ida (Frigia) estaba cubierto de pinos que producían la pez. La “cera viscosa” era la mezcla de cera blanca y grasa de puerco. Cf. Varrón, II, 11, 7.

451 v.: La escila o cebolla marina y el eléboro son plantas. El asfalto, materia mineral, podía ser líquido y amarillento o sólido y negro.

474 ss.: La descripción de la epizootia tiene evidente influencia de Tucídides (II, 47 ss.) y de Lucrecio (VI, 1136 ss.). La originalidad de Virgilio estriba en: su mayor piedad, aun tratándose de animales y no de hombres; lo absurdo del origen de la epizootia y sus consecuencias; y, por supuesto, la gran Musa de nuestro poeta. La enfermedad descrita coincide con algunas de las formas fulminantes del carbunco (**Bacillus anthracis**), trasmisible al hombre.

486 v.: Las ínfulas (bandas de lana) se sujetaban en la cabeza de la víctima por cintas (**uittae**) que colgaban de las sienas.

509 v.: “licor de Lieo”: vino.

520 v.: El electro es una aleación de oro y plata.

527 v.: “el másico”: el finísimo vino falerno.

532 v.: El epíteto “dis pares” (**impares**) indica la dificultad de aparejar uros para un carruaje digno de la diosa.

566 v.: El “fuego sagrado” podía designar varias enfermedades (cf. Plinio, XXVI, 121 y Celso, V, 28, 4), todas caracterizadas por llagas ardientes. Columela (VII, 5) dice: “El fuego sagrado, que los pastores llaman **pusula**, es incurable”. Se trataría, pues, en el último verso, de la erisipela gangrenosa.



LIBRO IV

Hablaré ahora de la miel, rocío del aire y don del cielo. Dirige, Mecenas, tu mirada también a esta parte. Describiré un gran espectáculo de pequeños y admirables objetos; describiré gobernantes magnánimos y, ordenadamente, toda la nación, con sus costumbres, aficiones, organización y ejército.	5
Trabajaré con lo menudo, pero no será menuda la gloria si se logra la aprobación de los númenes hostiles y si Apolo atiende nuestra súplica.	
Hay que buscar, primero, un sitio estable para las abejas, que no dé entrada a los vientos -los vientos impiden traer alimento a la casa-, donde las ovejas y los pleitistas cabritos no salten entre las flores; donde la becerra vagabunda no sacuda el rocío y aplaste el brote de las yerbas.	10
Que no haya cerca de sus ricas colmenas coloreados lagartos de dorso escamoso, abejarucos y otras aves y menos aun Procne, que lleva en su pecho la mancha de sus manos sangrientas, porque ellos devastan todo alrededor y con su pico cogen las abejas volantes como banquete para sus nidos despiadados.	15
Pero que haya fuentes cristalinas, estanques verdeados de musgo, un arroyuelo que se deslice entre las yerbas; que una palmera y un gran acebuche sombree su vestíbulo	20
para que, cuando los nuevos reyes, en su estación, la primavera, conduzcan el enjambre, y las jóvenes salgan del panal para retozar, las riberas cercanas inviten a alejarse del calor, y el árbol interpuesto las retenga en su fronda hospitalaria.	
En medio del agua, sea estancada o corriente, echa de través sauces y piedras grandes como puentes para que allí las abejas puedan posarse y desplegar sus alas	25

al Sol estivo, si acaso, por demorarse, han sido mojadas
por el Euro o sumergidas en Neptuno con su soplo violento.
Que en torno florezcan verdes mezereones, serpoles
de expansivos aromas y perfumadísimas ajedreas;
que matas de alelíes beban de la fuente salpicante.

30

En cuanto a las colmenas, sea que las hayas construido juntando
cortezas huecas o tejiendo mimbres flexibles,
ellas deben tener entradas estrechas, porque el invierno endurece
la miel con el frío, y el calor la ablanda y licua.

35

Ambos inconvenientes son por igual temibles para las abejas.
No sin razón ellas untan a porfía con cera las menores rendijas
desde el interior y refuerzan las entradas con propóleos y flores
y recogen para esta tarea una provisión de goma
más pegajosa que la liga y la pez del Ida frigio.

40

A menudo también, si es cierto lo que se cuenta, calientan sus Lares
bajo tierra, en galerías cavadas, y se las encuentra en el fondo
de los huecos de la piedra pómez o en el interior de un tronco podrido.
Unge, empero, las grietas de su albergue con barro fino
para retener el calor y añádele algunas hojas.

45

No permitas tejos en la vecindad; no cuezas al fuego
rojos cangrejos: no te fíes de un estanque profundo
ni de lugares que exhalen un fuerte olor de cieno y que resuenen
con la caída de rocas vacías o que repercutan con el eco de ruidos
importunos. Cuando el áureo Sol arroja y sepulta al invierno
y despeja el cielo con la luz del verano,

50

en seguida las abejas recorren pastizales y bosques,
liban las purpúreas flores y, livianas, se abrevan en la superficie
de los arroyos. Así, con no sé qué fervor,

55

se desvelan por su progenie y sus nidos; así moldean
con arte la cera fresca y amasan la miel consistente.

Luego, cuando veas arriba el enjambre recién salido del panal
bogar en la límpida atmósfera estiva hacia los astros del cielo
y formar como una nube oscura admirable arrastrada por el viento,
observa las abejas: siempre buscan aguas dulces

60

y abrigos profundos. Esparce entonces allí los olores prescritos:
melisa molida y ceriflor, yerba ordinaria; haz sonar el bronce
y golpea los címbalos de la Madre por todo el lugar;

65

por sí solas las abejas se posarán en el sitio así impregnado,
por sí solas se encerrarán en las cunas secretas, según su costumbre.

Pero si salen a combatir -porque a menudo estalla
la discordia entre dos reyes con enorme tumulto;
de inmediato se pueden prever de lejos las pasiones de la turba
y los corazones agitados por la guerra: el ronco sonido,
sí, el del bronce marcial, reprende a los remolones y se deja oír
un zumbido que imita los toques entrecortados de las tubas;
entonces se agrupan afanosas, agitan sus alas,
aguzan sus dardos con las maxilas y ejercitan sus miembros;
en torno a su rey, justo delante del pretorio
se forman y provocan al enemigo con grandes clamores;
así, pues, cuando se consiguen una primavera serena y los campos
del cielo, despejados, se lanzan de las puertas; se entabla la batalla;
el alto Éter resuena; se confunden en un vasto remolino
y caen de cabeza: más reciamente no se abate el granizo por el aire
ni tantas bellotas se vienen abajo de la encina sacudida;
los reyes, reconocibles por sus alas, en medio de sus tropas
despliegan gran coraje en su pecho diminuto,
obstinados en no ceder hasta que la presión del vencedor
haya forzado al otro a dar la espalda y a huir-
estos movimientos apasionados y estos tremendos combates
se amainan y se reprimen arrojándoles un poco de polvo...

70

75

80

85

Pero cuando hayas convocado del campo de batalla a los dos jefes,
mata al que te haya parecido peor para que no sea un parásito nocivo;
deja al mejor reinar solo en su corte. Hay dos clases de reyes.
Uno tiene manchas relevadas de color dorado:
este es el mejor, pues se distingue por su belleza y por el brillo
de sus escamas rutilantes. El otro es erizado por negligente
y arrastra con infamia un vientre desmesurado.
Como el aspecto de los reyes es también el cuerpo de las súbditas;
unas son feas y rugosas como el escupitajo de la seca garganta
de un viajero sediento que camina por una senda polvorienta;
otras brillan resplandecientes de fulgores y sus cuerpos despiden luz
de las gotas de oro simétricas que cubren su cuerpo.
Esta última clase es la mejor; con ella exprimirás en fechas precisas
una miel dulce, pero no tan dulce como límpida y apta
para corregir el amargo sabor de Baco.

90

95

100

Cuando los enjambres vuelen sin rumbo, jueguen en el aire,
desprecien sus panales y abandonen al frío su hogar,

impide que sus ganas caprichosas se libren a un juego inútil. 105
Y la tarea no es difícil: arranca las alas a los reyes;
inmóviles estos, nadie osará viajar por el aire
ni levantará los estandartes del campo.
Que los jardines perfumados de flores de azafrán las inviten
y que la tutela del helespontíaco Priapo las custodie y proteja 110
con su guadaña de sauce contra ladrones y pájaros.
Que el mismo agricultor traiga tomillo y pino de los altos montes
y los plante en cantidad alrededor de las colmenas;
que él mismo encallezca sus manos en esta ardua tarea, que él mismo
clave en la tierra los plantones feraces y los riegue con amor. 115

En cuanto a mí, ya en el extremo final de mis trabajos,
si no estuviera amainando las velas con el apuro de dirigir a tierra
la proa, quizá también cantarí­a el arte de fertilizar y adornar
los jardines y rosales, dos veces al año productivos, de Pesto;
cómo las escarolas se alegran con los refrescantes arroyos, 120
y las verdes orillas, con el apio; cómo el pepino se tuerce
entre la yerba engrosando su barriga; no pasaría en silencio
al narciso, cuya cabellera es lenta en crecer, ni al tallo del flexible
acanto, ni a las pálidas yedras, ni a los mirtos amantes de riberas.

Me acuerdo haber visto al pie de las torres de la fortaleza de Ébalos, 125
allá donde el negro Galeo irriga rubias sementeras,
a un anciano de Córico, a quien le habían sido concedidas
pocas yugadas de tierra, inaptas para labores de bueyes
y para el cultivo de forraje y no propicias para Baco.
El viejo, empero, plantaba entre zarzales hortalizas alineadas 130
y, en los bordes, blancas azucenas, verbenas y amapolas comestibles.
Con ufanía se igualaba a los reyes poderosos y, al regresar
de noche a su casa, cargaba su mesa con manjares no comprados.
Él era el primero en cortar rosas en primavera y en cosechar frutos
en otoño. Cuando todavía el triste invierno resquebrajaba las piedras 135
con el frío, y el hielo paralizaba la corriente de las aguas,
él ya mondaba la cabellera de los blandos jacintos,
riñendo con burla al verano remolón y a los Céfiros lentos.
Él mismo era el primero en tener fértiles abejas y muchos enjambres
y en cosechar miel espumante de los panales exprimidos; 140
tilos y pinos le producían con profusión.
Cuantas flores nuevas revestían sus árboles fecundos,

tantas daban frutos maduros en otoño.
Él trasplantaba también en filas a los olmos ya grandes,
a los peros ya con corteza, a los endrinos ya cargados de brunos 145
y a los plátanos que ya aseguraban sombra a los bebedores.
Pero la estrechez de la pista me impide continuar la carrera
y dejo a otros que traten, después de mí, esta materia.

Ea, ahora hablaré del instinto que el mismo Júpiter
infundió a las abejas como recompensa por haber alimentado 150
al rey del cielo en un antro del Dicte, atraídas
por la ruidosa música y los crepitantes bronce de los Curetes.
Ellas son las únicas en tener crías comunes y el albergue indiviso
de una ciudad; son las únicas en vivir bajo grandes leyes
y en conocer una patria y unos Penates seguros. 155
Memoriosas del invierno inminente, se dedican en verano
al trabajo y almacenan para todas en común lo libado.
Unas se preocupan por el alimento y, según el pacto establecido,
se desempeñan en el campo; otras, dentro de sus casas,
colocan la lágrima de narciso y la resina pegajosa, 160
primeros fundamentos del panal, y después, desde arriba,
la cera tenaz; otras hacen salir a las ninfas adultas
esperanzas de la nación; otras acumulan miel purísima
y rellenan los alvéolos de néctar cristalino.
Hay quienes fueron sorteadas para custodiar la puerta; 165
estas observan en turno las aguas y las nubes del cielo
o reciben la carga de las que llegan o, formando escuadrones,
alejan a los zánganos, perezosos animales, de la colmena.

Es un hervidero de trabajo. Las fragantes mieles huelen a tomillo.
Como cuando los Cíclopes forjan apurados los rayos 170
con metal derretido: unos recogen y lanzan el aire
con fuelles de pellejo de toro; otros templan en una jofaina
los bronce que silban; gime el antro con los yunques golpeados;
rivalizando de fuerza entre sí, levantan en cadencia los brazos
y voltean el hierro con las mordedoras tenazas. 175
No de otra forma -si es lícito comparar lo pequeño con lo grande-
las abejas de Cécrope son impulsadas a acumular por un deseo innato,
cada cual en su oficio. La tarea de las mayores está en las colmenas:
construir los panales y dar forma a los artísticos albergues.
Las menores se fatigan regresando tarde en la noche, 180

con los canastillos de sus patas llenos de tomillo:
 por doquier han libado madroños, glaucos sauces, mezereones,
 rojizos azafranes, untuosos tilos y oscuros jacintos.
 Todas se reposan al unísono, todas al unísono trabajan.
 En la mañana se precipitan a la piquera: nunca hay demora 185
 Cuando Véspero por fin las invita a dejar de libar por los campos,
 solo entonces se recogen, solo entonces reparan sus fuerzas.
 Se escucha un zumbido: son ellas que murmuran en los bordes y umbrales.

Una vez acomodadas en sus habitaciones, se produce silencio
 en la noche, y el sueño debido se apodera de sus miembros cansados. 190
 Cuando amenaza la lluvia, no se alejan demasiado de los panales
 ni tampoco se confían al cielo cuando se avecinan los Euros.
 Solo, con la seguridad de sus murallas, se aprovisionan de agua
 en las cercanías y se arriesgan a breves giras; a veces traen piedritas
 para estabilizar su vuelo por las inconsistentes nubes, 195
 como las barcas bamboleadas se cargan de lastre contra las olas.

Te admirará la costumbre, muy estimada por las abejas,
 de no abandonarse al apareamiento, de no ablandarse indolentes
 al servicio de Venus y de no aovar con dolores. 200
 Ellas solo recogen de las hojas y suaves yerbas a las crías
 con su trompa; ellas mismas se dan un rey y sus pequeños quirites,
 restauran la corte y los reinos de cera.
 A veces también, volando, se quiebran las alas en las duras piedras
 y entregan su espíritu bajo el peso de la carga,
 ¡tan grande es su amor por las flores y su pundonor en producir miel! 205
 Por esto, aunque el fin de su corta vida las sorprenda,
 pues no viven más de siete veranos,
 sin embargo la especie persiste inmortal, y la fortuna de la familia
 permanece por muchos años y se cuentan los abuelos de los abuelos.

Además ni Egipto ni la vasta Lidia ni los pueblos de los partos 210
 o el miedo del Hidaspes respetan tanto a su rey.
 Mientras el rey esté a salvo, todas tienen un único espíritu;
 apenas lo pierden, rompen el pacto, saquean la miel almacenada
 y destruyen la estructura de los panales.
 El rey es quien vigila los trabajos, todas lo admiran 215
 y lo rodean con denso murmullo; a menudo todas juntas lo levantan

en sus hombros y, en la guerra, le hacen escudo con sus cuerpos
 y van al encuentro de una bella muerte a través de las heridas.

A causa de su conducta y de la observación de estas acciones,
 se ha dicho que las abejas poseen una porción de la mente divina 220
 y emanaciones del Éter. Dios, en efecto, se expande por toda la extensión
 de las tierras, de los mares y del cielo profundo;
 las vacadas, los rebaños, los hombres, toda clase de fieras
 tomarían de él, al nacer, los sutiles elementos vitales;
 luego, a él, todo al disolverse se reintegraría 225
 y no habría aquí lugar para la muerte sino que todo, siempre vivo,
 volaría a la materia de los astros y subiría a lo alto del cielo.

¿Necesitas abrir la augusta colmena y los cofres que guardan la miel?
 Rocíate antes con el agua de una fuente, purifica tu boca
 y preséntate con una antorcha muy humeante en la mano. Las abejas 230
 dos veces al año acumulan su abundante provisión; dos estaciones
 hay para cosechar: una, cuando la Pléyade Taigeta muestra a la Tierra
 su bella faz y empuja desdeñosamente con el pie las aguas del río Océano;
 otra, cuando la misma, huyendo de la constelación del lluvioso Piscis,
 desciende tristemente del cielo a las aguas invernales. 235
 Desmesurada es la ira de las abejas; maltratadas, instilan veneno
 en sus picaduras, y abandonan clavadas en las venas
 sus invisibles aguijones; en la herida dejan sus vidas.

Si temes el rigor del invierno para ellas, si te preocupa su futuro
 si te apena su abatimiento y decadencia, ¿quién dudará 240
 en fumigarles tomillo y en cortar la cera de los alvéolos vacíos?
 Porque a menudo, sin hacerse notar, el estelión roe las celdas,
 y estas se llenan de cucarachas, enemigas de la luz,
 o si no, el zángano ocioso, que acecha los manjares ajenos,
 o el peludo abejorro, que con armas superiores penetra 245
 o la funesta calaña de las polillas o la araña, odiosa a Minerva,
 que suspende en las puertas sus delgadas telas.
 Cuanto más diezmadas sean, tanto más ardor pondrán todas las abejas
 en reparar las pérdidas de su raza disminuida, en rellenar los vacíos
 con celdas y en tapizar sus graneros con el néctar de las flores 250

La vida de las abejas está sujeta a nuestras mismas tribulaciones.
 Por esto, si sus cuerpos languidecen con una triste enfermedad

-la puedes reconocer por síntomas indudables:
el color de las afectadas cambia en seguida; una hirsuta flacura
deforma sus rostros; acarrear fuera de la colmena 255
a las fallecidas y ejecutan tristes exequias
se quedan colgadas en el umbral enganchadas por las patas,
o permanecen todas dentro de sus moradas selladas,
abatidas por el hambre e inmobilizadas por escalofríos;
se escucha entonces un zumbido más grave, un murmullo prolongado, 260
como el frío Austro en los bosques a veces murmura,
como silba el mar agitado con el reflujó de las olas,
como hierve el fuego devorante en los hornos cerrados-,
en ese caso, yo recomendaré exhortar e invitar uno mismo
a las enfermas a comer el alimento acostumbrado, quemándoles 265
perfumes de gálbano e introduciéndoles miel con cañutos.
Será bueno también añadir el sabor de agalla molida,
rosas secas, vino dulce cocido a mucho fuego,
pasas de uva psitia, tomillo de Cécrope
y perfumada genciana amarilla. 270
Hay también en los campos una flor que los agricultores
llaman amelo, planta que fácilmente se encuentra:
de un solo terrón brota una gran mata de flores doradas,
pero en los pétalos muy numerosos de su gorguera
brilla el matiz oscuro de la violeta negra; 275
se acostumbra tejer con ella guirnalda que adornan altares;
su sabor es amargo en la boca; la recogen los pastores
en los valles ya segados, cerca de la corriente sinuosa del Mela.
Cuece sus raíces en aromatizado Baco
y coloca canastas llenas de este alimento cerca de las piqueras. 280

Si alguien pierde súbitamente todas las abejas de la colmena
y no cuenta con medios para hacer renovar la estirpe,
es el caso de exponer el memorable descubrimiento
de un pastor de Arcadia y la manera como, de la sangre corrompida
de becerros inmolados, a menudo las abejas brotaron. Contaré 285
toda la historia desde bien arriba, remontándome a su primer origen.

Allí donde el pueblo afortunado del pélico Cánopo habita,
cerca del Nilo detenido y sus aguas derramadas,
y recorre sus campos en barcas pintadas;
allí donde el río, acosado por la vecina Persia, armada de aljabas, 290

fertiliza con negro légamo el verde Egipto
y, al avanzar, se divide en siete bocas divergentes
después de bajar desde el país de los bronceados indos,
toda esta comarca confía la salvación a la siguiente técnica.

Primero, se escoge un espacio limitado, que se reduce aun más 295
en el mismo proceso: se lo cubre con un pequeño techo de tejas,
se lo encierra en muros estrechos, donde se abren cuatro ventanas
orientadas a los cuatro vientos, con luz oblicua.
Se busca después un ternero de dos años, cuyos cuernos ya se curven
en su frente; se lo ahoga por mucho que se resista 300
obstruyendo sus dos ollares y su hocico;
una vez matado a golpes, se aplastan sus entrañas sin dañar la piel;
en este estado se lo abandona en el recinto colocando a sus lados
fragmentos de ramas frescas de tomillo y de mezereón.
Esto se realiza cuando los Céfiros empiezan a agitar las olas, 305
antes de que los prados se enrojezcan de nuevos colores,
antes de que la gárrula golondrina suspenda de las vigas sus nidos.
Mientras tanto el humor, entibiado en los huesos reblandecidos,
fermenta, y se pueden ver animales de raras formas,
carentes, primero, de patas, pero, luego, con alas estridentes, 310
que pululan y ocupan poco a poco el aire sutil
hasta que, por fin, se lanzan como la lluvia arrojada
de las nubes estivas o como las flechas impulsadas por la cuerda
cuando los veloces partos inician las escaramuzas del combate.

¿Qué dios, oh Musas, qué dios ha forjado para nosotros este método?
¿Dónde tomó origen esta extraña práctica de la gente? 315

Se cuenta que el pastor Aristeo huía del Tempe del Peneo
por haber perdido sus abejas a causa de la peste y la hambruna;
triste, se detuvo cerca de la fuente sagrada, origen del río,
y con muchos lamentos dirigió a su madre estas palabras: 320
“Madre, madre Cirene, que habitas las profundidades de estas aguas,
¿por qué me alumbraste de la estirpe gloriosa de los dioses
-sí, a lo menos, como afirmas, mi padre es el timbreo Apolo-
ya que soy odioso a los Hados? ¿Adónde ha ido a parar tu amor por mí?
¿Por qué me pedías esperar el cielo? 325
Mira que pierdo aun el propio honor de la vida mortal,
este honor que mi solícita preocupación por las mieses y el ganado

ya casi había forjado con toda clase de penas, y tú eres mi madre..
 ¡Ea, arrasa también mis fértiles huertas con tu propia mano,
 echa el fuego enemigo a los establos y destruye las mieses,
 quema mis sembrados y blande tu potente hacha contra mis viñas,
 si tanto desagrado de mi gloria en ti se ha generado!”

Entonces su madre, desde su morada en el fondo del río,
 escuchó los lamentos. Alrededor de ella hilaban las lanas milesias
 teñidas de color verde oscuro, las Ninfas:

Drimó, Janto, Lígea, Filódoce,
 cuyas brillantes cabelleras se derramaban por sus cándidos cuellos,
 Nesea, Espío, Talía, Cimodoce,

Cidipe, la rubia Licoria -una virgen y la otra,
 recién experta en los dolores de Lucina-
 Clío, su hermana Beroe -ambas Oceánidas,
 ambas con cinturones de oro, ambas con pellizas jaspeadas-

Efire, Opis, la asiática Deyopeya,
 la veloz Aretusa, que por fin había depuesto sus flechas.

En medio de ellas, Clímene narraba la inútil precaución de Vulcano,
 las astucias y los furtivos placeres de Marte, y contaba en orden,
 desde el Caos, los innumerables amores de los dioses.

Cautivadas por el canto, ellas estiran de los husos los blandos copos;
 entonces el llanto de Aristeo llegó otra vez

a los oídos maternos, y todas quedaron atónitas en sus asientos
 de cristal. Pero Aretusa, adelantándose a sus hermanas,
 sacó, para mirar, su rubia cabeza por encima de las ondas,
 y desde allí gritó: “¡Oh hermana Cirene, no sin razón
 tan gran gemido te ha conmovido:

Aristeo mismo, el primer objeto de tus preocupaciones,
 está allí llorando a orillas del padre Peneo y te trata de cruel!”

La madre, con la mente turbada de insólita angustia, le dice:
 “Ve, tráelo, tráelo a mí; él tiene derecho de tocar el umbral
 de los dioses”. Al mismo tiempo ordena a las corrientes profundas
 separarse ampliamente para dar paso al joven.

El agua entonces, curvada como un monte, se detuvo alrededor de él,
 lo recibió en su vasto seno y le permitió penetrar hasta el fondo.

Ahora él andaba admirando la morada y los húmedos reinos maternos,
 las lagunas encerradas en cavernas y los bosques resonantes.
 Atónito a la vista de las ingentes corrientes de las aguas,

contemplaba todos los ríos que, en direcciones divergentes,
 se deslizan bajo la extensa Tierra: el Fasis y el Licos
 y las fuentes de donde brota, primero, el profundo Enipeo,
 el resonante y pedregoso Hípanis y el Caico de Misia;
 de donde brotan después el padre Tiberino, las corrientes del Anio
 y el Eridano, que lleva dos cuernos dorados en su frente taurina:
 ningún río corre más caudaloso que él
 por fértiles cultivos, hasta el violáceo mar.

Después que llegó a la cámara abovedada de pómez
 y que Cirene conoció la inanidad de las lágrimas de su hijo,
 las hermanas se turnan en ofrecerle límpido líquido a sus manos,
 y en traerle felposas toallas; unas cargan

las mesas de manjares, otras colocan copas llenas;
 los fuegos de Pancaya cubren de humo los altares.

Entonces su madre le dice: "Coge una copa de Baco meonio,
 hagamos una libación al Océano". Y luego ella misma
 eleva su plegaria al Océano, padre del universo,

y a sus hermanas, las Ninfas, que tutelan cien bosques y cien ríos.
 Por tres veces derramó límpido néctar sobre el fuego de Vesta,
 por tres veces la llama, saltando, iluminó el remate de la bóveda.
 Fortalecido el ánimo del hijo con este presagio, ella comienza así:

“Hay en el mar de Cárpatos, reino de Neptuno, un vate, el cerúleo Proteo,
 que recorre el inmenso mar en un carro tirado
 por corceles bípedos, mitad peces, mitad caballos.

Él ahora visita otra vez los puertos de Ematía y su patria Palene.
 Tanto nosotras, las Ninfas, como el mismo anciano Nereo,
 lo veneramos porque, como adivino, él sabe todo,
 el presente, el pasado y la serie de sucesos futuros.

Así ha decidido Neptuno, cuyos monstruosos rebaños
 y repelentes focas aquel pace en el fondo del abismo.

Es a él, hijo mío, a quien antes tienes que capturar y atar
 para que te explique las causas del mal y te proponga el remedio,
 pues, sin violencia, no te enseñará nada. No lo convencerás con ruegos:
 usa mucha violencia y fuertes sogas cuando lo cojas;

solo ellas quebrantarán y anularán sus astucias. Cuando el Sol
 haya prendido su fuego meridiano y las yerbas estén sedientas
 y la sombra agrade más a su rebaño, yo misma te conduciré al reducto
 del viejo, allí donde se retira cansado al emerger de las ondas,

para que lo asaltes fácilmente mientras duerma postrado.
 Pero, cuando lo tengas atrapado con las manos y los lazos, 405
 te engañarán apariencias cambiantes y formas de bestias;
 súbitamente se transformará en cerdoso, en tigre feroz,
 en dragón escamoso, en leona de rubia nuca; o bien producirá
 el chisporroteo picante de la llama y así tratará de escapar
 de los lazos, o bien de desaparecer disolviéndose en hilillos de agua. 410
 Pero cuantas más formas adopte, tanto más, hijo mío,
 deberás estrechar la fuerza de los nudos,
 hasta que aparezca transformado en el cuerpo en que lo viste
 cuando cerraba los ojos para coger el sueño”.

Esto dice, y vierte un perfume de fluida ambrosía 415
 con el que unge todo el cuerpo de su hijo;
 entonces un suave olor se exhala de los cabellos atezados de este,
 y una vigorosa agilidad penetra sus miembros. Hay una cueva enorme
 en el flanco excavado de un acantilado, donde gran cantidad de agua
 es empujada por el viento y se divide en ensenadas refluyentes, 420
 antiguo y seguro fondeadero para marineros detenidos.
 En el interior, Proteo se oculta detrás de una gran roca
 La Ninfa coloca allí al joven, en un escondite, a contraluz;
 ella se queda atrás, a cierta distancia, disimulada en la niebla.

Ya el violento Sirio, que abrasa a los indos sedientos, ardía 425
 en el cielo y el ígneo Sol había completado la mitad de su curso;
 las yerbas se secaban y los rayos solares calentaban el lecho
 de los ríos, recocidos hasta el limo en sus secas desembocaduras,
 cuando Proteo, fuera del agua, se dirigía a su antro habitual.
 En torno de él, la empapada fauna del vasto mar 430
 pega saltos y salpica de salado rocío una gran extensión.
 Las focas, a lo largo de la playa, se entregan postradas al sueño.
 Él, por su parte, sentado en una roca en medio del rebaño,
 se pone a contarlas como, a menudo, en los cerros, un establero,
 cuando Véspero reconduce a los novillos de los pastizales a su casa, 435
 y los corderos excitan a los lobos con el son de sus balidos.

Aristeo, al ver que se le ofrecía esta ocasión,
 dejó al viejo apenas el tiempo de acomodar sus miembros cansados:
 se abalanza con un gran grito y se apodera de él en el suelo
 atándole las manos. Proteo, por su parte, sin olvidar sus artificios 440

se transforma en toda clase de seres extraordinarios:
 en fuego, en bestia espantosa, en agua corriente.
 Mas cuando ningún subterfugio encuentra medio de evasión,
 retoma, vencido, su forma real y, hablando por fin con voz humana, dice:
 “Oh, el más atrevido de los jóvenes, ¿quién te ha ordenado 445
 entrar en nuestras moradas o qué quieres de mí?”
 Y aquel: “Tú mismo lo sabes, Proteo, lo sabes. Nadie puede engañarte,
 y tú desiste de engañarme. Siguiendo la voluntad de los dioses,
 he venido aquí en mi desgracia en busca de oráculos”.

No habló más. El vate, a estas palabras, con un esfuerzo violento, 450
 acabó por clavarle los ojos ardientes con glauco color
 y, rechinando los dientes, su boca profirió el oráculo:
 “Las iras de una divinidad te persiguen:
 has cometido una falta grave. En su inmerecida desgracia, Orfeo 455
 provoca tu castigo y, si los Hados no se oponen,
 venga con dureza la pérdida de su esposa.
 Ella, en verdad, joven destinada a la muerte, al huir de ti corriendo
 junto al río, no vio a sus pies, en la crecida yerba,
 una enorme serpiente que habitaba las orillas.
 Entonces el coro de las Driades, coetáneas suyas, llenaron de clamores 460
 los altos montes; lloraron las cimas del Rodope,
 las alturas del Pangeo y la tierra de Reso, preferida de Marte,
 y los getas y el Hebro y la actiada Oritia.
 Orfeo, buscando consuelo a su doliente amor en la cóncava lira,
 te cantaba, dulce esposa, te cantaba solo consigo en solitaria orilla, 465
 te cantaba cuando llegaba el día, cuando se retiraba el día.

Penetró incluso en las gargantas del Ténaro, profunda puerta de Dite,
 y en el bosque oscurecido por el negro Miedo,
 y llegó hasta los Manes, hasta su pavoroso rey,
 hasta los corazones que no saben enternecerse con los ruegos humanos. 470
 Entonces las tenues sombras, conmovidas por su canto, y los fantasmas
 de los seres privados de luz venían de las hondas moradas del Erebo,
 tan numerosas como los miles de aves que se esconden en el follaje,
 cuando Véspero o una tormenta las arroja de los montes:
 madres, esposos, cuerpos de héroes magnánimos de vida cumplida, 475
 niños y doncellas no desposadas
 y jóvenes que fueron colocados en la pira frente a sus padres;
 alrededor de ellos el fango negro, el monstruoso carrizal

y el odioso pantano de lentas ondas del Cocito los aprisionan,
y el Estige los encierra en nueve vueltas. 480
Incluso, se asombraron las mismas tartáreas estancias escondidas
de la Muerte y las Euménides de cabellos entrelazados con azuladas
serpientes; y Cerbero, pasmado, cerró sus tres hocicos;
y se detuvo el viento que movía la rueda de Ixión.

Y, al regresar, ya había evadido todos los peligros, 485
y Euridice, devuelta, subía a la atmósfera siguiéndolo detrás
-pues esta era la obligación impuesta por Proserpina-,
cuando una improvisa locura se apoderó del incauto amante,
locura muy perdonable, si los Manes supieran perdonar.
Detúvose y, olvidando ¡ay!, la ley, y vencido en su corazón, 490
dirigió la mirada hacia su Euridice, casi alcanzada la luz.
En ese instante todo su esfuerzo se deshizo, y el pacto establecido
con el cruel tirano se quebró y por tres veces escuchóse un estruendo
en los pantanos del Averno. Dijo ella: “¿Quién, Orfeo, nos perdió a mí,
infeliz, y a ti? ¿Qué demencia tan grande? He aquí que los crueles Hados 495
me llaman atrás otra vez, y el sueño cierra mis anegados ojos.
Y ahora, ¡adiós! Una ingente noche me rodea y me lleva,
y yo, ¡oh dolor!, ya no tuya, tiendo hacia ti mis impotentes manos”.

Acabando de hablar, huye súbitamente de la vista en sentido opuesto
como el humo confundido con el impalpable aire, 500
y ya no lo vio que abrazaba en vano a las sombras
y que ansiaba aún hablarle más; y el barquero del Orco no lo dejó
atravesar más el pantano interpuesto. ¿Qué podría hacer?
¿Adónde ir cuando su mujer estaba raptada por segunda vez?
¿Con qué lamento conmovió a los Manes? ¿A qué dioses, con el canto? 505
Pero ella, ya helada, navegaba en la barca estigia.

Cuentan que él, al pie de un elevado peñasco, a las orillas
del deshabitado Estrimón, lloró por siete meses enteros
y contó sus desgracias bajo las frías cavernas
amansando los tigres y atrayendo a sí a los robles con su canto. 510
De igual forma, Filomela, entristecida bajo la sombra de un plátano
se aflige por la pérdida de sus crías que un cruel campesino al acecho
robó del nido cuando aún carecían de plumas;
ella pasa la noche en lamentos y, sentada en la rama,
reinicia su lastimero canto y llena de tristes quejas todo el entorno. 515

Ningún amor, ningún himeneo doblegaron el ánimo de Orfeo
Recorría solo los hielos hiperbóreos, las nieves del Tanais
y los campos de los Rifeos nunca privados de escarcha,
lamentándose del rapto de Euridice y de los vanos dones de Dite. 520
Despreciadas con este homenaje, las mujeres de los Cícones,
durante unas ceremonias sagradas y orgías báquicas nocturnas,
despedazaron al joven y en los extensos campos esparcieron sus miembros.
Entonces cuando el Hebro eagrío llevaba y hacía rodar en remolinos
la cabeza arrancada de su cuello marmóreo,
por sí sola la voz y su fría lengua gritaban: “¡Euridice!” 525
“¡Ah desventurada Euridice!”, llamaba todavía con alma
Las orillas a lo largo de todo el río repetían: “¡Euridice!”

Así habló Proteo, y de un salto se lanzó al mar profundo
y allí adonde saltó, se produjo un remolino de aguas espumosas.

Pero Cirene no se alejó, sino añadió estas palabras a su asustado hijo: 530
“Tienes que echar, hijo mío, las tristes cuitas del alma. Ya sabes
toda la causa de la enfermedad; por eso las Ninfas, con quienes
Euridice conducía los coros danzantes en los bosques sagrados,
enviaron la lamentable peste a tus abejas. Anda, suplicante,
a pedirles perdón; preséntales ofrendas y adora a las indulgentes Napeas; 535
ellas escucharán tus plegarias y calmarán su cólera.
Pero antes te indicaré con detalles cómo debes orar.
Escoge cuatro toros que se distingan por su cuerpo perfecto
entre los que apacientas en las cumbres del verde Liceo,
y otras tantas novillas, todavía no uncidas al yugo. 540
Para estas víctimas, levanta cuatro aras frente a los altos santuarios
de las diosas; derrama de sus venas una sangre consagrada
y abandona sus cadáveres en un bosque frondoso.
Luego, cuando la novena Aurora despliegue su luz,
haz ofrenda de amapolas leteas a los Manes de Orfeo; 545
para calmar a Euridice, sacrificate una becerra, 547
inmola, por fin, una oveja negra y regresa al bosque sagrado” 546

No hubo demoras. Él ejecutó en seguida los preceptos maternos.
Llegado a los santuarios, edifica los altares prescritos,
trae cuatro toros que se distinguen por su cuerpo perfecto 550
y otras tantas novillas, todavía no uncidas al yugo.
Luego, cuando la novena Aurora despliega su luz,

hace ofrendas a los Manes de Orfeo y regresa al bosque sagrado.
En ese momento -¡prodigio inmediato y maravilloso!- se ven abejas
por las vísceras aplastadas de las reses y zumbar por todo el vientre 555
y escaparse por los flancos reventados y formar enormes nubes
y afluir en masa a la punta de un árbol
y doblgar sus ramas flexibles con el racimo que forman.

Esto es lo que yo cantaba sobre el cultivo del campo, sobre la cría 560
del ganado y sobre los árboles, mientras el gran César lanzaba
el rayo de la guerra contra el profundo Éufrates, e imponía, vencedor,
sus leyes a los pueblos anuentes y se abría camino hacia el Olimpo.

En esa época la dulce Parténope me nutría, a mí, Virgilio,
feliz de dedicarme a mis gustos en un deslucido retiro,
yo que entoné las canciones pastorales y, audaz como joven, 565
te canté, oh Títiro, al amparo de un haya frondosa.

NOTAS AL LIBRO IV

1 v.: Incluso Aristóteles pensaba que la miel era un rocío celestial, recogido por las abejas (*H.A.*, V, 22). Cf. I, 131.

14 v.: "Procne": la golondrina. Cf. *Plin.*, XI, 61.

21 v.: Los antiguos creían que a la cabeza del enjambre había un rey y no una reina. Fue J. Swammerdam (1637-1680) quien reveló el sexo de la reina. Esta es la única abeja que es fecundada, una sola vez en su vida, en el vuelo nupcial. Durante la cópula los órganos reproductores del macho "explotan" dentro de la hembra, y él muere. Las obreras eligen las pocas larvas destinadas a ser reinas por medio de una alimentación especial, la jalea real.

40 v.: Esta goma (**gluten**), en realidad, no es diferente del propóleos (**fucus, melligo, propolis**).

47-50 v.: Algunos editores piensan que estos versos deberían situarse después del v. 17, donde se habla de los enemigos de las abejas.

47-48 v.: La rara recomendación de no cocer cangrejos fue retomada por Columela (*IX*, 5) y *Plinio* (*XI*, 62).

62-66 v.: Se describe un medio para capturar enjambres. Los sacerdotes de Cibele (Magna Madre o Madre de los dioses) tocaban los címbalos. Con ellos encantaban a las abejas.

67-85 v.: Este largo paréntesis de 18 versos y medio es únicamente comparable con el de once versos, más adelante (v. 253-263).

75 v.: En realidad, la única ocupación de la reina es aovar durante cuatro o cinco años. Al envejecer, agotada ya su reserva de espermatozoides, deposita huevos no fecundados, que se desarrollan partenogénicamente y dan origen a los machos o zánganos.

86-87 v.: Estos "tremendos combates" son solo escenas de pillaje de colmena a colmena. Notar la amable ironía: ellos se calman con un poco de polvo.

95-99 v.: Describe a abejas y zánganos.

100-102 v.: "en fechas precisas": en primavera y otoño (cf. v.231 ss.). El vino (Baco) se mezclaba con miel para producir el **mulsum** o **oenomeli** (cf. I, 344).

116-148 v.: Era tradicional tratar de horticultura después de la apicultura. Columela, en el décimo libro de su *Tratado de Agricultura*, cumplió los deseos de Virgilio.

125 v.: Ébalos es Tarento, visitado por Virgilio en el 37 a.C.

127 v.: Los habitantes de Córico eran famosos horticultores. Este campesino coricio era sin lugar a duda un veterano de Pompeyo. La anécdota vale como una reconciliación con los veteranos. Leer la novena y la primera bucólica.

158 v.: “Unas se preocupan por el alimento”: las almacenadoras son las abejas viejas.

160 v.: “lágrimas de narciso”: el néctar de las flores.

176 v.: Virgilio en *Buc.*, I, 23 había forjado una frase que resultó famosa: **sic paruis componere magna solebam** (“así solía comparar con lo pequeño lo grande”). Ahora, con sentido del humor, la invierte: **si parua licet componere magnis**.

177 v.: “las abejas de Cécrope”: las abejas atenienses.

195 v.: Ciertas abejas acarrear piedras para construir su nido.

197-199 v.: Cf. notas al v. 21 y al v. 75.

201 v.: “quirites”: ciudadanos.

207 v.: “siete veranos”: los antiguos han exagerado la longevidad de las abejas. La reina vive entre cuatro y cinco años; los zánganos, entre tres y cuatro meses; y las obreras, un mes y medio, más o menos.

221-227 v.: Doctrina común de pitagóricos, platónicos y neopitagóricos y compartida por los estoicos. Sobre el origen astral de las almas, leer el *Timeo* de Platón, *De lingua latina* (V, 59) de Varrón, *La República* (VI, 15) de Cicerón, las *Metamorfosis* (XV, 165 ss.) de Ovidio y al mismo Virgilio en *En.*, VI, 724-732.

232-235 v.: La primavera y el otoño. El orto matinal de las Pléyades era el 22 de abril, y su ocaso el 8 de noviembre.

236-238 v.: El agujón se queda con las vísceras de la abeja en la herida que hace.

243 v.: “estelión” (**stellio**): parece ser un lagarto gecónido.

246-247 v.: No son las arañas sino las polillas las que tapizan de hilos sedosos los alvéolos.

254-263 v.: Describe con exageraciones poéticas una enfermedad (**blapsigonia**) citada por Plinio (XI, 63).

267 v.: “agalla molida”: las agallas son excrecencias producidas por un parásito vegetal o animal, que se establece en una planta superior. Las agallas se usan para la obtención de taninos y ácido gálico, usados en medicina.

269 v.: “uva psitia”: cf. II, 93.

284 v.: “un pastor de Arcadia”: Aristeo, cuya historia es contada a continuación.

284-285 v.: Desarrollo sugerido por Varrón, III, 16, 4: “Las abejas nacen, en parte, de otras abejas y en parte también del cuerpo de un buey en putrefacción. Por eso Arquelao ha dicho en un epigrama: 'Las moscas de la miel son la generación alada

de un buey muerto'. Y también: 'Las avispas son engendradas por los caballos y las abejas por los bueyes”.

293 v.: El nacimiento del Nilo solo fue descubierto en el siglo XIX.

316-328 v.: Aristeo se dirige a la fuente del río-divinidad Peneo, donde vive su madre Cirene, ninfa de las aguas. Esta era hija de Hipseo, hijo de Peneo. Cirene y Apolo son los padres de Aristeo.

345-347 v.: ¡Clímene, bajo las aguas, está leyendo Homero (*Od.*, VIII, 266...) y Hesíodo (*Teogonía*)!

355 v.: “padre Peneo”: padre de las Ninfas que habitan sus profundidades.

370-369 v.: Hemos invertido el orden de estos dos versos. Así tenemos primero los ríos no italianos y luego los italianos: el Tíber, el Anio y el Po.

373 v.: “violáceo mar” (**mare purpureum**): traduce la expresión homérica a *ἡ θάλασσα πορφυρέα*. Ver J. André, *Étude sur les termes de couleurs dans la langue latine*, París, 1949, p. 101.

379 v.: “los fuegos de Pancaya”: el incienso.

389 v.: “corceles bípedos”: hipocampos.

406 v.: “cerdoso” o jabalí: **sus horridus** es traducción de *megaç sũç* de *Odisea*, IV, 384-431, donde se describe también a Proteo. En realidad el cuento de Proteo es de origen egipcio. El mago Prouti se transforma de igual manera en hipopótamo o “puerca de río” (Taourt: la gorda) para los egipcios.

415 v.: La ambrosía, literalmente, es el alimento de la inmortalidad. En Homero esta palabra designa: el alimento de los dioses (*Od.*, V, 93), de sus caballos (*Il.*, V, 777); un ungüento para embalsamar cadáveres (*Il.* XVI, 680 y XXIII, 186); y, en el episodio de Proteo, un perfume divino (*Od.*, IV, 351 ss.). El néctar (v. 384) es la bebida de los dioses, pero originalmente era un vino perfumado de Babilonia.

454 v.: Virgilio ha innovado el mito de Orfeo, al relacionarlo con el de Aristeo.

493 v.: “el cruel tirano”: Plutón.

511 v.: “Filomela”: el ruiseñor.

521 v.: “orgías báquicas”: el dios Baco introdujo en Tebas las Bacanales, fiesta en que todo el pueblo, pero en especial las mujeres, era poseído de un delirio místico y recorría los campos lanzando gritos rituales. Hay varias narraciones en las que se narran atrocidades perpetradas por estas bacantes. Las “orgías” (*τὰ ὄργια*) designaban cualquier celebración o ceremonia religiosa, pero, en especial, las de Baco.

538-554 v.: Observar que hemos invertido el orden de los versos 546 y 547 para dejar en último lugar, en su sitio cronológico, “y regresa al bosque sagrado”. Observar también que Virgilio repite los versos 538, 540, 544 en 550, 551, 552, respectivamente; además el v. 553 se compone de los hemistiquios de los v. 545 y 546. Estas repeticiones tienen función incantatoria, recurso ya empleado en las *Bucólicas*.

560 v.: El final de este canto ha debido de pertenecer a la primera edición de las *Geórgicas* (29 a.C.). Un año antes, Augusto, después de la sumisión de Egipto, atravesó Siria, pacificándola, hasta llegar a la provincia del Asia, donde invernaó.

563-566 v.: Elegante firma del propio Virgilio. Pero tiene cierta correspondencia verbal con los Qhr i a ka '(v. 957...) de Nicandro de Colofón, quien dice al lector: "y puedas conservar en el futuro el recuerdo del homérica Nicandro, que la blanca ciudad de Claros nutrió". El último verso corresponde al admirable primer verso de las *Bucólicas*.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

N.B.- Los nombres con asterisco (*) figuran también en las *Bucólicas*.

ÁBIDO (I, 207): Ciudad de la Misia, frente al Helesponto, cuyas costas eran ricas de ostras.

ACERRAS (II, 225): Ciudad de la Campania. El río Clanio, que nace cerca de Nola y se pierde en los pantanos de Literna, era funesto para Acerras por sus inundaciones.

ACTÉ* (IV, 463.): Otro nombre de Atenas, cuyo rey Erecteo, fue padre de Oritia. "Actiada" significa, pues, ateniense.

ACUARIO (III, 304): Signo del Zodíaco, para enero-febrero.

ÁFRICA* (III ,344): Denota sobre todo a las provincias del África del N.

ALBURNO (III, 147): Montaña de Lucania.

ALCÍNOO (II, 87): Las huertas de Alcínoo fueron celebradas por Homero (*Odis.*, VII. 112). Alcínoo era el rey de los feacios.

ALFEO* (III, 19; 180): Río de la Élide, que irrigaba la llanura donde se desarrollaban los Juegos Olímpicos, no lejos de la ciudad griega de Pisa y del monte Liceo.

ALPES* (I, 475; III, 474): Cordillera del N de Italia.

AMERIA (I, 265): Localidad de Umbría, de mimbres reputados.

AMICLAS (III,89; 345): Ciudad de Laconia, con famosos perros de caza. Cástor y Pólux eran hijos de Leda (esposa de Tíndaro, rey de Amiclas) y de Zeus.

AMINEA (II, 97): Localidad de la región napolitana, de vinos famosos.

AMITAON (III, 550): Hermano de Esón y padre del adivino Melampo.

ÁNFRISO (III, 2): Río de la Tesalia. El **memorandus pastor ab Amphryso** es Apolo, quien despojado de su divinidad por haber matado a los Cíclopes, pastó los rebaños de Admeto, rey de la Tesalia, en las orillas del Ánfriso.

ANIO (IV, 370): Río italiano afluente del Tíber.

AONIO* (III, 11): De Beocia, patria de Hesíodo. El **uertix Aonius** es el Helicón, morada de las Musas.

APOLO* (IV.7; 323; III, 2): Se lo confunde con el Sol, con Titán, con Febo. Hijo de Latona y de Júpiter, es una de las doce grandes divinidades del Olimpo. Aristeo fue hijo de Apolo y de Cirene. Apolo tenía un templo en el valle de Timbra, por donde corría el Timbrio, en Tróade. Por esto Apolo es llamado “Timbreo”. El Parnaso era su morada y el laurel su árbol (*Parnasia laurus*, II, 18), en honor de la metamorfosis de Dafne en laurel.

AQUELOO (I, 9): Río de Grecia entre la Etolia y la Acarnania. **Pocula Acheloia** es sinónimo de agua pura.

AQUERONTE (II, 492): Río del Epiro, cuyo trayecto, en parte, es subterráneo y formaba un pantano malsano en su desembocadura. Sus peculiaridades y una falsa etimología (αἶσος: dolor) contribuyeron a hacerlo uno de los ríos infernales.

AQUILES* (III, 91): El protagonista de la *Iliada*.

AQUILÓN (I, 460; II, 113; 334; 404; III, 196): Viento violento del N. Los viñedos (Baco) deben orientarse al N.

ARABIA (II, 115): Región conquistada un tiempo por Pompeyo y Augusto.

ARCADIA* (III, 392; IV, 283): Región central del Peloponeso. El dios de la Arcadia es Pan. El “pastor de la Arcadia” es su rey Aristeo, quien después la abandonó para irse a Tesalia o a la isla de Cea.

ARCTOS (I,138; 245; 246): Es Calistó, hija de Licaón, rey de la Arcadia. Fue metamorfoseada en osa por Hera (Juno), y colocada en la constelación de la Osa Mayor por Júpiter, quien la había violado y expuesto a la ira de Juno. Las dos Arctos del v. 245 se refieren a las dos Osas. Cf. Septentrión.

ARETUSA* (IV, 344; 351): Hija de Nereo y de Doris. Había dejado de ser cazadora para convertirse en ninfa de las aguas. La fuente de Aretusa se encuentra en Siracusa.

ARISTEO (I, 14; IV, 317; 350; 355; 437): Hijo de Apolo y de Cirene, fue educado por Quirón y las Musas. Cirene era hija de Hipseo, y este, del dios-río Peneo. Enseñó a los hombres innumerables técnicas: apicultura, lechería, viticultura, cetrería, medicina, etc. Libró a los habitantes de la isla Ceos de una peste de verano. Virgilio en el L. IV incrusta el mito de Orfeo dentro del de Aristeo.

ARTURO (I, 68; 204): Estrella de la constelación del Boyero (cf.). Es la cuarta estrella más brillante del Universo. Arturo se levanta a comienzos de setiembre, época recomendada por Columela para las labores en terrenos secos.

ASÁRACO (III, 35): Eslabón de la filiación troyana: Júpiter, Dárdano, Erictonio, Tros, Asáraco, Capis, Anquises, Eneas, Ascanio...

ASCANIO (III, 270): Río de Bitinia, emisario del lago Ascanio.

ASCRA* (II,176): Localidad de la Beocia, cerca del Helicón, patria de Hesíodo. **Ascraeum carmen** es la obra de Hesíodo.

ASIA (I, 383; II, 171; III, 30; IV, 343): Correspondía más o menos a la actual Turquía.

ASIRIA* (II, 467): Correspondía al E de Turquía y al N de Irak. El **Assyrium uenenum** es la púrpura. En el texto esperaríamos más bien **Syrium**.

ATLÁNTIDAS (I, 221): Las Atlántidas o hijas de Atlas son las Pléyades. Su ocaso matutino sucedía hacia el 8 de noviembre.

ATOS (I, 332): Montaña de Tesalónica.

AURORA (I, 249; 447; IV, 544; 552): La Aurora o Eos, pertenece a la primera generación divina, la de los Titanes. El principal amante que tuvo fue Titonós, con quien vivía en Etiopía, el país del Sol.

AUSONIA (II, 385): Nombre de Italia central, que Virgilio usará a menudo en la *Eneida*.

AUSTRO (I, 354; 418; 462; II, 333; 271; III, 278): Viento del S húmedo y caliente, precursor de tempestades.

AVERNO (II, 164; IV, 493): Lago de Campania que comunica con el lago Lucrino. Se creía que en sus orillas se situaba la entrada a los Infiernos.

BACO* (I, 344; II, 2; 37; 113; 143; 191; 228; 240; 275; 380; 388; 393; 454; III, 264; 526; IV,102; 129; 279; 380; 521): Nombre de Dioniso, hijo de Zeus y de Semele. Se lo llama también Lieo (liberador), Bromio (bramante), Euhio (del grito de las Bacantes), Líber o Libre, Leneo (cf.). La fiesta de Baco descrita en II, 386 ss. son las Liberalias (17 de marzo). Lo acompañan las Bacantes o Ménades, los Silenos, los Sátiros, Priapo... Su carro es arrastrado por panteras y linceos. Muy a menudo, en las obras de Virgilio, Baco es sinónimo de uva, viña o vino. Cf. las voces Centauros, Laconia. Baco es el dios del delirio orgiástico, de la viña y de todos los árboles frutales, incluido el olivo (II, 2).

BACTRES (II, 138): Capital de la Bactriana (Turkestan).

BALEARES (I, 309): Archipiélago hispánico. Sus habitantes eran expertos en el manejo de la honda.

BÉLGICA (III, 204): La Galia Bélgica, entre el Oise y el Escaut. El “carruaje belga”, llamado **essedum**, era tirado por dos caballos y únicamente tenía dos ruedas. Se oponía al pesado **plaustrum**, de cuatro ruedas.

BENACO (II, 204): Actual lago de Garda.

BEROE (IV, 341): Con su hermana Clío, son dos Oceánidas cazadoras.

BISÁLTICA (III, 461): Región de la Tracia, vecina del curso inferior del Estrimón.

BÓREAS (I, 93; 370; II, 316; III, 278): Viento del N, hijo de Astreo y de la Aurora.

BOYERO (I, 229): El Boyero o **Bootes** es la constelación cuya estrella principal es Arturo. El nacimiento helíaco del Boyero ocurría el 29 de octubre, según Columela.

BRITANIA* (III, 25): Designa la parte meridional de Inglaterra. Sus habitantes celtas se llamaban **Britannides, Britanni o Britones**.

BUSIRIS (III, 5): Rey de Egipto que inmataba los extranjeros a Júpiter. Fue matado por Hércules. Su leyenda fue tratada por Calímaco.

CABRILLAS (I, 205): En latín, **Haedi**, son dos estrellas de la constelación del Auriga. Su salida vespertina (27-29 de setiembre) anunciaba perturbaciones meteorológicas.

CAICO (IV, 370): Río de Misia, que se arroja en el Egeo.

CAISTRO (I, 384): Río de Lidia, poblada de cisnes, grullas y garzas, según Homero (*Il.* II, 460).

CALABRIA (III, 525): Extremo SO de la península itálica. Comparar la descripción del **Calabris anguis** con la del **chersydrus**, serpiente anfibia, en Nic., *Ther.*, 359 ss.

CÁLIBES (I, 58): Habitantes de la costa SE del Ponto Euxino. Se desnudaban para trabajar el hierro. Su nombre proviene de **cal** y **uy**: acero.

CAMILO (II, 169): El más famoso de los Camilos fue M. Furio Camilo, que se distinguió en la guerra contra los etruscos (396 a.C.) y los galos (390 a.C.). Se lo proclamó salvador y segundo fundador de Roma.

CAN (I, 218; II, 353): El Can Mayor, constelación cuya estrella más brillante es Sirio, desaparece la tarde del 30 de abril. El tiempo en que Sirio sale con el Sol se llama Canícula. En la Antigüedad esto ocurría en los días más calurosos del año, a principios de julio. Actualmente tiene lugar hacia principios de agosto para el hemisferio norte.

CÁNOPO (IV, 287): Ciudad situada en la desembocadura occidental del Nilo. Se la llama "pélica" porque una dinastía macedonia, originaria de Pela, ocupó el trono de Egipto después de la muerte de Alejandro.

CAONIA* (I, 8; II, 67): Región del Epiro. El **pater Chaonius** es Júpiter, adorado en Dodona (de Caonia). Los robles (y sus bellotas) de Dodona eran famosos y consagrados a Júpiter. Cf. I, 147-149.

CAOS (IV, 347): Personificación del Vacío primordial, anterior a la creación. Engendró al Érebo, a la Noche y, luego, al Día y al Éter.

CAPUA (II, 224): Célebre ciudad de la Campania.

CÁRPATOS (IV, 387): El mar de Cárpatos se extiende entre Creta y Rodas, alrededor de la isla Cárpatos.

CASTALIA (III, 293): La fuente de Castalia se encuentra en el NE de Delfos. Ella daba inspiración a los poetas.

CAUCASO* (II, 440): Cordillera entre el mar Negro y el mar Caspio.

CAURO (III, 278; 356): Viento frío del NO.

CÉCROPE (IV, 177; 270): Por haber sido el primer rey de Atenas, el epíteto **Cecropiae** hace alusión a las abejas del Himeto, cuya miel era muy famosa. La misma observación vale para el tomillo en el v.270.

CÉFIRO (I, 44; II, 106; 330; III, 134; 273; 322; IV, 138; 305): Viento del O, muy dulce y tibio, anunciador de la primavera.

CELEO (I, 165): Padre de Triptólemo. Su **uilis supellex** eran canastas o cuévanos.

CENTAUROS (II, 456): Es conocido que los Centauros, tras embriagarse en las bodas de Piritoo e Hipodamia, lucharon con los Lapitas y fueron derrotados. Los Centauros, mitad hombres, mitad caballos, nacieron de los amores de Ixión y de una nube a la que Zeus le había dado la forma de Hera. Quirón y Folo no tienen el carácter salvaje de sus congéneres. Hileo trató también de violar a Atalanta. Reto es un Centauro, homónimo de un Gigante, muerto por Dióniso (Baco); el verdadero nombre del Centauro ha debido de ser Reco. Virgilio quizá confunda la matanza de los Gigantes hecha por Baco (y atestiguada por varios escritores) con la de los Centauros.

CEO (I, 279): Titán, hijo de la Tierra y de Urano, nacido, como sus hermanos, el quinto día. Cf. Hesiodo, *Op.*, 803-804.

CEOS (I, 14): Cea o Ceos es una isla de las Cícladas, en el Egeo.

CERAUNIOS (I, 332): Montes del Epiro, llamados más comúnmente Acroceranios.

CERBERO (IV, 483): Es el "perro del Hades". Tenía tres cabezas de perro, una cola formada por una serpiente y, en el lomo, una multitud de cabezas de serpientes.

CERES (I, 2, 96; 147; 212; 297; 339; 343; 347; 349; II, 229; 517): Nombre romano de Deméter, divinidad de la tierra cultivada. Era esencialmente la diosa del trigo, cereal que adoptaba su nombre en la poesía. Era madre de Proserpina o Perséfone. A la amapola se la llama **Cereale papauer** porque Ceres la usó para calmar su dolor después del rapto de Proserpina. En I, 338-347 se describe la fiesta de las Ambarbales (29 de mayo), en honor de Ceres. Sobre esta **lustratio agrorum**, ver Cat., *Agr.*, 141 y Tib., II.1. En los versos I, 347-350, Virgilio piensa en otra fiesta más tardía que las Ambarvales y que precedía a la siega. Ambas fiestas son, pues, distintas de las **feriae sementivae** que se celebraban en enero.

CÉSAR* (I, 25; 466; 503; II, 170; III, 16; 47; 48; IV, 560): Solo en I, 466 el nombre designa a Cayo Julio César (102-44 a.C.). En todos los demás textos se trata de Cayo Julio César Octaviano el Augusto (63 a.C.-14 d.C.), emperador romano, contemporáneo y amigo de Virgilio. Titonós y Príamo eran hijos de Laomedonte, rey de Troya, sobrino de Asáraco y nieto de Tros. Por esto se llama a Titonós **prima origo** de Augusto, sobrino e hijo adoptivo de César (III, 48).

CÍCLOPES (I, 471; IV,170): Gigantes fabulosos con un solo ojo en la frente. La *Odisea* los describe como brutales, caníbales, pastores de ovejas. Habitaban en el seno del Etna (Sicilia), donde forjaban las armas de Apolo y Diana bajo la dirección de Vulcano.

CÍCONES (IV,520): Pueblo de Tracia, cerca de Samotracia.

CIDIPE (IV, 339): Una de las Nereidas.

CÍLARO (III, 90): Nombre del caballo de Pólux. Ovidio (*Met.*, XII, 393 ss.) da el mismo nombre a un bello Centauro.

CILENE (I,337): Monte de la Arcadia donde nació Mercurio. El **ignis Cyllenius** son las revoluciones de Mercurio o sus círculos trazados en el cielo.

CIMODOCE (IV, 338): Nereida, es decir, una de las hijas de Nereo y de Doris.

CINIPS (III, 312): Nombre de un puerto y de un torrente al E de Leptis Magna, entre las dos Sirtes (Libia).

CINTO (III, 36): Montaña de Delos, la brillante, patria de Apolo, el Cintio. Apolo y Neptuno construyeron los muros de Troya.

CIRENE (IV, 321; 354; 376; 530): Ninfa tesalia, hija del rey de los Lapitas, Hipseo. Este había sido engendrado por el dios-río Peneo y la Náyade Creusa. De sus amores con Apolo, Cirene fue madre de Aristeo. Virgilio la presenta como una Ninfa de las aguas, viviendo bajo el río Peneo en una gruta subterránea donde se reúnen los ríos antes de correr en la tierra.

CITERÓN (III, 43): Cadena de montañas boscosas, que separa el Ática de la Beocia y de la Megáride.

CÍTORO (II, 437): Montaña de Paflagonia, cubierta de boj.

CLANIO (II, 225): Río que nace cerca de Nola y amenazaba con inundaciones a la ciudad de Acerras.

CLÍO (IV, 341): Oceánida, hermana de Beroe.

CLIMENE (IV, 345): Hija del Océano y de Tetis.

CLITUMNO (II,146): Afluente del Tíber. Según Plinio (II, 230), sus aguas podían blanquear a los bueyes que las bebían. El carro del triunfador, al subir al Capitolio, era arrastrado por caballos blancos y precedido por las víctimas, que eran toros blancos.

COCITO (III, 38; IV, 479): Río de los Infiernos. La geografía infernal se desarrollará mejor en la *Eneida*, VI, 384 ss.

CÓRICO (IV, 127): Localidad de Cilicia, cuyos labradores eran hábiles horticultores. Su azafrán era muy reputado.

CORONA (I, 222): Constelación.

CRETA (III, 345): Isla del Mediterráneo. Fabricaba buenas flechas.

CRUSTUMIO (II, 88): Río de la Umbría. Su valle producía buenas peras.

CURETES (IV,151): Sacerdotes cretenses que salvaron a Júpiter, cuyo padre, Saturno, devoraba a sus hijos. Rea engañó a su marido cambiando al niño Júpiter

por una piedra envuelta en pañales y lo confió a los Curetes, quienes impidieron que Saturno escuchara los vagidos con sus címbalos.

DACIA (II, 497): La Moldavia y la Valaquia actual. Los dacios, vecinos del Danubio (el Histro), fueron partidarios de Antonio en el 32 a. C. Fueron sometidos en el 11 a. C.

DECIO (II,169): Nombre de tres ilustres romanos que se ofrecieron a los dioses infernales por la patria. La **deuotio** de los Decios se describe ampliamente en Tito Livio (8, 9 y 10, 8).

DELOS (III, 6): Isla, la menor de las Cícladas, donde Latona (Leto) alumbró a Apolo.

DEUCALIÓN (I, 62): Hijo de Prometeo y de Climene. Él y su mujer Pirra fueron salvados del diluvio. Cumpliendo las órdenes de Zeus se puso a arrojar hacia atrás unas piedras (“los huesos de su madre”, la Tierra), y de ellas nacieron los nuevos hombres. De las piedras de Pirra nacieron las mujeres.

DEYOPEYA (IV, 343): Ninfa marítima. Su nombre es de origen troyano.

DICTE* (II, 536; IV, 152): Monte de Creta donde nació Júpiter. El **rex Dictaeus** es, pues, Júpiter.

DISCORDIA (II, 496): Hija de Erebo y de la Noche. Personificación de la discordia.

DITE (IV, 467; 519): Dite o Plutón, dios del mundo subterráneo. Marido de Proserpina.

DODONA (I, 149): Ciudad de Caonia (Epiro), famosa por sus robles, de cuyas bellotas se alimentaban los hombres primitivos.

DRAGÓN (I, 244): El **Anguis** de este pasaje es el Dragón, constelación boreal circumpolar.

DRÍADES* (I, 11; III, 40; IV, 460): Ninfas de los bosques. Las Hamadriades son las Ninfas de los árboles. Ellas nacen con el árbol que protegen y de cuyo destino participan.

DRIMÓ (IV, 336): Ninfa. Su nombre significa “pequeño roble”.

EAGRO (IV, 524): Rey de Tracia, padre de Orfeo.

ÉBALOS (IV, 125): La ciudad de Ébalos es Tarento (cf.), fundada por el lacedemonio Falanto. Ébalos era el nombre de un antiguo rey de Lacedemonia.

EFIRA (II, 464): Antiguo nombre de Corinto.

EFIRE (IV, 343): Una de las ninfas, la “corintia”.

EGIPTO (IV, 210; 291): Provincia romana.

ELEUSIS (I, 163): Localidad del Ática donde se celebraban los misterios de Eleusis en honor de Deméter, la “madre Eleusina”.

ÉLIDE (I, 59; III, 202): Región de Grecia donde se desarrollaban los Juegos Olímpicos, con las obligadas carreras hípicas. Se suponía que las yeguas eran más veloces que los caballos.

ELISIOS (I, 38): Los Campos Elisios (“para pasear”) era un lugar en los Infiernos, destinado a continuar la purificación de las almas en la felicidad. Las almas que no lograban la espiritualidad absoluta regresaban a la tierra en un nuevo cuerpo.

EMATÍA (I, 492; IV, 390): “Ematía y las amplias planicies del Hemo” (es decir, los territorios rodeados por la cadena de los Balcanes) designan globalmente a toda la Macedonia romana, abarcando la Tracia (Filipos) y la Tesalia (Farsalia).

ENIPEO (IV, 368): Río de Tesalia.

EOO (I, 221; 288): La estrella matutina, lucero del alba; designa también al Oriente y, como adjetivo, significa “matutino”.

EPIDAURO (III, 44): Ciudad de la Argólida que criaba excelentes caballos.

EPIRO (I, 59; III, 121): Región occidental del N de Grecia que criaba también excelentes caballos.

EREBO (IV, 471): Hijo del Caos que fue precipitado a los Infiernos y es una personificación de las Tinieblas, el reino infernal.

ERICTONIO (III, 113): Rey de Atenas que inventó la cuadriga y las carreras de caballo.

ERÍDANO (I, 482; IV, 372): Es el Po. Como todo dios fluvial, llevaba cuernos. Cf. Pado.

ERÍGONE (I, 33): Hija de Icaro, fue transformada en la constelación de la Virgen.

ESCILA* (I, 405): Hija de Niso (cf.). Sinónimo de abubilla.

ESCIPIÓN (II, 170): Noble familia romana que se distinguió sobre todo en las Guerras Púnicas: el Africano (235-183 a.C.), el Emiliano (185-129 a.C.) y finalmente los dos hermanos Gracos.

ESCITIA* (I, 240; III, 197; 349): La Rusia actual, la región más septentrional conocida por los antiguos.

ESCORPIO (I, 35): Constelación del Zodíaco.

ESPARTA (III, 405): Laconia (cf).

ESPERQUIO (II, 487): Río de Tesalia que fluye al pie del monte Eta.

ESPIÓ (IV, 338): Ninfa marítima.

ESTIGE (I, 243; III, 551; IV, 480; 506): Río de los Infiernos.

ESTRIMÓN (I, 120; IV, 508): Río de Tracia. Las grullas que habitan en su valle emigran en invierno a Grecia central.

ÉTER (I, 324; 406; 409; II, 325; III, 358): Personificación del cielo superior (Urano), de luz más pura. El cielo unido con la tierra produjo a los Titanes y a los Cíclopes.

ETÍOPES* (II, 120): Habitantes de Etiopía, donde se cultivaba el algodón (**nemora Aethiopum canentia lana**).

ETNA (I, 472; IV, 173): Volcán de Sicilia, en cuyo seno se creía que trabajaban los Cíclopes.

ETRURIA (II, 533): Región italiana entre el mar Tirreno y los ríos Arno y Tíber.

EUFRATES (I, 509; IV, 561): Famoso río de Mesopotamia.

EUMÉNIDES (I, 278; IV, 483): Diosas violentas, identificadas por los romanos con las Furias. Su verdadero nombre es Erinias, pero se las llamaba Euménides (“amables”) para evitar su cólera. Otras veces ni siquiera se las nombraba: eran las “diosas sin nombre”. Nacieron de la sangre que derramó Urano sobre la tierra tras ser mutilado. Son tres: Alecto, Tisífone (cf.) y Megera. Se las representa como genios alados con cabellos entremezclados de serpientes; en la mano llevan antorchas o látigos. Su función es la venganza del crimen.

EURIDICE (IV, 486; 490; 519; 525; 526; 527; 547): Es una Dríade, mujer de Orfeo. Su emocionante historia es narrada ampliamente por Virgilio.

EURISTEO (III, 4): Rey de Argos que impuso los “doce trabajos” a Hércules.

EURO (I, 371; 453; II, 107; 339; 441; III, 277; 382; IV, 29; 192): Viento del E (o del SE), peligroso para la navegación.

FALERNO (II, 96): Ciudad de Campania con los vinos más reputados de Italia. Se sitúa al pie del monte Másico (cf.).

FANAS (II, 98): Promontorio de la isla de Quíos.

FASIS (IV, 367): Río entre Asia Menor y la Cólquide. Desemboca en el mar Negro.

FAUNOS* (I, 10; 11): Antiguas divinidades itálicas, encargadas de la fecundación y de la protección de los rebaños.

FEBE (I, 431): Febe, la “brillante”, es una de las Titánidas, hija de Urano y de Gea. De Ceo tuvo a Latona (Leto) y a Asteria. Los romanos la confundían con la Luna (cf).

FILIPPOS (I, 490): Ciudad de la Macedonia al NO de Anfípolis, célebre por la victoria de Antonio y Octavio en contra de Bruto y Casio (42 a.C.). Hubo dos batallas con un intervalo de pocos días. En la primera Bruto derrotó al ejército de Octavio, mientras Antonio derrotaba al de Casio; en la segunda, el ejército de Bruto fue aplastado. Si Virgilio pensó en estos sucesos, tuvo razón en hablar de dos combates. Pero lo más probable es que haya confundido la batalla de Fársalo (48 a.C.), entre César y Pompeyo y la de Filipos, como si ambas se hubieran desarrollado en el mismo sitio. La Ematía y el Hemo designan la Macedonia romana: la Tracia (Filipos) y la Tesalia (Fársalo). Otra solución es no traducir “vio dos veces” sino “enfrentarse dos veces”: Filipos habría visto a los ejércitos romanos enfrentarse una segunda vez así como Fársalo los vio la primera vez.

FILIRA (III, 550): Madre de Quirón (cf); una hija del Océano.

FILÓDOCE (IV, 336): Ninfa marina.

FILOMELA* (IV, 551): Nombre dado al ruiseñor a causa de la homónima hija de Pandión, rey de Atenas. Fue hermana de Procne, esposa de Tereo, quien violó a su

cuñada Filomela. Después de una atroz venganza, Filomela fue convertida en ruiseñor, y su hermana en golondrina.

FOLO (II, 456): Uno de los Centauros.

FRIGIA (IV, 41): Región del Asia Menor, con el monte Ida.

FURIAS (III, 37): Cf. Euménides.

GALESO (IV, 126): Río cerca de Tarento. Se lo llama **niger** porque corría bajo la sombra de pinos.

GANGÁRIDAS (III, 27): Pueblo cercano del Ganges. Durante su estadía en Samos (30-29 a.C.), Octavio recibió embajadas de la India, pero no llegó al Éufrates.

GANGES (II, 137): El río más importante de la India.

GÁRGARO (I, 103; III, 269): Es la cumbre del Ida, que domina las fértiles llanuras de la Misia (al NO del Asia Menor).

GELONOS (II, 115; III, 461): Habitantes de la actual Ucrania (Escitia). Virgilio los califica de tatuados e incansables. Se alimentaban de leche cuajada en sangre de caballo.

GERMANIA* (I, 474; 509): Región comprendida entre el Elba, el Rin, el Danubio y el mar del Norte.

GETAS (III, 469; IV, 463): Habitantes de la actual Moldavia meridional.

GIGANTES (I, 280): Son “los hermanos que conjuraron destrozarse el Cielo”. Son Oto y Efialtes, gigantes nacidos de Gea (Tierra) y de la sangre de Urano. Combatieron contra los dioses y fueron muertos por Apolo.

GLAUCO (I, 437; III, 267): En el L.I Glauco es un pescador metamorfoseado en dios marino. En el L.III es el hijo de Sísifo, rey de Efira, Corinto. Poseía unas yeguas de Potnia (Beocia) que, para mantenerlas veloces, no eran sometidas a la monta. Al ser vencido en una carrera de cuadrigas por Iolaos, las yeguas devoraron a Glauco, enloquecidas por Venus.

GNOSOS (I, 222): Ciudad de Creta, donde reinaba Minos. La corona de Ariadna, su hija, fue colocada en el cielo por Baco. Su ocaso helíaco señalaba el inicio del invierno. La **stella Gnosia ardentis Coronae** era llamada también **Corona Ariadnae**.

GRECIA (I, 38; III, 20): Virgilio llama a sus habitantes **Graii** (II, 16; III, 90; 148).

HADO (I, 416; IV, 324; 455; 495): Significa en la obra virgiliana: dicho ocular, destino fatal o muerte de una persona, toda la carrera mortal de un individuo o de un pueblo y, sobre todo, los decretos divinos.

HEBRO* (IV, 463; 524): Río (Maritza) que irriga la Tracia. Eagro, padre de Orfeo, fue rey de Tracia, razón por la que se llama “eagri” al Hebro.

HELESPONTO (IV, 111): Estrecho entre Europa y Asia. Priapo es llamado “helespontíaco” por ser honrado especialmente en Lámpsaco, a orillas del Helesponto.

HEMO (I, 492; II, 488): Monte de Tracia. Sus “amplias planicies” indican los territorios rodeados por los Balcanes: la Tracia y la Tesalia.

HÉRCULES (II, 66): El más célebre de los héroes de la mitología. El **arbo umbrosa Herculeae coronae** es el álamo blanco con el que Hércules se hizo una corona al salir de los Infiernos, vencedor del Cerbero. Cf. Molorco.

HERMO (II, 137): Río del Asia Menor, recibe al Pactolo, que parecía que arrastraba pepitas de oro.

HERO (III, 263): La joven amada por Leandro, por la cual este atravesaba a nado todas las noches el estrecho entre Sesto y Ábido.

HÍADES (I, 138): Constelación cuya salida marcaba el regreso de las lluvias en mayo y noviembre. Su nombre significa “lluviosas”. Las Híades están cerca de las Pléyades.

HIDASPES (IV, 211): Afluente del Indo, irriga el actual Pendjab, un tiempo parte del imperio persa.

HIDRA (I, 205): El **Anguis**, constelación de la mala estación, es la Hidra, que aparece en febrero. Otros piensan en la constelación del Dragón o de la Serpiente.

HILAS (III, 6): La leyenda de Hilas es un tema alejandrino resumido por Virgilio en *Buc.*, VI, 43-44: “Cuenta después la fuente donde fue abandonado Hilas, donde fue buscado por los marinos y cómo todo el litoral resonaba con los gritos de ¡Hilas! ¡Hilas!”. Hijo de Teiodamas, Hércules lo raptó, cautivado por su belleza. Hilas lo acompañó en la expedición de los Argonautas. En una de las escalas, fue raptado por las Ninfas dejando desconsolado a Hércules.

HILEO (II, 457): Uno de los Centauros (cf).

HÍPANIS (IV, 370): El río Boug, que se echa en el Ponto Euxino.

HIPERBÓREO (III, 196; 381; IV, 517): Sinónimo de septentrional. Era un pueblo mítico situado “más allá del Bóreas” (Viento del N).

HIPODAMIA (III, 7): Hija de Enomao, rey de Pisa (Élide); este prometió entregar su hija al vencedor en la carrera de carros de caballos más veloces que el viento. Pélope ganó y esposó a Hipodamia.

HISTRO (II, 497; III, 350): Es el Danubio. Los dacios, que habitaban sus riberas, tomaron el partido de Antonio en el 32, aliados con los Getas. Los Dacios fueron sometidos en 11 a.C.

IBEROS (III, 408): Habitantes de Hispania o Iberia. Difícil resulta explicar la calificación de **impacati a tergo Hiberi**. Los comentaristas antiguos se inclinaban a pensar en la Iberia caucásica (Georgia).

IACO (I, 166): Hermano de Cora o Proserpina, desempeñaba un importante papel en los misterios eleusinos. El harnero había tomado un valor simbólico en dichos misterios, como instrumento purificador.

IDA (II, 84; III, 450; IV, 41): El monte Ida, en Frigia, estaba cubierto de pinos y cipreses que producían una resina y una pez renombradas.

IDUMEA (III, 12): País de Edom, en Palestina meridional, célebre por sus palmas.

INACO (III, 153): Hijo del Océano y padre de Io, sacerdote de Hera en Argos. Io despertó los celos de Juno, al ser amada por Júpiter. Este para protegerla, la metamorfoseó en vaca. Pero Juno puso a Argos como su vigilante y, cuando Argos fue muerto por Mercurio, hizo que un tábano la mortificase continuamente. La **iuuence Inachia** es Io.

INDIA (I, 57; II, 116; 122; 138; 172; IV, 293; 425): Producía marfil, ébano y árboles gigantes.

INDÍGETES (I, 498): Los dioses Indígetes son, en Roma, una categoría de divinidades cuya función se limitaba a un acto preciso, como, por ejemplo, el nacimiento (Consevio), los primeros pasos (Abeona), etc.

INO (I, 437): Mujer de Atamante, huyó con el cadáver de su hijo Melicertes, matado por el marido enloquecido, y se arrojó al mar. Otro nombre de Ino era Leucotea. Se convirtió en diosa marina.

IO (III, 153): Cf. Inaco.

ÍSMARO* (II, 37): Montaña de Tracia, que produjo el vino que usó Ulises para embriagar al Cíclope (Hom., *Odis.*, IX, 196).

ITALIA (II, 138): Siempre presente en las *Geórgicas*, es nombrada una sola vez.

ITUREA (II, 448): Comarca en el NE de Palestina, habitada por bandoleros, hábiles arqueros.

IXIÓN (III, 38; IV, 484): Ixión, rey de los Lapitas, por haber ultrajado a Juno, fue condenado a ser atado por serpientes en una rueda.

JANTO (IV, 336): Ninfa marina.

JAPETO (I, 127): Titán, hijo de Urano y Gea.

JAPIDIA (III, 475): Cadena montañosa al S de la actual Carniola (Yugoslavia), por la que pasa el río Timavo (cf). Augusto la sometió en las campañas del 36-33 a.C.

JÓNICO (II, 108): El mar entre Italia y Grecia.

JULIO (II, 163): Virgilio llama “mar Julio” al del golfo de Pozzuoli, donde Agripa construyó el **Portus Iulius** en el 37 a.C.

JUNO (III, 152; 532): La Hera de los griegos, reina de los cielos, esposa y hermana de Júpiter. Protectora de Argos, de Esparta y de Micenas. Era celosa, cruel y rencorosa. Persiguió a Io (cf. Inaco), enloqueció a Atamante (cf. Ino), etc. Ver Lucina.

JÚPITER* (I, 125; 418; II, 15; 419; III, 35; 181; 332; IV, 149): Dios máximo de los romanos, personificación del tiempo, del rayo, de la luz, de la lluvia. Identificado con Zeus. Padre de Minerva, Venus, Apolo, Diana, etc. Con su esposa-hermana Juno tuvo a Marte. El roble (o el ésculo, una variedad del mismo) era el árbol consagrado a Júpiter. Con Electra tuvo a Dárdanos, bisabuelo de

Asáraco. A veces se lo llama simplemente Padre, como en I, 122, o Dios, como en IV, 221-227.

JUSTICIA (II, 474): La Justicia o Astrea es hija de Júpiter y de Temis, hermana del Pudor. En la Edad de Oro enseñaba sentimientos de justicia y de virtud a los hombres. Al acabar dicha Edad, Astrea subió al cielo convirtiéndose en la constelación de Virgo.

LACONIA (II, 487): Comarca meridional del Peloponeso. En las faldas del Taígeto, en Laconia, se encontraba un templo de Baco, accesible solo a las mujeres. Es llamada también Esparta.

LAOMEDONTE (I, 502): Rey de Troya que rehusó pagar a Apolo y a Poseidón la recompensa prometida por la construcción de los muros de la ciudad. Tampoco quiso pagar a Hércules la recompensa por haber liberado a su hija Hesíone.

LAPITAS (II, 457; III, 115): Pueblo de Tesalia que tuvo que sostener un combate contra los Centauros (cf.) y contra Hércules. En su territorio se encuentra el monte Pelión con una parte forestada llamada Peletronio.

LARES (III, 344; IV, 43): Dioses que encarnaban el alma de los muertos. Protegían las casas romanas y eran transmitidos de generación en generación.

LARIO (II, 159): El lago de Como.

LATONA (III, 6): Latona o Leto alumbró a Apolo y a Diana en Delos.

LEANDRO (III, 258): Joven de Ábido, amante de una sacerdotisa de Venus, llamada Hero, que vivía en Sestos, ciudad situada al otro lado del Heleponto, frente a Ábido. Cada noche él atravesaba el estrecho a nado, guiado por una lámpara que Hero prendía en lo alto de su casa. Pero una noche de tempestad la lámpara se apagó y Leandro se ahogó. Al día siguiente el cadáver apareció a los pies de la torre de Hero, quien se precipitó de ella, desesperada.

LENEO (II, 4; 7; 529; III, 510): De l hnoç , cuba de lagar. Era uno de los apelativos de Baco.

LESBOS (II, 90): Célebre isla del Egeo con sus ciudades Mitilene y Melimna.

LETE (I, 78; IV, 545): Río infernal del olvido. Por sus efectos narcóticos, la amapola es “letea”.

LÍBER* (I, 7): Apelativo de Baco.

LIBIA (I, 241; II, 105; III, 249; 339): Región africana.

LIBRA (I, 33-35; 208): Constelación zodiacal (setiembre- octubre) entre Virgo y Escorpio. Augusto nació bajo este signo (24 de setiembre). Representa la justicia, “la parte más justa del cielo”. En otoño los días tienden a tener igual duración que las noches.

LICAÓN (I, 138): Rey de Arcadia, padre de Calisto (cf. Arctos).

LICEO* (I, 16; III, 2; 314; IV, 539): el Liceo y el Ménalo son dos montañas de Arcadia, donde vivía Pan. Su río principal es el Alfeo.

LICORIA (IV; 339): Ninfa marítima.

LICOS (IV, 367): Río del Ponto que se arroja en el Mar Negro.

LIDIA (IV, 211): Provincia del Asia Menor.

LIEO (II, 229): Epíteto de Baco.

LÍGEA (IV, 336): Ninfa marítima.

LIGURIA (II, 168): Región alrededor de Génova con montañas de difícil acceso.

LUCIFER* (III, 324): Nombre latino de Fosforos, la estrella matutina, que anuncia la Aurora.

LUCINA* (III, 60; IV, 340): Epíteto de Juno, “la que preside el nacimiento de los niños”. En Virgilio, Lucina es sinónimo de embarazo o parto.

LUCRINO (II, 161): Lago cercano a Pozzuoli. Agripa efectuó trabajos aquí en el 37 a.C.

LUNA (I, 396; 425; III, 392): Es Diana o, para los griegos, Artemisa. Hermana gemela de Apolo, hijos de Latona y Júpiter, nacidos en Delos. Personificación de la Luna, como su hermano lo es del Sol. Permaneció virgen. Febe, la brillante, una de las Titánidas, era confundida con la Luna. De hecho era la madre de Latona. Esto explica el insólito romance de la Luna con Pan, insinuado en las *Geórgicas*.

MADRE (IV, 64): La Madre o Gran Madre era Cibele. Sus sacerdotes hacían sonar los címbalos en su honor. Diosa de Frigia, personifica el poder de la vegetación.

MANES (IV, 469; 489; 505; 545; 553): Son las almas de los muertos. En su honor se celebran las Parentalias o las Rosalias.

MANTUA* (II, 198; III, 12): Ciudad de Lombardía. Es la “patria” de Virgilio. En II, 198 Virgilio alude a los sucesos de 40 a.C. en la “infortunada” Mantua. Sobre las verdes riberas del Mincio, que riega la llanura de Mantua, ver *Buc.* VII, 12.

MAREOTIS (II, 91): El lago Mareotis está cerca de Alejandría, en Egipto.

MARIO (II, 169): Cayo Mario (157-86 a.C.), gran político y militar romano. Se destacó en la guerra contra Yugurta y contra los cimbrios y teutones. Cónsul siete veces. Al final de su vida se opuso cruentamente a Sila.

MARTE* (I, 511; II, 283; III, 91; IV, 71; 346; 462): Hijo de Júpiter y Juno. Dios (y sinónimo) de la guerra. Tenía predilección por la Tracia, que era un pueblo guerrero. Reso fue el conductor de los tracios hacia el sitio de Troya. Por eso Virgilio dice que “Marte prefería la tierra de Reso”. Sus amores furtivos con Venus son contados en la *Odisea*, VIII, 266 ss.

MARSOS (II, 167): Población guerrera de la región colindante con el lago Fucino. En la Guerra Social desempeñaron el papel principal.

MÁSICO (II, 143; III, 526): El vino másico es el falerno (cf): **Bacchi massicus umor, Massica Bacchi munera**. El Másico es un monte entre el Lacio y la Campania.

MAYA (I, 225): Una de las Pléyades.

MECENAS (I, 2; II, 41; III, 41; IV, 2): Caballero romano de origen etrusco, aparece en el círculo de Octavio en el 40 a.C. sin haber ejercido ninguna magistratura. Se rodeó de los mejores escritores de la época: Virgilio, Horacio, Propertio, etc., a quienes favoreció con su fortuna. Tras haber sido ejecutado su cuñado por complotar contra el emperador (23 a.C.), se retiró a sus jardines en el Esquilino. Murió el 8 a.C. Virgilio le dedicó las *Geórgicas*. Observar que su nombre aparece en los segundos versos de la I y IV geórgica, y en los versos 41 de las dos centrales.

MEDIA (I, 215; II, 126; 134; 136; IV, 211): Región del Asia que abarcaba el NO de Irán y de Azerbaiján. Producía alfalfa, limones. El Hidaspes, afluente del Indo, hizo parte del imperio medo-persa durante un tiempo.

MELA (IV, 278): Río que corre cerca de Brescia; es un subafluente del Po.

MELAMPO (III, 550): Hijo de Amitaon (hermano de Esón), era un conocido adivino de Argos.

MELICERTES (I, 437): Hijo de Ino (cf.).

MÉNALO* (I, 17): Montaña de la Arcadia.

MEONIA (IV, 380): Antiguo nombre de Lidia. “Baco meonio” significa “vino de Lidia” o “vino de Tmolos”.

MEOTAS (III, 349): El **palus Maeotis o unda Maeotia** es el mar de Azov.

METIMMA (II, 90): Ciudad de Lesbos, con buenos vinos.

MICENAS (III, 121): Capital de la Argólida, que producía excelentes caballos.

MIEDO (III, 552; IV, 468): El **Metus o Formido** era una deidad que personificaba el miedo.

MILETO (III, 306; IV, 334): Ciudad costera del Asia Menor, famosa por sus tejidos de lana de oveja. Para Plinio sus lanas ocupan el tercer rango entre las mejores.

MINCIO* (III, 15): Río de Mantua.

MINERVA (I, 18; IV, 246): Divinidad romana de origen etrusco, confundida con Palas Atenea, diosa de la sabiduría, las artes, las ciencias y la industria. Hija de Zeus, es representada armada. El olivo es su árbol, símbolo de paz y riqueza, que fue el don de la diosa a Atenas, su ciudad protegida. Aracne osó competir en textilera con Minerva. Esta la convirtió en araña. Sin embargo, las arañas son inocentes del crimen imputado por Virgilio: son las polillas las que llenan las colmenas de tejidos sedosos cuando logran penetrar en ellas.

MISIA (I, 102; IV, 370): Región del Asia Menor. La Pequeña Misia estaba sobre el Helesponto; la Gran Misia, sobre el Egeo. En la última se deslizaba el río Caico.

MOLORCO (III, 19): Pastor que recibió a Hércules después de su victoria sobre el león de Nemea. La cita alude a los juegos Nemeos, que se desarrollaban en Argos, aún en la época de Virgilio.

MOLOSIA (III, 405): Parte de Epiro, con excelentes canes, llamados molosos.

MORBOS (III, 552): Divinidades que personificaban las enfermedades.

MUERTE (III, 68; IV, 481): La Muerte o **Letum**, en Roma, es una pura abstracción personificada sin leyenda particular.

MUSA* (II, 475; III, 11; IV, 315): Las nueve hijas de Júpiter y de la Memoria (Mnemosine). Habitaban el Helicón (o Aonio). Virgilio se considera su sacerdote.

NAPEAS (IV, 535): Las Napeas son las Ninfas de los valles arbolados, distintas de las Dríadas.

NARICIA (II, 438): Ciudad de la Lócrida, de donde vinieron los colonos que fundaron Locres en Calabria.

NEPTUNO (I, 14; III, 122; IV, 29; 387; 394): Dios del Mediterráneo, identificado con Poseidón. Sinónimo de mar. Neptuno creó el primer caballo en Tesalia golpeando el suelo con su tridente. El caballo era considerado como una misteriosa emanación del mundo subterráneo.

NEREO* (IV, 392): Divinidad marina, padre de las Nereidas, esposo de Doris.

NESEA (IV, 338): Una de las Nereidas.

NIFATES (III, 30): Monte o río de Armenia. Durante el invierno de 30-29 a.C. Octavio se ocupó de los asuntos de Armenia.

NILO (III, 29; IV, 288): Gran río egipcio.

NINFAS* (IV, 334): “Doncellas” que poblaban los campos, los bosques y las aguas. Personificaban la fecundidad y la gracia. Hijas de Zeus, habitaban en grutas hilando y cantando. Hay varias categorías: las Melíadas (de los fresnos), las Náyades (de fuentes y ríos), las Nereidas (del mar), las Oréadas (de las montañas), las Alseidas (de los bosques), las Hamadriadas (de cada árbol)...

NISO* (I, 404; 408): Rey de Megara. Su hija Escila le arrancó a su padre el cabello de púrpura al cual estaba ligado el destino de la ciudad. Escila fue mudada en abubilla y Niso en águila de mar, que la perseguía sin tregua.

NÓRICO (III, 474): Región al S del Danubio entre la Retia y la Panonia.

NOTO (I, 444): Viento del S.

OCEÁNIDAS (IV, 341): Virgilio nombra a dos: a Clío y a Beroe. Hesíodo enumera a 41 Oceánidas, hijas del Océano y de Tetis.

OCÉANO (I, 246; II, 122; 481; III; 359; IV, 233; 381; 382): Personificación del agua que rodea al mundo. Se lo representa como un río que corre alrededor de un disco plano, que es la Tierra. Es el padre de todos los ríos. De Tetis también engendró a las Oceánidas. El Océano es el mayor de los Titanes, hijos de Urano y Gea. Las Ninfas, según una genealogía, son también hijas de Urano, luego hermanas del Océano.

ODIO (III, 37): Así se debe traducir la **infelix Inuidia**.

OLIMPIA (III, 49): Lugar de la Élide donde se celebraban los Juegos Olímpicos desde la época prehelénica, aunque solo a partir del 776 a.C. se haya señalado el inicio de la era de las Olimpiadas. Cf. Pélope, Pisa.

OLIMPO* (I, 96; 282; 450; III, 223; IV, 562): Monte situado entre Macedonia y Tesalia. Según el mito, era la morada de los dioses. Júpiter combatió allí a los Gigantes.

OPIS (IV, 343): Ninfa marítima.

ORCO (I, 277; IV, 502): Vieja divinidad infernal, asimilada a Plutón, a los Infiernos y a la Muerte. El barquero de Orco es Caronte, genio del mundo infernal, con la función de hacer pasar a las almas por los pantanos del Aqueronte.

ORFEO* (IV, 454; 494; 545; 553): El mito de Orfeo es uno de los más oscuros y cargados de simbolismo. Se convirtió en una verdadera teología, a menudo, esotérica. Orfeo, de origen tracio, es hijo de Eagro y de Calíope, la más prestigiosa Musa. Fue el cantor, el músico y el poeta por excelencia. Inventó la cítara. Con su música encantaba toda la naturaleza. Orfeo fue el sacerdote de los Argonautas. Su amor por Euridice y su muerte es cantada maravillosamente en esta obra. Su lira fue transportada al cielo, donde se convirtió en una constelación.

ORITIA (IV, 463): Hija de Erecteo, rey de Atenas. Esta ciudad es llamada Acté por los poetas. A Oritia, por esta razón, se le llama la “actiada”, es decir, la ateniense.

OSA (I, 281; 282): Monte de Tesalia, morada de los Centauros.

PADO (II, 452): El Po, el río más grande de Italia. Cf. Eridano.

PADRE (I, 121; 283; 328; 353): Júpiter (cf.).

PAFOS (II, 64): Ciudad de Chipre, donde se levantaba el más antiguo y famoso templo de Venus.

PALAS* (II, 181): Palas Atenea, nombre griego de Minerva (cf.).

PALATINO (I, 499): Colina de Roma en la que se construyó el “palacio” de los Césares.

PALENE (IV, 391): La península más occidental de la Calcídica, al S de Macedonia.

PALES* (III, 1; 294): Diosa o genio protector de los rebaños. Su fiesta, las Parilias, se celebraba el 21 de abril.

PAN* (I, 17; II, 494; III, 392): Dios de los rebaños y pastores, originario de Arcadia. Representado con cuernos, cuerpo peludo y patas de cabra. Es llamado Pan (=todo) porque alegra el corazón de todos. El Liceo y el Ménalo, dos montañas de Arcadia, es la patria de Pan. Tegea es una ciudad de la misma región. Pan figura en el cortejo de Dióniso. Su rijosidad era proverbial, pero no al punto de haber seducido a la Luna (cf.), como insinúa Virgilio. Se lo asimilaba con Fauno, divinidad latina.

PANCAYA (II, 139; IV, 379): Isla legendaria del mar Rojo, frente a Arabia, rica en metales preciosos, incienso y mirra. Los **Panchaei ignes** era el incienso.

PANGEO (IV, 462): Cadena de montañas entre Tracia y Macedonia.

PANOPEA (I, 437): Una de las cincuenta Nereidas.

PARNASO* (II, 18; III, 291): Alto monte con dos cumbres en la Fócide, en cuyas pendientes se encontraban Delfos y la fuente Castalia. Consagrado a Apolo y a las Musas. El **Parnasia laurus** es el laurel, consagrado a Apolo (cf.).

PAROS (III, 34): Isla del Egeo, famosa por sus mármoles blancos.

PARTENOPE (IV, 564): Nombre de una Sirena y de la antigua Nápoles.

PARTOS* (III, 31; IV, 211; 314): Población escita del S de Hircania y del NE de las **Pylae Caspiae**; célebres como jinetes y arqueros. Podían disparar, corriendo, hacia atrás.

PAZ (II, 425): Abstracción divinizada de la paz. Augusto le levantó un templo en Roma.

PELETRONIO (III, 115): Parte boscosa del Monte Pelión, en Tesalia.

PELAS (IV, 287): Capital de Macedonia. Cánopo se llama **Canopus Pellaeus** por haber sido fundado por una dinastía macedónica.

PELIÓN (I, 281; III, 94): Monte de Tesalia.

PÉLOPE (III, 7): Hijo de Tántalo. Este descuartizó al joven Pélope y lo sirvió en pedazos cocidos a los dioses, quienes reconocieron en seguida su origen, excepto Deméter, que comió el hombro de Pélope. Los dioses, empero, reconstituyeron a Pélope y le dieron vida otra vez. Se le hizo un hombro de marfil (que posteriormente se exhibía en Élide). Neptuno fue su protector y le regaló caballos alados. Él lo ayudó en sus luchas contra Enomao, para la posesión de Hipodamia. Fue el fundador mítico de los Juegos Olímpicos y el padre de Atreo, Tieste y Plistene.

PELUSIO (I, 228): Ciudad de la desembocadura oriental del Nilo. Plinio cita dos especies de lentejas egipcias (**lens Pelusiaca**).

PENATES (II, 505; IV, 155): Dioses domésticos cuyo culto estaba asociado a los Lares y a Vesta. Eran simples abstracciones o fuerzas invisibles. Sólo más tarde se los representó en estatuillas.

PENEO (IV, 317; 355): Río de Tesalia entre el Osa y el Olimpo; riega el valle del Tempe.

PERSIA (IV, 290): Imperio Persa. Aproximadamente es vecino de Egipto por el E.

PESTO (IV, 119): Ciudad de la Lucania, llamada Posidonia por los griegos y célebre por sus rosales, que florecían dos veces al año.

PISA (III, 180): Ciudad de la Élide sobre el río Alfeo, donde se celebraban los Juegos Olímpicos.

PISCIS (IV, 234): Último signo del Zodíaco. Pasa por el meridiano a comienzos de noviembre. Las Pléyades, al desaparecer en el Océano por el 8 de noviembre, parecían huir de Piscis.

PLÉYADES (I, 138; IV, 233): Las siete hijas de Atlante y Plégone. Perseguidas por Orión, fueron auxiliadas por los dioses, que las transformaron primero en palomas y luego en estrellas. Cúmulo de estrellas en la constelación de Tauro. Las

Pléyades indicaban con su salida matutina el inicio de la navegación (22 de abril). Una de ellas era Taigeta (cf.) y otra, Maya (cf.). El ocaso matinal de las Pléyades ocurría hacia el 8 de noviembre. Las Pléyades, asociadas con las Híadas, reciben el nombre de **Vergiliae**. El ocaso matinal de las **Vergiliae** sucedía entonces entre el 26 de octubre y el 11 de noviembre. La fecha coincide con la fiesta del “descubrimiento” (Héuresis) de Osiris.

PÓLUX (III, 89): Cástor y Polux eran hijos de Leda (mujer de Tíndaro, rey de Amiclas) y de Zeus. Por eso se los llama Dióscuros, “hijos de Zeus”. Son también hermanos de Leda y de Helena. Virgilio recuerda a Cílaro (cf.), caballo de Pólux.

PONTO (I, 58; 207): Es el Ponto Euxino o mar Negro. En la región alledaña se producía el castóreo, sustancia grasosa, estimulante y antiespasmódica, que segregan las glándulas prepuciales del castor.

POTNIAS (III, 268): Ciudad de Beocia.

PRIAPO* (IV, 111): Personificación del poder generador. Representado simplemente como un falo erecto o, si no, como un dios con una pequeña guadaña en la mano. Era el dios guardián de jardines, huertos y casas. (Horac., *Sat.*, I, 8, 1 ss).

PROCNE (IV, 15): Hermana de Filomela (Cf.) Tras haber servido a su marido Tereo los miembros de su hijo Itis, fue mudada en golondrina. Ovidio (*Met.*, VI, 669) explica la mancha roja que algunas golondrinas llevan en el pecho. Son ávidas de miel (Plinio, XI, 61).

PROSERPINA (I, 39; IV, 487): Diosa de los Infiernos, asimilada a la Perséfone griega. Era hija de Zeus y de Deméter. Hades (Plutón), dios de los muertos, la raptó. Zeus, compadecido de los lamentos de su madre, permitió que Proserpina pasara una época del año en la Tierra y otra en los Infiernos. En I, 39 Virgilio emite la imposible hipótesis de que Proserpina no quisiera ir a la Tierra.

PROTEO (IV, 388; 422; 429; 447; 528): Dios marino, guardián de los rebaños de focas y otros animales marinos de Poseidón. Además del don de profecía, poseía también la capacidad de transformarse en cualquier cosa. En la *Odisea*, Menelao interroga también a Proteo casi en la misma forma de Aristeo. Regularmente su residencia era Faros (Egipto), pero Virgilio la traslada a Ematía y Palene.

QUELAS (I, 33): Las Quelas son las pinzas de la constelación Escorpio, octavo signo del Zodíaco, al lado de la Libra.

QUIRINO (III, 27): Con Júpiter y Marte, forman la Tríada divina arcaica. Quirino fue asimilado después a Marte (“el Marte tranquilo”) o a Rómulo. Los ciudadanos civiles eran llamados quirites (IV, 201) por su relación con Quirino.

QUIRÓN (III, 550): Centauro, hijo de Saturno y de Filira. Conocía las virtudes curativas de las plantas.

RECIA (II, 96): Se conocía una Recia de los Alpes Réticos, al N de la Cisalpina, y

otra Recia de los Alpes Marítimos.

REMO (II, 533): Hermano de Rómulo.

RESO (IV, 462): Héroe de Tracia, que combatió al lado de los troyanos. Fue muerto por Ulises y Diomedes. Es famoso por sus caballos extremadamente blancos y rápidos. La **Rhesi Mauortia tellus** es Tracia.

RETO (II, 456): Uno de los Centauros.

RIFEOS (I, 240; III, 382; IV, 518): Los montes Rifeos y los Hiperbóreos se situaban en la Escitia (Rusia), la región más septentrional conocida por los romanos.

RODAS (II, 102): Isla del Egeo, famosa por sus uvas de mesa.

RODOPE* (I, 332; III, 351; 462; IV, 461): Cadena montañosa en Tracia. Se alarga de S a N para volver a bajar hacia el mar formando un gran arco.

ROMA* (I, 466; 490; 499; II, 148; 172; 176; 498; III, 148; 346): Gran capital del Imperio.

RÓMULO (I, 498): Él y su hermano Remo fueron los fundadores míticos de Roma, hijos de Rea Silvia y de Marte.

ROSTROS (II, 508): La tribuna oficial desde donde se arengaba al pueblo en Roma. La tribuna estaba decorada con los espolones (**rostra**) de las naves tomadas en el combate de Ancio (338 a.C.).

SABA (I, 57; II, 117): Región de la Arabia, rica en incienso, la **turea uirga**. Sus habitantes son llamados voluptuosos o afeminados.

SABÉLICOS o SABELOS (II, 167; III, 255): Los sabelos habitaban una pequeña región vecina de los sabinos. Era una comarca montañosa, llena de bosques y de animales de caza.

SABINOS (II, 532): Antigua población itálica vecina de los latinos y umbros.

SARRA (II, 506): Antiguo nombre de Tiro, productora de púrpura.

SATURNO* (I, 336; II, 173; 406; 538; III, 93): Asimilado al Cronos griego, fue arrojado del Olimpo y se refugió en Italia, donde reinaba Jano. Allí perpetuó la Edad de Oro y una perfecta felicidad. Italia es llamada **Saturnia tellus**. En III, 93 se alude a sus amoríos con la Oceánida Filira; al ser sorprendido por su esposa Rea, se metamorfoseó en caballo y huyó a galope. Saturno y Filira se encontraban en el Pelión, donde nació Quirón, fruto de sus amores. El planeta Saturno es el más alejado del Sol y se creía que transmitía su frío a la Tierra. Cuando pasaba por Escorpio, desencadenaba el granizo, y cuando lo hacía por Capricornio, las lluvias. El **curuus dens Saturni** es una podadera pequeña, propia de la vid.

SEPTENTRIÓN (III, 381): Los “siete bueyes” son las siete grandes estrellas de la Osa Mayor, constelación Boreal, llamada también Carro. Cf. Arctos. Indica también el norte.

SERES (II, 121): Habitantes del Asia Oriental, al O de la China. Los antiguos

creían que los seres cosechaban la seda de los árboles.

SICIÓN (II, 519): Ciudad de la Acaya, rica en olivares. La **Sicyonia baca** es el olivo.

SILA (III, 219): Montañas forestadas en la parte meridional de Calabria.

SÍLARO (III, 146): Río que corre entre la Campania y la Lucania. Hoy se llama Selo.

SILVANO* (I, 120; II, 494): Viejo dios itálico, representado con lirios, férulas y un joven ciprés en la mano.

SIRIA (II, 88): Comarca del Imperio entre el Éufrates y el Mediterráneo.

SIRIO (IV, 425): Estrella de la constelación del Can Mayor (cf.). Es la estrella más brillante del firmamento. Su aparición matinal (fines de julio) anunciaba la Canícula.

SOL (I, 463; II, 321; III, 357; IV, 51; 401): Llamado Helios por los griegos. Divinidad solar que posteriormente se confundió con Apolo (Febo). Se lo representa transportado por caballos.

TABURNO (II, 38): Montañas del Samnio. En el lado meridional forman las Horcas Caudinas. Producían olivares.

TALÍA (IV, 338): Una de las Nereidas (cf.).

TAIGETA (IV, 232): Una de las Pléyades (cf.).

TAÍGETO (II, 488; III, 44): Cadena de montes entre Laconia y Misenia, que se extiende después de N a S a través de la Laconia y termina en el Ténaro.

TANAGRO (III, 151): Afluente del Sílaro (cf.).

TANAIS (IV, 517): Actual río Don.

TARENTO (II, 197): Poderosa ciudad de la Magna Grecia (cf. Ébalos).

TÁRTAROS (I, 36; II, 292; IV, 482): La región más profunda de la tierra, por debajo de los mismos Infiernos.

TASOS (II, 91): Isla del Egeo, frente a la Tracia.

TAURO (I, 218): Constelación del Zodíaco. El Sol entra en la constelación del Tauro el 17 de abril, mes que inauguraba el año agrícola (abril, **Aprilis**, viene de **aperire**, abrir).

TEGEA (I, 18): Ciudad de la Arcadia, patria de Pan (cf.).

TEMPE (II, 469; IV, 317): Valle de la Tesalia, bañado por el río Peneo (cf.) y rodeado de los montes Olimpo, Osa y Pelión (cf.). Es sinónimo de valle en II, 469.

TÉNARO (IV, 467): Promontorio de Laconia formado por la parte meridional del Taigeto. Es el actual cabo Matapán. Una garganta del Ténaro se consideraba como una de las puertas de Dite (Plutón).

TESEO (II, 383): El principal héroe del Ática. Los “descendientes” de Teseo son los atenienses. Sus aventuras son muy numerosas. Plutarco escribió su vida. En el pasaje citado se habla del origen de la comedia.

TETIS* (I, 31): En griego Τηθύς (**Tethys**), es una de las divinidades primordiales

de la teogonía. Personifica la fecundidad “femenina” del mar. Es una Titánida, hija de Urano y Gea. Esposa del Océano. Sus hijos son todos los ríos del mundo. No confundir con la nereida Tetis.

TETIS (I, 399): En griego Θητις (**Thetis**). Es la Nereida (cf.) más famosa. Ella y Peleo son los padres de Aquiles. No confundir con la Tetis hija de Urano.

TÍBER (I, 499): Río de Roma.

TIBERINO (IV, 369): El dios del Tíber.

TIERRA (I, 278; II, 268; 326): La Tierra o Gea es un elemento primordial de donde salieron las estirpes divinas. De Urano tuvo a los Titanes (Océano, Japeto, Cronos, etc.), a las Titánidas (Tetis) y a los Cíclopes. Del Tártaro tuvo a Tifeo (cf.). De la sangre de Urano tuvo a los Gigantes (cf.).

TIFEO (I, 279): Tifeo o Tifón, Titán, hijo del Tártaro y de Gea.

TIMAVO* (III, 475): Río que divide Istria del Véneto y se echa en el golfo de Panzano del Adriático. Actualmente se llama Recca. En *En.*, I, 244 se describe su desembocadura.

TIMBRA (IV, 323): Valle del río Timbrios, en Tróade. Apolo tenía allí un templo. Por eso se lo llama **Thymbraeus**.

TIRO (III, 17; 307): Ciudad de Fenicia, productora de púrpura.

TIRRENO (II, 164; 193): Mar frente a Toscana o Etruria. Sinónimo de etrusco.

TISÍFONE (III, 552): Una de las tres Erinias, Furias o Euménides (cf.).

TÍTIRO* (IV, 566): Personaje de la primera bucólica virgiliana.

TITONÓS (I, 447; III, 48): Amante de la Aurora (cf.). Titonós y Príamo eran hijos de Laomedonte, sobrino de Asáraco y nieto de Tros. La Aurora consiguió la inmortalidad para Titonós, pero se olvidó de pedir también la juventud para él, quien fue envejeciendo hasta convertirse en cigarra.

TMOLO (I, 56; II, 98): Montaña de Lidia, país productor de azafrán.

TOSCANA (I, 499): Etruria (cf.), país de los **tusci** o etruscos.

TRIPTÓLEMO (I, 19): Hijo de Celeo y de Metanira. En recompensa por la hospitalidad que Deméter había recibido en Eleusis en casa de Triptólemo, ella le dio un arado arrastrado por dragones alados, y le ordenó recorrer el mundo sembrando trigo. Por esto se lo llama **unci puer monstrator aratri**.

TROS (III, 36): Troyano, hijo de Erictonio y padre de Ilos, Asáraco y Ganimedes.

TROYA* (I, 502; II, 385; III, 36): Ciudad del Asia inmortalizada por la *Iliada* Menor que luchó contra los griegos diez años. Fundada por Apolo (cf.). Los descendientes de Príamo, rey de Troya, encabezados por Eneas, fundaron Lavinia. De Eneas proviene la familia Julia.

TULE (I, 30): Isla situada en los confines del mundo septentrional. En época de Tácito se la identificó con Mainland, la mayor de las islas Shetland.

VENUS* (II, 329; III, 64; 97; 137; 210; 267; IV, 199; 516): Sinónimo del acto

sexual o relación amorosa. Es la Afrodita griega, diosa del amor, de la pasión y de la belleza. Hija de Júpiter y de Dione. Venus enloqueció las yeguas de Glauco, a quien devoraron. Su flor es el mirto. La familia Julia (la de César y de Octavio) pretendía descender de Eneas, hijo de Venus y de Anquises. Cf. Eoo, Lucifer, Véspero.

VÉSPERO* (I, 251; 461; III, 336; IV, 186; 434; 474): El planeta Venus como lucero de la tarde.

VESTA (I, 498; IV, 384): Diosa romana que preside el hogar doméstico. Es sinónimo de fuego. Se la llama Madre Vesta.

VESUBIO (II, 224): Volcán en la región de la Campania.

VIRGILIO (IV, 563): Nuestro autor, que, al final de las *Geórgicas*, se nombra.

VOLSCOS (II, 168): Pueblo del Lacio.

VULCANO (I, 295; IV, 346): El Hefesto griego, dios (y sinónimo) del fuego. Celoso de Venus, su mujer, preparó una trampa con una red invisible, donde cayeron Venus y Marte. El incidente únicamente produjo el ridículo de Vulcano ante la asamblea de los dioses.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

EDICIONES Y TRADUCCIONES

Bucoliques, texte établi et traduit par E. de Saint Denis, Les Belles Lettres, Paris 1970.

Bucoliques, traduction en vers, précédée de *Variations sur les Bucoliques*, de Paul Valéry, Paris, 1956. En 1953 había publicado las *Bucólicas* con litografías originales en colores de Jacques Villon. Paris, *Scripta et ficta*. In-fol.

Las Geórgicas y su Décima Égloga, traducidas en verso castellano por Juan de Guzmán, Madrid, imprenta de Francisco Xavier García, 1586, 1768.

Geórgicas, introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño, UNAM, México, 1963.

Obras completas, prólogos, interpretaciones y comentario de Lorenzo Riber, Aguilar, Madrid, 1967.

Geórgicas, edición bilingüe de Jaime Velásquez, Cátedra, Madrid, 1994.

Bucólicas, Geórgicas, introducción, notas y traducción de Bartolomé Segura Ramos, Madrid, 1983.

Virgilio en verso castellano de Aurelio Espinosa Pólit, México, Editorial Ius S.A. 1961.

La Eneida, Bucólicas y Geórgicas, traducción de M. Querol, Ed. Iberia, Barcelona, 1979.

Bucólica, Geórgica, Aeneis, edición de J.L. Cerda, Madrid, 1617, en tres volúmenes. Numerosas ediciones en Europa: Leiden, 1680, etc.

Opera Omnia..., todas las obras de Publio Virgilio Marón ilustradas con varias interpretaciones y notas en lengua castellana de Juan Antonio Mayans y Siscar, Valencia, 1975 (5 tomos).

Géorgiques, texte établi et traduit par E. de Saint Denis, Paris, Les Belles Lettres, 1982.

Oeuvres, texte latin, par F. Plessis et P. Lejay, Hachette, Paris, 1961.

Georgiche, introduzione di Antonio la Penna, traduzione di Luca Canali, note al testo di Riccardo Scarcia, testo latino a fronte, Rizzoli, Milano, 1983.

Opera, edición de Hirtzel F.A., Oxford, 1900.

Bucolica, Georgica, Aeneis, edición de F. Klingner, Zurich, 1967.

Opera, edición de R. A. B. Mynors, Oxford, 1969.

ESTUDIOS Y ARTÍCULOS

A.A.V.V., *Atti del Convegno di studi virgiliani per il bimillenario delle Georgiche*, Nápoles, 1977.

A.A.V.V., *Enciclopedia Virgiliana*, Roma, a partir de 1982. Julio Picasso Muñoz redactó la voz PERÚ.

A.A.V.V., *Bimilenario de Virgilio*, Simposio Internacional, Universidad Pontificia Salamanca, 1982.

ALTEVOGT, H., "Labor improbus. Eine Vergilstudie", *Orbis Antiquus* VIII, Münster, Aschendorf, 1952

BAYLEY, C., *Religion in Virgil*, Oxford Univ. Press, 1935.

BAYET, J., *L'expérience sociale de Virgile*, Deucalion, 1947, pp. 197-214.

BAYET, J., "Les premières Géorgiques de Virgile", *Revue de Philologie*, LVI, 1930, Pp. 128-150; 227-247.

BAYET, J., "Un procédé virgilien, la description synthétique dans les Géorgiques", *Mélanges G. Funaioli*, Roma, 1955.

BELLESORT, A., *Virgile, son oeuvre et son temps*, Perrin, Paris, 1920.

BELLO, A., *Temas de Crítica Literaria* (tomo IX).

BILLIARD, R., *L' Agriculture dans l'Antiquité d' après les Géorgiques de Virgile*, De Boccard, Paris, 1928.

BOYANCÉ, P., *La religion de Virgile*, P.U.F., Paris, 1964.

BRIGGS, W.W., "A bibliography of Virgil's Eclogues" (1927-1977), *ANRW*, II, 31.2, pp. 1265 ss.

BRISSON, J. P., *Virgile, son temps et le nôtre*, F. Maspero, Paris, 1966

BUCHNER, K., *P. Vergilius Maro der Dichter der Römer*, Stuttgart, 1960 (= Real Encyclopädie der classischen Altertum-wissenschaft, Pauly-Wissowa, T. VIII A, col. 1022 ss.).

CARCOPINO, J., *Virgile et le mystère de la IV Églogue*, L' Artisan du livre, Paris, 1943.

CARO, M. A., *Obras completas* (Tomo III).

CARTAULT, A., *Étude sur les Bucoliques de Virgile*, Paris, Colin, 1897.

CLAUSEN, W.V., "Theocritus and Virgil", *Cambridge History of Classical Literature. II Latin Literature*, Cambridge, 1982.

DE SAINT DENIS, E., "Douze années d'études virgiliennes, l'architecture des Bucoliques", *L'Information Littéraire*, 1954, pp. 139-147; 184-188.

DE SAINT DENIS, E., "Une source de Virgile dans les Géorgiques", *R. E. L.*, 1938.

DE SAINT DENIS, E., "Mécène et la genèse des Géorgiques", *R. E. L.*, XLVI, 1969, pp. 194-207.

D'HEROUVILLE, P., *À la campagne avec Virgile*, Les Belles Lettres, Paris, 1930.

D'HEROUVILLE, P., *Géorgiques I- II : champs, vergers, forêts*, Les Belles Lettres, Paris, 1942.

DONLAN, W. (ed.), *The Classical World Bibliography of Virgil*, New York, 1978.

ESPINOSA PÓLIT, A., *Síntesis Virgiliana*, Ed. La Unión Católica, Quito, 1960.

ESPINOSA PÓLIT, A., *Virgilio, el poeta y su misión providencial*, Quito, 1932.

FREDERICKSMEYER, E. A., "Octavian and the Unity of Virgil's First Eclogue", *Hermes*, 94 (1966), pp. 218 ss.

GALINSKY, G. K., "Virgil's second Eclogue: its time and relation to the Eclogue Book", *C & M*, (XXVI), 1965.

GRIMAL, P., "La Ve Églogue et le culte de César", *Mélanges*, Picard, 1949, pp. 406-419.

HAECKER, T., *Virgilio, Padre de Occidente*, Sol y Luna, EPESA, Madrid, 1945.

HAARHOFF, T. J., "Virgil and Cornelius Gallus", *Cl. Phil.* LV, 1960, pp. 101-108

HEURGON, J., "Orphée et Eurydice avant Virgile", *M. E. F. R.*, XLIX, 1932, pp. 6-60.

LA PENNA, A., "Esiado nella cultura e nella poesia di Virgilio", *Entretiens Fondation Hardt VII*, 1962, pp. 215 ss.

MARTIN, R., *Recherches sur les Agronomes Latins et leurs conceptions économiques et sociales*, Les Belles Lettres, Paris, 1971

MENÉNDEZ PELAYO, M., *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, T. VIII, IX, Santander, 1952.

OTIS, B., *Virgil a study in Civilized Poetry*, Oxford, 1963.

OTIS, B., "The Eclogues: A reconsideration in the light of Klingner's Book", *Vergiliana*, ed. by Bardon, Verdier.

OROZ, J., *Bimilenario de Virgilio*, Salamanca, 1982.

PERRET, J., *Virgile, l'homme et l'œuvre*, Boivin, Paris, 1952.

PARATORE, E., "A proposito del l. IV delle Georgiche", *Ann. Fac. Magist. Univ. Messina*, 1939, pp. 1 ss.

PARATORE, E., "Spunti lucreziani nelle Georgiche", *Atene e Roma*, XLII (1939), pp. 177 ss.

PICASSO, J., "Virgilio: su itinerario espiritual", *Revista Teológica Limense*, Vol. XXIX, 1/1995, pp. 132-158, Lima.

PICASSO, J., "La traducción de las *Geórgicas* de Juan de Guzmán y sus erráticas notas americanistas", *La tradición clásica en el Perú Virreinal*, pp. 145-155, SPEC-UNMSM, 1999. Compilador Teodoro Hampe Martínez.

PUTMAN, M. C. J., *Virgil's Pastoral Art*, Princeton, 1970.

THOMAS, R. F., "Virgil's Georgics and the Art of Reference", *HSCPh*, 90, 1986.

WILKINSON, L. P., *The Georgics of Virgil, A Critical Survey*, Cambridge, 1969.

Nota sobre las ilustraciones

Se han reproducido grabados pertenecientes a la lujosa edición británica *Publii Virgilio Maronis opera per Johannem Ogilvium, Londini, 1663*. En ella, cada una de las *Bucólicas* -excepto la cuarta- está precedida de un grabado. Por otra parte, cada una de las *Geórgicas* posee varios, sobre los cuales hemos realizado una selección.